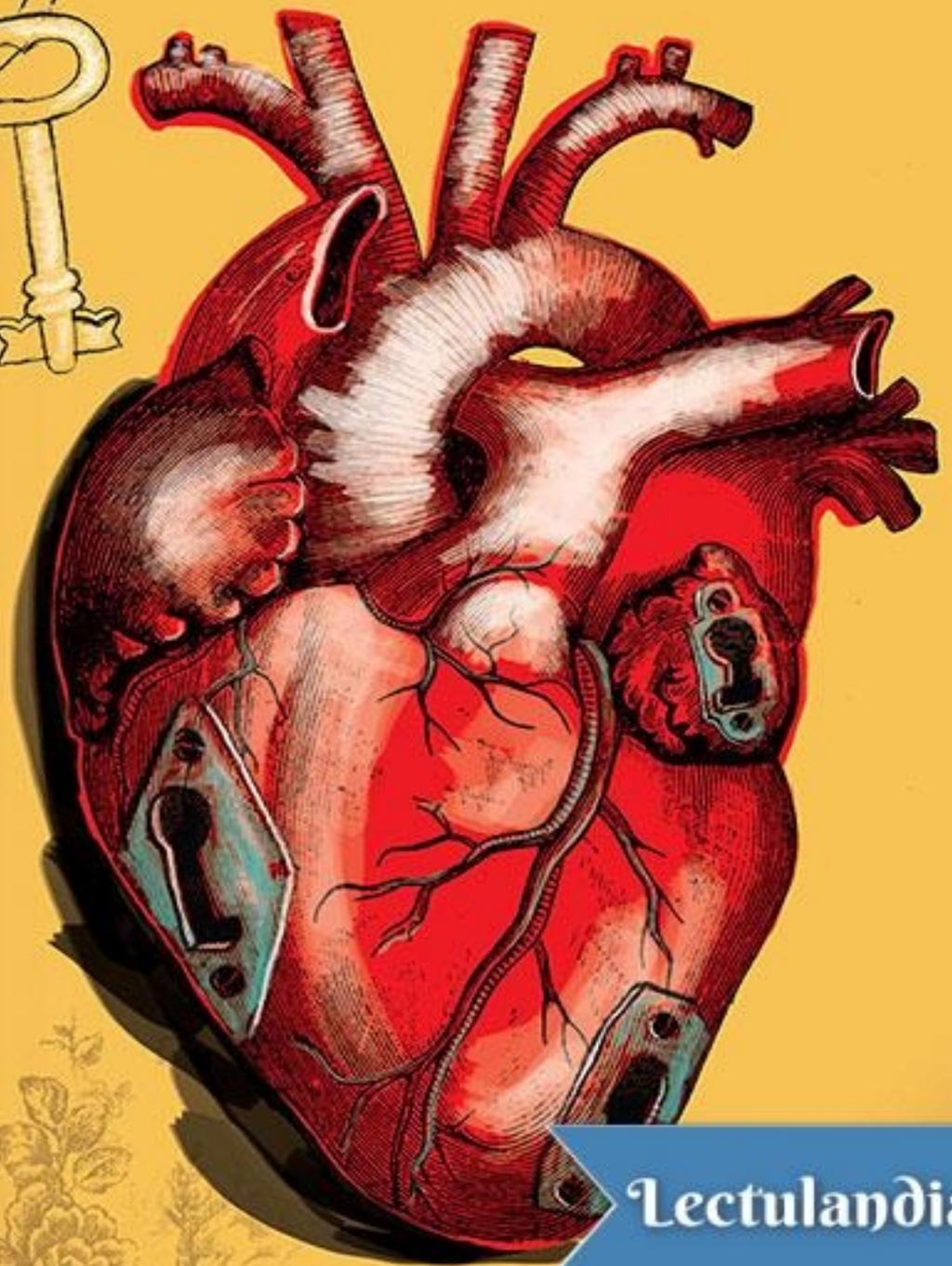


Beatriz Rivas, Eileen Truax y
Armando Vega-Gil

Fecha de caducidad



Lectulandia

«¿Será que, igual que el amor, cada cuerpo tiene su fecha de caducidad?»

Natalia ama el amor por sobre todas las cosas, Mateo jamás se enamora (dice) y Ágata... ama a los dos, tanto o más que los dos, a su vez, la aman y se aman. ¿Es esto algo inusitado o algo normal? ¿Deseable o terrible?
¿Podría ser el Paraíso?

Los protagonistas de esta novela escrita a seis manos se profesan amor honesto, sincero, total a pesar de todo o quizás precisamente por eso. Natalia toca su violín (o violina, mejor) y vive por y en la música; Ágata vibra al son del pulso vital de su país aunque vive al otro lado de la frontera norte; Mateo tiene eso que solemos llamar “una vida hecha” y se dedica a combatir tumores con rayos equis de alta energía. El misterioso azar que los unió podría serles propicio, sólo que, y lo saben, tienen mucho en contra: prejuicios sociales, historias personales, lazos conyugales... Y un mundo infame: en tanto los tres buscan el amor, la verdad, lo dulce, en la vida cotidiana la impunidad es cada vez más descarada y el Estado es evidente culpable de crímenes atroces, como la desaparición de 43 jóvenes.

Amor, fe, dignidad, honradez: ¿de veras tiene todo esto fecha de caducidad?
Natalia, Ágata y Mateo saben que no.

Lectulandia

AA. VV.

Fecha de caducidad

ePub r1.0
Meddle 06.11.15

Título original: *Fecha de caducidad*
AA. VV. 2015
Beatriz Rivas, Eileen Truaz y Armando Vega-Gil

Editor digital: Meddle
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Dulce María Parra
Para Carlos Rivas Zivy
Para Ikram Antaki
Para todos los que se han ido
Beatriz

Para Diego, siempre
Para Martha A. Salazar
Para Témoris y Salvador, por la congruencia
Eileen

Para mis padres
Para mi hijo
Por nuestros 43
Armando

Mi único tema es lo que ya no está
Y mi obsesión se llama lo perdido
Mi punzante estribillo es nunca más
Y sin embargo amo este cambio perpetuo
este variar segundo tras segundo
porque sin él lo que llamamos vida
sería de piedra.

JOSÉ EMILIO PACHECO

¿La única manera de resucitarte?
Vuelve a habitar el espacio que te di.
Rechaza la intolerancia y la impunidad.
Constrúyeme a través de enamoramientos.
Acomódate un buen rato en mis ganas.
Borra, te lo ruego, nuestra fecha de caducidad...

NATASHA LUGANNO

Bienvenidos a lo que no tiene inicio.
Bienvenidos a lo que no tiene fin.
Bienvenidos a la lucha eterna.
Algunos le llaman necesidad
nosotros le llamamos esperanza.

ESCRITO EN LOS MUROS DE LA
ESCUELA NORMAL RURAL RAÚL ISIDRO BURGOS

Natalia

Nunca sé qué responder cuando me hacen “esa” pregunta. Ya sabes, la que siempre hacen. ¿A qué te dedicas? ¿Cuáles son tus *hobbies*? Todos contestan algo así como viajar, el tenis o el golf, ir al cine, leer, jugar ajedrez, salir con amigos, bailar tango. ¿Yo? ¿Quieres saber lo que en verdad me apasiona? ¿La actividad a la que dedico la mayor parte de mi tiempo y de mi pensamiento? No, Mateo, no quieres saberlo.

Creo que nací enamorada. Así como algunos llegan al mundo con los genes preparados para convertirse en alcohólicos o en genios de las matemáticas, yo nací portando un ADN con una fortísima tendencia a sentir mariposas en el estómago. O en el bajo vientre, pues. No sé si lo heredé de mi padre, de mi madre, de ambos o de ninguno. Lo cierto es que mi vida sin un corazón que palpita a velocidades inusitadas no tendría sentido. Al menos, eso he creído. Y por eso mismo (por mis creencias deterministas) decidí ser una eterna soltera y jamás convertirme en madre. Son los dos principales estorbos para vivir siempre enamorada: el matrimonio, todos lo saben, es la tumba del amor (al menos, del deseo). Y ser madre te obliga a poner los pies en la tierra, a darle prioridad a tus hijos, a encasillarte en una estructura precisa, a dividir tu tiempo entre sus necesidades y... sus necesidades. Es decir, mejor olvídate de ti misma. ¿Más claro?

Mi profesión, ser soltera para poder enamorarme sin prejuicios ni obligaciones cada vez que me venga en gana, es altamente criticada. Y hay veces, pocas, en las que caigo en la tentación de justificarme, de ofrecer explicaciones. Ha sido inútil: la mayoría cree que vivo sola y sin compromisos, no por convicción sino por falta de alguien que se haya atrevido a proponerme matrimonio. Que mi rechazo a la maternidad es un enorme acto de egoísmo. Que ningún hombre me ha elegido y que por eso, sólo por eso, sigo soltera. ¿Para qué gastar energía en aclaraciones absurdas? Soy lo que soy, como soy, y no me importa lo que piense el resto de las mujeres y hombres que se buscan, se erotizan, se atraen, seducen, se dejan caer en alguna red ajena tan sólo para sentir que llegan a un lugar seguro, donde las certezas son eso: certezas. Certezas que, con el paso del tiempo, atrapan, aburren, encierran y paralizan. No hay remedio. ¿O acaso pretenderás a demostrarme lo contrario?

Bueno, basta ya de explicaciones, que esto no es una confesión sino un conjunto de letras y palabras amorosas, ena-mo-ra-das, para dibujarme. ¿No fuiste tú quien me pidió que me presentara? Me llamo Natalia. Acabo de cumplir años. Mi cuerpo lo sabe. He luchado inútilmente contra el sobrepeso, la celulitis, la fuerza de atracción que Newton se podría haber ahorrado. Mi piel ya no es tersa, mis senos han descendido un poco, mi rostro pinta arrugas sobre todo alrededor de mis ojos. Traigo unos ocho kilos que me incomodan. ¿Lo bueno? Me sobran prejuicios y esa necesidad de pertenecer y obedecer las reglas inventadas por otros.

Enamorada. Así he vivido. Desde muy pequeña. Desde el preescolar. Buscando

una mirada que justifique el ataque, un gesto que pida mi cercanía. ¿Lo mejor de todo? Que mis enamoramientos duren, duren mucho. No creas que son explosiones orgásmicas que en unos segundos te llevan al paraíso y en los siguientes, acaban. De mi ex jefe, por ejemplo, he estado enamorada desde hace, al menos, 25 años. Y así voy, por el mundo, acumulando enamoramientos de los que pronto, si no te aburro, te contaré con detalle. ¿Hay mejor manera de sentirse viva, plena? ¿Deseada?

Pero ahora es tu turno, Mateo. Cuéntame. ¿A qué te dedicas? ¿Cuál es tu hobby? ¿Por qué pones esa cara?

Ágata

Natalia

Ágata querida:

Te escribo pues no logro adivinar tu intención al presentarme a Mateo. Me dejó muy claro que él jamás se enamora. ¿Será cierto? No lo creo. Tal vez sea la pose que adoptó frente a mi verborrea amorosa cuando le expliqué, así, directo y sin escalas, que lo mío es vivir enamorada. Probablemente es una defensa que ha levantado, sin darse cuenta, para que no lo vuelvan a lastimar. Miedo a sentirse herido, no amado. Temor a no gustar, al rechazo. No lo sé y descifrarlo es trabajo, en todo caso, de su terapeuta (si es que lo tiene) y no mío. Pero si este es el hombre que has elegido para que me olvide de mi más reciente ruptura amorosa, te estás equivocando. ¿No lo crees? Y sí, se portó mustio. ¿Hipócrita tal vez? ¿O serían los nervios de las citas a ciegas? No imagino al Mateo-Pateo-Gateo-Bateo que me describes. ¿Lo batearé sin tenerle piedad?

Que esté casado me gusta. Los casados ofrecen menos peligros para alguien que no pretende comprometerse, como yo, y otorgan más libertades.

En fin, te escribo rápido este correo para contarte que de gustarme gustarme, pues sí me ha gustado el tal Mateo. Físicamente, pues. Lo encontré atractivo e interesante. Me encantaron sus canas. Hubiera preferido que fuera pintor o escritor; las bellas artes son lo mío. O, al menos, periodista; un buen periodista de investigación, editor de alguna revista o conductor de radio. Algo así. ¿Pero físico radiólogo? Es algo tan alejado de mi mundo... Así que no creo que volvamos a salir. Además, siento que lo he asustado. Tal vez fui demasiado sincera.

En cuanto a mi grabadora, llevas aaaaaños criticándola. La sigo usando pues sabes que odio hablar por teléfono. El de mi casa jamás lo contesto y mi celular, tal vez una vez a la semana. Y sólo si estoy de buen humor. Así que mi grabadora, que es tan vieja que parece *vintage*, me es de gran ayuda. Deja de quejarte.

Bueno, querida, cuenta cómo va todo en Los Ángeles. ¿Tus proyectos bien, en marcha? ¿Tu relación con Aaron, firme aún o comienza a tambalearse? Escríbeme. Ya sabes que lo mío no es escucharte desde la distancia; prefiero leerte en blanco y negro. O disfrutarte a colores (con texturas y toda la cosa...).

Te mando un abrazo grande desde la caótica y fascinante Ciudad de México,

Con cariño, Nat

PD. 1 - Por cierto, nunca he observado tus tetas. ¿Sí se parecen a las de Frida?

PD. 2 - De Patricia no me ha dicho nada. Ni siquiera la ha mencionado.

Mateo

Pinche Ágata, ¿cómo te pasa por la cabeza que me iba a interesar Natalia? Me cayó en la punta del saxofón barítono eso de que su profesión es enamorarse. ¿Con eso saca para pagar sus viajes a Francia y Camboya (*Cambodia*, como dijo en imperfecto inglés, ¿o será que así se dice en perfecto camboyano, que ya ves que ustedes los gringos, sin ofenderte, querida, sin ofenderte, escriben Brazil con una puta Z)? ¿Con eso acompleta para pagar la renta y el súper, enamorándose? Quesque se enuló de Nachito, su compañerillo de kínder, cuando tenía cuatro años... ¡Ots!, nadie se acuerda de lo que hizo a los cuatro años, a menos que sea una psicópata. Hasta me contó cómo se dieron su primer beso. Dizque se pasaron un chicle Motita sabor plátano. ¡Plátano, banana, banano! ¿Algo más fálico que eso? Faltó que dijera que era un *chíquele* (José Agustín *dixit*) con un regusto de chorizo verde de Toluca o esencia de carne de doncella hermafrodita. Porque, eso sí, se la pasó hablando de comida, y yo con esta maldita gastritis que apenas deja echarme mis mezcalitos con naranja agria y chilito de gusano (¿algo menos fálico?), chiles de agua con relleno de asiento de chicharrón oaxaqueño (¿no extrañas, mana, la nieve de leche quemada, el amarillito, el mole de chiles negros? ¡Ay!, Oaxaquita linda, ciudad de tragaldabas y pintores).

Luego me dijo que se enamoró de su jefe y... ¡ots!, que vive en perpetuo amor. Eso es imposible. Los enamoramientos truenan y las pasiones caducan como las medicinas: si te la metes después de su «tómese antes del 28 de junio del 2015», ¡palo!, te pones peor de como estabas con la enfermedad primigenia: erupciones en la piel, vómito en proyectil, diarrea en propulsión a chorro (pleonasma), envenenamiento de la sangre, rasquiña, visión doble, aliento a coladera y hasta la muerte por paro respiratorio.

¡Muerte!

¡Ots, reots, retreats!

Tú lo sabes bien, pero no está de más que te lo repita para que no me andes encandilando a tus amigochas: yo jamás me he enamorado, así, de mariposas en la panza... Bueno, sí, ya sé, con la Patricia Recabrona (¿te acuerdas de sus perpetuos pantolones de cuadritos?), que me puso los cuernos apenas llegó mi fecha de caducidad: ni siquiera se esperó un mes, medio mes, una semana. Ni siquiera me mandó a la mierda a la de «Estás mojado, ya no te quiero, pinche Ateo (bueno, la verdad es que ella me decía Teo, con lo que me caga que me digan Teo de Teotitlán, de Teoloyuca, Teotihuacan)». ¿Por qué, si ya no me quería, no me mandó a chingar a mi madre? La infidelidad y el amor eterno me cagan —de hecho—, viven agarraditos de las manos; y ahí van los que aman para siempre, poniéndose las astas de toro cogelón cada que pueden, para salvar con sus canas al aire y sus vacaciones carnales, al *amor*. Para mantener sólido el resistol 5000 de la familia mexicana, chicana o austrohúngara.

El amor, ¡chale!

Y tú sabes, no me jodas, Gata ojos de canica de barro: hablo del amor romántico, del amor de las carnes blandas, de las carnes frías y las carnes azotadas por la más pinche de las locuras (porque hay locuras menos pinches y hasta existe alguna de la especie Feliz), me refiero al amor que apendeja, que te quita el hambre, que te desvela, que te hace llorar porque voló la mosca (peor si es mosca panteonera tornasolada con pelos), el *love, love, love* que te desconcentra hasta que estampas tu carro en la carretera México-Cuernavaca, por la libre. Ese amorcito corazón —yo no tengo tentación de un beso— que te hace sentir, como dice la cursi de Natalia, *mariposas en la panza*. ¡Qué payasada es esa de bichos alados en la barriga en medio de los ácidos gástricos y el síndrome de colon irritado! ¿Mariposas monarca? ¿Mariposas amarillas, Mauricio Babilonio? ¡Ots, qué asco! Porque ya lo dice el tuit: «Cuando te conocí, sentí mariposas en la panza; cuando me dejaste, las defequé».

No sabes (bueno, sí sabes, pero, ¿qué tal que por comer tu *healthy organic food* del Trader Joe's que tanto le encanta a tu *novio Aaron american way by the book*, ya se te está olvidando todo?) cómo lloró la Paty el día que la mandé de cabeza al WC (hablando de jugos gástricos): ni Magdalena cuando le picaron la costilla a Chucho con una larga lanza (de donde viene el dicho de «No te pases de lanza»). ¿Para qué tanta alharaca, si ella quería más que a mí a su arquitecto socialista, a su cura rojo (¡juta!, con lo quemada que está orita la puta izquierda hegemónica)? Y me berreaba que no la dejara, que me amaba. ¿Te das cuenta? El enamoramiento, que es una méndiga inconsciencia, te vuelve un idiota. El desamor, que es un grado altísimo de conciencia, te vuelve lúcido, te regresa de patas a la tierra. Sólo hasta que la trinché con el desamor, Paty se dio cuenta de que no podía vivir sin mí... aunque ya vimos que sí pudo hacerlo.

¡Qué mamada!

Yo, en ese instante de desamor, la saqué de mi cucharón con todo y vísceras y viseras, ¡pluk!, como un sacerdote tenochca enchilado arrancándole el mío(tuyo) cardio a un guerrero tlaxcalteca (por algo no nos quieren a los chilangos). ¡A la gáver!, le dije. Y, en efecto, allá se fue, a la verga de su amante que devino esposo comunista burgués, padre de sus dos criaturas.

Y neta que no fue por venganza que Andrea y yo nos embarazamos al mismo tiempo por duplicado, en espacios ajenos, ¡eso sí!, que ya ves que un principio de la física newtoniana sostiene que dos cuerpos no pueden ocupar el mismo espacio simultáneamente (cosa que vendría a dismantelar Heisenberg con su principi(t)o de incertidumbre... sí, sí, ya sé: qué güeva mis choros de física cuántica). Los embarazos coordinados se dieron, ¡punto! Es más, te reconfirmo la diferencia definitiva, *sine qua non*, entre aquellos y nosotros: ellos se embarazaron por su pinche amor romántico, ¡por calientes! Y neto —nadie salvo tú lo cree—, Andrea y yo nos preñamos porque era algo hermoso, chingón, una verdad contundente, absoluta, por perpetuarnos en el tiempo que se curva sobre sí mismo como una

contorsionista del Circo Atayde Hermanos (¡vamos, vamos, vamos... sin animales!), por la confirmación mutua de que necesitábamos vocecitas en casa, una casa nuestra, pañales con popó que cambiar y gritos que pegar de «¡No agarres eso!», de «¡No le jales el pelo a tu hermana!». La familia, pues. Por cierto, ¿te vas a animar, sí o no? Y, bueno, me sale tu amiga que ella decidió no tener hijos para que no le estorben en la vida. ¡Qué pedo! Que haya dicho eso, me ofendió *de profundis mundis*, pero me aguanté las ganas de responderle porque, la verdad, lo que ya quería era regresarme a casa para calificar los exámenes de mis bestias peludas. Para mí, los hijos, *mis hijos*, no son un lastre, un pinche estorbo. *Yes, you know*. Mis chilpas son el motor de mi vida, ¡brmmmm!, mi explicación fundamental, el milagro más alto al que he tenido acceso. Sí es una friega cuando se enferman, siempre al dos por uno, ¡qué miedo, qué desvelones!, o cuando te rompen el tabor chino de la dinastía I Chin que te heredó la cursi de tu tía (por cierto, qué bueno que lo rompieron, jugando a las escondidillas), pero, ¡que nadie se meta con ellos porque lo meo! Y eso, no me jodas, Ágora, lo sabes mejor que nadie: Andry y yo tuvimos hijos por la misma y bien compartida razón: por Amor. No ese amor culero que te vuelve un cerdo o una arpía, sino amor por la vida. (*Tema de Romeo y Julieta*: tra la la la lá.) Así que un 27 de febrero del año de gracia del 2003, le dije a mi segunda mejor amiga del mundo, mientras tomábamos el solecito rico y húmedo de Huautla después de una noche iniciática:

—¿Sabes, Andry? Te amo, pero no estoy enamorado de ti: te amo como a la Tierra y al Sol, te amo como a mi hermana y a mi madre, aunque nunca haya existido la primera, y la otra se haya desintegrado en las noches del tiempo... Bueno, no es que te ame exactamente así; no, pero por ahí va —ya sabes, Miss Ágara, siempre le meto un chistorete a mis declaraciones más solemnes para darles un toque terráqueo—. Así que, asumiendo el incesto en su máxima expresión, te propongo que nos cásemos (así le dije, con acento en la a, otro chiste) y, tomándole la palabra a la premonición de doña Julia y sus honguitos sagrados, tengamos un dueto de hijitos que amemos y nos amen como nosotros nos amamos, con la claridad de que cuando crezcan es posible que nos den una patada en el culo, agarren sus chivas y se extravíen en el mundo y nos olviden... Pero lo bailado y lo cantado nadie nos lo podrá quitar. ¿Le entras, Andry?

Nada pendejo, le propuse esto a la única persona de nuestro sistema solar que pudiera aceptar una barbaridad como la que se me había metido entre el bulbo raquídeo y la órbita ocular derecha: amarnos sin amarnos. Y resultó ser un milagro: nos basta con nomás querernos, con nomás desear estar juntos, vibrándonos a distancia, durmiendo con mi mano bajo su nalga y con la pierna de ella sobre mi cadera, ligera, ingrávida, unidos con el poderoso pegamento, el inabarcable y pegajoso chicle de los hijos. ¿Ves por qué me cayó en la punta del saxofón tenor tu amiga amarga? Te digo que me estaba insultando cuando me dijo lo de su *no maternidad a perpetuidad*. ¡Chale!

Así que, ¡nel!, jamás mamás (conjugación argentina de «mamas») me vuelvo a

enamorar, totalmente para qué, si la primera vez que entregué mi corazón me recagué.

Aunque eso no quita que de repente te vea los chones cuando traes esas minifaldas que en Los Ángeles (con acento en la A, como la escribes tú, oaxaqueña de mi vida) nadie pela, pero que aquí, en el DF, tan erizo y desteñado, hace que los patanes se orinen en los calzones.

Ergo: nada de amor, sólo fajecitos ricos, de cuates.

Así que dudo volver a ver a tu cuáchala la Naty de la que tanto me hablabas. Creo que tampoco le caí bien, porque en una de esas me preguntó muy acá, como espantaviejitas: «¿Por qué pones esa cara?». Seguro pensó que me estaba rompiendo el esquema o escandalizando por su corazón de condominio horizontal. Para nada, Ágata, a mí no me espantan la calaca ni los vampiros guapos de *Crepúsculo*. Las cosas que veo en el hospital de Neurología, ya sabes, me han vuelto de piel dura, como de nuez mosqueada. Y luego eso de que, «Ay, estoy pasada de peso», «Ay, tengo los senos bien parados... en el piso»; se estaba tirando para que la recogiera. ¿Re-cogiera? Ni está gorda ni está chichicáida, tiene ojo color miel de La Marquesa y las piernas en su lugar, no es megacéfala ni huele a guacamaya (como decía García Márquez de su anciana amada en los tiempos del cólera AH1N1), y tiene todos sus dientes (las muelas no se las inspeccioné). Seguro quería que le dijera «Pero, ¡cómo crees!, no digas eso de ti, si estás bien guapa y bien sabrosa, ¡mamacita!, y hueles a piloncillo en ponche navideño». Pero nones, no le dije nada, ni le aclaré que mi jeta era de «ya me tengo que ir». Y pues, de pronto, su sonrisa fue volviéndose una tabla de ajedrez. Ella me decía que le encantaba enamorarse de poetas, de pintores y músicos, entre más atormentados mejor. Así que, para terminar de un karatazo, le dije que yo era físico nuclear, que estaba encargado del equipo de radiación en el Instituto Nacional de Neurología para achicharrar tumores asesinos y chinear conexiones neuronales.

¡Crack! Tronó nuestro encuentro.

Y es que, ¡ots!, tú y tu manía de mostrarme el mundo desde el edén de tus ojos prietos de gata montañesa.

Güeno, mana, ya me lo voy, tengo un paciente con un trastorno obsesivo compulsivo de esos que me encantan, y me lo voy a alivianar chido con una desarga caliente de mi acelerador lineal, pues ya lo dijeron los Beatles: *Happiness is a warm gun*.

Ahí me saludas a tu Aaron *boy friend*. Y dile que mis celos por él siguen intactos porque, ya lo sabes, manita: tú, antes que la propia Andrea, *tú* eres mi mejor amiga del mundo, ¡y te chingas!

Ágata

¡Nononono, espérame tantito! No me digas nada de Natalia hasta que la hayas visto tres veces. En eso quedamos, Mateo: tres citas, y después hablamos.

Te juro que no la vas a querer soltar; la última vez que vino, casi la amarro al carro para que no se subiera al avión de regreso a México. Natalia es adictiva, y como ocurre con toda adicción, de seguro en algún momento la vas a odiar; pero todo a su tiempo: date chance de gozarla primero, déjate atrapar. Olvida su parte cursi, que era obvio que te tenía que caer en la punta del iceberg, y haz este experimento: deja de oírla y sólo vela. Ve el porte, ve la sonrisa, ve cómo te habla con los ojos. ¿Ya la oliste? Transpira femineidad y clase; es toda hormonas y toda Stradivarius. Pero además, te juro que es divertidísima; no sé si sea por las famosas mariposas en la panza, pero está contenta todo el tiempo. Y mira: con lo que la conozco hasta ahora, no estoy muy segura de que su profesión sea enamorarse: creo que, en todo caso, su profesión es enamorar. Y de ésta, mi querido Mateo, sí se vive.

Natalia

¿Sabes de qué me di cuenta apenas llegando a mi departamento? De que, al presentarme, sólo te hablé de mis ansias de enamorarme y de mi físico (que, además, tenías enfrente). Pero, ¿qué crees, Mateo?, olvidé decirte lo que hago: soy violinista. Pertenezco a la Orquesta de la Ciudad de México durante algún tiempo, pero mi contrato terminó de manera abrupta cuando la esposa del primer violín hizo un escándalo el día que se enteró lo que hacíamos juntos, además de ensayar. Desde entonces, en las mañanas soy maestra del Conservatorio, en las tardes doy clases particulares, tengo un cuarteto con el que toco en bodas y, de vez en cuando, ante eventos que los sobrepasan, ayudo en las relaciones públicas de la Sinfónica Nacional. Ahí lo conocí: un director de orquesta invitado, francés, con un aspecto tal como me gusta, muy mediterráneo. Varonil, ojos oscuros, profundos y cálidos a morir. Un genio con su batuta y no, no es albur. ¿Te cuento? Déjame contarte pues apenas estoy saliendo de ese duelo amoroso forzado por la distancia y me hace bien decirlo en voz alta. ¿Él? Ya ha regresado a su tierra, la ciudad de Satie. No, así no se llama el lugar, quería decir que él y el músico Erik Satie, el de las *Gymnopédies*, nacieron en la misma ciudad: Honfleur, en la región de Normandía. Sí, cerca de las playas del desembarco aliado. ¿Te gusta la historia de la segunda guerra mundial? Después, si quieres, podemos platicar de eso, es un capítulo de la historia que mi padre adora y me la sé de memoria. Déjame volver a Jérôme...

Se ofrecía un brindis para darle la bienvenida en la terraza del Teatro de la Ciudad. Ya sabes, la que da a esos bellísimos jardines interiores. Lo vi. Me vio. Es decir, nos vimos al mismo tiempo. Él no podía despegar la vista de mis ojos. Yo tampoco de los suyos. Preguntó discretamente quién era yo. Nos acercamos. No creo en el amor a primera vista, pero sí en el deseo. En la química. En lo que dice una mirada. Ambos supimos que lo que continuaba sería inevitable. Y nos dejamos ir.

Pero eso fue hace algún tiempo. Ahora te cuento lo que pasó el día que lo visité en Francia. Jérôme acababa de regresar a su país después de trabajar seis meses en México. Y no pude resistirme; fui unos días a verlo, a pesar de su esposa, mucho más joven que yo, y sus dos hijos. Él también era (es) más joven que yo: aunque sólo un año.

Ya no sé si imaginé lo que sucedió o así fue. ¿Te cuento? Me desperté nerviosa. Había llegado la noche anterior a Honfleur y me pesaba el *jet lag* famoso. Dejé la maleta y, muerta de hambre, fui a uno de los muchos restaurantes del Vieux Bassin a comer una sopa de pescado con su *rouille*. Eran plenas vacaciones de verano, hace menos de un mes, de hecho, así que los restaurantes del viejo puerto estaban llenos de turistas. Como habíamos quedado en que él llegaría a mi hotel al día siguiente, a media mañana, después de caminar un rato me fui a dormir (para amanecer descansada y sin tanta arruga debajo de los ojos). Jérôme me dijo que me mandaría un whatsapp cuando estuviera cerca. Y lo hizo. Puso: “Estoy a 10 segundos. 9... 8...

7... 3.8... 2.5... 1.9...” Pero no llegaba.

Mientras tanto, yo padecía los nervios de la espera. ¿Has esperado en una habitación de hotel mientras llega tu amada? Bueno, sí, soy un poco cursi, la palabra *amada* es horrible. Pero dime, ¿has sentido ese dolor de estómago por culpa de la anticipación? Como un vacío lleno de una nada que lastima y emociona y...

Te explico: Ponerte algo de perfume, sin exagerar. Cero maquillaje. Peinarte un poco. Levantarte de la cama cien veces, encender y apagar el aire acondicionado. Ya son las 11 am y no llega. Lavarte los dientes. Enjuague bucal. Más enjuague. Pastillas de menta por si lo anterior no ha sido suficiente. Observarte en el espejo. Temer. El horror de no gustarle (había ganado más kilos) junto con el ansia de un beso. Anticipar el gozo. Pedirle al deseo que sea paciente. Adivinar a qué hora tocará la puerta. Marcar su teléfono pues los segundos se han alargado demasiado. Reírte al saber que se equivocó de hotel y que una inglesa le abrió la puerta de la habitación 12 del hotel de al lado. ¿Y si la inglesa le ha gustado más que yo? ¿Y si es más joven? ¿Con mejor cuerpo? ¿Más simpática y divertida? Por fin verlo entrar, mientras tú corres a refugiarte entre las sábanas, diciendo que tienes frío. Se sienta a tu lado, aún vestido. Entonces te besa. Un beso tan infinito que todavía lo sientes. Todavía.

Reencontrar el erotismo. La humedad inevitable ante su sola presencia. Cuerpo bien cuidado. Manos expertas. Lengua a la medida de mis ganas. Sentirme muy viva. Reconciliada.

Después de comer en un bistró con vista al delta del Sena, dimos un paseo en moto. Un obligado regreso a la adolescencia. Abrazando un cuerpo casi desconocido. Una chamarra elegante de una fina tela que da gusto tocar. Subir a una montaña para contemplar la ciudad desde arriba. Disfrutar la velocidad, el viento sobre mi rostro. Un casco amarillo con un ligero olor a humedad porque anoche ha llovido. Es el casco de mi hija, me explicó. Casas, edificios, avenidas, el mar a nuestros pies, detrás de una ligera neblina. Las pieles que siguen vibrando. Mi aroma en sus labios. El resto de mi vida en su boca. Saber que otra vez estoy irremediamente enamorada y que el duelo del desamor me dolerá igual o más que los anteriores. Y en la misma moto, una BMW, me regresa al hotel al atardecer, de manera discreta, para que siga mi vida como si no hubiera sido abruptamente interrumpida por sus caricias. Por esas caricias que disfruté en México, siempre en mi departamento, tres tardes a la semana, durante más de cinco meses. Y que ahora no tengo.

Sí, claro que sabía que era casado. Y que adoraba a su mujer. Que tenía una linda familia. Bueno, la tiene. Y que todo iba a terminar. Ya he vivido lo mismo muchas veces. Sin embargo, cada enamoramiento es como el primero: lo sabes, los hechos son irrefutables, las famosas mariposas en el estómago tienen fecha de caducidad, pero no puedes dejar de soñar en una vida a su lado. Sí, podrías vivir en Francia (te engañas). Pasar los fines de semana juntos. Ir a Étretat a comer los domingos y admirar los acantilados tantas veces repetidos en los cuadros de Monet, caminar en la playa. Conocer a sus hijos. Despertar a diario a su lado. Preparar café, cargado para

él, ligero y con leche para mí. Conocer sus gustos y disgustos, la comida que prefiere, acompañarlo a los ensayos con su orquesta, a un concierto en Rouen, Budapest o Londres. Tocar el violín, algo de Paganini por ejemplo, mientras él lee junto a la chimenea encendida.

Así soy, con cada uno de los hombres que he querido, imagino una vida juntos. Cambio de casa o hasta de país, de costumbres, de vida cotidiana. Y sí, seguir soñando, aunque los hechos ya se han encargado de demostrarme que no pasa de ser eso, un sueño, un mero deseo. Que así como me dicen “hermosa” cuando están conmigo, un mes después, con igual o más ternura, le dirán “hermosa” a alguien más.

Creo que de eso se trata mi vida. Y de mis dedos de la mano izquierda sobre las cuatro cuerdas de mi violín, la derecha tomando el arco... pero de eso te platico otro día. Mejor hablemos de ti. ¿Desde cuándo te interesa la física? ¿Y me repites exactamente a qué te dedicas? De medicina y ciencia entiendo tan poco.

Mateo

¡Ágata de las verdes matas, tú me tumbas, tú me matas, tú me haces andar ágatas! ¿Sabes que ayer que fui a ver a tu violinista doña Nat King Cola —otra pinche vez y por decisión cien por ciento mía—, me llevé mi ágata en la bolsa derecha del pantalón izquierdo? No es que llevara mi tiritito rompe-agüitas como amuleto o enlace a tierra —igual a esos enchufes de tres patitas, para no perder el piso—, más bien quería que tú fueras testigo de lo que había decidido sería una pelea a muerte, a tres caídas con límite de tiempo, $x \rightarrow \lim y$? Pensé que iba a salir de allí temblando de rabia, como en la canción ranchera; ¡pero fue al revés!, volví feliz, fortalecido y, sí, nervioso, atolondrado como cuando, en los días de irnos de pinta, nos chacualeábamos en la montaña rusa de Chapultepec: gritar de miedo y euforia al mismo tiempo, ¡a la guan, a la tu, a la guan, tu, tri!, con la vaga seguridad de que uno no saldrá disparado del carrito por efecto de las barras de seguridad.

Me gustó discutir, en los terrenos no evidentes de lo soterrado, con la Natis, agarrarnos simbólicamente del chongo. Lo necesitaba. Se me iba a cristalizar la hiel que acumulé en la barriga con nuestro primer (y según yo, último) fuchi-encuentro. Si no lo sacaba, se me iba a fermentar. Yo iba con ganas de decirle que sus enamoramientos eternos (como letra de san Juan Grabiél) son una mamada, sí..., pero, sin dejarme decir ni pío Baroja, sacado de la manga como jugador tramposo de póker, me contó cómo fue a tirarse a un güey a Francia que es director de la orquesta austrohúngara de Kuala Lumpur esquina con el bordo de Xochiaca. Un pinche chango payaso, seguro rubio y azul de un ojo, que vive entre espumas de champaña y aplausos, y no como yo, que me la paso entre radiaciones, grillas sindicales, *papers*, estadísticas, electrones de alta energía (que adoro), pacientes y exámenes que calificar. ¡Ots!, me dieron un chingo de celos (¿qué pedo conmigo?) pensar que este cabrón que viaja de Londres a Praga, tragando caviar con quesos apestosos y se pasea en moto con Nata abrazada a su espalda, como en la peli de *Amélie* (sí, esa escena donde siempre me pongo a llorar), ese triunfador, se había cogido a tu amiga como en el sueño *porno soft* de una foto de Lachapelle. ¡Me cagó! ¿Por qué? No sé, igual y se lo pregunto a Tomás, ¿te acuerdas de mi antisiquiatra?, aunque me sale más barato contártelo a ti, Gátaga. Pero yo me mantuve muy tranquis, muy *cool* como dices, y no se la hice de tos por ese lado celoso de la luna, sino que, para hacer como que me importaba un carajo el retrato de su amante, que andaba tocando la puerta de un hotel equivocado (hazme el favor, será súper sofisticado el güey, pero también es muy pendejo), comencé a localizar y aislar sus huecos, todo maquiavélico, para pegarle por allí.

Me dijo, de pronto, que yo no hablaba como físico, sino como un roquero, como un escritor, y pues, ¡óyeme!, qué idea tan chata tienes de un científico —le reclamé y, con una sonrisa que, más que de seducción, era de camuflaje, seguí machacando—: a los físicos también nos gusta leer poesía, tocar la guitarra, decir guarradas, coger

sabroso, verle las chichis a nuestras amigas, decir «güey» y «puto» aunque sea políticamente incorrecto. No sólo hablamos de entropía y fractales, o teoría de cuerdas, aceleradores de partículas o Einstein, quien, por si no lo sabías, Natal, era violinista como tú. De plano, una vez que tenía un auditorio lleno de científicos de pelos parados, Albert sacó su violín y se aventó unas rolas, no creo que de Paganini, que por cierto me caga con su virtuosismo apantallaviejitas, sino algo más sencillo pero llegador, una Partita de Bach, digamos, o chance algo de Satie. Y pues claro que sé quién es Satie, nomás que me agarraste de bajada con eso de Normandía (y no, no me interesa la segunda guerra mundial). De chico tocaba en mi lira de Paracho una transcripción para guitarra de la *Gymnopédie* 5. ¿Te acuerdas, Lady Gágata?

Y, bueno, tu cuata se quedó de a seis cuando le dije que los fines de semana me junto con el Chipote, Quique y Manolo a tocar rolas de Led Zeppelin, Pink Floyd, Arcade Fire, el Tri y Sigur Rós. Y pues me sale con que le tiene simpatía a la música popular aunque no la entiende del todo, y yo le reviré que John Paul Jones, aparte de tocar el Fender Jazz Bass con Jimmy Page, escribía música contemporánea para orquesta. “¿No habrá dirigido algo de él tu bello director Jerónimo?” Sí, sí, lo admito, yo estaba más que ardido; pero no aflojé y, sin dejar de sonreír, le dije que el guitarrista de Queen es un astrofísico muy solvente dedicado a la investigación y la divulgación. ¿Música popular? Eso me sonó a degradación militar, a descalificación: «¡Ay, eres chafa porque tocas música del populacho bárbaro!». Y que la reto, ¿no te gustaría venir a tocar un sábado a media noche al garage del Chipote a improvisar con tu violín unas rolas populares, al fin que no representan ningún problema técnico para una intérprete culterana como tú? Bueno, no le dije así de gacho, pero eso fue lo que pensé. Y, ¡ots!, me la cambió y me dijo que los compositores más chichos cuereros del mundo han abrevado (¡oras con la palabreja!) de la música popular. Por ejemplo, Tchaikovsky había compuesto su concierto para violín en la nostalgia de su expatriación en Suiza, pensando en las músicas de su tierra, en especial una *canzonetta* de *ruskis* borrachos, tratando de olvidar su intento de suicidio y el trueno de su matrimonio, el divorcio con una representante del sexo equivocado, pues a él le gustaban los muchachos, como a Platón. Me dejó con el hocico cerrado y, para rematarme, que me dice que sí, que nos va a caer al cuarto de ensayo.

¡Ots, el pedo en el que me acabo de meter!

A ver qué me dicen mis pinches compinches de mi súper banda, Quesadilla de Metal (¿te dije que el nombre lo inventó mi viejo cuatachín, Cox Gaitán?), a ver qué oso polar me arman cuando llegue con una amiga fresa, violín en mano y vestida de negro desde el tacón de sus botas Prada hasta la bufanda Armani. Ora que la vi, la cabrona llegó con una faldita muy sabrosa, que ya sabes cómo me encantan los vestiditos cortos (¿todavía tienes el de florecitas que te compré en el American Apparel de Melrose?). No iba enseñando pierna encuerada, sino que, muy modosita, envolvió sus patas (¡patotas!) en unas mallas color humo refiniería de Salamanca que a leguas se veía que eran carísimas, seguro de Capessio; y es que, la neta, se viste

muy chingón como para ser una maestra de música. ¡Ots!, me quedé con ganas de sobarle los muslos de pollo y los chamorros al pibil. Y que me sale con que «Yo me sé el violín de *Dust in the Wind*, es del repertorio de un cuarteto que tenemos para bodas, ¿le damos unas vueltas en el ensayo?». Yo le iba a decir que me caga el rock corporativo como el de Kansas y Journey, pero ya me iba a ver súper mamón. Así que, para contenerme y recordar que es tu cuata tuya de ti, saqué mi ágata (tú) de la bolsa y la puse a media mesa, al lado de una ensalada de *burrata* que le queda muy bien al canijo de Luigi, porque sábetete que la llevé a nuestro *ristorante*, Il Vecchio Forno, para que no me ande presumiendo de sus restoranes franchutes con *coq au vin* y salchichas *andouillette* de tripa gorda de marrano flaco que, la verdad, se me antojaron un buen, por eso es que me cagó aún más el Jerónimo ese y su moto francesita.

¿Y eso?, me preguntó. Pues, una canica. Ya sé que es una canica; pero, ¿para qué la pones en la mesa? Es una *ágata*, le reviré, y no sé si sepas, pero en el mundo de las cuirias hay *bombonas*, grandes, lechosas, lanceadas con colores evanescentes y pesadas; *agüitas*, las más sencillas, transparentes con alguna burbuja por dentro; *tréboles*, con su flor de cuatro hojas por dentro (mmmm..., las flores no tienen hojas sino pétalos, ¿verdad?, y los tréboles, ya puestos en las esdrújulas que tanto te gustan, no son flores sino hierbas del campo, ¿cierto?).

Al mero final —seguí aleccionándola—, luego de los *diablitos* de vidrio rojo y los *pericos* verdes, viene el *ágata*, una canica hecha de un cristal verde clarito súper fino, sin burbujas, con una pincelada de color en el centro, imitando la pupila rasgada de un gato amodorrado, ¿será por tus ojos oscuros dilatados de gata encabronada que tu apá convenció a tu amá de que te llamaras Ágata? ¿Jugaba él, en el terregal, canicas con su chiras pelas y sus calacas y palomas? Cuando le hablé del lenguaje de las cuirias, todo lo tradujo en sexo explícito: que si «altas y hasta su rodilla y bien paradas»; que si «entrus» en el hoyito; que si «empinado atrás de la raya». Y, por fin, me hizo soltar una carcajada, que ya andaba enfiestándome con el emborrachador *lacryma christi* que el Luigi se trae del Vesubio, con uvas saladas vía contrabando napolitano. ¡Me lleva la chingada! Me caga mentirle a Andry, pero le dije que había cenado con el Gran Jefe para terminar de planear la remodelación de la sala de radiaciones, allá en Neuro. ¿Yo mintiéndole a Andrea? ¡Chale! ¿Será que estamos volviéndonos, ella y yo y los chaparritos, una familia convencional? No, no y no. Nada de verdades difusas, nada de fractales del mundo de allá afuera.

Güeno, Gárgarata, voy a terminar el pinche artículo que me pidieron para antier los mamertos del Sistema Nacional de Investigadores, ahí te cuento en qué acabó el ensayo de *Dust in the Wind*. ¡Chale!

Natalia

No quise confesárselo en ese momento, porque me sentía perdida ante la manera tan contundente de ganarme en cada discusión. Sí, hablo de Mateo, Ágata mía. Aguanta mía. Amiga mía. ¿Cuántos años ya de conocernos? Más de los que llevas de aguantar-agatear-patear-coquetear-fajar y cogerte al tal Mateo. (¿Han cogido? Nunca me lo has dicho.) Ya ni hablemos de Aaron, que no es de mi gusto. Es tan, tan... gringo = gris. En fin.

Mateo. Me gusta el nombre y cada vez me disgusta menos el personaje que lo porta. Tal vez por distinto. Porque de nuestros mundos la única coincidencia tangible, hasta ahora, es la pasión desmedida por la burrata: ese queso artesanal que trae la humedad por dentro y la deja salir ante cualquier estímulo. Apenas la semana pasada tu amigo me llevó a comer la mejor burrata del mundo, y aunque no es precisamente Jérôme con su seductora elegancia, dándome un mejillón en vino blanco en la boca y observando cómo muevo al molusco de un lado al otro de mi lengua, Mateo fue un buen compañero de cena. Agradable. Hasta ocurrente. Obliga a mi cerebro a seguir sus metáforas, sus dobles sentidos, sus términos que inventa a mil por hora. Me hace reír. Y, te lo confieso ahora, me gusta cómo me siento ante su mirada.

Regreso a lo mío: lo que no quise reconocerle a Mateo esa noche es que desde la adolescencia escucho las mejores rolas de rock con la Sinfónica de Londres. Ya sé, parece música de elevador, pero así me he vuelto experta tocando *Angie* en el violín como si estuviera en la cama junto a Mick Jagger, *Behind blue eyes* en el jacuzzi burbujeante al lado de Roger Daltrey (sí, es gay pero eso a quién le importa), en una moto abrazando a Jim Morrison (ups, mal ejemplo. Es difícil tocar el violín en una moto y peor aún cuando quien maneja la moto está muerto) o en pleno concierto en el Madison Square Garden al fondo del escenario, interpretando la *Rapsodia Bohemia* de Queen. Dylan y Santana han visitado las cuerdas de mi instrumento. Músicos de los sesenta que, pensé, serían totalmente ajenos a los intereses del jefe de un departamento de no sé qué demonios de rayos especiales del hospital neurológico más importante del país. ¡Rayos! La primera vez que lo vi me lo imaginé escuchando a José José, a Luis Miguel o a Chayanne mientras ordenaba una copa de medias de seda o una cuba con coca cola light. Horror de horrores.

Pues te cuento que ayer fui al ensayo. Llegué vestida del modo más sencillo posible: jeans no embarrados, blusa blanca no transparente, chamarra de piel marrón, botas de tacón bajo. Cola de caballo. Cero sexy. Cero ex miembro de una orquesta sinfónica. Me puse un anillo de calavera para que no se dieran cuenta del ridículo grado del fresez con el que cargo. Es una calavera brillante, de ojos esmeralda, cuya mandíbula se mueve. Y llegué a esa especie de garage-bodega donde ensaya su grupo, el nombre de la agrupación me hizo pensar en una arepa colombiana rellena de queso y guacamole, pero que ahora he olvidado. ¡Qué nombre más ridículo! No dije nada. Me he acostumbrado a que juzgar es un verbo que sale sobrando. Finalmente tu

amigo vive de los pacientes a quienes debe carbonizarles un cáncer a tiempo (o algo así...) y no de las composiciones que ni los miembros de Botellita de Jerez en sus peores discusiones hubieran aplaudido. Eso de detectar las enfermedades que se desarrollan adentro del cráneo (supongo que se llaman neuronales) es un tema que me ha dejado conmovida, pero ahora mejor sigo contándote.

Al entrar, seis ojos me inspeccionaron como si ni siquiera hubiera aparecido, como si fuera una paciente a quien le acaban de decir que le quedan quince minutos de vida y a nadie le importa. Sólo Mateo se levantó, se acercó a mí y me presentó. “Naty”, dijo. “Natalia”, aclaré. Odio los diminutivos. ¿La reacción? Unos leves e indiferentes movimientos de cabeza. Estuve a punto de irme, de sacar mi celular inventando alguna llamada de urgencia, pero decidí, mejor, servirme un trago de mezcal, tomármelo de hidalgo y, sin preguntarles ni dirigirles la palabra, sacar mi violín. El que no es tan bueno pero que tú prefieres por llamativo, el rojo quemado, el que uso para dar clases. Y en lugar de tocar *Dust in the Wind*, mordí las cuerdas para sacar la voz de la Joplin: *Oh, lord, won't you buy me a Mercedes Benz* y, sin detenerme, uní esa rola con el concierto para violín número uno de Brahms y así seguí, brincando de Los Beatles a los veinticuatro caprichos de Paganini. De Hendrix a Bruch. De Led Zeppelin a Mozart. Mateo seguía de pie frente a mí. Inmóvil. Como si estuviera viendo a la mismísima Anne Sophie Mutter (mi heroína) en concierto. Te diría que lo dejé sin pestañear, pero es imposible. De pronto, así, calladito, con ojos de que ya me llevó la chingada, se acercó por atrás, rodeándome. Se colocó de mi lado derecho para que el arco de mi violín, que seguía en movimiento frenético, no lo golpeará y, esperando una pausa en la partitura imaginaria, me dio un beso en la boca, en el lado derecho de mis labios, en la comisura apenas abierta. Un beso suave, ligeramente húmedo, delicado. Un único beso.

Terminó mi interpretación y terminamos los cinco, a las dos de la mañana, brindando con cervezas y comiendo tacos al pastor en el Tizoncito más cercano. ¿Dónde aprendiste a tocar el violín así?, me preguntó el baterista mientras Babeo le ponía más salsa verde y mucha piña a mis tacos, eso sí, sin dejar de darme la mano.

Pero no lo sé, Ágata. Olvidar a Jérôme no es tarea fácil. Todavía me escribe, al menos una vez a la semana, y sigo siendo víctima de sus cartas románticas. Además, ¿ya te lo dije?, el otro día, después de ponerme borrachísima con dos *pisco sour* que me dio sin piedad una de mis amigas peruanas, tuve a mal hablarle por teléfono a mi ex jefe, ¿te acuerdas?, el conductor de televisión que fue bien famoso en los noventa, y decirle, ah, pero qué pendeja, que todavía estoy, de él, bien enamorada. No tengo remedio, ¿verdad? ¡Cuántos años han pasado y sigo pensando en él! Lo peor es que ni siquiera recuerdo lo que me contestó. Vive lejos, auto exiliado en España. ¡Menos mal! Seguro le dije una cantidad de tonterías épicas. Todas olvidables aunque imperdonables. ¡Ay!

Mejor convence a Mateo que se conforme con su esposa. Se expresa bien de ella. Son amigos. Se quieren. Tienen una familia bonita. ¿Para qué carajos ansía buscarle

seis pies al gato? Nueve vidas sí que tienen, pero sólo cuatro patas. Felinas. Inquietas. Sí, carajo, bien inquietas.

¿Cuándo vienes? Ya me urge verte. Hasta sería divertido que saliéramos los tres. Es decir, deja a Aaron en Los Ángeles, encargado de darle de comer alpiste y papaya a tus canarios (¿todavía tienes al señor Soponcio, ese anaranjado que te regalé en algún cumpleaños?) y de regar tus plantas. Ven sola y ven pronto, querida Ágata. Mateo y yo te necesitamos. Bueno, yo al menos.

PD.- ¿Ya te enteraste de la noticia de los muchachos desaparecidos? ¿Los normalistas? ¡Ay, este país nuestro! A veces me dan ganas de salir corriendo al gabacho a vivir contigo.

Ágata

Sueño.

Entré dando pasos tímidos, esos pasitos ridículos de dedos apretados que damos las mujeres cuando traemos tacones y nos obligan a caminar sobre una superficie piedradoquinlajada. Temiendo que los tacones de aguja de las botas negras, hiperaltas con detalles metálicos que nunca en la vida compraría ni me pondría, se atoraran en una de las uniones de las piedrasadoquineslajas, terminé de bajar el cuarto tramo de escalera cada vez menos iluminada. Crucé el vestíbulo lúgubre y empecé a verlos: hombres gordos, de cuellos anchos un poco desparramados sobre el cuello de la camisa; hombres sacocorbatados con sacos demasiado ordinarios para ser tan costosos y corbatas que sobre sus figuras resultaban demasiado cortas.

Te buscaba, Natalia, entre los hombres que estiraban sus manos de plasta como manoplas de beisbol para saludarme, unos presentándome a otros, sonriendo de manera grotesca durante el saludo. ¿Por qué me citaste aquí, Natalia sádica? ¿Porque sabías que me causaría una fascinación perversa el hecho de que en un piso subterráneo de esta vieja casona sobre Reforma Norte, bajo la sobria estoicidad de una sede diplomática, exista un bar clandestino con tufo medieval? Te busco, Natalia; camino, doy vueltas, me empiezo a desesperar, quiero salir corriendo pero no podría con las botas-aguja; temo tropezar y que una de las manos-manoplas se extienda, pretenda ayudarme y, ¡iug!, me toque.

Respiro con agitación. Descubro por qué: aquí nos íbamos a encontrar los tres. Me citaste aquí porque Mateo nos iba a alcanzar, porque de aquí nos iríamos a otro lado. ¿Se fueron? ¿Me dejaron? ¿Es porque me tardé con estas agujas-tacones-zancos que me hacen sentir como una inútil?

Encuentro un elevador. Subo el equivalente a dos pisos y, sorprendentemente, la puerta se abre en una terraza a línea de calle. Desde ahí puedo ver los autos estacionados. ¡Ya recuerdo! ¡Mateo iba a pasar por nosotras! Veo los autos, pero no distingo si está el de él. Puedo salir a la calle, pero si se cierra la puerta no puedo regresar. ¿Y si mientras salgo, resulta que ustedes iban entrando? —los imagino bajando por la escalera, riendo, tu mano blanca sobre la de él—. No puedo con la ansiedad, no puedo, no puedo. ¿Me olvidaron? Me caga llorar.

¿Por qué soñé esto justo ahora que me cuentas tu encuentro con Mateo? Tenía muchísimo sin verte, Natalia. Claro, no me refiero a verte-verte, sino a cerrar los ojos y recordarte como si te estuviera viendo, con la claridad con la que sólo se ve a ojos cerrados. ¿Que quieres venir a vivir a Los Ángeles? Te espero con los brazos abiertos, para ver si así entre las dos entendemos la sinrazón: vi, por supuesto, lo de los chavos desaparecidos. La Normal de Ayotzinapa otra vez, Natalia. Los estudiantes que quieren ser maestros para enseñar a otros estudiantes que el mundo sí se puede cambiar siempre que logremos que no nos cambien a nosotros. ¿Es eso lo que les da miedo? ¿Les perturba tanto la libertad para saber que es más fácil, más rápido, más

cómodo, desaparecer, o tal vez matar, que convencer? No sé si sea eso también lo que se me metió en el sueño: los trajeados de manos-manoplas que todo lo ensucian, que todo lo corrompen, que no saben reconocer al otro. ¿Qué hacías tú ahí, con Mateo, en un mundo que no es el que nos corresponde, yéndose sin mí?

Me desperté con las manos cruzadas sobre el pecho, las rodillas pegadas a los codos, la espalda de Aaron a unos centímetros: ese muro que me protege de la sinrazón. Sí: mi gringo-gris, como le dices tú, es mi dique contra la locura que me acecha y me atrae y me rebasa. Algún día te hablaré de esto con más enjundia.

Nunca me vayas a hacer una de estas, Natalia cabrona. Aunque no pueda ir a tu paso, nunca me dejes atrás.

Natalia

Hola, Mateo. Un correo muy rápido para decirte que me quedé pensando en dos cosas. La primera, en que no crees en el amor a primera vista y resulta que ahora mismo estoy viendo una película inglesa llamada *Mátame suavemente* con Joseph Fiennes (¡qué nalgas!). Me encantaría (no, no puedo poner encantaría. Mejor lo borro y pongo: “Me resultaría interesante verla contigo”). Al menos el principio, ese primer encuentro de miradas y ese primer momento cuando sus manos se tocan. Sólo las manos. La actriz no es particularmente bella aunque tiene unas tetas que Ágata y yo envidiaríamos. Y las escenas eróticas son... digamos que se antojan muchísi... (No, tampoco puedo escribirle esto. Pensará que lo único que quiero es acostarme con él cuando en realidad, al escuchar los gemidos, aún no puedo dejar de recordar a Jérôme y su manera de penetrarme. Queda borrado, pues.) “El amor es más que una buena cogida”, dice una actriz en este momento y pienso si será cierto. ¿No puede ser posible que el amor no sea más que una, dos o tres buenísimas cogidas? Sólo eso. Puro deseo... Lo lógico es que quite lo de la película; no viene al caso. Borro todo lo anterior; comienzo de nuevo:

Estimado Mateo:

Un breve correo pues estoy preocupada. Te cuento que tengo un tío al que le salió una bolita detrás de la oreja derecha. Ha crecido (la bolita, no mi tío). Y se ha puesto rara. Como el hombre jamás se casó, así que no tiene una esposa que lo obligue a hacer las cosas que no quiere y, además, es el campeón de la negligencia y cree que nada puede pasarle, se niega a ver a un doctor. Está seguro que pronto se le quitará. Odia a los médicos. ¿Podría mandarlo contigo? Ágata dice que eres el mejor, que ves lo que otras miradas no logran. Y que, además, siempre dices la verdad, por más dura que sea. Avísame por favor y yo misma lo llevo a donde me indiques. Espero tu respuesta y, mientras tanto, te mando un abrazo con algunas notas de Bach. Hasta pronto (si es que quieres volverme a escuchar tocando el violín),

Natalia

PD.- ¿Cómo puedes vivir con esa palabra que ni siquiera me atreví a poner aquí arriba (“muerte”) en tu lenguaje de todos los días?

Mateo

¿Qué onza troy, Nata Nata, bo Nata, banana fana fo, Nata, fai fai mo mata, Nata? ¿Pudiste digerir los tres millones de tacos que te zampaste en el Tizón? Porque yo no (nomás me comí 4,000,000 con todo menos sin cebolla): todavía los traigo como queriéndoseme salir por las narices y las oreja (sin «s» plural (y perdón por el chiste estilo Alfred Jarry, pero para mí —un físico—, nada mejor que la patafísica... y es que tienes que leer *Ubu roi*, no puede ser que sigas con vida sin leerlo, ¡mierdra, *merdre!*)). De hecho todavía traigo tal tufo a piña en trompo que el Gran Jefe me pidió una orden de dos al pastor bien planchados. Es muy cagado el güey: en los peores momentos de grilla con el sindicato, siempre ha salido al quite, y me dio un arrempujón para entrar al Sistema Nacional de Investigadores. Pero, bueno, lo de tu tío está mal. Dile que me marque. O más bien pásame su cel y yo lo busco pues, por lo que me dices, no le hace caso ni a su sí-mismo. ¡Ots!, espero que no sea lo que me imagino, lo que ya te estás imaginando. Y es que esas mierdas del cáncer son como los incendios forestales, comienzan con una chispita en un rincón y luego se extienden por todo lo que está vivo y verde y, cuando crees que la apagaste aquí, ya está devastando por otro lado, y luego regresa al lugar de inicio, donde nomás hay un campo carbonizado; y ahí sí, contra cualquier ley de la física, las cenizas se vuelven a encender, como brasas en una parrillada sonoreense. Metástasis, esa palabra me caga más que la propia «cáncer» o «muerte», la putas odio, me aterra. Y es que no es que yo atienda en sí al cáncer maldito. Más bien, yo soy el sicario de los cirujanos, el que persigue los tumores por los laberintos de las choyas de los pacientes, los encuadro y reencuadro con pincitas y coordenadas tridimensionales. ¡Arriba las manos, pinches ojetes! Y... ¡tomen sus electrones de alta energía, ñññññ! Y es que, de verdad, los tumores se me imaginan unos güeyes mala onda, mala madre, mala leche, como esas serpientes suicidas de los heraldos medievales que se comen sus colas en un círculo que se cierra y se cierra hasta el estrangulamiento. Ese ojete de mierda, el cáncer, el emperador de los males, dijera el hindú, es un imbécil que se mata a sí mismo reproduciéndose como una hiedra venenosa, como la canción de Johny Laboriel, chingándose a quien lo hospeda. Yo lo que hago es darle al doc un mapa exacto, con pelos y pañales, del enemigo, y le echo a andar el Linac, que es como dícese en inglés de mi acelerador lineal, *linear accelerator*, para partirle el hocico al volován maligno. Es cabrón. El méndigo disparo quema todo, por eso no te debes pasar ni un amstrong de la frontera de lo bueno con lo malo, porque le fríes las neuronas sanas al impaciente-paciente. Yo tengo que calibrar la maquinaria, hacer los modelos computarizados de las seseras, calcular el putazo de las radiaciones. Y ¿qué te digo?, a veces el tamal del mal está debajo de una masa en buen estado, linda y azulosa, entonces, ni modo, como va, el rayo X se lleva lo que está en el camino: pagan justos por pecadores. Por eso lo que hacemos es radiar desde varias, muchas posiciones, para no dejar en estado de coliflor (vegetal) al usuario.

Y, ¡chales!, es cierto lo que dice Ágata: tengo un ojo implacable. Un tercer ojo que no tiene que ver ni con la cortadera quirúrgica ni con metafísica nuclear, ¡Jacobó, nuclear! Siempre sé si alguien va a sobrevivir o no. Al principio esa certidumbre era aterradora como patada del Chicharito en los güevos, una pesadilla. Y me daba por llorar como loco desquisteado cuando me anticipaba a la muerte de un paciente-paciente. ¿Qué caso tiene traerlo a Neuro si va a ser en vano tanta sufridera, tanta lluvia de partículas aceleradas? Y, claro, me dio por negar, por pelear conmigo mismo hasta demostrarme que mis anticipaciones eran erróneas, falsas, indemostrables, unas mamadas. Para esto, mi siquiatra, Tomás el Desacelerador, me recagoteaba y me repetía lo que yo sabía a la perfección: que era imposible que supiera si alguien tenía la cuenta regresiva o progresiva, y me mandaba media farmacia para bajarle de *eggs* a mi ansiedad. Esa fue una muy mala racha en mi casita: no podía disfrutar a mis hijos, no podía dormir de cucharita con Andrea. Sentía que les iba a contagiar los males que perseguía en mis pantallas reticulares y mi cañón de electrones desafortunados, que les iba a transmitir una enfermedad que ya sé que no es contagiosa, como el ébola o el miedo.

Pesadillesco al grado que llevaba mi récord en un cuaderno Moleskine de pastas rojas: éste sí, éste no; éste no, éste sí. Hasta me dio por calcular cuánto tiempo iban a vivir mengano y perengano. ¡Ots!, ¿por qué me metí en esta mansión del miedo y no me dediqué, con mi tino de Pronósticos Depodridos, a la astrofísica para calcular la muerte de una estrella enana, el colapso de un hoyo de gusano, o si con la materia oscura del cosmos se podía condimentar un puchero de pollo? Las pastas de Tomas (sin acento en la a) me tenían, como siempre, imbécil: me tapaban el temor, el temblor y la culpa con una sabanita delgada. Lo peor era que yo sabía que detrás de mi calma chicha estaba el cataclismo. ¡Ni pex! Decidí dejar mi cómodo puesto de irradiador y dedicarme de lleno a dar clases en Ciencias y no esta rotación de la residencia de la maestría que doy tres meses al año, cada día de Sor Juana, aquí en mi claustro cuando... ¡cha ca cha chán! Ocurrió el anti milagro, la no revelación.

Has de saber que no sólo me gustan Pinky Floyd y Peter Gabriel. Tengo mis bandas mexicanas más favoritas, ya sabes, ochentas, noventas y algo más: Café Tacvuba, La Maldita, Santa Sabina, La Barranca y, sobre todo, Caifanes. Yo me trepé al avión de mi segunda adolescencia con esos chatos como pilotos, con sus letras mega ingenuas, como de estudiante azotado de prepa, con su sonido épico, demoledor como martillo para las brujas. *Malleus maleficarum*. El guitarrero (seguro no lo ubicas), Alejandro Marcovich, era mi héroe del silencio. Me sé a ojos cerrados (claro, tocados con las patas) sus solos y he comprado todos sus carritos (los pedales con los que afecta su guitarra para que suene más gorda o distorsionada, con eco y *dealy*, pero siempre puerca, con asientos como del chicharrón oaxaqueño que tanto le encanta a la Ágata). Soy cliente del laudero que le modifica sus guitarras y le tomaba videos clandestinos tiro por viaje al Marco con una chaficámara V8 del pleistoceno inferior para copiarle, milímetro por milímetro, sus digitaciones. En fin: fue, es y será

que pone a freír con un chilito cascabel en mantequilla y, ya que está doradito por fuera y pulposo por dentro (relleno cerebroso), se lo da en la boquita a la víctima para que lo deguste, “¿está rico?”, y el zombi le contesta que sí, ¡yumi yumi! ¡Chale!, esta peli me pasaba por la pantalla interna mientras veía los ésos de Marcovich, sin sangrerío aparatoso, sentadito en su butaca quirúrgica.

De pronto, entró un camillero jalando un tecladito Yamaha, de los que ya vienen con sus bocinas integradas. ¡Qué onda! ¿Le van a tocar una marcha fúnebre o qué? ¡Ots!, hubieran invitado al Quique, que ya ves que le tunde sabroso a la pianola. Pero, contra mi plan funerario, a la una, a las dos y a las tres, el anesthesiólogo le interrumpió la dormidera a Alejandro Marcovich que, quién lo dijera, cuando era más joven y tocaba con una versión primitiva de Caifas, Las Insólitas Imágenes de Aurora, se había impuesto el apodo de Neuro Rock (desde aquella intervención, el INN ahora es para nosotros Neurorockología).

Despacito, Álex abrió los ojos, con su chirimoya destapada como coco para sacarle el agua de coco apañada a un soporte que no le permitía moverse ni cabecear si le daba sueño. ¡Pero qué sueño ni qué ocho cuartos!, si tenía los ojos de párpados bien abiertos como persianas, de toro loco, de alcantarilla en desazolve.

—Señor Alejandro, levante la mano si me escucha —le dijo con cariño, precisión y voz alta el cirujano Vázquez. Y Neuróvich que la levanta—. ¿Está usted en condiciones de tocar el piano? —y Neuro que dice que sí con ese movimiento del índice que hacemos los chilangos como si rascáramos algo—. Pues es tiempo de que interprete algo para alegrarnos a los presentes.

Alejandro palpó el teclado como ciego, pues no podía voltear a verlo, lo prendió, ¡clic!, se sobó las palmas de las manos una contra otra, y, ¡ándale, manito!, comenzó a tocar el típico minueto de Ana Magdalena Bach, una rola que me pareció atterradoramente hermosa y que me llevó de cabeza a mi infancia, a mis clases de piano con la maestra Petra, a quien leapestaba el hocico a güevo cocido. Mirando con mucho detenimiento el modelo tridimensional de los sesos que habíamos hecho él y yo, Vázquez comenzó a remover y a cortar con un bisturí láser el chorizo verde de Toluca que le sobrepoblaba la caja de los pensamientos a Neuro Rock. La idea de este espectáculo de película gore triple Z era que, si el cirujano comenzaba a filetear donde no debía, Marcovich, a su vez, comenzaría a tocar erráticamente el piano. ¿Sabes?, a pesar de cualquier híper sofisticado mapa 3D y microscopios quirúrgicos, hay conexiones neuronales invisibles, que sólo se revelan al tacto del doctor, cuando ya estás adentro del cerebro del paciente. Si el doc Jorge cortaba algo que no figurara en nuestro modelo matemático, el minueto de Bach se iría a la cañería. Pero Marcovich siguió toque y toque con un tempo y una pasión que me ponían chinito. De pronto hubo una duda, un olvido. Un silencio. Todos nos pusimos helados como paleta de limón de La Michoacana. Marcov levantó la mano para tranquilizarnos. Entrelazó los dedos y los tronó como cuando Largo, el de Los Locos Adams, se alistaba para tocar el clavicordio, y siguió tocando muy claro, limpio. El murmullo de

alivio de practicantes y residentes fue y vino como el oleaje de una bahía de Manzanillo.

¡Ufffff!

Urrutia casi ni volteaba a ver la sesera abierta en vivo, sino que guiaba su cortadora laparoscópica contra la imagen de la pantalla, como si fuera un juego Nintendo con Mario Bros brinca que brinca obstáculos para ganar puntos que le darían más y más poderes para salvar a la princesa.

Cuando el cirujano desprendió el huitlacoche maligno y lo depositó con cuidado y suavidad en una charola (esta no de plata), listo para llevarlo al comal y hacer quesadillas de sesos, todos aplaudimos. Yo hasta chiflé de emoción, como en el último concierto de Caifanes. Neuro Rock levantó de nuevo la mano derecha, ahora para agradecer a su público por el decoroso recital de música barroca que nos había dado. Vázquez ya me había dicho que cuando Alejandro regresara de su viaje estelar no iba a recordar nada de este paso cerebral de la muerte. Ni siquiera tendría una memoria guardada del dolor que uno podría creer que lo carcomía: el cerebro no tiene terminales sensibles, ¿sabes?, no duele cuando se incinera o se encoge por efectos del insomnio y los cañonazos de carbohidratos que le recetamos día tras día, friéndolo dentro de nuestra chirimoya. Súmale la anestesia local que le tenía entumida la piel y los huesos craneales. Y el Fentanil, ese sedante maravilloso. Y de nuevo lo mandaron a dormir para reintegrarle su sombrerito de hueso. Yo creo que sonrió antes de jeterse, pero no puedo asegurártelo al cien por causa del estribo que le tenía cerrada la mandíbula y la sábana de aislamiento que le coronaba la tatema.

Mientras los asistentes le zurcían y pegaban el tepalcate a la maceta de Álex con colaloca de osteofitos, el doc Jorge se bajó el tapabocas, volteó hacia gayola y, sonriendo, nos levantó el pulgar triunfante en señal de «¡No que no, bola de descreídos!». Entonces le dio la señal a su enfermera de que ya echara a andar su iPod lista para reventarse una rola emblemática de los Caifanes. ¡Uf!

Antes de que nos olviden haremos historia. No andaremos de rodillas, el alma no tiene la culpa. Pero, si no es el alma, ¿quién carajos ha hecho este tiradero que se llama vida? Antes de que nos olviden rasgaremos paredes y buscaremos restos, no importa si fue nuestra vida. Tu música sabe a mole poblano, hermanito, a sal de mar, y es un espacio pequeño y cuadrado, un enorme transcurso, lo efímero, la eternidad en el puño de un instante. Antes de que nos olviden nos evaporaremos en magueyes y subiremos hasta el cielo y bajaremos con la lluvia. Yo ya estaba haciendo llover con mis ojos de agua en sed máxima, listo para echarme un Alipús San Andrés, no le aunque me duela la barriga, con su naranja agria y chapulines en taco. ¡Salud!, porque antes de que nos olviden romperemos jaulas y gritaremos la fuga; no hay que condenar el alma. Y qué ganas de salir rodando en mi bicla para perderme en las curvas de Insurgentes Sur porque, ¡chingao!, yo te condené, querido Álex, yo te condené a pelar gallo y, ahora mi mero gallo Vázquez te había salvado. Y pegué de gritos: yo había perdido al fin esa certidumbre maldita de vaticinar la muerte. Nada.

No sé si vas a durar para nunca o para siempre, que *Aunque tú me olvides, te pondré en un altar de veladoras, y en cada una pondré tu nombre y cuidaré de tu alma y, ligerito como un rayo, le mandé un WhatsApp a Ágata:*

—¡No mames, se salvó! ¡Marcovich se salvó! Mi pútrida predicción se pudrió por lo menos aquí y ahora; no sé si mañana o pasado, pero orita, sí.

Y Ágata se descosió con un:

—Nomamesnomamesnomames no mames!!!! No vayas a apagar las veladoras.

—No! Nunca!

Bueno, así que nunca nunca, pues no, ¿verdad?, pero el nunca de hoy es el que cuenta, pues *antes de que nos olviden haremos historia*. Y mira, querida Nat, Neuro Rock sigue vivito y coleante, ya hasta se volvió a salir de Caifanes, como Arau de Botellita de Jerez, y Bunbury de Los Héroes del Silencio. Salir, salir, salir.

Por cierto, ¿cuándo volvemos a salir antes de que nos olvidemos, yo de mí, tú de ti, tú de yo, mí de tú?

Ágata

Chateo:

Necesito que hablemos ya. No puedo seguir leyéndote en el estúpido chat del WhatsApp mientras me cuentas este asunto de Natalia. No soporto, me revuelve las tripas, encontrar ahí, como un mal acomodo de letras de cambio, las palabras “interesántica”, “múslida” —¿de cuándo a acá esdrújuleas tanto?—, “sabroxá”, o “Naty” —con lo que le caga a la Natalia que le digan “Naty”— sin saber qué inflexión les das. “Me jaló como grasita de suadero y de pronto le estaba acomodando un beso”. “Sus dedos como tablitas de marimba chiapaneca”. “De esas sorpresas que no terminas de creerte porque no te las esperas, como chavito en Navidad”. ¿Juat? ¿De qué estás hablando, güey?

Me gusta, no creas que no, saber que estás descubriendo a la Natalia que yo conozco. Y leo lo que ella me escribe y veo cómo te empieeeeeezas a quebrar: el que no quería volver a ver a mi amiguita cursi, ¿eh? A veces eres puro choro, Choreo, pero no me hagas esto; si no puedo escuchar la vibra de tu voz cuando dices lo que dices, me obligas a adivinar si lo que dices viene de tus tripas o de tus coágulos o de tus *brains*, y no, es demasiado. ¿Te gusta Natalia, o nomás te intriga, o nomás te calienta? ¿Te recorre el latigazo desde la panza hasta la nuca y se te estaciona en la frente, se te convierte en esa anestesia que te ataranta un rato para luego volverte a la vida con ganas de gemir?

Tal vez voy a México en unos días. Dice Natalia que ya quiere verme, ¿y tú, Malditeo? ¿Ya me quieres ver? ¿No se me ha pasado la fecha de caducidad?

En lo que son peras o desesperas, háblame, chingao. Quiero preguntarte más detalles de cómo iba vestida la Natalia-Diosa (¿cómo es que no existe la palabra “diósida”?), pero ni modo que te lance la pregunta en el Whats, me siento chavita de prepa. ¿Cómo ibas vestido tú? ¿Aún usas para tocar la bufanda vieja como gabardina de Cantinflas que te traje de San Francisco —siete dólares en Haight-Ashbury, me juraron que había sido de Hendrix— y que perdimos el día de lo de Botellita en San Diego, y que encontramos tirada al día siguiente a dos cuadras del hotel? No mames, qué cosas nos pasan.

Por eso necesito que hablemos, que me hables, que me digas cosas para hacerlas nuestras, Bufandeo: pasa que las cosas sólo pasan cuando *nos* pasan.

Mateo

Ágata. Sí, necesitamos platicar de viva voz. Estoy sacadísimo de onda, aterido, agorzomado. Creo que me va a dar otra vez ese ataque de pánico que me taladra los huesos cuando tengo la puta certidumbre de si alguien va a sobrevivir o no. Y para acabarla de chingar, fue con el tío de Nat. ¡Carajo carajos! Apenas si la conozco y ya le estoy fastidiando la vida a él y a alguien que ama, bueno, no yo, sino el Enemigo, el volován. La muerte.

Cuando vi al señor en el consultorio del jefe de Oncología, sentí en el pecho ese pellizco que ya sabes. Intenté hacerme el pendejo, voltear a otro lado, pero Natalia me estaba mirando muy fuerte, con ojos de ancla. Dejamos al viejo con el doc y Natalia me jaló a un pasillo. Me acercó el rostro. Mucho. Me dieron ganas de besarla; pero ella iba por otra cosa, y me sentí un traidor de mierda.

—¿Va a sobrevivir?

—No sé, ya no soy el Nostradamus de antes, ya te conté que con Marcovich yo ya no... y no...

Y lancé un suspiro derrotado.

—¿Va a sobrevivir? —volvió a atacar.

Y, mira, ora que lo veo escrito, pareciera que ella estaba agresiva, mandona; y no. Me estaba pidiendo cuentas, sí, pero con dulzura, suplicándome esa sinceridad que los médicos tienen prohibida según los nuevos protocolos de Neuro. Pero yo no soy un médico en sí, en mí, en fa, aunque las enfermeras y los camilleros me llamen doctor, que con trabajos terminé la maestría, ¿te acuerdas? Por supuesto que recuerdas, el que se olvida de todo soy yo, ¡claro!, si hasta llevaste un trío y me cantaste *Dios nunca muere* versión Carl Sagan con tu voz de zapoteca insumisa, prieta y fabulosa. ¿Por qué no me casé contigo? Ah, sí, por nuestro pinche gringo pachón tez de bolillo. Bolillo.

—No, no va a sobrevivir —le solté de madrazo, no había otra opción, aunque mi cuerpo ya había dado la respuesta sin importarle qué decidiera mi cabeza, que comenzó a dolerme ahí mismo, muy cabrera infante—. Pero, porfa, no me preguntes, no me preguntes. Ya no quiero vaticinar vidas y muerte, apenas estoy saliendo de esa pinche maldición —le dije quejumbroso, con la vocecita esa que hago, y que te caga, cuando me victimizo.

Obvio, yo pretendía que Nata me abrazara a la voz de «Ya, chiquito, ya. Descansa. Ya pasó, no tengas miedo de tus fantasmas, no te atormentes». Pero, obvio, ella se dio la vuelta y le dio a la sollozadera. Chale, me dieron un buen de ganas de abrazarla por la espalda, como cuando nos dejó patitidifusos al trinomio Chipote-Quique-Manolo con su violín delirante; pero aquí no había erotismo... bueno, no de parte de ella, porque de mí, y confesártelo me da una pena que contigo sale sobrando, Gata, la muerte me dio un vágido —diría mi abuelita Lupe— de lascivia. Pero seguí intentando hacerme güey.

—No hay que adelantarnos, todavía hay que meterlo al túnel del tiempo, eh, el resonador magnético. Ver el tamaño del volován, perdón, del tumor...

—No te preocupes —salió en mi defensa la propia Natalia—, me alivia que le llames así a la bestia que está devorando a mi tío.

Y, ¡zas!, me dio un beso en el área chica, que ya ves cómo me ponen (¿por qué me prende más un besito así que uno de lengüita?).

Te llamé a tu fijo hace un rato, y me mandó a buzón. Como siempre, la pura idea de que conteste el bolillo me cortó la inspiración.

¿Ora dónde andas tú, que siempre me reclamas que no me hallas? ¿Por qué tu cel siempre me dice que estás fuera del área de servicio?

PD.- El otro día la cagué con Nat al llamarla Naty. ¿Por qué, a la primera oportunidad, mutilo los nombres de las morras que pueden sonar a Paty, como Andry? Ya me hice el firme propósito de no contarle nada a Natis de la Putricia y lo he logrado. ¿Al fin puse punto final a esa historia, algo que le debo agradecer a nuestra violinista?

Natalia

Estimado Mateo (¿o querido Mateo?):

Te escribo con la impresión de la muerte de mi tío todavía en la piel. En los ojos. Sí, sé que me lo dijiste. Desde que lo acompañé al hospital y lo viste entrar, observé en tu mirada un breve estallido de desesperanza. Y cuando te pedí la verdad, aun antes de que lo pasaras por tu impresionante máquina, moviste la cabeza, de un lado al otro, en señal de que no había nada que hacer. Ni siquiera el oncólogo que lo trató tuvo tan buen tino. Nos prometió seis meses, ocho a lo más. Pero tú, en ese correo tan corto y que tanto me dolió, me aseguraste que no viviría más de quince días. Tenías razón. Ayer lo incineramos y si no te llamé para que me acompañaras a la agencia funeraria, fue porque perdí mi teléfono celular y, con él, todos mis contactos. Tu presencia me hubiera venido bien, muy bien; es la verdad. Por cierto, ¿me reenvías tu celular? Quiero llamarte.

¿Por qué me aferré a un milagro? Porque eso hacemos los seres humanos. Para eso existen las religiones, entre otras cosas. ¿O no? Aun los que no creemos en un Dios que interviene en el quehacer cotidiano del hombre, impidiendo tragedias. Pero también me aferré por lo que me contaste de Marcovich. ¿Cómo, con la gravedad de su estado, pudo sobrevivir? ¡Quién sabe! ¿Será que, igual que el amor, cada cuerpo tiene su fecha de caducidad establecida?

Bueno, he de aceptar que mi tío, a quien conocíamos como Charlie o La Araña Sandinista (sí, en su juventud se fue a trabajar a Nicaragua y regresó a México bien pero bien comunista), no se cuidaba demasiado. Está bien: no se cuidaba nada, es decir, adelantó su fecha de caducidad. Es la verdad. Su vientre lucía un permanente estado de embarazo. Un embarazo de 22 meses o más. Bebía como cosaco, y cuando brindaba decía, orgulloso: “¡Mueran, neuronas, mueran!”. No comía precisamente verduras, ensaladas, cereales y frutas. A menos que las carnitas con guacamole y la chistorra con mucha salsa verde entren en alguno de los grupos alimenticios anteriores. Del ejercicio, ni hablemos. Estaba convencido de que el ser humano es la única especie sobre la tierra que se mueve a lo pendejo. Pero era un hombre generoso, culto, simpático hasta en sus malos humores. Estaba a punto de retirarse: había comprado una casita con jardín en Cuernavaca y ansiaba vivir ahí, dedicado a la lectura y a compartir sus tardes con amigos en infinitas conversaciones, buena comida y buen vino. (Vino = cervezas, tequila, whisky, ron. Sí, el ron era su bebida favorita. Y coca cola, pero no light ni zero ni ninguno de esos inventos inútiles.) Estaba olvidando algo: también fumaba. ¿Qué esperabas? Todo hace sentido. Sobre todo, Raleigh. Pero también mota de vez en cuando.

Así es la vida, supongo. Así es, también, la muerte. Y el amor. Im-pre-de-ci-bles.

Recuerdo el dolor de Ágata cuando murió su madre. ¿Tú ya la conocías en esa época? Sí, creo que sí. Fue tan repentina (pinches accidentes), que se tardó dos años

en darse cuenta, así, de verdad verdadera, que ya no la tenía y que jamás (sí, jamás, esa palabra tan definitiva) la volvería a ver. Pero, bueno, si ella no te ha contado sobre su duelo, no debo hacerlo yo. Esperemos a reunirnos, que me urge. Me ha entrado una extraña sed de estar juntos, los tres, en el lugar que sea, conversando y brindando durante horas enteras.

En fin, comencé a escribirte, y pensaba que sería un correo breve, para agradecer tu interés. Recibí tus mails preguntando por la salud de Charlie. Vi tus llamadas perdidas. No podía contestarte. No podía hacer nada, de hecho, más que verlo apagarse. La bolita que observaste ya era una bolota. Enorme. Invasiva. Terrible. Agresiva. Asesina. Estaba hinchado, sus brazos, sus manos tenían el doble del tamaño, parecían guantes de médico inflados... pero había adelgazado. No podía comer. Tragar le dolía. Tampoco lograba hablar. Apenas se le entendía. Estaba sedado y en sus pocos momentos de lucidez, se quejaba. Le dolía, le dolía mucho. ¿Y a nosotros? A sus hermanos, incluido mi padre. A sus sobrinos, yo incluida. A todos nos dolía verlo sufriendo. ¡Pinche cáncer! ¿Quién, en su sano juicio, inventa una enfermedad tan cruel?

Me hubiera gustado verte en su funeral. Pedimos que quitaran la cruz del velatorio. Era ateo. En cambio, llevamos música. Su música. Yes, Rolling Stones, Los Beatles, Silvio, Pablo. Yo llegué con mi violín, y unos minutos antes de que se lo llevaran para reducirlo a un montón de cenizas, toqué, dos veces seguidas con la esperanza de hacer la despedida eterna, *Stairway to heaven*. Ojalá, si existiera el cielo, hubiera una escalera tan alta que alcanzara para ir a visitar a nuestros muertos.

Con cariño,

Natalia

PD.- ¿Ya te pedí que me mandes tu celular, por lo que más quieras?

PD 2.- ¿Sabes, finalmente, cuándo viene Ágata? También perdí sus datos. Me urge verlos (creo que ya lo dije).

Ágata

Natalia, querida Natalia, siempre presente Natalia,

Me entero con mucho dolor de la muerte de Charlie. Lamento estar lejos, no poderte dar ese abrazo que repetidamente te he enviado desde que presentiste lo inevitable. Lamento también que tengas que pasar por esto cuando aún no cierras el duelo por Jérôme —Jérôme que no termina de morir, que se resiste a que lo entierres, que insiste en revivirte la memoria y las nostalgias justo cuando creemos que ya estás terminando el novenario.

Los últimos días han sido una locura. No recuerdo si te conté de una nueva cuenta que me cayó; una pequeña empresa dedicada a la joyería de plata con diseños *earthy*. Un poco cliché, pero las piezas en general están lindas y de buen gusto; las combinan con correas con remaches de plata y se han vuelto *kind of trendy* entre cierto círculo de este pueblo. El dueño-diseñador es un chavo de Jalisco que lleva un rato empujando sus colecciones en México; abrió un local en una de esas placitas comerciales de ese purgatorio que es Polanco —ya sabes, el mero infierno es Santa Fe—, y le ha ido bien. Bueno, pues ahora se trajo el negocio a *ElEy* y puso una tienda en Melrose, a unas cuadras del Newsroom, ¿te acuerdas? donde vimos al *newsmaker* —chiste local— y otra en Santa Mónica. El caso es que el tipo, nada tonto, dijo: “No, pues me voy a buscar a la pi-ar más guapa de la West Coast que, además de ser *bilingual* y *bicultural*, tenga la piel del color del mole —que es con la que mejor luce la plata— para que modele el producto mientras organiza los eventos en galerías y cafetines, conecta a los medios para que nos inviten a sus *morning-shows*, seduce a los *baby-boomers* gringos progres amantes de *Latin America*, y pone el toque sofis con sus pantalones negros pegaditos Helmut Lang como (bajo) fondo para sus blusas oaxaqueñas *so beautiful* que le dan un aura mágica al evento en cuestión”. Y bueno, pues esa con todo eso, fui yo.

Ahora que digo lo de Bajofondo, ¿te llegó el link al video de Youtube con la presentación de Santaolalla? ¿A poco no la violinista se parece un chorro a ti? Claro que un numerito como ese te saldría infinitamente más sensualoso a ti, *my dear*. Me puedo imaginar perfectamente a un público hipnotizado, la mirada titubeando entre tu pelo, tus dedos y tus piernas, mientras te cachondeas a tu violín rojo —que sí, ya sé que no es el chido, pero es el que me gusta y qué— y de paso a todos alrededor, como de costumbre. Pregúntale a Mateo si no.

¿Ves como no me equivoqué con el asunto de Mateo y tú? No sé exactamente qué esperaba que pasara entre ustedes —y me doy cuenta de que en realidad no sé qué es lo que ha pasado entre ustedes—, pero sí estoy segura de que te ha servido para sacarte un poco de la cabeza a Jérôme. Mateo es como un polo opuesto, ¿no? Un *bebop* rockero atrapado en un cientiburócrata de bata blanca y manos bien cuidadas, de esposa e hijitos, de casa en el centro de Tlalpan y domingos de pelis, aunque

nomás te acercas tantito y descubres que es la pura piña para ocultar el guacarrock. Yo siempre he creído que Mateo estudió en Ciencias nomás por darse la contra a sí mismo.

Ahora que lo pienso, fatídica, ¿tú sabes cómo conocí a Mateo? O sea, sí sé que sabes que lo conocí en la UNAM, aunque yo fui sólo seis meses; pero en realidad, a Mateo lo conocí antes de mis cinco minutos de Puma. Te cuento: Cuando decidí que iba a estudiar Letras, y que iba a estudiar en el DF, a mi papá casi le da una miniembolia. Imagínate: la hija única, la princesa zapoteca, la ágata lila de sus ojos, viviendo sola en ese monstruo de violencia y perdición que es la Ciudad de México. Pero yo lo tenía claro: era salir de casa, era crecer y aprender, y también era un poco de sacudirme el tufo de alcurnia pueblerina que siempre envolvió a mi familia. Así que hice el examen de admisión —maldiciendo a todos esos otros huevonazos que tienen pase automático porque han estudiado en prepas de la UNAM, aunque no sepan ni la mitad de lo que sabe una, cuyo único delito ha sido que sus padres la metieron a una prepa privada “bien”— y, claro, me quedé.

El día que fui a inscribirme a la facultad, iba súper emocionada. Ya me sentía parte del mundo “de a de veras”, donde la gente tiene que chingarle para poder hacerla, sin tener la certeza de que basta una mano extendida para que aparezca papá; yo nunca había conocido a alguien que tuviera que pedir dos pesos a la salida para poder pagar el pesero de vuelta a casa. Me quedé con Sol, mi amiga que te presenté el día del evento del año pasado en la Roma; ella estuvo conmigo en la secundaria y se fue al DF desde que pasamos a prepa porque se separaron sus papás; la mamá se fue a la capital y Sol con ella. El caso es que me quedé unos días en casa de Sol en lo que hacía los trámites de inscripción, paraba en todas las estaciones del viacrucis burocrático y encontraba un depa para rentar antes de que iniciaran las clases. Y pasó que, cuando salí de inscribirme, me fui a donde salen los camioncitos de tránsito interno de CU, ¿sí los ubicas? Te van llevando de facultad en facultad y hacen paradas en Insurgentes, donde en aquel entonces podías tomar un camión o un microbús, o a unas cuadas del Metro Copilco; la base de los camioncitos era, y veinte años después tal vez sigue siendo, el Metro CU —ahora que vaya deberíamos darnos una vuelta, nomás por el gusto arqueológico—. Así que llegué toda linda a la fila de los camioncitos y yo ni idea de en cuál formarme, porque resulta que hay tres rutas. Supongo que la confusión se me convirtió en cara de bruta, porque en eso escuché una voz:

—¿Necesitas ayuda, compañera?

Y que volteo y que ahí estaba Mateo, convertido en un Galaneo, alto y bien derecho, pero no arrogante, con su pelo chinito y su mentón anguloso, y sus lentes redonditos de John Lennon bien *eighties* y su sonrisita esa medio de lado, y su actitud de malandro *soft*. Y yo: no, pues es que necesito tomar el que me deja en Insurgentes, y él: no pues yo voy para allá, y véngase para acá.

Nos subimos al camioncito, sólo alcanzamos un asiento que, claro, el caballero

amablemente me cedió —mustio—, y yo toda linda me ofrecí a llevarle los libros. Y de ahí para el real, Natalia. Lo que siguió fue que él tocaba con una banda de pandrosos y un día me invitó a verlos tocar (¿te suena?), y yo dije que sí, y me puse una falda de charol negro que tenía en ese entonces y que era mi favoritísima, y unas botas que en lugar de agujetas tenían unas tiras de encaje negro —eran los ochenta y Madonna ruleaba, ten piedad— y él: guau. Y ahí anduvimos dando de brincos, nos fumamos una bachita, nos morimos de la risa afuera del Metro Sevilla, nos dimos unos besos que en realidad no nos terminamos de dar porque nos ganaba la risa y compartimos un taxi que me dejó en casa de Sol en la Juárez, para él después seguirse hasta ese pueblo recóndito que es Tlalpan, porque desde siempre ha vivido ahí: sus papás eran vecinos de Carpizo, que entonces era rector de la UNAM.

Lo que sorprende es que hayamos seguido siendo amigos después, ¿no? Cuando empezó la grilla en la UNAM con la creación del CEU, y arrancó la huelga a principios del 87 —pobre Carpizo, con un ceuista de vecino—, mi papá se quería morir. Una cosa es que yo me viniera al DF para estudiar, ampliar mis relaciones, para abrirme una puerta profesionalmente, y otra que yo anduviera de revoltosa con un montón de grillitos pseudocomunistas de quinta, decía mi papá: lo rojo les va a durar hasta que les den el primer hueso —y mira, en muchos casos es lo que pasó—. Así que lanzó el ultimátum: o me cambiaba a una escuela donde sí se estudiara, o me regresaba a Oaxaca hasta que se resolviera lo de la huelga, pero de ninguna manera me iba a estar pagando la renta de un depa para que estuviera jugando con Mateo al Che Guevara y a este puño sí se ve. Y así es como acabé metiéndome a la Ibero.

No reniego —nunca lo haría— de la Ibero, pero la verdad es que por mucho tiempo me quedó atorada la espinita de no ser Puma. Eso, y que el Mateo se volvió mi carnalísimo del alma, es lo que hizo que durante meses, saliendo de clases, me echara el súper mega viaje para ir al ooooootro lado de la ciudad, a CU, con cualquier pretexto. Es que el libro que necesito no lo tiene mi biblioteca, de seguro lo tiene la Biblioteca Central —Mateo, obvio, me prestaba su credencial para sacar los libros que necesitaba—. Es que necesito hacer una investigación hemerográfica, y ya sabes, la Hemeroteca está allá. Es que tienen un ciclo de cine y hay una peli que quiero ver desde hace años, me encanta Kurosawa. Es que las quecas de afuera de Psicología valen la pena el viaje. Entonces Pachequeo y yo nos quedábamos hooooras en Las Islas cantando canciones y deprimiéndonos, porque eso es lo que se hacía a finales de los ochenta, ¿no?

*Si te hubieras quedado
si me hubieras pedido que quemara el sonido
de ese viejo pasado
no estaría aquí metido, bebiendo mis entrañas,
arañando el olvido
inconcluso y perdido*

pero no con la voz de Rockdrigo, sino de Rita Guerrero, nuestra diva común. ¿Cómo no iba a acabar siendo el *brother* que nunca tuve?

Bueno, fíjate nada más cómo me desvié. Te estaba contando del jalisquillo platero, ¿no? Tuvimos un evento de inauguración de la tienda de Santa Mónica esta semana, por eso no te había podido escribir; ya te imaginarás cómo anduve. El numerito salió súper bien para ser nuestra primera chamba juntos; me llegaron varios medios, incluida la reporterita de la revista sospechosa, ¿te acuerdas? Ese es otro chisme que te tendré que contar en persona. Vino también el *british* guapo de la galería de Rodeo Drive, ¿puedes creerlo? A veces no entiendo las conexiones de este pueblo. Por ejemplo: le hice una llamada de invitación, la verdad un poco por no dejar, a una chica que conocí el otro día; es esposa de un tipo que fue compañero de universidad de Aaron y que un día decidió que ya no quería saber nada de ingeniería y que se iba a dedicar a entrenar perros; le ha ido tan bien que cobra un dineral por dizque educar perros en Beverly Hills, en Malibu y en Palos Verdes. Pues la esposa, que es quien le maneja la agenda, decidió compartir la invitación con algunos de los clientes del negocio, así que me llegó un grupito de señoras y parejas *cool and wealthy*. Lo mejor es que, sin saber que soy su mujer, algunos de quienes llegaron eran amigos de Aaron, así que al final nosotros nos la pasamos bien, el evento salió súper padre y mi cliente quedó súper contento.

Y bueno, mi querida Tácita, el asunto es que ahora voy al DeEfe dizque para tener una junta con él y con su socio porque tienen planes y me los quieren contar, pero en realidad voy para verte a ti, y que me cuentes de Jérôme, y de tus clases, y de cómo ves lo de Ayotzinapa. ¿Cómo lo están viendo tus alumnos? ¿Están entrándole a las protestas? Y que me cuentes de tu viaje del que no me contaste nada y, claro, de Mateo, nuestro ahora sospechoso común. Pero sobre todo, Nat, para darte un gran abrazo que te haga sentir cuánto lamento la partida de Charlie y cuánto, cuánto te quiero.

Ágata y Mateo

TELÉFONO: ¡Ring, ring!

ÁGATA: Hello?

MATEO (*con acento gringo*): Boenas, nocheis, con quién teniendo el gustou?

ÁGATA: ¡Jaaaaa! (*con acento gringo*) Con tu amiga que ya no quererte, chilangou cabroun desaparecidou. ¿De dónde me estás llamando? Me aparece como “número privado”. Qué misteriosito.

MATEO: Es el del Nokia picapiedra que me dan los ojetes de Neurología, así me sale la llamada gratis.

ÁGATA: Ah, entonces, aprovechando que tenemos tiempo y teléfono, te voy a contar en qué va *The Walking Dead*. Digo, entre *brains* te veas. Te extraño, babas, ¿por qué no me habías hablado?

MATEO: Es que ando como pinche loco. Y mira que la locura me viene desde el abuelo y la tatarabuela.

ÁGATA: ¿Andas como loco o te traen loco? Mi intiutómetro me dice que tu locura de estas semanas nada tiene que ver con los genes, fíjate.

MATEO: Este... la neta, sí ando con la cabeza vuelta un licuado de mamey con violines y minifaldas. Tu cuata Natalia, ¿qué pedo? Ya ni chingas, ¿para qué me la presentaste?

ÁGATA: ¿Pues no que necesitabas un golpe de adrenalina? Me dijiste el día del aeropuerto, ¿te acuerdas? “Desde Paty no me sacude nada. No está mal, pero a veces siento que me falta un golpe de adrenalina”.

MATEO: Mmmm.

ÁGATA: Y yo dije: bueno, no vaya ser que éste se nos desmaye una tarde en plena lobotomía, le voy a mandar un madrazo de adreNatalina. ¿Se me pasó la mano?

MATEO: Sí, ¡no mamarts! Y mira que, cuando la conocí, me cayó bien gordota, pero creo que más bien me hice el que me cayó en la punta del trombón porque... me gustó. Ya sabes, la Nat King Cola es de esas morras que tiran neta tras neta como si estuvieran ocultando algo, pero, lo que sea de cada quien, me puso un callabocas porque es más transparente que un cheque del Sistema Nacional de Investigadores.

ÁGATA: Pero con más ceros, jojo.

MATEO: ¡Ots! Y, bueno..., lo peor del caso es que toca muy chingón su violín huasteco. Igual allí está su lado oscuro: debería estar en una orquesta chingona, o andar de solista y no de amenizadora de bodas, ¿le pasó algo que la agüitó? ¿Se chingó una falangeta, un ligamento, está desilusionada?

ÁGATA: ¿Sabes qué creo que es? Para hacer una carrera en la música —y casi en cualquier cosa así de competitiva— y ser súper chingetas, tienes que ser disciplinado con todo, hasta con el corazón. Nat no puede, es tooooda tripas. Adora

la música, la vibra, la suda, pero sé que el más formal de sus ensayos podría ser cancelado sin culpa, a cambio de una tarde colgada de su pasión del momento. Creo que quienes se vuelven muy buenos, competitivos, rompemadres, no se permiten nunca ser. Y Natalia es. Rumores hay de que cambiaría cualquier ensayo con filarmónica por un ensayo quesadillametalero. Dicen, veá.

MATEO: ¿Neto?

ÁGATA: Ya cuéntame qué pasó ese día, Matateneo. ¿Te enamoraste?

MATEO: Pues en el ensayo con Quesadilla yo quería que echara todo a perder, que se pusiera nerviosa y que tocara puras cursilerías horrendas y tener argumentos para chingarla y no volverla a ver; pero nos quedamos bien pendejos, sobre todo el Chipote: el güey está tan prendido que ya está escribiendo una rola especial para que se la reviente la Nata a violín pelón. Y mira que el Chipote es lo contrario a la visión del mundo de Natis: un biólogo todo pandroso, enlodado, baterista y locote como bien le viene a un biólogo.

ÁGATA: ¿Y?

MATEO: Pues ya estamos organizando un toquín, ¡no mames, después de más de tres años de no presentarnos en público! ¡Y todo por culpa de ella! No le he dicho nada, pero estamos pensando invitarla a que toque con nosotros ya en forma. Al menos que palomee de vez en diario.

ÁGATA: Y te enamoraste.

MATEO: Nel, todavía no. «Todavía no...», si me oyera Tomás, el loquero, ya me estaría regañando.

ÁGATA: ¡Jajajajajaja!

MATEO: ¿Me vas a regañar tú, Agaragata de mi corazón?

ÁGATA: No te voy a regañar pero sí te puedo hacer diagnóstico: estás raro. Me desespera mucho, mucho, no poder verte cuando cuentas lo que pasó. Haces un tonito extraño cuando hablas de ella. Casi adivino que andas canturreando por los pasillos del hospital.

MATEO: Chale.

ÁGATA: ¿Sí o no?

MATEO: No, neta no. Me gusta un buen, no te lo voy a negar, que si te lo negara me cacharías en la maroma; pero, más allá de gustarme, me late un buen como es. Me siento a salvo con ella con eso de que se enamora de todos pero que es incapaz de casarse con nadie, y yo ya estoy casado. Además, Jerónimo, el mono ese mamón francés, me pone todavía más a salvo, ¿no?

ÁGATA: Y bueno. Hasta que no la vea, no lo sabré. Si a ti, que te tengo tomada la medida, no te puedo leer, menos a aquella. ¿Por qué me enredo con gente tan complicada? ¿Y por qué me complico enredándolos, además?

MATEO: Eres una enredadera verde, florida y espinuda.

ÁGATA: Mateo, quiero verte. ¿Estarás cambiado? ¿Será buena idea vernos los tres?

MATEO: ¡Claro, estaría de pelos!

ÁGATA: Me da cosa.

MATEO: Pero...

ÁGATA: ¿Te digo algo?

MATEO: Eu.

ÁGATA: Primero pensé que me la ibas a bajar. Ahora lo que me preocupa es que ella me te baje a ti. (¿Eso está bien dicho? Bueno, tú entiendes.)

MATEO: Mmmmm.

ÁGATA: Güey, soy bien celosilla, ¿veá? Célida.

MATEO: ¡Chales!, y me lo dices a mí que rete amas a tu novio bolillo. Ese güey de Aaron debería morir de celos por una hembra bragada como tú, y mira, yo soy el que te cela. ¿No te está oyendo, verdad? ¿On tas?

ÁGATA: En el balcón, despertando a los canarios.

MATEO: Claro, allá es dos horas más temprá.

ÁGATA: El “bolillo” es celoso nomás cuando debe. Sólo las ollas conocen los hervores de sus caldos.

MATEO: Pues, nos echamos un caldo de olla ora que vengas, ¿no?

ÁGATA: Prosaico... Hasta dos, mi alma.

MATEO: ¡Esa es mi Ágata! Te quiero ver las chichis otra vez. Ya sabes, de cuates.

ÁGATA: Bueno, ¿andas jarioso o qué chingaos?

MATEO: Leve.

ÁGATA: ¿Qué vas a querer que te lleve? De cuates.

MATEO: Mezcal, ya sabes, madre cuiche de la Mezcaloteca, y una botella de Mélox. Je, qué cagado es que me traigas mezcal oaxaqueño vía Los Ángeles.

ÁGATA: Te llevo hasta chapulines. No sabes qué fresquecitos se consiguen acá. Mejor deberías de venir tú. Y traerte a la Nat.

MATEO: ¿Y tu bolillo aarónico?

ÁGATA: No va. Voy de bisne, con el tipo de la joyería. Puro pretexto, la neta es que traigo blues chilango.

MATEO: En una de esas te tomo la palabra y te caigo en «Los» con la violinista en el tejado caliente. Aunque me daría Oso Yogui caerte allá.

ÁGATA: Eso es cierto: sería raro que durmieras en mi casa, por ejemplo.

MATEO: ¿En tu cama? ¿Encuerados?

ÁGATA: Eso no sería raro, sería jipi.

MATEO: Oye, mana.

ÁGATA: Óigote.

MATEO: Ya que te vas a aventar de contrabandista, ¿me puedes traer otra cosa entre las tlayudas, los chapulines y el mezcal?

ÁGATA: ¿Chichis?

MATEO: Dos nomás, por favor. Tres ya serían muchas.

ÁGATA: No te voy a llevar el amplificador Notentumas 3000 que pediste la otra vez, Mateo. Es un pedo documentar esa madre.

MATEO: No, esto es más chirris. Hasta lo puedes llevar debajo de tu asiento... Mmmm, qué rico.

ÁGATA: Puerco.

MATEO: ¿Oink?

ÁGATA: ¿Una camarita de video?

MATEO: Nel. Te voy a mandar a tu face una foto y un número de catálogo.

ÁGATA: ¿O sea que sí es un aparato? Abusas de mi amor, ¿eh?, que es mucho, Abuseo.

MATEO: Chale... No es echácatamente un aparato. Tú ve la foto y te vas a dar cuenta de qué se trata. Es una sorpresa para la Natalina de Médicis.

ÁGATA: ¿Para Natalia? ¡Madres! ¿QUÉ ES?

MATEO: Oh, tú ve la pic. Pásame tu número de cuenta transnacional para depositarte el varo. Y hasta te paso una comisión, ji ji, de Cuerpomático.

ÁGATA: Ay sí, ay sí. Tú pásame un hermano.

MATEO: No tengo hermano... ¡Porfa, porfa, porfa!

ÁGATA: Lo veo, y si le doy el visto bueno, lo compro y te compro un hermano de paso.

MATEO: No seas bien payasísima. Porfa, es por tu cuata.

ÁGATA: Tramposo. Ya sabes que para la Nat, lo que sea.

MATEO: ¡Wiiiiiiiiiiuu!

ÁGATA: ¿Va a ser sorpresa? ¿Me vas a hacer cómplice de tus devaneos?

MATEO: A güeeeeeeee.

ÁGATA: ¿Me vas a hacer cómplice de tu vida? ¿Sigo siendo cómplice de tu vida?

MATEO: Claro, Gatarata del Ñágara, eres mi sisterna más mejor, y te amo manque me enseñes las chichis. Oye, y hablando de tetas, ¿te quedas hasta el 20?

ÁGATA: Chale, no. Me regreso el 18.

MATEO: ¡Ots!, es que quería que fueras conmigo a la marcha. Bueno, conmigo y con Andrea y mis chamacos... O, en una de esas, con Natalia.

ÁGATA: Andrea y Natalia en la misma frase. El mundo va a implotar.

MATEO: Sí, la Nataly Portman, con eso de que me estuvo cuestionando sobre lo que pasa acá, y, por otro lado, quiero que vayan mis chamacos, ya sabes, acción intergaláctica por Ayotzi.

ÁGATA: Chale. Qué ganas de verlos, sí habría estado chido ir. Pero fíjate que también siento la obligación de estar acá; le vamos a entrar también a la acción global en el Parque MacArthur. La vibra es otra, las razones son otras, la voz es otra. Y pues ya es mi voz.

MATEO: Y qué bonita tu voz, tu nueva voz. Pero, bueno, con Andry y Natas estoy mezclando la sal con el azúcar. Quiero verte.

ÁGATA: Pues yo también, Mateo. Quiero verte con Natalia, o a Natalia contigo, pero ya sé que estoy cruzando cables. A ver si no me da toques.

MATEO: Pues pide y serás premiada, uno de mis chavos del posgrado tiene una muestra de la mota que fuma el presidente de Uruguay, Pepe Mujica, y acá nos damos los toques.

ÁGATA: Pues apenas de ésa, o California Golden. De la otra no. Ya no podemos hacernos pendejos, Pachequeo. Cada bachita que pasó por las manos de un cártel nos está salpicando de sangre. Cuánto cambió el país, la pacheca, nosotros. Igual y en vez de toques nos damos llegues. Ya se verá.

MATEO: Yo sólo fumo mota cultivada en casa, hidropónica, como la de mis alumnos. Es en serio, ellos están muy metidos con el tema de legalizar la mota, y el tema de los chicos del Poli y, claro, los de Ayotzinapa. Ellos, los chavos, tienen la palabra. También los alumnos de Natalia están en pleno activismo. Muy triste esto, pero muy chingona la respuesta.

ÁGATA: Algo va a pasar. Digo, a ver si ahora sí. Ya no sé qué es mejor, si que pase o que no pase. Lo que no se puede es seguir contando cadáveres. Desde aquí duele un buen; la distancia amplifica dolores, amores, deseos, recuerdos. Es una bocina macabra.

MATEO: Sí, una puta pesadilla.

ÁGATA: Oye, y de lo demás, ¿estás bien? ¿Me preocupo por tus amenazas de retorno a la terapia, o te dejo ser?

MATEO: Estoy asustado. La neta es que estoy muy asustado, aunque me evado bastante bien con la familia, con Quesadilla de Metal y la aparición de Nanata; pero no quiero volverme lurias otra vez. Ya regrésate al DF, no me chingues. Me haces mucha falta, nos haces mucha falta acá, a todos, con tu magia prehispánica. Ya sé que no somos los mismos de antes, pero no sabes cómo añoro a mi princesa oaxaqueña adelante de las marchas agitando el puño y cantando consignas desmadrosas, como cuando la huelga de la UNAM. Y que luego de las luchas sociales me acompañaras al Salón Corona para chelear y contarte de mis premoniciones mortales. La neta estoy asustado pero me hago pendejo: imagínate que me viniera otra vez la locura cuando el país está enloqueciendo más que nunca. Pinche Aga, no me van a saber ni a limón partido tus tres pinches días acá.

ÁGATA: ¿Estás premoniciónico? O sea que sí me preocupo.

MATEO: Pues sí.

ÁGATA: No me cuentes nada de eso por teléfono. Déjame ver si puedo adelantar el vuelo y llego desde el lunes. Pero si hago eso, ¿me vas a regalar un día para mí? ¿Sin Andrea, sin los chavos, sin alumnos, sin bata blanca? ¿Sin Nat?

TELÉFONO: Tuuuuuuu...

ÁGATA: ¿Mateo?

Lunes

Natalia amaneció adormilada, aletargada, deprimida, abatida, desalentada. Sin ganas ni fuerzas para nada. Como si su cuerpo le estorbara y lo único que tuviera dentro fueran lágrimas.

Ayer vio una película en su casa, como cada domingo. Acostumbrada a vivir sola, es el día en que come con sus padres en algún restaurante del sur de la ciudad, después de ir juntos al concierto de la Sala Nezahualcóyotl. Por la tarde llega a su departamento, se pone una vieja pijama (siempre las compra grandes para sentirse cómoda, protegida por la tela de más) y se sienta en su sillón a elegir qué película verá. No está a la moda, como todos sus conocidos, que van de una serie de televisión a la otra. A ella le gusta que la historia comience y termine, a lo mucho, dos horas después. La película que escogió en esta ocasión, una comedia romántica bastante ligera que cualquier crítico rechazaría, la sumió en sueños extrañísimos, sueños violentos que nada tenían que ver con la historia de amor pero que probablemente sean los culpables de que hoy haya amanecido así: vacía. ¿O serán las hormonas? Una vez al mes son las hormonas. La maldita química del cuerpo que mueve las emociones a su antojo.

Ve la hora: 7 de la mañana. Debería levantarse a hacer ejercicio, desayunar lo que su nutrióloga le ha recomendado y dar su primera clase a las 10 de la mañana. No tiene ganas. Habla al Conservatorio y se reporta enferma. Y sí, está enferma. Se prepara un café y no resiste la tentación de ponerle un poco de whisky. Sólo un poco. Cuando tenga hambre se hará un par de quesadillas. Entonces se acuerda con precisión del nombre de la banda de Mateo: Quesadilla de Metal. Sonríe al recordar la sonrisa de Mateo y comienza a sentirse más tranquila. Quesadilla. Pesadilla. Cuando tiene pesadillas (que ahora no recuerda con precisión), siempre se despierta con desánimo. Ya pasará. Aprovechará la mañana para poner en orden sus ideas, su armario y sus cajones. También arreglará el librero, acomodará sus libros por orden alfabético como siempre ha querido hacerlo.

Se sirve otro café y piensa en la frase que escuchó ayer en la tele, que podía haberla escrito cualquier inexperto en vender libros de superación personal: “No es tan difícil: escoge al hombre con el que quisieras pasar el resto de tu vida”. Natalia, sin darse cuenta, repasa, una a una, sus historias de amor. ¡Qué deprimentes son los lugares comunes!, piensa. En realidad, con cada uno de sus novios o amantes, en un momento dado, quiso pasar el resto de su vida; juntos, hasta envejecer. Así de cursi. Cada uno fue “el amor de su vida” mientras duró. Y eso es lo bello de lo permanente, del “para siempre”, que sólo es una quimera.

Mientras acomoda los libros, todavía en pijama y con un par de quesadillas haciendo el recorrido obligado hacia el intestino, Natalia enciende la radio. Le gusta sentirse acompañada, aunque sea por voces extrañas. Hasta arriba a la izquierda, la A de Arreola, Arredondo, Azuela, Alberto. ¿Eliseo es el nombre y Alberto el apellido?

¿Miguel de Cervantes va en la D o en la C? Entonces escucha la noticia y se da cuenta que sus pesadillas fueron, en realidad, un presentimiento. Ahora entiende por qué amaneció devastada y ni el recuerdo de la sonrisa de Mateo, observándola tocar el violín, ni la sensación todavía fresca de las manos de Jérôme sobre sus senos han podido hacerla sentir mejor. El país, su país se está deshaciendo. Y no es que la violinista sea una luchadora social comprometida, una mujer politizada, ella ya lo dijo antes: se dedica a enamorarse y a tocar el violín, pero no puede permanecer indiferente ante lo que sucede en México. Ya sabía que habían desaparecido 43 normalistas del municipio de Ayotzinapa, pero ahora que han encontrado fosas clandestinas con cuerpos mutilados, la esperanza de que aparezcan con vida ha desaparecido. Uno de los cuerpos no tiene ojos y, al parecer, fue desollado vivo, dice el locutor, sin alterar el tono de su voz. Muchos están carbonizados. Y Natalia se deja caer sobre la alfombra, con un libro en la mano derecha: *La condición humana*. Ahora se escucha la voz de la madre de un estudiante de 19 años: “Sé que está vivo. Y quiero que él sepa que lo estaré esperando”. “¿Por qué a las personas malas no les hacen algo?”, pregunta la hermana de otro desaparecido. Después, el locutor cambia de noticia, cambia de página, cambia de historia. Corte comercial. Como si se le pudiera poner pausa a la barbarie.

Natalia siente náuseas y ganas de llorar, pero no puede. Piensa en sus alumnos del Conservatorio. Muchos tienen la misma edad de los asesinados y, como ellos, como muchos jóvenes, afortunadamente se expresan, gritan, se incorforman, conservan las esperanzas de que el mundo puede (debe) ser de otra manera. Son la conciencia social, la poca conciencia que nos queda. Se arrepiente de no haber ido a dar clases, de no estar con ellos. Y de pronto siente unas irremediables ganas de hablar por teléfono con Ágata y con Mateo.

Lunes

Mateo amaneció víctima de su insomnio. Es decir, no amaneció, pues ya estaba de ojos abiertos y conciencia cerrada al momento en que la alarma de su iPhone 6 estaba a seis minutos de plantear las 6 am de su alerta madrugadora.

No, lo que despertó de esa ausencia concreta que es el sueño fue la inminencia de que la luz, sangre del hermano sol, asomaría sus haces espías a través de los intersticios que se abrían como agujas de iglesia en las cortinas Moda In Casa, moradas, densas, regalo desmedido de Ágata durante aquella *painting party* que hicieron cuatro años atrás para renovar el viejo departamento, la linda casa heredada por el abuelo Ruperto, ese hombre generoso muerto en combate contra el fantasma del Alzheimer que, al final, le hizo olvidar a su yo más profundo que debía respirar.

Mateo, dado a la ociosa tarea de escudriñar el techo de su cuarto en la ceguera de la noche, seguía tras una solución matemática a esos tres días que llevaba despertándose a las 3 de la mañana en un *continuum* agotador, para ya no poder soñar más con los angelitos sino hasta el otro día, mal y en fragmentos, hasta las siguientes 3 am. Andrea era uno de esos angelitos. Le dio un beso en la mejilla y le dijo, sin palabras que la despertaran: No tengo que soñar contigo si estás aquí, en mi desvelo.

Mateo, más que ebrio, más que narcotizado por un agotamiento que le entumecía la cara y el pecho, sentado en el borde de su cama, con un abismo soñoliento bajo sus pies, emulando uno de esos hoyos negros del cosmos al que, un día de angustia, decidió renunciar a cambio de las radiaciones y sus milagros teleterapéuticos, decide dejar en el pretérito su larga noche de sudor, jaqueca e inquietud y trae al ahora su tiempo verbal: presente, como cuando en la primaria pasaban lista y él gritaba lleno de ansiedad: ¡presente!

Mateo Burgos García, ¡presente!

Andrea Figueres Matadamas, ¡presente!

Sí, ella está más presente que nunca, duerme a su lado y ronca quedito: un suspiro de avecita en su nido, nido de ramas ligeras, piensa él, un cardenal de cabellos rojos, aunque Mateo sabe que los cardenales no tienen pelo, sino plumas, y que Andrea no tiene el cabello bermellón, sino castaño oscuro. Pero, ¿cómo llamar ronquido a este murmullo suave que le aviva a Mateo una ternura que, podría decirse, le es extraña? ¿Extraña? ¿Te extraño? No, aquí lo extraño soy yo. Soy el de siempre, dictamina Mateo en su ebriedad insomne, pero también soy otro: un desconocido, un ser incapaz de conciliar el sueño. Otro y el de siempre. Nadie se baña dos veces en el mismo río, le explicaría Herodoto; pero el río de los acontecimientos parece ser el mismo, inmutable: en menos de cinco minutos su esposa, Andrea, tendrá que levantarse, despertar a los niños, obligarlos a lavarse los dientes y llevarlos a la escuela. Imanol y Luisiana protestarán como siempre, pedirán, en un espejo de reacciones simultáneas —por algo son mellizos—, que los dejen dormir cinco minutos más, y la madre amorosa se meterá en la cama de Luisiana no cinco sino diez

minutos para sentir el calor de su hija, sus volteretas, escuchar sus reclamos de cerquita y hacer el ritual de levantarse juntas como cada día escolar. El padre amoroso se meterá en la cama de Imanol no cinco sino quince minutos para hacerlo reír, frotándole en la nariz su conejo más mugre que peluche y luego jugar a las luchitas. Andrea tendrá listo el desayuno para los niños, que llevará con calma a la escuela; y tendrá listo el lunch de Mateo, quien, como siempre, oyendo el noticiero de Carmen Aristegui con esos audífonos en forma de mosca que Ágata le trajera de Pylones de su último viaje a París (sabía que la forma correcta de referirse a ese viaje era acotarlo como el «más reciente», pero a él le encantaba hablar de gentes y no de gente, de uñero de uñas y coágulos de sangre), saldrá disparado en su bicicleta al INN a revisar la lista de pacientes (qué conveniente era tener su casita tan al sur de la ciudad), calibrar su Terminator ExRay, comerse a intervalos el emparedado (le choca la palabra sándwich) de pechuga de pavo, pan de centeno, lechuga fresca, jitomate y queso panela que le hizo su esposa amiga, su amiga esposa, la madre de sus hijos. Mateo le llamará a su oficina de extensión cultural en la UNAM para saber si no tuvieron percances en el camino al colegio. Y, sin duda, estaba seguro, todo habría de fluir en un *continnum* controlado, seguro, como hasta ahora. ¿El río de los acontecimientos es el mismo? Él quisiera (desea, anhela) creer que sí, que La Vida, *su vida*, es inmutable, que su presente se mantendrá de una pieza ante las flacas certidumbres del mundo.

Pero el mundo se caía a pedazos, desollado, ardiendo en una pira de espanto.

El viernes anterior, en el salón improvisado por Mateo en su cubículo del Instituto de Neurología, no se había hablado de dosimetría ni de cantidades de electrones acelerados que debían controlar con parámetros predeterminados por las densidades de materia a destruir. Sus Chicos Radiactivos —como los llama con el cariño que siente un astronauta por la gravedad— le habían pedido abortar la clase e ir a apoyar a los estudiantes del Instituto Politécnico Nacional que estaban por armar una manifestación gigantesca frente a la Secretaría de Gobernación. Encendido por sus memorias de activista del CEU, Mateo no dudó un instante en darles su apoyo total, irrestricto y feliz. La escuela del mundo, les dijo, la Universidad de la Vida (lugarcomuneó) está allá afuera, junto a lo que de verdad tienen que aprender. Estos hijos de la chingada (se refería al señor presidente, a los gobernadores, a los dueños del dinero y a sus siervos) quieren que seamos un gran rebaño de maquiladores, de ovejas asustadas que sólo curen su miedo comprando coches a crédito, paseando los fines de semana dentro de los centros comerciales, ligando y comiendo helado por los pasillos de los *malls* en lugar de ir al parque, nos quieren chateando desde el café y la sala de la casa, poniendo *likes* a las protestas airadas de los amigos de Facebook; pero salir en masas eufóricas a la calle y abrazar a sus hermanos del Politécnico para detener una reforma educativa perversa era la lección más grande a la que podrían aspirar en ese momento. Y si era necesario que también se fueran a la huelga en la UNAM, a un paro nacional, él les llevaría café, cigarros y conchas de chocolate a las

guardias nocturnas. Más aún, les prometió darles todas las noches conciertos con Quesadilla de Metal para que no se quedaran dormidos.

¿De verdad el profesor tenía una banda de rock?

Los Chicos Radiactivos aplaudieron y salieron en tropel, como una recua de caballos locos, entre bromas y risas. Óscar, su alumno estrella, no por brillante sino por ser gigante y roja, se le acercó. ¿No viene con nosotros, prof? Mateo moría de ganas de acompañarlos, pero había acordado con Andrea armar una cenita rica en casa con los niños para que todos se acostaran tarde y yacer en la cama al día siguiente viendo pelis de Chaplin y Tom y Jerry entre palomitas con salsa Valentina, sin prisas, con modorra, sin tablets ni celulares a la mano. Mateo sabía que si le llamaba a Andrea para decirle que iría con sus Chicos a apoyar al IPN, ella no sólo lo entendería, sino que aprobaría con entusiasmo su decisión (¿una forma de darle la vuelta a la frustración que de cualquier manera la atacaría?). Pero Mateo decidió que la mejor forma de apoyar a sus alumnos y a los muchachos insurrectos del Poli era cerrando un abrazo de amor con sus hijos y Andrea. Como cuando, hacía tres años, murió Rita Guerrero, la genial cantante de Santa Sabina, devorada por un cáncer que dejara huérfano a un chico de apenas cinco años: él, Mateo, necesitaba ir al rito funerario que se había organizado para ella, de cuerpo presente, en el Claustro de Sor Juana, ¡cuánto dolor, cuánta maldita estupidez de la puta muerte! Él quería ver en un instante de adiós radical el descomunal halo apagado de aquella artista que fue más allá de su música y sus letras apasionadas y oscuras, cantarle en silencio esa canción de Santa Sabina que ahora tanto le dolía: *Qué importa la muerte si la vida no es vida, qué importa la vida si la muerte es la vida*. Necesitaba estar allí, con ella, pero supo que la mejor manera de celebrar a esta mujer hermosa era estar con doña Lui, Imanol y Andrea, reír, jugar lotería y contar chistes tontos: celebrar la vida trunca de Rita Guerrero con la vida misma. Así que Mateo le dijo a su estrella roja que no podía acompañarlos a Gobernación porque necesitaba estar en su casa por un asunto urgente, y no, no mentía, así que montó en su bicicleta y corrió a casa a abrazar a sus hijos.

Después de velar tangencialmente a Rita entre juegos y canciones, a media noche, ya que todos dormían, Mateo le llamó a Ágata para cantar a dueto: *Qué importa la muerte si la vida no es vida, qué importa la vida si la muerte es la vida*. Lloraba cuando colgaron, y se volvió para descubrir, recargada en el quicio de su estudio, a Andrea. En su mirada bullía lo que la trastocaba: una cubetada de tristeza por la tristeza de él, un golpe de dolor por no compartir ese dolor con ella, un acceso de celos que manejó con calma, con la serenidad de quien sabe que lo que ha atestiguado es profundo y ajeno. Y Mateo supo que este marasmo entero cruzaba por el corazón y las entrañas de Andrea. Se fueron de la mano a la cama en silencio e hicieron el amor con calma y cariño, cuando ella le preguntó: ¿Seguimos siendo amigos?

Pero hace apenas unos minutos, al 6 para las 6, sentado en el borde del abismo que era el salto de la cama a la duela, con un cargamento de dinamita en su cabeza,

sentía pena por ese fin de semana que había quedado atrás, a la deriva en el río imparable de los acontecimientos; pensó con melancolía en ese domingo en La Marquesa, las garnachas de flor de calabaza y la sopa de hongos; la visita a la abuela Evelia, la mamá de Andry; la noche del sábado con el Chipote, Quique y Manolo. ¡Vaya!, se había quedado con unas ganas inquietantes de invitar a Natalia a cruzar en las arcadas de su violín a Quesadilla de Metal, quizá repetir el beso en la comisura de sus labios; pero decidió no jugar con ese fuego incipiente por causa de un pudor que le incomodaba, o mejor dicho, dos pudores: uno por Natalia, el otro por Andrea.

El pasado.

El presente.

Mateo sonríe, ¿qué estupidez era esa de buscar una explicación teórica al insomnio, si la respuesta estaba en el revoltijo que se agitaba dentro de su cabeza adolorida? Le aterroriza saber que, una vez más, será el adivino de las vidas ajenas, de sus fechas de término. Tiene ganas de desmayarse, de caer fulminado en su cama. Dormir, dormir; pero, ¿cómo dormir? Sin reflexionarlo más de una vez, Mateo apaga su celular antes de que anuncie el regreso a la vida diurna y pone en función de silencio el de Andrea. Va a la recámara de los chicos (¿ya había llegado la hora de cambiar al cuarto de servicio su estudio y hacer una nueva habitación para que Imanol y Luisiana tuvieran sus propios espacios?) y uno por uno, como bultos soñolientos a prueba de cataclismos, los mete en la cama familiar con cuidado de no despertar a Andrea. Mateo se vuelve a meter en las cobijas y se envuelve en el calor de sus hijos, en el de su esposa que de golpe, en un acto reflejo de madre entrenada en la supervivencia de lo cotidiano, despierta extrañada, casi con un espasmo de susto, *casi*. Mateo, en el delirio de un sueño que ya le arrastra la conciencia al abismo que se abre a los pies de su cama, se lleva el índice a los labios y le pide a Andrea, en medio de la tímida claridad que se cuele por las cortinas moradas y le esboza el rostro, que aguante, que se vuelva a dormir. Él le sonríe, cierra los ojos y, como si un fantasma le diera un mazazo en la nuca, comienza a roncar. Y ese sí que es un ronquido. Las pastillas que le recetara Tomás por fin están haciendo efecto.

Con un esfuerzo lleno de complicaciones especiadas en un regusto de molestia y perplejidad, Andrea, sin ruido ni aspavientos, logra sacar a Luisiana e Imanol del cuarto para hacer que se bañen, se arreglen y desayunen lo más callados que puedan, pues *papá está enfermo*. El ritual del día a día se ha roto por la locura insomne de Mateo, y ella se siente atravesada por una flecha de intranquilidad. Cuando está lista para llevar a los chicos a la escuela y manejar después, de prisa, hasta la Puerta 3 del estacionamiento de la UNAM (la jugada de Mateo ha desestabilizado todo), Andrea regresa a su recámara: Mateo sigue dormido a lo profundo, en un estado alfa, soñando que sueña, como la mariposa de Chuang Tse. Ella acerca su rostro al de él, lo gira con delicadeza hacia sí, y, con una mezcla de miedo y enojo, de ternura impaciente, le pregunta por segunda vez en su vida: ¿Seguimos siendo amigos? Mateo está atrapado en un pantano pegajoso, en una ecuación de exponenciales

indeterminadas que tienden del infinito a cero, donde las $f(x)$ no existen porque son un conjunto vacío, y no sabe si se trata de una pesadilla o de un loco sueño dunsaniano. A lo lejos, detrás de una montaña de ecuaciones, siente el tacto de Andrea, agita las manos como un ave que intenta salir de un océano de gelatina que lo jala de los pies hacia abajo, y el abajo se vuelve el arriba. ¿Por qué estoy soñando esto? Y la voz de su esposa se cuelga por el cedazo rojo de una sonata para violín: ¿Seguimos siendo amigos? Con un esfuerzo denostado, Mateo logra abrir los ojos un segundo, un segundo y medio a lo mucho. Se encuentra de frente y a diez centímetros de distancia con los ojos de su compañera de paternidad, su amiga esposa, su esposa amiga y, sin poder articular palabra, asiente con la cabeza. Andrea sonrío con tristeza, está herida, y le da un beso en la frente. A ver qué invento en Neuro para decirles que estás indispuerto hasta medio día. ¡Qué bueno, qué coincidencia que hoy le estén dando mantenimiento al Linac! Mateo vuelve a asentir y, rendido, se abisma en el mar rojizo de aquella música que ya lo espera, impaciente, para aliviarlo.

Lunes

Ágata amaneció, como pasaba con frecuencia, con la mirada perdida en el cielo de Los Ángeles, ese cielo azul absurdo. No es del azul que brota después de las tardes de lluvia en la Ciudad de México, un azul clarito de cielo recién lavado que dura un par de horas hasta el atardecer. En Los Ángeles, el azul intenso, cegador, va acompañado de un resplandor que se cuele por las cortinas apenas amanece y no cesa hasta que la puesta del sol sobre el mar empieza a pintarlo todo de rosas, anaranjados y malvas.

Esa combinación, la del cielo azul con la luz que te levanta antes de tiempo, cura la nostalgia de Ágata por Oaxaca. El resplandor mañanero que tanto molesta a Aaron, y que ha convertido su habitación en un búnker de cortinas cerradas por las noches, ayuda a combatir la *homesickness* de Ágata: un recuerdo de que, estemos donde estemos, hay constantes en el mundo para aferrarnos a ellas.

En estos días, esa idea es cada vez más difícil de sostener. Para Ágata, la vida fuera de México es sólo una gran aventura, un periplo que le permite acumular pequeños tesoros en forma de sensaciones y experiencias, con los cuales podrá volver a su país, a la Ciudad de México que trae tatuada en el alma, a la Antequera donde está enterrado su ombligo. Para Ágata, México no es viaje, es retorno. Pero en estos días, es difícil pensar en el sitio a donde volver.

Esta vez sus ojos se abrieron unos segundos antes de que empezara el baño de luz. Las cortinas dejaron una línea descubierta y el halo matutino —*bianí* le dicen en zapoteco a esa luz que se filtra por una rendija— empezó a avanzar como reloj de sol. Movi6 un poco los pies bajo las sábanas para sentir los de Aaron y recorrió con la vista el relieve de su figura ahí, a un lado. La presencia física de Aaron, el ancla de Ágata en una realidad que por momentos se vuelve tan irreal.

Con los ojos demasiado abiertos para esta hora —aún no ha sonado la molesta alarma del teléfono de Aaron, ese tono metálico de un celular viejo que su marido insiste en conservar para que le funcione únicamente como despertador—, Ágata extiende una mano y toma su propio teléfono. Como ocurre con esta generación de conectados, antes de pensar siquiera en el café, Ágata empieza a revisar las alertas de noticias, las redes sociales, los mensajes de correo. Los Ángeles tiene una diferencia de menos dos horas con respecto a México, de manera que a esta hora, cuando en su ciudad adoptiva apenas se empieza a mover la información, su patria ya esta en ebullición.

Las fotos de los chicos la miran desde las mantas y carteles compartidos en Facebook: Everardo, Cutberto, César Manuel, Doriam, Jonás, Carlos Iván. Los rostros, esa plasta de tinta sobre papel en que se convierte cada desaparecido, podrían parecerse un poco entre sí, pero no. Cada nombre tiene una historia en pausa. Por cada uno hay una familia en espera. Por cada silencio hay un grito que se empieza a levantar como una marea circular por las calles. Por cada voz acallada —¿cómo joden

a los periodistas de un tiempo para acá!—, miles prestan la suya para que las palabras no se pierdan bajo la estulticia que inunda el horario triple A.

Los rostros colocados en las paredes con la leyenda “desaparecido” le parecen la forma más gráfica de deshumanizar. ¿“Desaparecido”? Si no es acto de magia. Cuando alguien “desaparece” se desvanecen los responsables, las cosas ocurren sólo porque sí. No es así: cada acto tiene un autor, y eso lo aprendió muy bien en 2006, cuando Oaxaca se estremecía entre un grupo de maestros disidentes, un liderazgo sindical legítimo infiltrado por provocadores a sueldo y un gobernador de tufo caciquil que representaba todos los vicios de décadas de revolución institucional — ¿hay una *contradictio in terminis* más aberrante que la institucionalización de una revolución?—. Entonces Ágata supo que en las sociedades no hay buenos y malos, porque del mal que aqueja a una sociedad son responsables todos sus miembros. ¿“Desaparecidos”? No: secuestrados, levantados, amagados, madreos, ensangrentados, torturados, apaleados, fracturados, arrastrados, desollados. Ninguna de esas acciones se realiza sola.

Ágata no aguanta las imágenes por mucho tiempo. Apaga la luz de la lamparita de noche, se levanta al baño, se dirige al balcón y abre la puerta corrediza, se acerca a descubrir la jaula de los canarios —¡Aaron es como un canario, con la jaula cubierta por la noche!—. A ningún vecino le hace gracia que haya una jaula en un balcón de un apartamento de un condominio de West Hollywood, pero esta es una de las constantes en su vida a la cual insiste en aferrarse: desde la muerte de su madre, la jaula con aves se ha convertido en un símbolo de origen y resistencia.

Sobre la duela impecablemente brillantada, los pasos de Ágata parecen flotar hasta la cocina. Se acerca a la mesita del café, abre la lata y vierte dos medidas en el molinito que le regaló Mateo. Le pone el filtro a la cafetera, vacía el polvo aromático que suele traer de Oaxaca cuidadosamente guardado en la maleta, y espera.

Cuarenta y tres muchachos. 43. Un número cualquiera. Como 72, como 22 mil, como 60 mil, como 0.56%. ¿La gente entenderá que son 43?

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, doce, trece, catorce, quince, dieciséis, diecisiete, dieciocho, diecinueve, veinte, veintiuno, veintidós, veintitrés, veinticuatro, veinticinco, veintiséis, veintisiete, veintiocho, veintinueve, treinta, treinta y uno, treinta y dos, treinta y tres, treinta y cuatro, treinta y cinco, treinta y seis, treinta y siete, treinta y ocho, treinta y nueve, cuarenta, cuarenta y uno, cuarenta y dos, cuarenta y tres. Un dolor por cada número. Un mundo de dolor.

El “bip, bip” de la cafetera suena. Ágata toma la taza que le trajo Natalia de París, que de tanto café ya está manchada por dentro. Eso la reconforta; algo de tranquilizador tienen las marcas que deja la rutina. Vierte el líquido y lo deja enfriar, mientras con la mano derecha sigue recorriendo mensajes en la pantalla del teléfono. Entre la lista de correos, encuentra el mensaje que la invita a hacer *early check-in*; el vuelo sale a las seis de la tarde de acá y llega a las once y media de allá, así que

empieza la semana en Los Ángeles, pero también en el DeEfe.
Con lo que Ágata odia volar en lunes.

Mateo

Hola, Nata... O más bien, ¿Neta? ¿Re? Renata. ¿Ranita, Rana, Rihanna Umbrella?

¿Cómo te dicen tus amigos, tus novios, tus pinches enemigos? ¿Cómo te dice Ágata, nuestra amigocha con olor a teja de espuma achocolatada? ¿Cómo te decían en el Conservatorio tus compañeras de salón cuando te pedían un poco de brea para hacer que los pelos de sus arcos friccionaran bien y bonito las cuerdas de sus violines húngaro-huastecos?

¿Cómo te decía tu mamá, tu papá, cuando eras morrita? ¿Tienes hermanos, primas lejanas? ¿Cómo te decía tu tío Charly?

¡Chale, tu tío! Tu tío que corrió como un río desbocado de Chalco en época de lluvias rumbo al desbarrancadero. Me habría hecho muy feliz intentar bombardear al Enemigo que vivía en su cuello con mi rayo de Flash Gordon, ¡tzzzz!, pero yo sólo me dedico a los choripanes malignos que crecen dentro de la cabeza de nuestros pacientes (me caga ese tono paternalista de «nuestros», pero la verdad es que los adoptas en las pocas sesiones que van a tu recámara curativa y se vuelven, por un instante, tuyos). También le pego a las neuralgias del trigémino: unos dolores de cabeza que te pueden asesinar a los tres días y que, a veces, curo apendejando ese nervio que se ha inflamado como un incendio forestal de los conductores que controlan esa tu sonrisita de medio lado, el beso que lanzo al aire que te rodea, el guiño de nuestros ojitos enamoradizos.

El dolor puede esconderse detrás de lo más hermoso, como la vida misma, como la rata que se protege en el matorral de una jardinera del parque de tu colonia y que sale con las garras hacia adelante si se siente amenazada. ¡Rata ojeta! Pero ahí estoy yo con mis paquetes de alta energía para el alivio. No siempre resulta, ¡carajo carajos!

Como con tu tío.

Me cayó muy bien, con verlo una sola vez me dieron ganas de platicar con él: los viejos comunistas me enternecen con la fuerza encabronada de sus convicciones, con el dolor que llevan dentro al confirmar que la dictadura del proletariado siempre fue una mascarada que justificaba horrores, locura y estupidez. Por eso yo me declaro anarquista, aunque ahora el concepto esté tan pisoteado, tan pinche envilecido. ¿Ves a lo que me refiero? Hoy más que nunca hay que llamar a las cosas y las personas no por su nombre, sino por lo que hay dentro de ellas. Yo puedo ver con mi rastreador tomográfico algo de esos adentros, pero no lo suficiente como para saber de apodosos y alias cariñosos. Y por cómo te tomaba de la mano Charly, tu tío, sé que él *te sabía* desde la médula.

Por eso quiero/necesito ponerme al tanto de cómo te decía tu tío, para compartir su sabiduría y, si me das chance, si no te parece un abuso o un recordatorio de la tristeza, ¿qué tal que te llamo como él te había bautizado? Aunque, bueno, quizás eso de llamarnos de tal o cual forma sea un tema sólo nuestro, digamos que directamente

proporcional al nivel de confianza-simpatía con el que me conectes a tu corazón de melón y viceversa. Y es que, desde este lado del enchufe, hay un cable como de plancha que me pasa corriente de tu pecho a mi esternón. ¡Chale! Deberías ver mi jeta, estoy colorado como una lágrima de granada en chile relleno; y es que, la neta, me gusta que me encantes. Y me fascina que discutamos por mensadas y verdades absolutas, que a veces me caigas bien gorda y, al fin de la batalla, seas ligerita como un rayo, de muy buena ley, que nos arrinconemos: al menos yo estoy arrojado a la esquina sin salida de un cajón de ropero con la llave echada. Toma el llavero, abuelita de Batman, y enséñame tu ropero. Me pone la piel chinita cuando te veo frotarle las tripas de gato a tu violín, manque sigue sin convencerme tu tal Paganini, ¿me vas a tocar un día de estos (que sea pronto, porfa, porfa) una rola neta de este pedante mamón, algo que de verdad le haya emergido del corazón y no de la razón académica, una que creas que le va a decir algo a la aorta de mi alma?

Y, bueno, ya que estoy tirándote toda la onda, me gustan reteharto tu par de piernas que no sé por qué ahora te da por escamotear con esos pantalones de mezclilla tan discretos, ¿y si repites tu trajecito de minifalda y mallas negro *de profundis* de aquella vez que nos topamos por primera vez, ¿ves?, pinche Natera preciosa?

Sí, me lates cacahuete. Por eso debo saber cómo llamarte, porque igual con mi llamado de la selva te estoy metiendo ruido, interferencia, de algo que presiento como un luto de silencio —ya sabes, tu baboso y guapísimo Jerónimo de popó— y te choca que ande con dicencias cursis, tales como empezar mis cartas con un Nat, presentarte a mi cuates como Renat, poner a nombre de At la mesa de un restorán; porque igual te llamo sin mala intención como lo hacía tu compañero del kínder o tu ex jefe, o tus querencia reales, sin la posibilidad de ofrecerte lo que ellos (como si la vida fuera un chingado engaña pendejos Buen Fin de remates) o, mejor dicho, sin ponerte en la mesa lo que se te dio la gana de tomar de ellos.

Lo que sí me queda claro es que te requetechoca eso de *Naty*. Perdóname la vida por haberte aplicado el natyísmo vulgar automático, la neta es que, ya en mi casa, al calor de la almohada, me quedó claro: lo que intentaba era volverme tu íntimo de un solo disparo, como si el diminutivo o el apócope terminado en ye fuera, por defalut, una nominación de intimidación. Es como a las pobres Beatrices: todo mundo les dice, sin consultar, Bety que, más que acercarlas, las alejan porque eso suena más a Bety la Fea que a Eres mi Más Querida Amiga Desde la Primaria.

Y, pues ya que estamos a calzón quitado, eso de *Naty* igual te lo dije porque suena, ¡ots!, a una tal *Paty*, un acto fallido que no me puedo arrancar del pasado y que ahí lo dejamos, porque juré no decirte nada de esa piedra en el zapato de lo que ya no importa o debería importar.

En sentido contrario, tú me puedes llamar de todas las formas que se te antojen, porque mi nombre es un camaleón venido del Nuevo Testamento, San Mateo, de cualquier forma menos Teo, porque así me decía la tal *Paty*... ¡Ash! ¿Ves cómo no

puedo dar paso sin que suene el huarache de lo que ya ni ruido hace? Aunque, bueno, si se te da la gana decirme Teo, será bajo una nueva voz que me lo ensartes, y quizás eso me ayude a lavar mi sistema de alcantarillado. Por ejemplo, hay nombres que detesto como Ramón y Antonio (y, más que nada, sus distorsiones: Ramoncito, Toño) porque me mandan directo a recuerdos pinchísimos con olor a ginebra chafa, pero que se me desmienten luego de conocer a Antonios chingones y generosos, y Ramones que, como sabes, eran unos punks que estaban muy cagados con sus patitas abiertas al marchar y sus cortes de cabello como del Príncipe Valiente.

Espero tu respuesta antes de la cena de mañana con la sacerdotisa guajaqueña para saber cómo decirte cuando te pida que me pases el salero, por favor.

Besos, _____ (aquí tú llenas el espacio en blanco con una de las posibilidades de mis títulos para ti).

Natalia

¡Ay, Ágata! Ahora sí me enamoré bien enamorada. No, ni siquiera hemos cogido (del verbo: hacer el amor delicioso), pero algo en la mirada de Mateo me ha cambiado mi forma de ver, de observar, de percibir. ¿Qué? Todo: la música, la comida, la ciencia, el amor, el mundo entero. Sigo con Jérôme en una parte de mi cerebro (¿para qué te miento? Siempre conservo a mis antiguos amantes en alguna neurona medio escondida), pero estoy segura de que muy pronto Mateo ocupará casi la totalidad de mis pensamientos. Me escribió una carta chingona. Muy. Ya sabes, con sus jugueteos de siempre, su imaginación y su manera tan peculiar de transformar al lenguaje, pero sincera. Desde adentro. No sé. Me encantó. Te la mandaré si no sintiera que lo estoy traicionando...

Lo único que te puedo contar es que de ahora en adelante me diré Natasha. Así me decía mi tío Carlos. En Nicaragua conoció a una soviética. Una mujer alta y guapísima, me contaba. Obviamente, comunista convencida. Llegó a dar clases de ruso a una comunidad donde, decían, andaban los meros meros de la guerrilla. Mi tío se enamoró de ella y lo único que pudo conservar de ese amor tan breve (ella tuvo que regresar a Moscú porque falleció su padre) fue su nombre. Así que decidió transformarme de Natalia en Natasha. Y así le he pedido a Mateo que me nombre. Seguro me encantará el sonido de la sh en sus labios.

Por cierto, ¿ya aterrizaste? Sí, seguro ya aterrizaste y no te has reportado. Hoy en la noche cenamos en Luigi, ¿no? Por si acaso, te recuerdo mi celular (6643092). Tal vez olvidaste el tuyo en Los Ángeles, y en esta época ya nadie se aprende los teléfonos de memoria. Yo todavía me sé el número de casa de mis padres, de cuando vivían en Echeagaray. Uy, hace mil años. Y también los de mis mejores amigas de la prepa. Hay cosas que no se olvidan y otras que desaparecen de nuestra memoria. ¿Sabes? Estoy preocupada. Cada vez olvido más cosas: no sólo en dónde dejé las llaves del coche o el cheque con el que me pagó alguno de mis alumnos de la tarde. Olvido detalles del pasado de los que mis amigos o mis padres se acuerdan perfecto. Y muero de miedo. Si me da Alzheimer te juro que me suicido, y si olvido suicidarme más vale que me mates. Debes prometérmelo. ¿Me imaginas sin recordar cómo tocar el violín? ¿Sin acordarme de mis novios? ¡Me muero, de verdad me muero! Es la memoria la que nos construye y la que nos hace ser quienes somos. Cargar nuestro pasado, recordarlo, acariciarlo, aprenderle. ¡Me estoy poniendo cursi! ¿Será la edad?

No se me olvida el día que te conocí ni tu minifalda de mezclilla. ¿Te acuerdas? Ahí andabas, gruñendo en el Metro Insurgentes porque habías agarrado tu morral al revés (el oaxaqueño que tanto me gustaba) y habías tirado todo sobre el andén: cuadernos, plumas, folletos y hasta tu bolsita de maquillaje (¿por qué siempre la cargas si casi ni te maquillas?). Te agachabas para recoger una pluma de aquí, un lápiz de más allá y nadie te ayudaba. Qué poca madre, pensé, y me acerqué a recoger unas hojas ya medio pisoteadas. Entonces vi que te veían. ¡Pues cómo no! Si cada vez

que te agachabas, la minifalda dejaba ver tus calzones de *happy faces*. ¡Sí, carajo, qué pinche mal gusto! ¿*Happy faces*? ¡Uta! Así que discretamente me acerqué y te dije: “Estás enseñando hasta la factura”. Pero no me entendiste. Las nachas, pues. Y te pusiste roja pero no de la vergüenza, sino de coraje. ¡Pinches machos de mierda, misóginos, metiches, pendejos!, comenzaste a gritar, con razón están ahí paradotes, nada más viéndome, seguiste gritando, dejando salir a tu feminista extrema. Y, de pronto, nos agarró la risa loca. Ríe que ríe, a carcajadas. Ágata, me dijiste, tendiéndome la mano. Natalia, contesté, dándote un beso en la mejilla. Y de ahí pal real, bueno, pal café de afuera, del que nos hicimos cafeteras frecuentes, el de la Zona Rosa al que hace años no vamos. ¿Lo recuerdas? Deberíamos regresar a ver si sigue ese mesero tan guapo... ups, no. Si sigue, ya ha de tener como sesenta y tantos años.

Ese fue el día que llegó la gitana dizque a leernos la suerte. Nuestras dos manos izquierdas entre sus dos manos regordetas, llenas de anillos y pulseras. Todo lo dijo mal. Que yo era enfermera o algo relacionado con la ciencia. Que tú te habías enamorado en la preparatoria y habías tenido un hijo a los 19 años. Que éramos amigas desde nuestra infancia. No le atinó a nada. ¿Te acuerdas? Sólo a nuestra fecha de nacimiento, y ahí sí como que nos dio miedo. Nacieron el mismo año, el mismo día, con una hora de diferencia. No fue tan exacta: nos llevamos 18 horas. Tú naciste en jueves y yo en viernes. Y tú eres mayor que yo. ¡Lero, lero! Por eso estás más arrugada.

Ya en serio, Ágata. Repórtate. ¿No? Al menos para saber que ya estás en México. Y para decirte que llegaste en buen momento a esta nuestra ciudad. Ya te habrás enterado. Todo indica que el jueves de la próxima semana habrá una gran marcha por los normalistas de Ayotzinapa, bueno, y por todo lo que ha pasado desde hace años pero no nos atrevíamos a protestar. Si sigues en México y no tienes alguna cita de trabajo esa tarde, ¿vamos juntos los tres? En la noche nos ponemos de acuerdo. Márcame en cuanto puedas, por fa. Tengo mil cosas más que contarte.

Besos, muchos,

Natalia

Miércoles

Mateo aguardó a que Natalia se acomodara con nerviosa placidez en su lugar frente a la mesa, después de los besos, de los abrazos intensos entre Ágata y Natalia, las carcajadas que no celebraban ninguna broma o recuerdo explícito, las miradas. Las mujeres, pensó Mateo, cuando se quieren, cuando se aman y han dejado de verse apenas un par de semanas, ríen en escándalo y se palmean las espaldas en sus reencuentros, algunas hasta brincan de gusto y lloran; a diferencia de los hombres que, a lo más, se sonríen o hacen chistes pesados para romper la distancia acartonada que el tiempo se empeña en prolongar de mano de las horas y los años. Mateo observó con interés científico las lágrimas de Natalia, la caricia con la que Ágata limpió el riachuelo de sal y recuerdos agolpados en la mejilla de la amiga.

—*Pana` nu pabià` nadxielii* —le dijo Ágata a una Natalia que no siempre descifraba las plegarias zapotecas con las que su amiga la aliviaba en giros inesperados; no las palabras, pero sí la emoción con las que eran dichas en un acto de verdad. Mateo, en cambio, había decodificado minuciosamente este mensaje en su andamiaje semántico al grado de aprenderlo de memoria. *Pana` nu pabià` nadxielii*: Si supieras cuánto te quiero. Ágata se lo había a él dicho una y otra vez.

—Yo también te quiero, te quiero mucho —respondió Natalia con una inteligencia que dejó pasmado a propios y extraños.

Un respingo se le agitó a Mateo por dentro, abajo del ombligo, en el pubis, para ser más específicos: un tímido conato de erección velado por la ternura. Mateo quiso imaginar un cuadro de erotismo lésbico, pero había un quehacer previo, por no decir primordial. La sorpresa. El plan.

Así, pues, Mateo aguardó a que Natalia se acomodara en su lugar frente a la mesa.

Y se hizo un silencio cómodo.

Natalia, sin girar la cabeza, con un divertido bailoteo de ojos, miraba en golpes repetitivos a Mateo y Ágata, quienes trataban de no reventar en risotadas; de hecho, lo que intentaban era encender la curiosidad de Natalia. ¿Qué se traía entre manos este par de locos adorables? Mateo, por debajo de la mesa, tomó la mano de Ágata.

El silencio, entonces, devino incómodo.

Ágata deslizó con un pie el paquete que tenía a buen resguardo bajo su silla y lo pasó a Mateo. Natalia hizo el intento de mirar por debajo de la mesa la transacción del misterio, pero sus amigos la contuvieron extendiendo las palmas de las manos, ¡Alto!, en una coreografía exacta jamás ensayada.

Mateo levantó del suelo el atado y lo puso sobre la mesa. Natalia presintió de qué se trataba. El tamaño y proporciones del objeto envuelto para regalo eran reconocibles, memorizadas. Sí, claro, pero había algo inédito allí dentro, una disonancia.

El hombre le pidió a las amigas que se levantaran, y él, con una rodilla en el piso,

como si entregara su espada por rendición a una reina plebeya, terráquea, querida, le dio el presente.

El presente se volvió futuro.

Natalia gritó. Sí, no obstante fuera su grito algo menos que un siseo comprimido en las riveras del susurro, inaudible, hacia adentro, un átomo de aullido en euforia tan contenido como se contiene al que se ahoga y manotea enloquecido, listo para llevarse consigo al fondo del mar al salvavidas, quien, experimentado y sagaz, inmoviliza por la espalda a la víctima para llevarla a la orilla y darle respiración de boca a boca. Natalia era la ahogada, sus pulmones estaban anegados de una sorpresa líquida, de estupefacción feliz, felicísima, y esperaba que Mateo fuera quien le aplicara el protocolo de Reanimación Cardiopulmonar: unir sus labios con fuerza hermética en un beso en apariencia vacío, pero que inyectaría un torrente de aire a su pecho para volverla a la vida, la vida ordinaria.

Esto era una alucinación, y la Realidad, con su peso monstruoso, estaba allá afuera esperándolos. Pero no, los tres amigos no estaban huyendo, sino tomando fuerzas para regresar a las calles, a la noche, al mundo.

Ágata había llegado mucho antes de la cita, a propósito, aunque su costumbre era aparecer siempre un poco tarde, avivando el deseo de que sus querencias y amores sufrieran de ansiedad por la ligerísima espera. Desde allí Natalia, extrañada, supo que algo tramaban estos dos revoltosos atorrantes entrañables.

Luigi, con su hermosa, pantagruélica panza, su filipina blanca de chef comprometido en los sabores, las temperaturas y un par de manchas de jitomate, con esa sonrisa que enamoraba en un tris a sus comensales, la mayoría cultivados ya hacía veinte años en orgías gastronómicas napolitanas desde los fondos de su antiguo *ristorante*, Casa d'Italia, apareció con una botella de Lachryma Christi vertida hacía una hora en un decantador para que el vino bermellón abriera al máximo su aliento salobre: un aroma de ceniza vesubiana. Puso la damajuana de cristal en la mesa y sirvió cuatro copas, pues él estaba invitado por propio pie en la celebración.

—*Tanti aguri a te, tantiaguri a te, tanti aguri a te eeee, tanti aguri a te!* —comenzó a cantar, pues Mateo lo había engañado al hacerle creer que Natalia cumplía años con tal de que el cocinero sacara de la cocina su lado más generoso.

Los parroquianos se volvieron a ver a Natalia, levantando, los que bebían, sus copas.

—Porque cumplas muchos más, Natasha —le vocingleó Mateo a la violinista pasmada, que estalló en risas por aquella broma tan bien puesta.

Ágata había girado instrucciones en el restorán para sorprender a la festejada en cuanto Mateo le envió un WhatsApp diciéndole que estaba a un par de minutos de arribar al Vecchio Forno del brazo de Natalia.

Sin abrir aún la caja de Pandora, la festejada alzó su copa y brindó con la concurrencia entera, feliz como una niña con juguete nuevo, porque sabía que aquello era un juguete.

—¡Que lo abra, que lo abra! —corearon todos, ¡vaya fiesta de no cumpleaños!, y Natasha rasgó ese envoltorio que cubría otro envoltorio que cubría otro envoltorio, y se desveló el misterio.

Natalia gritó, ahora con fuerza, hacia afuera, con ganas de que la oyera el mundo entero, el de allá afuera, con los colmillos con los que intentaría devorar a sus hijos una y otra vez. Pero ahora no, que esperara un poco esa Realidad bestial a que Natalia abriera su regalo.

Sí, lo sabía, aquello era un violín, pero, ¡qué extraño estuche, tan liviano y elegante, ajeno a los suyos de siempre, esas valijas clásicas que tanto le gustaban por desgastadas, negras y olorosas!

Abrió por fin el estuche.

¡Cielos!

Natalia ahora no gritó, a pesar de que su boca era un cielo tan amplio como para dejar correr un estruendo. Este era un violín imposible, un violín eléctrico, negro y resplandeciente, una espiga aerodinámica sin caja de resonancia, sin las efes opuestas en espejo por donde la vibración de las cuerdas y la madera hacen brotar su voz a los violines acústicos. ¿Era esto una blasfemia? ¿Qué diría Stradivarius? Un soporte en bucle recordaba la costilla derecha del instrumento abriendo un vacío que la llenó de temor: *horror vacui*. Se lo colocó en el hombro, ¡qué cómodo, qué bien embonaba en su barbilla!, y tomó el precioso arco que venía con el violín. Era de fibra de carbono, de peso y balance perfectos, con una nuez rematada por un ojo-tiburón de concha nácar; su cinta de crin de caballo albino venía ya impregnada con el perfume del polvo del pez-resina. ¿Cómo habían dado con esta maravilla?, se preguntó, y sin esperar respuesta, comenzó a frotar las cuerdas con el arco, pero el bólido negro era prácticamente inaudible, sólo Natalia percibía la vibración del puente y el tira cuerdas subiendo por el soporte hasta su nervio acústico. Ahora ella alzó la palma de su mano y pidió silencio a la audiencia: estaba desafinado el mueble y, en un santiamén, lo puso en tono, moviendo las clavijas con relajada habilidad. Aun así, Natalia seguía estupefacta, con su entusiasmo atajado por la frustración. Intentó volver a sonarlo y nada. Bajó los brazos con el violín y el arco derrotados como pétalos marchitos, mirando apenada y molesta a Mateo.

—Se llama *silent violin* —le aclaró el físico a la música—, es un Yamaha SV 150, y puedes usarlo para practicar hasta la madrugada sin provocar la ira de tus vecinos.

—Pero si quieres que el planeta entero se ponga a bailar —intervino Ágata como si su voz fuera un vaso con polvos mágicos de frutas efervescentes—, usas esto.

Y, en un acto de taumaturgia de chamana zapoteca, sacó por debajo de su silla una cajita con agarradera de maleta, una bocina mínima y un botón de volumen que imitaba la nariz de un cerdo: era un amplificador de viaje Pignose. Sí, a Natalia no le quedó duda de que todo aquello eran juguetes. Mateo conectó un cable de teléfono del nariz-de-cerdo al violín futurista. Natalia volvió a atacar su instrumento... y se hizo la música. En un *continuum* de la magia desatada, Luigi ya estaba allí con un

enorme acordeón Honner que proponía la Tarantella Napoletana para comenzar el baile. Natalia no se achicó, pues había tocado varias de estas danzas que tanto fascinaban a los románticos Schubert, Tchaikovski y Rossini, y comenzó a seguir la melodía del cocinero italiano.

Ágata y Mateo se habían engarzado por las asas de sus brazos y bailaban a tontas y locas, trazando círculos concéntricos entre la apretura de las mesas, mientras los meseros palmeaban y los comensales comían con más ganas sus pastas papardelle con camarones y *calzoni di prosciutto*. Natalia los veía sedienta, quería sentir el calor húmedo de sus amigos que ya sudaban entre las bocanadas del horno para pizzas, la agitación del baile y las risotadas, pero el sonido bronco de su violín amplificado la tenía anclada a la música que se aceleraba cada vez más en su final presuroso, y la imagen de Jérôme agitando su batuta en una plaza pública de los Quartieri Spagnoli frente a una muchedumbre se le vino a la cabeza. Luigi, con esa inteligencia de quien alimenta con generosidad a sus semejantes (un gran cocinero jamás podría ser una mala persona, alguien le comentó una vez), sintió el vacío que a Natalia se le anidaba en el corazón, y con el lenguaje clarísimo de los gestos, invitó-urgió a Natalia para que dejara de tocar y se uniera al baile.

Mateo percibió esta acción de reojo y, un poco avergonzado, un mucho envalentonado, cayó en cuenta de que se había olvidado de todo y todos en la conexión poderosa que había entablado con Ágata: sí, estaba hermosa con su huipil postmoderno, con esa hilera de dientes elegantes gracias al pequeño defecto de hundimiento en el canino superior izquierdo. Quería besarla como en aquellos arrebatos divertidos que dejaban fluir en las Islas de Ciudad Universitaria cuando el porvenir aún era futuro y no pasado. Ágata lo entendió de inmediato y, con un disparo de tristeza que reconoció como una caricia de Aaron en el bajo vientre, en el ombligo, en el pubis para ser más específicos, soltó el brazo de Mateo para palmear en sincronía sobrenatural con el salto que puso a Natalia en el tercer vórtice del triángulo ¿escaleno? que los amigos habían trazado en el eje del Vecchio Forno de la Ciudad de México, del cosmos, supernovas y radiaciones de microondas de fondo. Mateo, por ello, sintió ganas, muchas ganas de regresar a la astrofísica y los radiotelescopios, cuando Ágata tomó de la mano a Natalia y la engarzó al brazo en jarra de Mateo.

—¡Natasha! —gritó el hombre más feliz del restorán y trasladó el deseo del beso a Natalia. Un beso profundo, largo, de lenguas vivas y saliva salada a fuerza de Lachryma Christi.

Natalia quiso acariciar a Mateo, pero sus manos estaban ocupadas con la nuez del arco y el cuello del Yamaha negro. Separó su boca de la del hombre que ya se imaginaba suspendido en una curva espacio-temporal. El escenario cambió en el aire por la imposible prolongación de la lengua de esta mujer que volvió a atacar al violín con una pasión que le brotaba como un río en el bajo vientre, en el ombligo, en el pubis, para ser más específicos. Humedad y fragancia.

—¡Madre Cuiche para todos! —gritó Ágata con una preciosa botella de mezcal

en la mano (¿De qué sombrero de mago sacas y sacas sorpresas, querida Ágata de mi corazón?) y le dio un trago directo a la boca de vidrio; entonces la poderosa bebida celebratoria fue de labios en labios, calentando esófagos en un ardor medicinal.

—Para todo mal, mezcal —apuntó a alaridos Mateo—. Para todo bien, también.

—¿Cuándo no hay remedio? —preguntó Ágata a Luigi, que no supo qué responder—. Cuando no hay remedio, litro y medio.

Sí, allí no había remedio, pensó Mateo, que ya caía en la suavidad del viaje de la Mezcaloteca a manos del Madre Cuiche, ese agave misterioso, escaso, salvaje, indómito. Y quiso con toda el alma emborracharse hasta el *black out* y el letargo, recostado entre los cuerpos desnudos de Ágata y Natasha, pero hacía mucho que no perdía el control, no desde que nacieron sus mellizos. Ya una vez había estado con los pequeños en aprietos broncorrespiratorios y el recuerdo de un tequila envilecido le había dificultado la reacción inmediata, con los martillazos de la cruda en la nuca y los parietales. Sonrió al pensar en sus hijos y, sin culpa ni arrebatos, con Luigi que ya había pasado de Nápoles a Bielorrusia con una marcha velocísima como telón de fondo, acercó las dos bocas de las amigas, guiándolas con suavidad desde las nuca húmedas de tanto sudor y deseos, y convocó a un beso de tres lenguas, seis labios.

Los comensales, ya atrapados por el mezcal que se reproducía como los panes transustanciados de Cristo, aplaudieron y celebraron con carcajadas y chasquidos de boca, llenos de envidia y sorpresa.

Con la fiesta ardiendo, trazando ya su punto más alto para descender al final, al momento de anagnórisis en que los personajes de la comedia trágica reflexionan sobre el viaje que han hecho como antihéroes, una pareja ya caminaba hacia la puertecilla de la cortina metálica que Luigi había bajado para pasar del negocio a la locura, al dispendio: echar la casa por la ventana sin que nada saliera de ésta. Mateo decidió que aprovecharía este *impasse* para abandonar la celebración del *violon noire* y el falso cumpleaños.

Natalia y Ágata tuvieron el impulso unívoco de pedirle que se quedara, pero sabían que él tenía que salir al mundo, atravesar sus colmillos y llegar a casa a abrazar a sus hijos y, por primera vez en su vida, rompiendo todos los protocolos que había planteado con una honestidad más que verdadera, Natalia, Natasha, quiso que esos hijos fueran suyos, y esta idea la asustó, la maravilló, la cegó.

Quien sí insistió en que siguiera la borrachera hasta sus últimas consecuencias fue Luigi, que ahora azotaba las teclas de su acordeón con un sacudimiento balcánico: Goran Gregovich, para ser específicos.

En un último acto de taumaturgia mesoamericana, Ágata atrajo a sus dos seres más queridos de la tierra y les puso en las bolsas de los pantalones dos pequeños envoltorios de papel de china blanco. Tenía un tercer paquete en la mano izquierda.

—Esto es un pacto de sangre, ya nada podrá separarnos —les dijo en medio del manoteo que había vuelto un par de mesas tambores al fondo de la música—. Le pedí a mi joyero estrella que nos hiciera uno idéntico a cada cual de nosotros. Abran los

envoltorios, no ahora, sino en el momento en que estos seres lo pidan.

Ágata sonrió con tristeza.

Mateo quiso repetir el beso de tres bocas, pero ahora sólo serían dos de dos bocas cada cual, concentrando las lenguas tibias y salinas en momentos apartados, únicos, y Mateo salió a la carrera cuando, a través de la puertecilla abierta, sonó el claxon de un radiotaxi al que había llamado en un momento de descuido.

Se abalanzó a la calle y cerró la puerta, sin voltear a ver lo que estaba dejando tras de sí, como en los cuentos en los que quien huye no debe volver su mirada, como la mujer de Lot que, por hacerlo, quedó vuelta una estatua de sal. Pero, atrás de Mateo, no estaban Sodoma y Gomorra, sino Il Vecchio Forno en el que resonaban con felicidad las risas, el acordeón y el violín que de nuevo volvió a alargar sus dedos por los meandros más luminosos de aquella noche de miércoles.

Mateo, ya en el taxi, pidió al reseco chofer que lo llevara al centro de Tlalpan.

Abrió el envoltorio de papel.

De golpe, le dijo al conductor que se detuviera, que lo dejara bajar, resarciendo su esfuerzo con un billete de cien pesos.

Mateo necesitaba sentir a solas —suspendido en un gran atractor espacial de materia roja, con el aire fresco de la noche en su rostro—, en la palma de la mano, en la que descansaba aquel dije de plata que Ágata le entregara en un ritual sagrado. Era un pequeño medallón con un broche erizado en su base. Sobre una superficie rugosa patinada con un gris elegante, dos dígitos se abrazaban en un pulimiento que los destacaba bajo la luz de la luna y el alumbrado público. Ese número era un recordatorio de que, bajo esa corteza de oscuridad que era la noche de Anáhuac, los colmillos de la Realidad estaban listos para devorar corazones, corazones jóvenes, semillas de un futuro que seguía insistiendo en ser un pasado ominoso, perverso.

«Quisieron enterrarnos pero no sabían que éramos semillas» dirá un cartel en la calle un par de días más adelante.

Mateo se echó a llorar y se llenó de fuerza.

Ese número era un 43.

Miércoles

Natalia aguardó a que Mateo saliera del restaurante. Esperó unos momentos más, incluso, para asegurarse de que ya se habría acomodado, con nerviosa placidez, en el asiento del radiotaxi. Esperó, de hecho, media hora para que el lugar reencontrara la tranquilidad. Antes, todavía tocó tres piezas a petición de un comensal que, aseguraba, había sido un importante músico alemán en una vida anterior; Bach tal vez. La violinista agradeció los aplausos y guardó su precioso regalo negro y futurista en el estuche. Pensó que ningún regalo podría superar a la sorpresa que Ágata y Mateo le habían dado esa noche. Las muchas sorpresas. Las tantas emociones. Incluyendo esa sensación, apenas creciendo en algún lugar de su vientre, de querer tomar el lugar de Andrea. ¿No podría haber sido ella, Natalia, quien hoy por la mañana hubiera despedido de un beso a Mateo para, enseguida, preparar el lunch de sus hijos y llevarlos a la escuela? Se resistió porque no se reconocía; decidió pensar en algo menos perturbador. Había “otra” sensación que también le estaba enviando señales inequívocas. Un cosquilleo que se generaba en el pubis.

Apenas quedaba una mesa ocupada. Luigi seguía tocando el acordeón, aunque ahora lo hacía con un dejo de melancolía, de esa que conmueve pero no pesa ni lastima. Ágata observaba a su amiga, la mirada que siempre adelantaba lo que un rato más tarde sus palabras asentarían. Trató de adivinar si ese iris enamorado estaba dedicado a Mateo o si había, todavía aprisionados, algunos recuerdos de Jérôme. Prefirió preguntarle y, si bien llevaba algún tiempo tácitamente preparada para esa respuesta, no supo qué contestarle. Tampoco qué sentir o, mejor dicho, cómo manejar lo que sentía.

—¿En quién piensas?

—En ti.

—*Pana`nu pabià`nadxiielii* —fue lo único que Ágata atinó a pronunciar.

Enseguida, Natalia, después de darle un trago pausado y rasposo al mezcal, se acercó con suavidad al lado de su amiga. Con el dedo índice derecho le separó los labios un poco, sólo lo necesario, y la besó sin prisas. Sin la conmoción de la fiesta que había terminado, sin las carcajadas que antes provenían de las mesas aledañas, sin Mateo como actor y testigo. Las lenguas se saborearon durante un rato tan largo que ningún suspiro hubiera podido aguantarlo. Ágata entrecerró los ojos. Natalia los mantuvo abiertos, hubiera querido no pestañear para retener en su memoria la imagen de los párpados caídos de su amiga. En esa memoria que sabía usar para olvidar los ratos amargos y para saborear, en un letargo exquisito, los momentos apapachables.

Un silencio, cómodo e incómodo, al mismo tiempo, se hizo dueño del lugar. El gran Luigi, sabiéndose invasor, dejó recargado su acordeón sobre la pared de ladrillos y fue hacia la bodega, con la inventada prisa de verificar que hubiera suficiente aceite de oliva, sal de mar y hierbas aromáticas para el día siguiente.

De pronto, las dos cómplices trataron de hablar al mismo tiempo. Callaron,

también, al mismo tiempo. Sonrieron al mismo tiempo. Fueron víctimas de risas nerviosas y hasta les dio por sentirse ridículas. Con una seña de la mano izquierda, Natalia cedió la palabra:

—Si el regalo que les di fue un pacto de sangre, este es un pacto de saliva —dijo una Ágata ligeramente asustada.

—Y de humedades —aseguró Natalia, acercando una mano juguetona a la entrepierna de la oaxaqueña.

—¡Y yo que pensé que te estabas enamorando de Mateo! —expresó Ágata, cerrando las piernas, para dificultar la meta.

—De Mateo ya estoy muy enamorada. Me gusta muchísimo. Y si me das permiso, hasta te confesaría que lo amo. Y lo necesito. Pero eso no me quita el deseo de besarte una y otra y otra vez. Me encantaron tus besos.

—¿Ya lo habías hecho antes?

—¿Qué? ¿Besar a una mujer?

—Sí.

—Nunca. Aunque algunas veces lo había imaginado. ¿Tú?

—En mi adolescencia. Y lo único que conseguí fue miedo y culpa. Después, cuando me di cuenta de lo ridículo de mi miedo y mi culpa, ya ninguna se me antojó.

—¿Ninguna culpa?

—Ninguna mujer, boba. Hasta hoy. Hasta hace rato.

Luigi regresó, haciendo ruido para anunciarse. El Johann Sebastian Bach de otra vida, ahora vendedor de seguros, se había quedado dormido sobre su mesa. Roncaba. Las mujeres supieron que debían irse. Eran casi las dos de la mañana. Salieron juntas a la calle de Veracruz, abrazadas, felices. Un poco atemorizadas. Natalia llevaba su violín imposible en la mano derecha. Ágata, el amplificador en la mano izquierda. Caminaron bajo la oscuridad de las farolas fundidas hacia el lugar donde Nat había dejado su coche. Pasaron frente a un mural de Cauduro que presidía, casi imponente, un minimalista edificio de la colonia Condesa. Se detuvieron a observarlo. Ambas lo aprobaron. Una de ellas, mientras veía a una mujer desnuda, algo caderona, subiendo por una escalera, trataba de llegar a una conclusión sobre los besos: ¿acaso los de las mujeres son más dulces, saben distinto, se dan y reciben de otra manera? La otra, en cambio, se recordó disfrutando el mural en la casa del pintor, en Cuernavaca. Las diferentes piezas colocadas sobre el piso del estudio. Sus pasos hacia atrás, hacia adelante, su mirada desde arriba de una silla para tratar de apreciar la perspectiva. Las explicaciones de Rafael, copa de vino tinto en mano, sobre la concepción y realización de su obra. Sí, cuando era amante de Jérôme, fueron juntos a visitar a Cauduro y se supo privilegiada. De la mano del director de orquesta escuchó las explicaciones sobre la obra, vio el retrato de Ernesto de la Peña, intelectual reconocido, acuclillado en alguno de los rincones del vecindario. Los billetes: varios dólares deslizándose por las cañerías, cayendo hacia el desagüe. Tocó las distintas texturas, tomó fotos con su celular. Acarició a los perros del artista (una especie de

french poodles gigantes): uno con moño azul, la hembra con moño rosa. Bien peinados. Bien cuidados. Se despidió de Cauduro, en ese jardín reventando de verdes, haciéndose la promesa silenciosa de que algún día tendría una obra suya en su pequeño departamento de Polanco.

Natalia abrió el coche rojo que todavía estaba pagando a plazos. Ágata se subió en el asiento del copiloto. De manera instintiva, se bajó la minifalda haciendo un esfuerzo para que cubriera sus rodillas.

—¿A dónde vamos? —preguntó la dueña del automóvil mientras metía la llave en el lugar indicado.

—Primero abre el regalo que les he dado. Después decidimos —ordenó Ágata con delicadeza.

Natalia sacó el pequeño paquete de la bolsa de su chamarra. Sus dedos de violinista supieron abrirlo con maestría. Un número 43 apareció debajo de la envoltura. Un número simbólico, doloroso, solidario. Plateado y brillante. También los números tienen fecha de caducidad, supo enseguida Natalia. La amistad. El amor. Aún más, el deseo.

Natalia se echó a llorar y se llenó de fuerza. Lágrimas saladas, agotadas, pero con un dejo de esperanza. Ágata trató de reconfortarla, acariciando sus manos, sus antebrazos. Todas sus ausencias. Ambas supieron, en ese momento, bajo la luz de una luna demasiado blanca y callada, que pasarían la noche juntas.

Extrañando a Mateo. Consolándose.

Miércoles

Ágata aguardó a que se desocupara la mesa del fondo, la que está junto al horno rústico empotrado en la pared, el *Vecchio Forno*. Esa era la mesa, su mesa. En las noches de otoño-invierno, como la de ese día, resultaba el mejor lugar por ser el más calentito del restaurante. Pero también porque esa es la mesa en la que se puede conversar evitando el paso de otros comensales y la que permite quedarse hasta el final-final: media hora después de que el sitio ha cerrado y cuando las sillas ya están sobre las mesas mientras los meseros se preparan para irse a casa, la mesita junto al horno es el último reducto de charla antes de salir a la calle abrazados, caminando — a veces a tropezones, muertos de risa— por las calles de pavimento roto, vencido por las raíces de los árboles. La del fondo, junto al horno, la mesa de Mateo y Ágata, hoy sumaría una tercera silla. Un escalofrío subió por su espalda y le hizo sacudir ligeramente los hombros.

La Ciudad de México luce triste, pensó Ágata. Apenas habían transcurrido dos días desde que llegó, pero su antena chilanga era infalible: tan pronto puso un pie en el Metro —Ágata tenía una extraña superstición: nadie debía ir por ella al aeropuerto; entraba a la estación Terminal Aérea y de ahí a Bellas Artes, y de ahí al mundo— supo que las cosas eran diferentes. La gente —de ceño fruncido, más que otras veces— era extrañamente amable —más que otras veces—. La gente está enojada, pensó, pero esta vez es claro contra quién es el enojo. La gente sabe que los responsables no son los de al lado, no es el vecino, no es el pasajero que dormita en un vagón mal ventilado que recorre las entrañas de la ciudad. Los responsables tienen nombre y apellido y nunca viajan en Metro. La gente carga un fardo de desesperanza, pero esta vez la carga es compartida. La gente ha aprendido a ser condescendiente, a sonreírse en un gesto de complicidad entre quienes saben que han sido violentados pero aún no atinan a crear una estrategia que confronte al violentador. La ciudad está sumida en la calma que precede a la tormenta. Ágata metió la mano a la bolsa del abrigo que aún no se quitaba y palpó los tres paquetitos que cuidadosamente guardó para ser entregados en el momento apropiado. Por encima de los envoltorios de papel de china, sus dedos adivinaron el número 43.

¿Cuántas veces ha hablado de esto con Natalia? Natalia, el regalo que le había dado a Ágata el Metro de la Ciudad de México, era la persona con la que mejor podía compartir su visión dividida de este país. A diferencia de Mateo, tan, tan mexicano, tan nacionalista, megachilango, y para acabarla de joder, antiyanqui, Natalia tenía una capacidad de observación que le permitía desplegar, salir de sí y ver el mundo a través de los ojos de otros, de los ojos del propio mundo. Con una soltura que fascinaba a Ágata, como notas salidas del contacto de las cuerdas con el arco de su violín, Natalia hilvanaba ideas, iba del DF a Praga, a París, comparando momentos, situaciones, ambientes. Natalia era los ojos universales de la visión dual de Ágata.

Miró un poco ansiosa la pantalla de su celular; llegó demasiado temprano y la

expectación crecía. Le emocionaba el paquete que, en cuanto se sentó, acomodó cuidadosamente en el suelo bajo la mesa, a la altura de sus pies. Le emocionaba la idea de ver a Mateo y a Natalia juntos, de escucharlos arrebatarse la palabra como estaba segura que sería, de triangular las miradas, de contrastar emociones, de... escuchó la risa de Natalia y supo que ahí estaban. Le dio un ligero vértigo. Le pareció que un rayo de luz entraba por la puerta: Ágata se lanzó a los cuatro brazos que se extendían hacia ella como un trapezista que suelta el trapezio confiado en su red de seguridad. Sintió el vaho del aliento de Mateo, tan conocido, y descubrió en los ojos de Natalia un brillo nuevo, una chispa que se convirtió en llamarada en su pecho, una ola de calor que en las próximas horas no dejaría de viajar hacia el sur. Cuando volvieron a la mesa, Ágata tenía las mejillas cubiertas de lágrimas.

¿Cómo se describe el tiempo que se congela entre la música, las risas, los besos, la comida, la bebida, el placer, los afectos, la vida? ¿Cómo se ponen en palabras los segundos que pasan inmóviles, que nos hacen ver el mundo en cámara lenta mientras todo se sumerge en un vértigo alrededor, que nos permite tomar una fotografía mental a sabiendas de que este momento, ahora, marcará el resto de tu vida para siempre? ¿Cómo se describe en una línea la eternidad?

Las horas que siguieron a su encuentro se agolpaban como una orgía de imágenes en su mente. Ágata trató de recordar. ¿Fue Luigi quien sacó el acordeón, o fue Mateo el que le pidió que lo sacara? ¿Natalia se paró sobre la silla, o es que Ágata se arrodilló para verla, para escuchar? ¿Fue el beso de Mateo el que le acomodó esa punzada en la entrepierna, alimentada el resto de la noche con caricias y mezcal? ¿Era la mano de Mateo la que le frotaba el muslo mientras Natalia susurraba no sé qué en francés? ¿En serio Natalia había tocado y *cantado* Dust in the Wind?

Natalia. El olor de Natalia. El sabor de Natalia. El pelo de Natalia extendido, revuelto sobre la espalda de Natalia. La espalda de Natalia, que baja como curva de violín hasta las nalgas. Las nalgas de Natalia, los muslos de Natalia. La humedad de Natalia.

Natalia está dormida boca abajo, el rostro vuelto hacia la ventana que se resiste a dejar entrar al jueves en esta nochelarga de miércoles cuyas horas Ágata desea detener. Si un mundo nace cuando dos se besan, ellas acaban de crear un universo. Cuánto amor, cuánto deseo, cuánta pasión guardada por años, tal vez por siglos, pasando de una mujer a otra, de una mirada cómplice a otra, de una historia a la siguiente, esperando la oportunidad de concretarse en sudor y sal. Cuánto, cuánto amor.

Ágata cerró los ojos. Imaginó su falda y sus medias aún tiradas sobre la alfombra de la sala; el brasier es lo único que llegó a la recámara. Recordó las manos de Natalia atravesando todo, desvaneciéndolo todo hasta llegar a su entrepierna. Recordó su reacción tonta: una risita que buscaba ser coqueta y que resultó de lo más boba. Recordó la cercanía de los senos de Natalia, sus propias manos, extrañamente tímidas, subiendo por el talle de Natalia, desabrochando el sostén de Natalia,

perdiendo ahora toda timidez. Los senos de Natalia. Recordó la suavidad de sus pezones, el cambio de textura, la piel endurecida, el gemido de Natalia, el muslo de Natalia acercándose a su pubis, frotando su pubis, el vientre de Natalia, las manos de Natalia, los labios de Natalia, un mundo, una galaxia, un universo nace cuando dos se besan, las manos de Ágata aferradas a la espalda de Natalia, a las nalgas de Natalia, el aliento entrecortado, los dedos de Natalia, el sonido casi inaudible del susurro que empezó a crecer en el pecho de Ágata hasta salir convertido en un gemido indescifrable de agonía y placer:

—Mateo.

Natalia se detuvo un momento y la miró a los ojos. En el calor de la batalla, el tiempo se congeló.

Ágata abrió los ojos. El jueves se filtró por la ventana.

Mateo

A ver, dime, Tash Cuash, ¿desde cuándo no recibías una carta en sobre con sello de lacre y membrete, eh? Y por carta no me refiero a ese pinche papelerío que nunca deja de engordar el buzón con cuentas de tarjetas de crédito tramposas (barriles sin fondo), avisos de corte de agua, adeudos de cable o de teléfono, y propaganda ilegal de partidos políticos todavía más ilegales (hijos de puta, todos hijos de puta de derecha a izquierda), esas no valen: son basura, caca popó pipí pedo. Me refiero a misivas (qué palabra más mamona) escritas de puño y letra, en *tinta sangre del corazón*, con la dirección de un remitente emocionado en la pestaña engomada del sobrecito, con su timbre postal pegado con baba. Esta cartita que ahora recibes, querida, estará mocha porque le van a faltar su matasellos y el manoseo del señor cartero (en mi casa, la que lleva el material postal es una cartera, ¡bendita seas, Eduviges!), pero si te la mando por correo tal cual, «ordinario» que le llaman, se va a tardar un eón en llegarte, una nueva era glacial, y lo que te tengo que decir es ultra urgente.

¿Qué es, qué es?

La respuesta la tiene Cri Cri:

*Si sospechas qué traigo aquí,
será todo para ti.
Dulce no es, fruta no es,
nieve tampoco es.
Si me dices lo que será,
te pertenecerá,
piensa despacito,
para adivinar.*

Vaya trasfondo alburero-sexoso el de esta rola, ¿no?, pues lo que el Grillote Cantor trae allí escondido es un negrito bailarín.

Si ves algunas ampollitas de humedad regadas como escamas de huachinango sobre este precioso papel de algodón francés, *évidemment*, seguro será por mi sudor de adrenalinas. Y es que me da unas ansias mega cabronas tener que escribir despacito para que entiendas mi caligrafía *feet's spider style* (como a mano no sé hacer cursivas, te subrayo los gringuismos, neologismos y barbarismos propios míos de mí), pues como deformación profesional, igual que los médicos —por algo estoy en un hospital—, mi letra es inexpugnable. Así que voy piampianito, recordando mis clases de bolitas y palitos del kínder, mis primeros «Mi mamá me mima» y «Ese oso sí se asea», tal cual reza el tatoo de Teddy Bear que el Mastuerzo tiene en el deltoides derecho: ¡esa es cultura y no mamadas! Sabes quién es el Mastuerzo, ¿verdad?

Escribir en compu es más de volada y la letra no tiene pierde en su grafía y, en terminando de chorear, le picas una tecla y ¡cuishhhhh!, comunicación automática; pero, ¡qué chingaos!, hoy me levanté archi cursi (y mega crudísimo: mezclar vino del Peloponeso con mezcal oaxaco no es buena idea) y aquí me tienes, con mi pluma fuente Lamy y su cartucho de tinta ocre, dándote un aviso personal, una declaración del alma y una petición sin zafaderas y sin nada. Neruda y Paz usaban tinta verde y pluma Mont Blanc, pero yo no escribo poesía, no, sino ecuaciones y matrices algebraicas en arreglos bidimensionales impresas en mis libretas Scribe hoja francesa que, pensándolo bien, son una manera de hacer metáforas rimadas, una forma de llegar a ese fondo de la realidad que, por más que estiras la mano, no se toca pero que, una vez percibido con la inteligencia de la fe y la razón, se ha de transformar en una frase de belleza absoluta. «Quiero escribir los versos más tristes esta noche» equivale a decir $e = mc^2$. La simpleza, la síntesis de toditas las emociones y energías primordiales del pinche Universum. La revelación: ¡mocos cósmicos!

Sin duda alguna, en este punto de la carta te preguntarás, «Si es tan urgente lo que me tiene que decir este señor, ¿por qué carámbanos la hace tanto de jamón?». Bueno, pues es una deformación profesional: como sé que mis conclusiones en algún teorema frente a mis ancianos y sabihondos profes se pondrán en duda apenas abra el hocico, debo ir fundamentando milímetro a milímetro mis argumentos para que no me atoren.

Para demostrar que un número es igual a sí mismo, que $n = n$, aplicas un método contra natura y dices que $n \neq n$, que ene no es igual a ene, que uno no es lo mismo que uno, y comienzas a enfrenar, en una operación algebraica, tu ene contra la otra ene hasta que llegas a la negación de tus certidumbres y se desploma tu sistema teórico y, como eso no debe ocurrir, concluyes, por lo tanto, que ene es igualita a ene. Este camino delirante se llama Reducción al Absurdo y no por eso haría feliz al existencialismo de Sartre y el Teatro del Absurdo de su amigo Jean Genet, pues ellos dirían, en una exageración poética, que $1 \neq 1$, que yo no soy igual a mí mismo porque siempre soy diferente, inestable, mutable. El caso es que para llegar al final de una demostración por *Reductio ad Absurdum*, uno puede llenar un pinche pizarronsote de 3 metros por 1.5 con un chingo de numeritos, flechitas y demás símbolos matebrúuticos trazados con gis compacto de color amarillo y terminar empanizado con polvo de tiza. Y vieras qué rica sensación: a mí me encanta rayonear la pizarra con el ruido que hace el gis al golpear y frotar la superficie rasposa del pizarrón, ¡chac, cuishhh, chac, cuishhh!, explicando a mis alumnos, voz en cuello, los movimientos de un modelo biológico para, al final, llegar a la explicación contundente de una ecuación simple y hermosa como un verso de Xavier Villaurrutia: «Mi voz que madura, mi voz quemadura, mi bosque madura, mi voz quema dura».

Así que por eso me tardo tanto en darte la notica que no puede esperar, Reducción al Absurdo, escuchar cómo golpea la plumilla de mi Lamy el papel, cómo lo raspa sabroso, dejando su rastro ocre, como esos textos herméticos que escribía Da Vinci en

tonos tierra sobre sus papeles, sus diagramas, sus planos, sus recetas de cocina, los bocetos de esos cuerpos desnudos de chicos guapos que se llevaría después a la camita.

¡Okey, okey! Ya no te enojas ni te desesperes.

Aquí está la noticia, Natasha Kuchinskaya de Todas las Rusias: que nos vemos mañana en la noche y pasado en la mañana para que ensayes con Quesadilla de Metal, pues, ¡no lo vas a creer!, ya tenemos una tocada en El Vicio, ese cabaretito de Coyoacán.

¡No, aguanta! ¡No te encabrones por avisarte así, de sopetón, sin salivita ni un besito de introducción!

Deja te explico: cuando las carnalitas de Las Reinas Chulas terminan su chou político cómico mágico musical de Doce Dioses en Pugna, siempre se arma el bailongo con un grupo cumabiambero y sabrosón; pero resulta que este sábado la Sonora Chacachá que ya estaba apalabrada, ¡fum!, que se ha desintegrado por lo voluminoso del ego de uno de sus filarmónicos, y pus que ya no van a poder tocar. Así que el Chipote, en enterándose de este acabóse, que propone a Quesadilla de Metal para armar el guateque y, para convencer a Ana Francis y la Marisol Gasé, les dijo que íbamos a estrenar repertorio con una megaviolinista, es decir, tú.

No, ¡espera!, no digas que no antes de que termine mi demostración de que 1 es igual a 5, que uno no es ninguno, que dos ya son uno, pero como uno no es ninguno, volvemos a empezar, diría Pedro Infante. Anoche, mientras Luigi y tú estaban vueltos locos con las tarantelas y los himnos bolcheviques, el Chipote ya se había apalabrado. Yo también apenas me estoy enterando, no es un secreto escamoteado. No es abuso de confianza... bueno, sí, pero en buena onda.

¡Anda! ¡Di que sí di que sí di que sí! ¿Tíííí?

Orita el Quique, nuestro matemático abstracto, mandó todo a la chingada y está en su casa escribiendo en Fa unos arreglos facilitos (para ti pan comido, mi académica del violín negro Yamaha (¿verdad que está a todísima madre tu mueblecito?)) de rolas bailadoras, y se está echando tus partes para que tengas tus obligados y tus secciones de improvisación que, ya te oí, canija, las haces muy bien.

¡No mames! ¡Qué conectón con el Luigi! ¿Y si hacemos un pinche sexteto con nuestro cocinero del alma, Soul Kitchen napolitano? Bueno, luego pensamos en eso, pero orita tenemos que sacar el toquín del sábado.

¡Porfa, porfa, porfis! Ven a ensayar a nuestro búnker mañana en la noche. Mira que escaparme de NeuroRock (al fin que siguen dándole servicio al acelerador lineal) y venir en Metrobús más taxi hasta tu casa a dejarte en el buzón la carta-petición-invitación ha sido un riesgo mayúsculo, ¿qué tal que no estabas? ¿Qué tal que te la seguiste con la Ágata y el Luigi y ahora mismo están en un antro *after hours* de Garibaldi?

Por cierto, ¿no sabes dónde anda la hechicera oaxaqueña? Le estoy mandando Whats tras Apps, pero no me contesta, seguro está tirada, como tú, en la cama de su

hotel boutique de La Casona, curándose la cruda con un espadín joven de Santa María Tlahuitoltepec, la tierra de los músicos mixes que soplan sus trombones con las nubes de la sierra.

Y es que, no te hagas, ya sé que estás en tu casa: te delata el modo en cómo están, medio que sí, medio que no, cerradas las cortinas de tu recámara, ¿algún día la conoceré por dentro?

Bueno, el gran riesgo de no tocar el timbre para despertarte es que quién sabe a qué horas bajarás a checar tu buzón, ¿lo revisas a diario?, ¿una vez al mes? ¡Chales, ese sí que es un arriesgue que pone en riesgo mi ecuación arriesgada! Y, ora que lo noto, ya estoy galopando en mi caligrafía patas de araña, ¿entiendes lo que he escrito o quieres que te mande un paleógrafo de Filosofía y Letras? Conozco uno buenísimo experto en paleofitos.

Pero anda, Natasha Masha, en cuanto leas mi cartita escrita a pie, márcame por teléfono para confirmarle a los quesadillos que sí se arma la machaca.

Sin más por el momento, le quiere atentamente su seguro servidor que besa su mano suya de usted, Mat.

PD.- Si te comunicas con la Aga, dile que urge que su joyero estrella me haga siete pines de plata con el 43. Acá, en Neuro, han sido un acontecimiento, ¡tochos quieren uno! Claro, con un diseño diferente, porque sé que en el mundo sólo hay tres iguales: los nuestros. Lo formidable es que varios médicos con los que he chocado por diferencias ideológicas, y que en general me cagan la maceta, se suman a la causa de Ayotzi. Esto va más allá de lo que se pueda tolerar y, por primera vez en muchos años, algo que nos duele por igual a todos nos une como lo que jamás hemos creído ser: una patria.

Te amo, Mateo.

PD 2. ¿Ya te había dicho que te amo?

Mateo.

Natalia

Llamada telefónica un día en que el sol despertó iluminando y calentando el ambiente más de lo habitual en temporada de otoño. Casi son las seis de la tarde.

—¿Sí? ¿Matero? Es Natalia.

—...

—¿Dije Matero? Estás loco. Mateo, Mateo. Con t. Acabo de leer tu carta. No cabe duda, escribes como hablas; tal vez un poquito peor. Hasta tu letra manuscrita se contagia de tus juegos verbales y en ciertos renglones parece que se pone a bailar.

—...

—No sé en cuál renglón. No la tengo aquí frente a mí en este momento. Creo que la dejé en la cocina. La leí mientras me preparaba un té *english breakfast*, subiendo de buscar la correspondencia, ya que estoy esperando unas partituras que encargué por paquetería. Tuviste suerte, pues en general no reviso mi buzón muy seguido. Con eso de que nada más me llegan pagos por hacer o avisos bancarios, prefiero ignorarlo.

—...

—¡Pues al buzón!

—...

—¿Las partituras? ¿Qué más te da? Después te platico. Ahora: a lo que te truje, Lupe. Ni muerta, escúchame, ni muerta toco con ustedes en El Vicio. Una cosa es que toque en bodas y otros eventos la música que todo el mundo pide: Vivaldi, Pachebel, marchas nupciales variadas, etc..., y otra que me suba a rockear con tu banda, frente a quién sabe qué tipo de personas.

—...

—La neta, a mí las Reinas Chulas me tienen sin cuidado. No es que no admire lo que hacen, son chingonas y valientes, pero de eso a que yo haga el ridículo para salvarlas... Además, Quesadilla de Metal las va a salvar. No me necesitan. Toquen las rolas de siempre, sin violín ni ningún otro invento de última hora.

—...

—Porque no me late, me apanico. No es lo mío. Voy a hacer el ridículo.

—...

—¡Qué necio! Además, pasado mañana en la mañana no puedo. Tengo clases, ya lo sabes. Así que sólo podría ensayar con ustedes mañana por la noche; y ya tarde. ¡Imagínate! Con un solo ensayo, vamos a sonar a banda de pueblo mal afinada. Me voy a quemar. Se van a quemar. A Dylan y a los Rolling Stones los he tocado toda mi vida, pero tus rolas ni las conozco bien. No Mareo, no me late.

—...

—¿Mareo? ¿En serio te dije Mareo? ¿Qué traeré con tu nombre? Concluyo, Matttteo querido: de plano no me late.

—...

—¿Tú?

—...

—Claro que me lates. Sí, la verdad sí. Ya te lo he dicho y, aunque no te lo hubiera dicho, supongo que te has dado cuenta. No me digas que no. Me lates muchísimo, de hecho, pero eso es un problema que debo resolver pues estás casado, eres un gran marido, un gran papá. Adoras a tus chamacos y...

—...

—Sí, claro, Jérôme también estaba casado, sigue casado, pero él, como los anteriores, tenían algo que tú no tienes: desfachatez, pura calentura, ganas de pasarla bien sin deshacer su “perfecta” vida cotidiana. Más que de mí, eran amantes de la fugacidad y de lo no duradero. Y tú tienes mirada de que cuando te clavabas de verdad verdadera, eres capaz de mover tu mundo por conseguir lo que deseas y, en esa lucha, dejarás atrás muchas personas lastimadas: Andrea, tus hijos. Y yo no estoy para cargar con responsabilidades ajenas porque también tienes mirada de que tras la explosión de la bomba y el arribo de la calma, te dará un sentimiento de culpa que te irá secando poco a poco. Y así, seco, arrepentido, sin tu humor habitual, sin tus ojos llenos de brillos traviesos, no me vas a gustar nada. Nuestros cuerpos son muy sabios, hay que saber escucharlos: si a estas alturas nada más nos hemos dados besos...

—...

—Claro que me han gustado tus besos. Me han fascinado. Demasiado. Pero la neta es que tú pareces un hombre hecho para el resto de la vida de quien te elija. Y eso es muy peligroso.

—...

—A ver, Pateo...

—...

—Esta vez me equivoqué a propósito, Mateo querido. Dejemos esa discusión para otra centuria y concentrémonos en...

—...

—Está bien: convénceme de la tocada. Escucho tus argumentos siempre y cuando sean inteligentes y amorosos.

—...

—Sí, tienes razón.

—...

—Okey. Lo acepto.

—...

—Bueno, viéndolo desde ese punto de vista. ¿Para cuáles de las rolas me está haciendo arreglos el Quique? Por cierto, ¿me albureaste a propósito en esa parte de la carta? Dices algo así como que el Quique se está echando mis partes.

—...

—No te rías. Es en serio. Y si alguien se va a echar mis partes, la neta, prefiero que seas tú. Y así, de paso, conocerás mi recámara por dentro y hasta te puedo

presentar a mis sábanas. Son hiper suavécitas. Te resbalas en ellas como pista de patinar en hielo, pero sin frío. Y a mis almohadas: las amo.

—...

—Sí, sí te estoy coqueteando. No, no me estoy contradiciendo. Coger un día no nos va a hacer ningún daño. ¿O sí? ¿Crees que nos clavemos más?

—...

—No, pues yo sí me estoy clavando. Mucho. Pero siempre con los pies en la tierra. La vida ya se ha encargado de demostrarme, más veces de lo que quisiera, que el enamoramiento no dura nada. O casi nada. Y que las promesas no sirven más que para llenar las tarjetas cursis del 14 de febrero. Por cierto, ¿qué es un eón? A veces usas terminajos científicos que no entiendo.

—...

—Lo pusiste en la carta.

—...

—¿En google? ¡Ya! Dime, no seas malo. Me da flojera encender la computadora.

—...

—Qué mala onda eres. Bueno, regresando al tema, el caso es que comienza a gustarme que me estés convenciendo. ¿Qué me das si acepto?

—...

—¿Y ya?

—...

—Soy mucho mejor violinista que eso. No me estás llegando al precio.

—...

—Mmmmmmm... Esto comienza a gustarme. Mucho, de hecho. Ponle fecha, mándame un compromiso firmado de tu propio puño.

—...

—No tienes que volver a venir. ¿Nunca has oído hablar de los *scanners*?

—...

—¡Ah, pues sí! Qué tonta. Con un beso que selle nuestro acuerdo el día que nos veamos, me doy por bien servida. Sé que sabrás honrar tu palabra. Recuérdame la dirección del ensayo, por fa. ¿A qué hora nos veríamos?

—...

—¿Quién?

—...

—¡Ah! Ágata. No, no sé nada de ella. Nada de nada. Al día siguiente se levantó con mucha resaca y, bueno, eso me dijo cuando me llamó para despedirse, creo que tenía un dolor de cabeza mortal y la verdad ya no nos dio tiempo de hablar casi nada y no sé por qué, pero estaba como con prisa y...

—...

—¿Nerviosa? ¿Por qué habría de estar nerviosa? Simplemente no sé nada de Ágata desde esa noche. Salimos juntas del restaurante, pero cada quien se fue para su

casa: yo a la mía, supongo que ella a la de la amiga que le dio asilo.

—...

—¿Se estaba quedando en un hotel? ¿Eso dijo? Ya no me acuerdo. Seguro no te contesta porque regresó cansadísima a Los Ángeles o porque todavía está volando. Yo qué sé, no soy su mamá ni le puse GPS personalizado para espiarla.

—...

—No, no estoy enojada. Pero tantas preguntas sobre Ágata se me hacen raras.

—...

—Está bien, lo que pasa es que me duele la cabeza. Hoy ni siquiera llegué al Conservatorio y odio dejar plantados a mis alumnos; abrí el ojo a las doce del día. Tienes razón: vino y mezcal hacen una combinación fatal. Pero ahora mismo me voy a dar un duchazo para tocar un buen rato el violín tan chingón que me regalaron. Está maravilloso. ¡Y el sonido!

—...

—Cierto: no sé si me gusta más su sonido o su figura. Es como un instrumento del futuro. No sé qué tiene, pero me encanta y me parece tan seductor. Más bien, tan seductora.

—...

—Es que no es como los demás violines. Tiene forma de mujer cachonda, como si fuera un violín hembra. De hecho, le hablo de ella. ¿Te había contado que platico con mis violines? A todos les hablo de él. Pero a mi violín nuevo me caché hablándole en femenino. “Hola, nena, ¿Dormiste rico, estás contenta en tu casa nueva?” Y cosas por el estilo.

—...

—Sí, es de risa loca. Pero le veo cuerpo de mujer.

—...

—¿Yo? ¿Con una mujer? ¡Estás loco! ¡Nunca! ¡Cómo se te ocurre! No tengo nada en contra de las lesbianas, no vayas a pensar mal, de hecho, tengo dos o tres amigas que les da por ahí, pero la neta, las mujeres no me llaman la atención para nada. En el plan sexual, pues.

—...

—Claro que no. No te levanté la voz. No estoy enojada, pero...

—...

—Sí, ha de ser la cruda. Perdón. No deja de dolerme la cabeza. Voy por una aspirina, un buen baño y a tocar a mi violina. Nos vemos mañana en el ensayo. ¿Vale?

—...

—Pórtate bien. Piensa en mí e imagínanos el día en que me pagues lo que has prometido.

—...

—Yo también, Mateo. Yo también. Más de lo que crees. Más de lo que debería.

El teléfono no logra absorber las diminutas gotas de sudor que ha dejado la mano derecha de Natalia. El sol sigue calentando, aunque con menor intensidad. Comienza a oscurecer. La ciudad respira con mayor pausa, preparándose para el descanso diario, para soñar en blanco y negro. Natalia cierra los ojos y en ese instante se da cuenta de que su violina tiene las caderas de Ágata, pero el mango y las ataduras de Mateo. Los dos en el mismo instrumento.

Se sabe perdida.

Ágata

Mateo

¿Qué pex, Gaguis?

¡Chale! Te quería dar una sorpresa tamaño caguama en reserva marina, pero me llevé un palmo de narices (¿qué significará en traducción literal este eufemismo que vuelca a palabras simpáticas una chingada sensación de frustración: «palmo de narices», «palma de narices», «narices en palma», «nariz de palma»?). En la tarde fui a la oficina de Telégrafos de México con la intención de mandarte un telegrama, para que te llegara en papel y sobre, con su sello de tinta azul ultramar; pero resulta que ya están en extinción aquellos nostálgicos papelitos impresos con letras chuecas, borrosas, desalineadas y con manchas de cinta de máquina de escribir fresca (algunos mensajes llegaban con las huellas digitales de los operadores de los telégrafos, ¡cochinos!). ¡Ots!, sentado a cuatro nalgas, detrás de una ventanilla de cristal (esta sí, con las manchas de los dedotes de los operadores) me dijo el tipo de la sucursal de Tlalpan que aquí de plano no queda una sola de esas formas de papel revolución en las que escribías, en mensajes ultracortos, esos bonitos tuits de la prehistoria. Cortos por definición y necesidad, pues entre más letras más lana, y en aquellos años idos en los que nos escribíamos teles, éramos unos estudiantes pránganas mal alimentados con los bolsillos de los pantalones llenos... de hoyos. Aunque, bueno, no debo ser injusto, con la beca de tus jefes juchitecos, ¡tú sí tenías lana, mendiga Millonariágata! y, je je, eras quien me salvaba de que mi anemia incipiente se volviera anemia recipiente a base de garnachas vernáculas de flor con queso, huitlacoche picosito y tinga tu madre de pollo.

¡Ah! Los Años Maravillosos, *The Wonder Years*. ¿Te acuerdas de ese programa que abría con la versión engarruñada de Joe Cocker de *With a Little Help From my Friends*?

*What would you do
If I sang out of tune?*

¡Qué mala onda que ya calaqueó Joe Cocker, cuyo nombre traducido al español sería algo así como José Vergueador o Pepe Pitero!

Y, hablando de quecas y muerte, ¿se habrá pirateado ya doña Pelos? ¿Te acuerdas de ella? La ñora que vendía quesadillas afuera de tus Ciencia Políticas. Fíjate que yo no, por más que hago memoria, no me acuerdo de su cara: tenía trenzas y el mismo mandil azul de cuadritos de siempre, ¡sí!, era morena, gordita; pero su rostro se me confunde con los rostros de cientos de señoras sentadas frente a sus anafres, enrojeciendo los cabrones, digo, carbones, con sus aventadores de aire, echando tortillas en comales enormes donde se cuecen tlacoyos, gorditas, sopes. Todas las

doñas pobres que cocinan chingón en las calles y plazas se me han vuelto una: La Gran Quesadillera del Mundo, de Oaxaca al Centro de Tlalpan, de Kuala Lumpur a Reykjavic. Por cierto, ¿seguirás chingándome con eso de que las quesadillas son sólo de queso, dizque porque su etimología *quesa* es derivada de *queso*, y que los chilangos ya ni la chingamos al llamarle quesadilla a una de quelites con epazote y hongos, alucinantes de tan ricos? Pero a ver, dime, ¿una queca de flor de calabaza se llamaría floradilla?, ¿una de sesos, sesadilla?

¡No mames con esa vez que le dijiste, toda inocente, a doña Pelos, «Oiga, ¿tiene sesos?», claro, tú refiriéndote al relleno de una gordita, y ella que te contesta: «Tengo pocos, pero suficientes para pensar y soñar». ¡Ora con la poetisa del comal! Ese sería un gran hashtag: #TieneSesos? o #CerebroDeDoñaPelos. Los tuits. Los Whats. Los chats de Face. ¡Chale! Y yo que te quería dar la sorpresa de mandarte un tele. El ñor de Telégrafos me dijo que todavía se podían mandar por ahí en alguna oficina perdida de la sierra mixe; manque de plano, enviarte un telegrama a Los Ángeles, eso sí ya no. Puedes mandar dinero de allá pacá, como lo hacen tus camaradas indocumentados, vía telégrafo, pero ya nada de saludos, nada de besitos de papel, nada de reclamos.

Por cierto, para eso te iba a mandar un mensaje vía télex, pa reclamarte. ¿Por qué te desapareciste así, ¡fummm!, como un fantasma chocarrero, luego del reven con Luigi? Te mensajé un buen a tu iPhone 6 Plus transfronterizo californiano (¡hijos, qué *geek* eres!) y te marqué y remarqué a tu Sony chilango, y nada. Mmmmm, ¿qué se me hace?

Te quería dar las gracias, antes de que treparas al avión, por el pin de los 43. Lo traje todo el día en la solapa de mi bata de doctor de a mentis. Y es que, ya sabrás, las enfermeras y los camilleros y, ¡bueno!, sobre todo, los pacientes, me dicen «Doctor», así con D de dedo mayúscula, a mí que apenas estoy en las últimas por terminar el doctorado. Y mira que ya me anda por la tesis: con mi titulote me van a subir la beca del SNI, pues así, con una pinche maestría, ¿cuándo me van a dar más varo?

En fin, que con una bata blanca uno se siente el muy-muy: te da caché, superioridad moral e intelectual, te separas de la perrada. Como Rosa, nuestra amiga de la Facultad de Medicina. Ella una vez me confesó que le chocaba usar bata en la escuela, que no quería diferenciarse de los demás estudiantes de la UNAM porque era un asunto discriminatorio, clasista, y cuando se graduó, quemó su batita blanca luego de mancharla de sangre catsup. En el 91 se fue de insurgente a Chiapas con los zapatistas. ¡Qué chida era, no? Y sí, nos dimos unos besotes, no te pongas celosa, pero nunca le toqué sus partes, ¡te lo juro! De repente me manda cartas cifradas, como para que nadie se dé cuenta de que nos mensajemos (cartas reales, de papel y sobre), pero yo se las contesto con las letras tal cual lo que deben decir, total, ni que fuera yo un líder de opinión o un revolucionario imparable: soy apenas un científico que ayuda a salvar cabezas, que ya eso es un acto subversivo en sí mismo. Para un político, el que ayudes a alguien es un peligro. Hoy día, la solidaridad es un crimen.

Pero bueno, por burlarme de los médicos impolutos de Medicina, de castigo me tengo que poner a güevo una bata en la chamba, ¡ots!

Te imaginarás, entonces, lo que significa que traiga mi 43 en la solapa, a la vista de todos: el poder de la bata blanca cambia, dejo de ser un Doctor Simi y me convierto en un algo sorprendente que desequilibra a la banda. Ahí te va:

En el pasillo de resonancia magnética, me encontré a dos enfermeras discutiendo a alta temperatura; una decía, muy convencida, que esos revoltosos de la Normal de Ayotzinapa bien merecido se tenían que los hubieran apaciguado, que seguramente eran narcomenudistas, que no estudiaban, ¡bola de güevones!, que al rato iban a ser guerrilleros o capos. La otra gritaba que cómo podía decir eso, que su opinión era la misma de un locutor vendido de Televisa, y decía que los chicos eran gente buena, inquietos, rebeldes como cualquier muchacho de su edad, y que eso fuera razón suficiente para que mataran a sangre fría a seis y secuestraran a 43 era una salvajada, un crimen horrendo. Y yo, que soy plancha fácil, que me caliento de volada y que me lanzo al epicentro del debate, a pelear como lo que soy, un pinche Chichonal en erupción piroclástica. Al verme en medio de ellas como un réferi de lucha libre, las enfermeras se trabaron de miedo, calladitas, calladitas, como si las fuera a re-prender por estar discutiendo a aullido pelón en la chamba; y pues también me quedé de a tres por el pasmo general, y que me calmo y, con la autoridad de un hombre de bata blanca, le dije a la que le daba la razón a López Dóriga:

—¿Usted es mamá?

—Sí, doctor —me respondió con voz tembeleca.

—¿Cree en Dios? —volví a preguntar, trazando un plan de ataque en mi cabeza.

—Sí, doctor.

—Pues ruéguele a Dios que a su hijo no le arranquen la piel de la cara, que no le revienten los ojos ni lo quemén vivo.

—Pero, doctor, yo... —intentó intervenir la enfermera manipulada, y yo seguí pegándole en su conciencia, allí donde más nos duele a los que tenemos chamacos.

—Ruéguele a Dios que sus hijos regresen todos los días a su casa a comer la sopa que les prepara con tanto amor. Ruéguele a su Dios que los vea crecer, casarse y tener hijos.

—Doctor, no se exalte —me dijo la enfermera buena, que ya adivinaba que me iba a dar el patatús. Y yo no paraba, no paraba, con la cabeza zumbándome en un dolor muy ojete, abriéndose paso en la nuca, junto al bulbo raquídeo.

—Ruéguele a su Dios que esos 43 chicos de Ayotzinapa regresen a sus casas a abrazar a sus hermanos y a sus abuelos, porque si no lo hacen, el charco de sangre se va a volver río y le va a chapotear en los pies, en los pies de todos nosotros.

Alcé los ojos y me di cuenta de que el pasillo y las luces y las enfermeras eran de color gris. Alrededor ya se nos había hecho una bolita con dos camilleros, el poli y tres técnicos de resonancia.

La enfermera desinformada tenía la mandíbula caída, no daba crédito a lo que

escuchaba, revuelta entre miedo, indignancia y patidifusión. Detrás de su mirada pude ver sus ganas de contestarme, de jalarme de las greñas, pero mi bata blanca la redujo a un chamoy: seca y arrugada. Y salió corriendo. «¡Ots!, orita me va a ir a acusar con los del sindicato para que me pongan una falta administrativa en mi cárdex, pero me vale.» Cubrí con el calorcito de la palma de mi mano el pin y me moví, dándole las buenas tardes al público que, esta vez, no me ovacionó (nunca lo hacen). Iba con la cara en alto, respirando profundo, me di vuelta a la derecha y entré al baño de los pacientes. Y reventé en un llanto que me ardía en la barriga, como si hubiera comido un kilo de chiles serranos, de los que hacen daño.

¡No, mames, Ágata! No sabes cuánto necesitaba que estuvieras allí y me abrazaras. ¡Chale, qué coños haces en LA cuando acá te necesito tanto, te necesitamos tanto!

Pérate... Aguanta.

Oigo pasitos. Una vocecita.

¡Es Imanol! Orita regreso.

¿Ves por qué lloro? Los hijos, mana, los hijos. Imanol apareció tallándose los ojos, y me dijo apenas: «Papi».

Me acosté con él un ratito, acariciándole las cejas, hasta que se durmió. Solo Luisiana también se paró de la cama y se fue con Andry. ¡Qué chistoso! Dicen que las ligas entre hija y papá son más fuertes que entre hijo y padre; que son más fuertes las corrientes internas del hijo varón con la mamá: Edipo y Electra. Sí, pero acá en casa, los que conectamos somos hombres con hombres, mujeres con mujeres. Quién sabe qué pase después, cuando estén más grandes, cuando sean adolescentes y, por vía de una ley natural, inevitable, les caigamos gordos Andry y yo a don Imanol y Lui.

Y, ¡adivinaste!, son las tres de la mañana. El pinche tres de mi modelo biológico. ¿Estás despierta? Allá es la una apenas, o, ¿estás soñando empiernada con tu bolillo? Porque, bueno, lo que es aquí, en Tlalpan, nadie duerme. Yo tengo la culpa, estoy contagiando a la familia entera con mi pinche insomnio de mierda. Andrea está despierta, lo sé porque no se oyen esos ronquiditos suyos que más bien son quejidos. Está intranquila, se está agitando en la cama. Intuye que hay una convidada extra a mi vida. ¿Sabes? Está súper triste, y no, no debo dejarla así.

Pero, ¿a ver?, dime...

¡Ots!, igual la estoy cagando, de hecho sé que la estoy cagando, pero no puedo segur ocultando lo inocultable. Andry es mi carnalita, es la mamá de mis hijos, mi compañerita de vida, y no puedo abrir este boquete de sobreentendidos y putos silencios entre nosotros. Por eso hemos sobrevivido, porque no nos mentimos ni escamoteamos la verdad.

¡Calma, no te impacientes! Ya te voy a decir qué pendejada hice, una que ya te había semblanteado: le pedí a Nat que fuera conmigo a la marcha del 20, y... también le pedí a Andrea que fuera conmigo. ¡Sí, ya sé!, ¡es una mamada de mierda!, pero las

quiero presentar, ver cómo se miran a los ojos, decirles sin decirles que no pasa nada, que no tiene por qué pasar nada. ¡No mames! Soy un animal, pero no puedo flotar en el vacío, ni hacer que ellas anden a la deriva conmigo. Me estoy cayendo y mejor me agarro de mí mismo. Voy a hacer que se conozcan, voy a hacer que marchemos los tres juntos con Imanol y Lui, ¡ah!, porque, como te dije, y ahí sí no hay dudas, voy a llevar a los niños a la manifestación, voy a llevar a mis hijos para que sean testigos del milagro, de la maravilla de salir a la calle y adueñarse del aire, del cielo, de la tierra, para que sepan qué es lo que está pasando y no permitan que pase jamás, y canten con nosotros y cuenten del uno al cuarenta y tres, con Natasha y Andry.

Andry.

Ya verás que al rato aparece con un tecito de siete flores para que me duerma. Para que pare este vómito de palabras que me salen hasta por los codos. Un té para dormir, para postergar, para descansar.

¡Ots!, estoy delirando de sueño, pero apenas me tiendo en la cama, ¡plin!, a abrir los ojos como dos monedas de a diez pesos y echar un volado, ¿águila o sol? Y es que ya no quiero tomar las pastas de Tomás. El otro día estaba enredado en un sueño lúcido, denso como trago de glicerina, mal pedo, y no quiero andar como zombi de Sahuayo en Neuro. Ese día no fui a trabajar, me quedé tirado bien idiota, y por poco los niños faltan a la escuela. Estoy seguro que fue por el lexotán de mi loquero (lo quero). Ah, porque, déjame decirte: el pinche Chipote, que ya ves que no es nada drogadicto, me pasó dos tachas intachables para administrármelas vía oral, y pues los somníferos hacen corto circuito con el MDMA. Lo leí en **www.dancesafe.com**.

No sé si quiera, pero le voy a decir a Tasha que nos las tomemos el día del toquín en El Vicio. ¡Sí, vamos a tocar con las Reinas Chulas!, luego te cuento, pero quiero que lleguemos en estado de gracia. El Chipote también va a llegar sensibilizado, cosa que Manolo y Quique no saben: ellos son los fresas de Quesadilla: el matemático y el informático.

¡Chale!

Me siento como adolescente, ¿sentirá lo mismo Nata? Ella, tan sólida, tan volátil, tan rígida. Debería estar tocando de solista en la orquesta de su novio franchute, dando conciertos como de U2 en Slane Castle y ganando un chingo de lana y admiración.

No, no me creo eso de que no le entra al violín a fondo por lo de su inestabilidad pasional. Algo tiene atorado, y pues no será por la tacha que le voy a recetar, pero, ¡agárrate para el día en que se decida conquistar el pinche planeta tierra con su Black Yamaha y su violín rojo, como el de la película!

Sí. Tash me late un chingo, pero no voy a reventar a mi familia por ella, ¿o sí? ¿Qué hago, Gátata? ¡No mames, ¿qué hago?!

Ágata

Inshi Matateno, no te vas a morir. Te soñé anoche.

Fue un sueño de lo más raro. Estábamos en un restaurante medio *fancy* Andrea, Aaron, tú y yo, una cosa insólita. Andrea estaba particularmente platicadora e inteligente, tenía razón en todo lo que decía y ella llevaba la conversación. En algún momento nos parábamos a algo, yo daba la vuelta en un muro, y de pronto ya no era un muro, sino una pecera llena de *koi fish*, y tú estabas del otro lado de la pecera, pero muy raro: no era que te estuvieras asomando a ver los peces, como yo; era como si estuvieras *dentro* de la pecera, ahogándote o sufriendo, un poco hinchado, con los ojos en blanco; una imagen perturbadora que me hizo despertar de golpe con mucha angustia.

Horas más tarde busqué en Google el significado de soñar con peceras y *koi fish*.

Decía:

To see a koi fish in your dream indicates that you need to put aside your pride and ego and not let it get in the way of friendships and relationships.

Qué onda Mateo, qué mensajes me manda el subconsciente. ¿Que deje de ser celosa, que deje de importarme lo que piensas de mí, que mida lo que hay entre nosotros por lo que ha sido y no por lo que va a ser? ¿Que finja que no me importa que Natalia ocupe tu mente (¿y tu cuerpo?)? ¿Que ignore esta sensación de que acercarme a Natalia, o hablar de Natalia, o pensar en Natalia, está siendo la única forma de llegar a ti? ¿Que te diga que esta vez, por primera vez, me sentí en un asiento de segunda fila? ¿Que renuncie a esta súbita empatía que siento hacia Andrea al saber que, aunque cerca, parece que te vas? Me juré, me recontraprometí que no te lo diría, Prometeo: que me iba a portar súper *cool* y chida, pero nomás no pude. Me siento descolocada, desconcertada, desorientada. No te pude contestar, y no te quise ver, y no quise que Natalia (Natasha, Nataliáshida) sospeche cuánto la quiero y cuánto la envidio, y cuánto desearía ser yo en ella, o tenerla en ti. Qué días tan patéticos he pasado.

En fin, Fineo; el rollo anterior es sólo para responderte a tu pregunta sobre mi falta de respuesta a tus otras preguntas y no diré más. Nos volveremos a ver pronto, y entonces te cuento, o me preguntas, o nos tomamos de la mano y nos leemos. Porque eso es lo que tiene que seguir pasando, Mateo. Porque el amor muta, pero no caduca.

“En otro orden de ideas”, dirían los políticos —grandísimos hijos de puta todos ellos, cada vez me convenzo más—, qué nostalgia me sacaste con lo del telegrama. ¿Te acuerdas cuando nos íbamos a sentar de noche muy noche en las escaleras del Callejón de la Condesa y soñábamos con que íbamos a comprar un apartado postal en el Palacio de Correos? Ni recibíamos cartas de nadie, era nada más que nos hacía ilusión tener una llave de una de las cajitas doradas de ahí adentro, subir la escalinata central maravillosa, buscar el 421, o el número de apartado que nos tocara, sacar nuestro llavero y click, abrir la puertita.

—Oh, no tenemos correspondencia hoy.

E irnos a seguir caminando tan tranquilos.

Fíjate que el otro día me quedé pensando dónde habrán quedado los recaditos que nos escribíamos en las tiras de papel con las que separaban los juegos de copias que sacábamos en Copilco, ¿te acuerdas? Hacíamos una especie de cadáver exquisito sobre las hojas recortadas e íbamos doblando un mensaje sobre el otro, para acabar leyéndolos atacados de la risa en Las Islas. ¿Por qué dejamos de escribir en papel? No fue cuando me vine a Los Ángeles, ya desde antes nos habíamos dejado de escribir. ¿Fue cuando te casaste? ¿Le escribiste alguna vez a Andrea como me escribías a mí? (¿Le has escrito en papel a Natalia?) Hoy me doy cuenta de que en realidad sé tan poco de Andrea, de tus hijos; que sabes nada de Aaron. Mi vida contigo ha sido una burbuja en la que nos refugiamos para fingir que no ha pasado el tiempo, ¿no? Lo de afuera siempre ha dejado de existir. Y Natalia, Mateo, es el alfiler que está haciéndonos caer de golpe en la realidad. *The bubble is bursting.*

Me preguntas qué hacer con Natalia y por primera vez no sé qué decirte sobre lo que sientes, lo que te da vueltas en las tripas, lo que te está haciendo estallar —con la enfermera, con los otros de bata, con tu loquero—, porque también por primera vez en mucho tiempo no me siento preparada para opinar. No te entiendo y no puedo separar lo que pasa en tu vida de lo que yo siento. Quisiera contarte más, pero no puede ser por aquí y no puede ser ahora. Sólo puedo preguntarte, Mateo, ¿hasta dónde vas a permitir que avance lo de Natalia? Entiendo la emoción, entiendo el enamoramiento porque yo misma te lo dije: ¿quién no se enamora de Natalia? Entiendo la pasión, la aventura, la sensación de volver a vivir la vida en tachas; güey, son muchos años de conocernos, claro que lo entiendo. ¿Pero presentar a Andrea con Natalia —y con los niños? ¿Como para qué? ¿Para sentirte tranquilo, para llevar la adrenalina al extremo, para medir, para medirlas, para que algo, de golpe, te revele lo que no quieres ver? El tú que eres con Nat no es el tú que lleva a Imanol a la cama por las noches. Lo sabes, Mateo; tú me lo has dicho. Lo sabe Andrea. Lo sabe Natalia. ¿Para qué volver evidente lo que tácitamente sabemos que ahí está? No busques detrás del espejo, Mateo. Después de que lo rompas, nada será igual.

(Ahora que releo tu mensaje, créeme que te envidio cuando me dices que en Tlalpan nadie duerme. Acá, a veces, siento que la única despierta soy yo.)

Ahora te voy a contar algo que no me vas a creer: yo sí volví a ver a Doña-Pelos-la-del-cuatro-bis. Pero te falló la memoria gacho, Gacheo: el puesto no estaba afuera de Ciencias Políticas, sino de Psicología; donde estaba esa callecita que desembocaba al Eje 10 y que luego cerraron. Pues resulta que Doña Pelos ahora tiene una cocina económica afuera del Metro CU. Hace como un año que fui al DF venía de ver a mi prima (¿te acuerdas, la que estudió veterinaria? Sigue viviendo en el mismo lugar) y andaba en los puestitos buscando una gorra de los Pumas que me encargó una amiga para su hijo, y en eso que la veo: Doña Pelos mandil a cuadros, pelo negro recogido hacia atrás, chapeadota, efectivamente: la Gran Quesadillera Universal, pero ahora

también ofreciendo comida corrida. Y pues me metí a pedir el menú del día:

Arroz o espagueti

Sopa de fideos o crema de espinaca

Pollo con verdolagas en salsa verde

o

Tortitas de coliflor

o

Milanesa con papas y ensalada

Postre

Agua del día

Luego, por no dejar, le pedí una quesadilla de papa con chorizo, sin queso.
¿Ves? Al final ganaste, Mateo. Al final tú siempre ganas.

Natalia

Querida. Queridísima Ágata:

Anoche me quedé en vela viendo una miniserie gringa en la televisión. Capítulo tras capítulo. No podía parar. Te quedas bien picada. Así que apenas dormí una hora y desperté odiando a los gringos (pérate, no te enojés). Desperté pensando que las cosas malas las hacen tan bien que por eso son los dueños del mundo. Nos han invadido con sus programas de televisión, sus películas de Hollywood, su idioma y su *american way of life* a la que, poquito a poco y sin notarlo, todos aspiramos. Y entonces, me di cuenta que estaba cayendo en lo que las dos odiamos: los lugares comunes, las generalizaciones y los prejuicios. ¿Recuerdas cuánto nos enojábamos cuando en una reunión alguien contaba un chiste misógino, racista o antisionista? Como sabes, tengo tres heroínas: Anne Sophie Mutter, por su maestría en el violín. Aung San Suu Kyi, por su valentía en la lucha contra la dictadura aplastante de su país. Ambas, todavía vivas. Y Hannah Arendt, quien lamentablemente ya falleció. A esta filósofa política la admiro por su lucidez y, sobre todo, por su concepto del otro, del extraño, del distinto. Decía algo así como que hay que descubrir al otro, al ajeno y, mediante la voluntad (es decir, no a fuerza) aceptar su existencia libre. Es una chingona: pensadora judía alemana que acabó volviéndose gringa, pues fue el país que la recibió con los brazos abiertos cuando tuvo que huir del nazismo. Y siempre se consideró estadounidense, aplaudía lo aplaudible y criticaba lo criticable de la sociedad en la que vivió y en la que ahora tú vives. Decía, por ejemplo, que el fenómeno totalitario siempre está presente en la historia como posibilidad. Y creo que a nosotros, a todos, nos toca impedir que esta posibilidad se vuelva un hecho real. Eso está pasando en México y de eso te quería hablar.

Casi no dormí por culpa de la miniserie y, sin embargo, a pesar del cansancio, me desperté con la necesidad urgente de escribirte. De decirte lo que estuve pensando hoy por la mañana y lo que acabé de digerir regresando a mi casa, hace unos minutos, después de mi jornada en el Conservatorio.

En este instante (7 pm) estoy en mi estudio, con una copa de vino tinto francés (herencia de Jérôme) y un buen trozo de queso brie al lado, escribiéndote pues mi país (que es el nuestro) cada día me preocupa más y no sé con quién quejarme, dolerme. Te cuento: mis alumnos, un grupo de ocho que están actuando como activistas de un movimiento de estudiantes (músicos, pintores, artistas visuales, poetas) me han pedido mi casa para sus reuniones. No pude ni quise negarme. Las discusiones que escucho (a veces hasta meto mi cuchara) me llenan de melancolía por mis tiempos ya idos por un lado de frescura y esperanza; por el otro, de frustración. Sus edades (entre 19 y 24, maomenos) no les permiten todavía eso que se llama experiencia y que te enseña que las cosas sí pueden cambiar... pero para peor (¡auch! Me he amargado, ¿verdad?). No han logrado ponerse de acuerdo en la redacción de

una especie de pliego petitorio, aunque todos coinciden en exigir la renuncia de Peña Nieto. ¡Ay! ¡Como si fuera a servir de algo! Dime quién se quedaría en su lugar. Si se convocara a elecciones, ¿vislumbran, acaso, algún líder que pudiera dirigir a este país? Los partidos políticos están podridos. No se salva ninguno. Estamos viviendo un momento coyuntural y pocos se han dado cuenta. Es un parteaguas peligroso; me angustia. Y en medio de todo esto, tres de ellos me invitaron ver un “chou” cómico/crítico/político sobre el daño que las religiones le han hecho al mundo. Le pedí a Mateo que viniera conmigo, pero “amablemente” declinó acompañarme porque los sábados acostumbra pasarlos en familia (confieso que sentí horrible; hasta me dolió el estómago). Se perdió de un súper espectáculo, de una lúdica y profunda crítica a los fundamentalismos religiosos, a todo lo que lleva al ser humano a la intolerancia. El hecho es que, casi al terminar la función, le pasaron un papelito a quien hacía el papel de Jesucristo. El actor guardó silencio un momento y después anunció, con voz grave: “Me están avisando que los granaderos ya entraron a la UNAM”. Horas antes me había enterado de que habían baleado a un estudiante frente a la Facultad de Filosofía y Letras (si no me hubiera dedicado a la música, ahí hubiera estudiado, lo sé). Un estudiante de historia que, por fortuna, no fue herido de gravedad. Pero en el momento que México está viviendo, todo es grave: la presencia de funcionarios de la PGJDF en Ciudad Universitaria, la reacción de los estudiantes, un automóvil incendiado. ¡Eso! El país entero está a punto de incendiarse. Cualquier movimiento en falso, cualquier excusa, cualquier razón y ¡pum!, todo explotará. Lo peor es que no veo solución visible (ni invisible). Nunca he estado muy politizada; tú lo sabes mejor que nadie, querida Ágata. A veces hasta me has regañado por eso. Confieso, con vergüenza, que fuera de mi pasión por la música y por sentir mariposas en la panza, siempre he vivido cómodamente, sin mayores preocupaciones, en una zona de confort tranquila, donde mi peor angustia es conseguir el contrato de una boda religiosa para tocar música clásica de cajón y poder pagar la tarjeta de crédito, que la traigo al tope. Ahora sé que no debo permitirme la distancia ni la apatía. No se trata sólo de leer los libros de Arendt o de aplaudir el premio Nobel de Aung San Suu Kyi y ver la película de su vida. Ahora me doy cuenta de que no debemos darle entrada a la indiferencia, la parálisis. Cada vez me siento más cercana a mis alumnos y sus compañeros del movimiento. Hay una, sobre todo, llena de energía, de furia. Cabello pintado de arcoiris comenzando con un morado intenso en la coronilla. Artista visual y periodista. Valiente, combativa y al mismo tiempo llena de ternura; una chava que me conmueve y me invita a no quedarme quieta. Ni pasmada. Ni ajena. Con su pura mirada me exige compromiso. También está José Luis. Acaba de entrar al Conservatorio y no es muy dotado para la música, pero tiene una sed por la vida, una vibra tan especial... Además de su sentido del humor negro, negrísimo que tanto disfruto. Y su entrega en esta lucha.

Hablando de entrega, Ágata mía, imagino que tenemos que hablar de lo que pasó la otra noche. Hemos evitado el tema. ¿A propósito? Como si no hubiera sucedido

nada. No quiero que se instale, entre nosotras, un vacío, un silencio a voces que termine alejándonos. Creo (no estoy segura) que deberíamos hablar. No sé si fueron las copas. La alegría contagiosa de esta amistad de tres. Alguna cuenta pendiente. O tan simple como que, frente al horror de la vida cotidiana, el sexo se vuelve la mejor opción contra la amenaza de un mundo que se está pudriendo. El erotismo para salvarnos, para reinventar al ser humano. El deseo como móvil hacia la vida, como negación del nihilismo.

No lo sé. Dime algo. Necesito tus palabras y tu manera tan clara de ver las cosas.

Ágata y Natalia

Toc, toc, Natálida, ¿andas por ahí?

¿UNA uña? ¿Es nueva moda? Antes te pintabas las diez. O las veinte, con eso de que te gusta andar bien combinadita.

Siempre tan detallista. A mí se me empieza a despintar una y me despinto las otras nueve y ya estuvo. Dos cosas, pérfida. ¿Tienes tiempo ahora? La primera: ¿te acuerdas de la chica que me contaste que hace los estuches de materiales reciclados para joyería? ¿Me pasarías el contacto?

No, échamelo cuando puedas.

Aquí estoy. Qué impaciente! Me estaba pintando una uña.

Bueno, re-pintando una uña en la que el barniz se me andaba levantando. Siempre pasa lo mismo con esa uña: se rebela. Creo que le gusta sentirse libre. Las otras nueve son más sometidas.

Te paso el contacto por mail. No lo tengo a la mano. ¿Te urge?

Ok

La segunda cosa es que recibí tu mail. Qué bonito

Bonito?
Extraño adjetivo para ese mail.

Bonito leerte, sentirte tan Natalia. Dándole vuelta a las cosas que traes en la mente para explicar las que ocurren en la calle, para terminar hablando de las que traes en el corazón. Tienes razón, tenemos una charla pendiente.

Te he extrañado estos días, te me apareces en todos lados.

Lamento no haberme despedido de ti antes de regresar a LA, pero tú tampoco me buscaste y supongo que estábamos en lo mismo, ¿no?

Sí, supongo. No es fácil elegir las palabras.
Propuse que conversáramos pero en realidad no sé qué decir.
Y, la verdad, tampoco sé qué sentir.
Y no es que me arrepienta...
Pero ahora siento que tengo el corazón dividido en tres: Jérôme, Mateo... y tú.

Nataliasha, estás poniendo a Mateo en el nivel de Jerome. Eso quiere decir

que lo de Mateo va en serio...

Madre mía. Eso sí es preocupante

Natalia! El francés por lo menos estaba en otro continente. Regresabas a tu casa y listo. Pero a Mateo lo tienes a un periférico de distancia.

¡Jajajajaja!

Híjole, Nat. Eso me pasa a mí también. No te puedo separar de Mateo.
¿Te digo algo?

Dime si te suena sensato:
Creo que lo que pasó entre

Ay! Ni me digas. Está pior que lo de Jérôme. Al francés lo coloqué en su lugar, muy bien colocado.

Mateo se me está saliendo de su nicho y comienza a invadirlo todo.

¡En esta ciudad un periférico de distancia puede ser eterno!

Confieso que me han dado ganas de ser Andrea.
Digamos: de estar casada (casadísima) con Mateo.
Help!
Pero cuando pienso en él, también pienso en ti.
Como si no pudiera imaginar a uno sin imaginar al otro (a la otra)

Dime

nosotras ese día, fue una forma de acercarnos a Mateo. Hay una onda ahí entre él y yo, entre tú y él, no resuelta. Mateo puede ser tan cálido y cercano, pero hay un punto en el que, al menos yo, ya no puedo seguir adelante. Tengo la impresión de que hasta el momento así ha sido para ti también. Lo que hicimos ese día tú y yo fue rebasar ese punto ¿Está muy confuso? Perdón, estoy un poco pensando en voz alta “En voz”, jajaja

¡Jajaja, eso te iba a decir! Nat, yo te quiero muchísimo eres muy, muy importante en mi vida

no quiero que nada sea extraño entre tú y yo no me arrepiento de nada, pero no cambio nada por poder hablar contigo como siempre, como si nos hubiéramos visto ayer.

Está clarísimo.
Es cierto, es como si al estar con Mateo estuviera también contigo... y al revés.
¿Estaremos volviéndonos más locas que antes?

Seguimos teniendo telepatía

Tú eres quien siempre me

aterriza. La que me baja de mi nube.

Como una conciencia crítica.

Pues tú eres la que me recuerda que no me he pintado las uñas desde hace un mes.

Jajaja

Y coincido: aunque adoré lo que pasó (qué difícil decirlo) lo más importante son tus palabras.

Saber que existes, pues.

Ya píntatelas. A Mateo le gusta el rojo cereza...

¿A Aaron?

Hay una idea que me ronda en la cabeza: si no existiera Mateo, ¿de todas formas alguna vez habríamos terminado en tu cama —o en la mía, o en alguna?

No creo.

Pero no me malinterpretes.

Siento que desde que me presentaste al tal Pateo de tus amores, nuestra relación dio un giro. Y no hablo de sexo. Un giro a un rincón que no conocíamos, a unas profundidades que estaban y a las que no nos habíamos atrevido a entrar. Creo...

¿Como si Mateo fuera el detonador de algo?

¿Como si fuera el engrane

para echar a andar la
maquinaria cachonda que
de otra manera sólo existe,
pero no funciona?

Oye, ¿le vamos a contar
alguna vez?

Yo sé, yo sé que no es solo
cachondería
lo dije por ponerlo de
alguna manera

Conociéndolo, nos
encerraría con él un fin de
semana, jajaja.

Uf, si yo te cuento MIS
fantasías, no acabamos
pero sí, yo también pienso
eso, sería un “point of no

¿Adivina qué? Acabo de
recibir mail de Mateo. En
este instante.

Como si lo hubiésemos
invocado.

Algo así. Aunque, como te
dije, no solo me refiero a la
cachondería.

Ay! No sé. Tú lo conoces
más que yo.

¿No se sacaría de onda?

Cachondería existencial

Intelectual

Amorosa

Mmmmmm...

Estás haciendo volar a mis
fantasías.

Pero me late que la
regaríamos.

Que algo, tal vez, se
rompería.

return”.

Obscurísimas.

El barniz ese que
tengo que es
negro-marrón.

Le gusta medio darketo.

Tú tienes la conciencia
más oscura, de eso estoy
segura.

Jajajaja

yo creo que somos muy
parecidas, Natalia. Tanto
que a veces me confundo

Pero hoy descubrimos
algo!

No eres tú ni soy yo. Es el
pinche Mateo
“No eres tú, soy yo”,
reloaded

No me has dicho de qué
color le gustan tus uñas
a Aaron (sutil manera de
cambiar el tema, ¿eh?)

A Jérôme le gustaban con
sólo un ligero barniz
transparente.

Pero que se vieran bien
cuidadas.

¿Quién será más darketa
por dentro, tú o yo?

¿Quién será más frágil?

Negrísima

Jajajaja!

Igual fuimos mellizas en
otra vida

O en otra muerte

Yes!

Carajo

Si fuera inteligente, debería
huir. Salir corriendo a tiempo.
Pero después de lo del otro
día (sigo sin poder decirlo)
siento que si salgo
corriendo de Mateo saldré
corriendo también de ti.

Nat, voy a entrar a una
junta en diez minutos,
pero antes te quiero decir
algo:

Dime
Yo sólo tengo que tocar un
buen rato a mi violina.

Eres la mujer más hermosa
que he conocido.
Físicamente,
intelectualmente,
emocionalmente. Eres la
mujer de mis sueños, eres
muy importante para mí.
Te lo digo porque me da
cuenta en estos días de que
la certeza de saber que
seguirás en mi vida es más
importante que cualquier
momento, que todos los
momentos.
Y estoy muy agradecida
por saber que sigo
contando con esa certeza.

Ay, Ágata.
Ojalá hubiera certezas. De
algo. De lo que fuera.
Lo que sí hay, de mi parte,
es una promesa.
Prometo, pues, que eres y
seguirás siendo el eje más

importante de mi vida.
Mis amores van y vienen, lo
sabes mejor que nadie.
Pero ahí, como hilo
conductor de mi vida
desde ese día que nos
conocimos en el metro,
estás y estarás tú. Delicada,
sutil, clara. Admirable.

Ay, ahora ya me hiciste
extrañarte

Y, regresando un poco, creo
que a Mateo no deberíamos
decirle nada.

Ok. Lo nuestro, nuestro es.
Y me alegro de que haya sido.
Me tengo que ir ahora.
¿Hablamos después?
¿Siempre sí tocarás con
Quesadilla en El Vicio?
¿Me cuentas cómo les fue?

Te libero para que vayas a
tu junta.
Ojalá pronto vengas otra
vez a México.
Claro! Te escribo
contándotelo todo con
detalle.
Cuídate como sólo tú
sabes hacerlo.

Y nos mandamos fotitos
de lo del 20.
No sé cómo estará lo de
acá, pero me entusiasma
que Ayotzi esté teniendo
algo de eco.
Ya te contaré.
Ay, la marcha.

Recuerdo a los 43 y me da
una melancolía frustrada!
Creo que me dejaste en un
estado ideal para tocar la
pieza de violín que he
estado ensayando.
Ahora sí te dejo. Besos
a los canarios!

Te mando muchos besos,
Nat. Gracias por escribirme.

Natalia

Coloco mi mano izquierda sobre tu piel (qué piel más suave), justo a un lado del esternón que descansa, horizontal, protegiendo órganos tan vitales como tu sentido del gusto, como el sabor de tu lengua cuando la probé por primera vez. ¿Lo recuerdas? Como tus ganas (inútiles) que pronto tratarán de dejarlo todo e intentar vivir a mi lado.

Pongo mi mano izquierda sobre ese pedazo de piel que cubre tu corazón y, a pesar de los huesos que lo escudan, lo siento palpar, impresionantemente vivo y cercano, en la palma de mi mano. Cada latido, cada vez más fuerte, acaricia mis líneas: la del amor, la de la fortuna, la de la inteligencia, la de la vida. Tengo tu corazón entre mis manos y me siento capaz de hacer con él lo que me venga en gana. Lo veo: rojo, sangrante; músculo tembloroso. Acerco mi oído a tu pecho, a tu tetilla izquierda que, de tan sensible, se ha convertido en tu centro de placer más chingón, me explicas sin pronunciar palabra. Mi oreja descansa en tu piel (ya he dicho en qué parte) y tu corazón, que no deja de palpar, excitado por la tacha que recorre nuestras arterias, me habla. Me susurra secretos ancestrales de éstos que los seres humanos olvidamos porque nos gana el ansia ridícula de vivir deprisa.

Acerco mi nariz al lado de tu axila para oler tu corazón; sigue moviéndose de forma precipitada, en oleajes. Aspiro: aroma rojo. A morado también huele un poco. A savia de helecho. A restos de almizcle. Ese corazón (músculo necio) me canta con tu voz rasposa y mezcalera que disfruto cada vez que guardas silencio. Un corazón tarareando un himno de trazos enamorados. Haendel, Bach, Nietzsche, Kierkegaard, Schiele y hasta Bacon. Trompetas, pinceles de ángeles anunciando un paraíso odiado: de tinieblas y luces juguetonas, escondidas. De verdades que insistimos en negar.

¿Cómo te sientes?, preguntas len-ta-men-te, observando mis pupilas para saber qué tanto se han dilatado. Sonrío y esa es mi respuesta. Me obligas a levantarme, a salir al jardín de esta casa que alguien nos ha prestado. No quiero abrazar el tronco de aquel árbol, en cambio, me recuesto sobre el pasto. Me recibe la tierra tibia. Mmmmmm, digo. Mmmmmmmmmmmmmmmmmmm, repito, hasta que mis fosas nasales vibran y mi paladar cosquillea. Me quito la blusa, bajo la falda hasta mis tobillos y sobre mi vientre poso la mano derecha. ¡Uta! ¿Qué siento? ¿De verdad lo siento? Estómago, intestinos, matriz, ovarios. Todos respirando a un ritmo parecido, todos susurrando. ¡Cuánta falta me hacía escucharlos, carajo! Sólo espero que no se quejen, que dejen las reclamaciones para otro día. A pesar del obligado ayuno, no sienten hambre. Al menos eso dicen. Un poco de té pide mi esófago; quiere disfrutar algo caliente deslizándose.

El césped sobre mi espalda. Mi espalda sobre el césped. Pequeñas puntas verdes, una en cada lunar. Tal vez. Los poros se abren. No tienen otra opción. Mi mano baja hacia mi sexo. ¿Será hora de sentirte adentro, Mateo? ¿De sentirme, por ti, penetrada? Te lo pregunto con la mirada, pero me ignoras; llevas horas abrazando un grueso

tronco de un viejo ciprés que está contándote tantas cosas. ¿Horas? Probablemente días. Probablemente toda la vida. Y el tronco se deja acariciar como una amante deseosa. Imita tu respiración. Inhala tu aliento. De pronto, te quitas la ropa y te recuestas a mi lado. Hombro con hombro, pelvis con pelvis, muslo con muslo. Tu pie derecho acaricia mi pie izquierdo, apenas insinuándose. Cierras los ojos. Yo los abro a medias para ver a medias el cielo que nos observa; un cielo nublado, casi triste. ¿Borroso?

Y así, bajo el cielo gris barrido hacia la derecha, como cartografía descuidada, deslizas tu mano debajo de la única prenda de ropa que conservo. La huella de tu dedo medio abotona y desabotona mi piel con cuidado, separando dobleces y malos entendidos. Masaje delicado y circular en un clítoris que crece y crece y crece. El ciprés me sonrío de lado, me obliga a gemir en un tono que nunca antes había salido de mi boca. Echo la cabeza todavía más hacia atrás, arrugando la nuca, estirando el cuello, abriendo la garganta, acariciando mi paladar con la lengua. Sintiendo mis párpados pesados, tu dedo por mí humedecido. Tu dedo medio que ya es mío.

De pronto todo explota: el cielo, el ciprés y tú se quedan muy callados. Apenas el pasto se queja, ligeramente adolorido, por el vaivén repentino de mis nalgas que se contraen, suben, se derrumban, vuelve a electrizarse, se aprietan, me aprietan toda. Se concentran en un impulso que me abarca completa y te incluye casi entero aunque lo único que siga sintiendo, tuyo, sea la piel de tus dedos.

Mis párpados, sin que les diga nada, me dejan a oscuras. Yo quisiera seguir viendo, pero no me lo permiten. Así que miro las pequeñas venas de mis ojos, el filtro rosado del pedazo de piel que los cubre. Paciencia. Respiración profunda para llenar cada alveolo. Unas figuras comienzan a salir de algún lado (todavía no adivino de dónde) y, siguiendo el ritmo de tu respiración pausada, Mateo, me abstraen: colores chillantes, dragones en tinta china, mares de agua de arena que flotan, alas sin aves, raíces que se balancean, caminando para salir del cuadro.

Me disuelvo. Nos disolvemos...

Mateo

Este huequito que se ha abierto bajo tu hombro, junto al tacto gigante y terso de tu seno izquierdo («Tu chichi juguetona», te digo para que te rías, y sí, lo haces con una soltura hermosa, libre, tuya y mía), esa cuna de la carne y energía acuática de tu pecho, tiene el tamaño justo, la profundidad exacta para alojar mi cabeza: ahí es donde pertenece. Mi nariz se encuentra con un bajorrelieve que lo ha estado esperando desde siempre, desde antes de que nacióramos, como la pieza de un rompecabezas que encuentra a su pareja coincidente. La oreja se me funde con tu piel. ¡Qué mullida, qué tibia, qué apapachante! Esto de estar acurrucado en ti es algo más que estar acurrucado, es algo más de lo que podría esperar un bebé encantado a un paso de salir del vientre de su madre.

El calor que recibo del hueco de tu pecho es mío-mío-mío, aunque sé a la perfección que es tuyo-tuyo-tuyo y que lo brindas (me lo brindas) con amor. Esto es amor. Amor de la tierra, amor del aire. El amor que mueve el universo, gravitacional. Mi garganta tiene vida propia y gime sin pedir mi opinión. Tú respondes a ese gemido, y de pronto estamos cantando una misma canción, una canción que jamás antes se había escrito. Tú, un violín de cuerdas largas, kilométricas; yo, una guitarra pequeña, un ukulele de cuatro cuerdas felices, y mi mano que la tañe, la derecha, también tiene vida propia y explora tu vientre acolchonadito, elástico, y te atraviesa sin violencia, sin exabruptos, y camina como en un estrato de la tierra profunda hacia tu estallido de vellos: seres hilados que se enredan como guantes de espuma sólida. Y sigo bajando con mis dedos hasta tu vagina, ¡ah!, se desliza como un beso cárnico y delicado. Tu clítoris (¿esto es tu clítoris?, te pregunto y tú articulas un sí desarticulado por un gemido que más bien es un pujido, el mío), tu clítoris es un bastón, y mi dedo rector gira sobre su fabulosa lubricidad; allá adentro hay un mar que me abraza y me abrasa. Y ese cobijo caliente y profundo me lleva hasta la corona de tu vulva. «Vulva», qué bonita palabra.

Gritas «¡Ay, Dios mío!», y te sacudes en temores pequeños, trrrrrr, trrrrrr, discretos, tan tuyos, de nadie más. Trrrrrr, mi oído hundido en el hueco de tu pecho escucha cómo tu corazón cabrea, salta y se hace aroma. ¡Vaya!, ahora, apenas ahora, sé que me has atrapado la muñeca con tu mano para detener la oscilación orgásmica. No, todo debe estar quieto, con fuerza, pero inmóvil: tu oleada de orgones (esos disparos de electrones que te hacen explotar entre Eros y Thanatos) es un momento a solas contigo misma. Explotas hacia dentro, no implotas, explotas hasta el último meandro de tu cuerpo y alma. ¡Vamos!, qué rico que te estás viniendo. Yo no estoy para ti en este momento, he desaparecido, pero requieres que esté allí, con mi cabeza en el hueco profundo y mío de tu plexo solar. Plexo solar, cosmos, *continuum* espacio temporal. Te has alejado en tu orgasmo, estás lejos, pero mi mano está anegada de tu océano más profundo y te estoy abrazando. Es de noche, y aún así todo es luz, y una lágrima rueda por tu mejilla —lo sé aunque no la vea—, y ella cae, la lágrima en mi

frente que es mi nariz que es mi labio que es mi barbilla que es tu vientre y mi dedo arropado en el hueco de mi cara que es el hueco pletórico de tu vagina.

¡Uffff!, ya no sé dónde está el arriba y dónde el abajo, qué lindo, eso ya no importa.

¡Uffff!, y ya vuelves sin que te hayas ido. Regresa mi dedo al mundo aéreo, y me acaricio una mejilla con la lubricidad de tu útero, en sus líquidos que me extienden.

Suspiramos.

Giras para mirarme directo a los ojos y se quiebra el hueco al que pertenecía mi cabeza. Me da tristeza esta pérdida, pero ya nada importa porque tengo tu aliento entrando por mi boca; es una marejada de vapor caliente y fresco, lo trago hasta el último jirón y me contengo. Tu sonrisa, escondida en pliegues de noche, me hace sonreír y suelto el aliento que me has dado en un ejercicio de respiración de boca a boca.

Mateo, dices con precisión, con un cariño inconcebible, satisfactorio.

Yo digo Natasha y me doy cuenta de que ya no sujetas mi muñeca, sino mi pene. Siento un poco de pudor pues está dormido, relajado, tomando unas merecidas vacaciones, y tú ríes con un chispazo de alegría por un chiste que aún no te he contado.

Me da un poco, sólo un poco, de vergüenza que mi pajarillo no esté en su punto de algidez prefigurada por las normas de la sexualidad ordinaria. Sé que quisieras que mi verga estuviera dura, lista para atacar, y me dices que no importa, y, la verdad, no importa: es tan fuerte este golpe de entendimiento, que no necesitamos coger, que no necesito penetrarte para hacer el amor. Suspiramos al mismo tiempo, ¡fuaaaaa!, con la misma vastedad, ¡fuaaaaa!, y me dices que es cierto, que no es necesario coger para hacer el amor. Yo no he dicho palabra, y aún así respondes a mi reflexión, entonces pienso: capaz que no ha hablado e, igual que ella a mí, la estoy escuchando.

Giras de nuevo, y el abrigo que me dabas se extingue de nuevo, y siento frío y abandono, ¡ay, qué solo estoy!, pienso decirte en tono de chiste, pero ahora ya nada más importa porque estoy encima de ti, con mi pene soñoliento recargado en la humedad fantástica de tu colita —sonríes cuando digo la palabra colita— y muevo la pelvis como si de veras estuviéramos cogiendo, respondiendo a un instinto atávico y te ríes, pero no me siento ofendido, porque sé que tu risa es de felicidad, y yo también me carcajeo quedito, suave, y toda mi vergüenza de macho fallido se ha extinguido. Pero aun así, con mi verguita encogida y relajada, la sensación de múltiples decenas de pieles que fluyen allá abajo me enloquece: es inabarcable, plagada de tropiezos de goma y caucho suave, y tus manos me recorren de la nuca hasta el tope del pasto. ¡Estamos en el pasto y no tenemos frío! ¡Estamos desnudos y sudamos de tanto calor tropical! Y, de pronto, siento cómo mi penecillo está ya en los abismos apretados de tu útero. Uffffffffff, qué puta sensación más rica, más encantadora, más amorosa, más mía-mía-mía, aunque sé a fondo que eres tú y nadie más que tú, como dice la canción, quien me abraza, y aquí estamos cantando los dos, muy quedito, musitando:

me importas tú, y tú, y tú, y nadie más que tú. Estamos cogiendo, te he penetrado con mi pene suave y contraído, ¡sí!, pero no estamos cogiendo ni busco venirme dentro de ti ni pretendo provocarte un orgasmo; pero ya estás deteniendo el subibaja de mi pelvis, haciendo que el mundo se detenga, porque ya viene otro orgasmo, y yo no me pongo loco, ni gruño, sino que recargo mi cara en el hueco de tu pecho, ¡sí, ahí está, el lugar exacto de mi rostro!

Y te vienes de nuevo.

Estamos inmóviles, como dos amigos que se dan un abrazo luego de una lluvia templada de verano, y en lo único que puedo pensar es en que Ágata debería estar ahora con nosotros, y me dices que sí, y me preguntas: ¿por qué Ágata se tuvo que regresar a Los Ángeles con su Aaron descolorido? Es un chiste, pero no reímos, aunque la idea es divertida... divertida y no: Ágata debería estar con nosotros. Y es que a este beso —en el que nuestras lenguas se comparten saliva y miel de maple— se debía sumar la lengua de Ágata.

Mi pene sigue de vellos durmientes y, así, sin movimiento de por medio, me vuelves a apretar las nalgas —¿me las habías apretado ya?— y detienes al mundo con un nuevo orgasmo, éste es largo, poderoso; gimes en tableteos esparcidos, separados por bocanadas de aire, y yo absorbo el calor líquido que brota de tu boca, y no para, no se detiene el orgasmo, y sigo bebiendo tu éter, tu polvo interestelar, los quarks que se esparcen por mis pulmones y me hacen poderoso.

¡Birdmaaaaaaan!

Sonreímos, nos damos el beso más profundo al que pudiera yo aspirar, reconociendo cada papila gustativa, cada curva, cada línea de tus lenguas y, de golpe, los dos, tú y yo, nos detenemos, conteniendo el planeta de novedades que nos bombardea este instante.

—Mateo —me dices con una seriedad que a ti misma te da risa—, creo que ya no vamos a llegar a nuestro concierto al Vicio.

—¡En la madre! —digo sin preocupación alguna, calculando con exactitud astronómica el momento que transcurre ahora mismo—. Son las dos de la mañana, y el toquín acaba de terminar hace media hora.

Suspiramos, de nuevo, al mismo tiempo y con la misma vastedad.

—Quique, Manolo y el Chipote se las pueden arreglar solos —aseguras—, ¿verdad?

—Sí, de hecho fue el Chipote el que me regaló estas dos tachas para que las usara hoy contigo.

—Bendito sea el Chipote —demandas.

Y en respuesta, mi pene se transforma en verga y se despierta y se pone dura y enigmática. Y es ahora, sólo ahora, que hemos dejado de amarnos para ponernos a coger como dos amantes abandonados al río sin ley de la vida.

Jueves

Ágata no soporta la programación de Televisa. La sola idea de escuchar las voces moduladas de tono condescendiente, los discursos de vocabulario limitado y sonrisa Colgate, la amalgama atemporal mezcla de Chabelo-Raúl Velasco-Zabludovski la pone de malas, en verdad de muy mal humor. Pero esta mañana, previa dosis doble de café, ha hecho una excepción: se sienta en el *chaise longue* rojo que le regaló Aaron cuando llegó a Los Ángeles —el primer objeto que entró a ese apartamento cuando decidieron hacer una vida en común— y, calentándose las manos con la taza de café —costumbre que la acompaña desde que era *dxapahuiini*’— escucha estoicamente la voz de un Loret de Mola que pretende poner gesto de gravedad: hoy varias arterias de la Ciudad de México estarán cerradas; hoy cientos de policías se preparan para defender (se) a (de) los ciudadanos; hoy contaremos de qué lado hay más indignados; hoy hay que cuidarse de los rijosos, de los provocadores, de los que osan tomar la calle. Hoy, 55 días después, un cúmulo de padres que lleva como cauda a una ciudad, busca acabar con la obscuridad que se tragó a sus 43 hijos.

No han pasado diez minutos cuando apaga la tele y suelta un largo suspiro de hartazgo. En verdad no lo soporta. Si fumara, encendería un cigarro. El mini *jet lag* que le da cada que regresa de México, esta vez se le ha instalado menos en la cabeza y más en el corazón. Le hubiera gustado quedarse en el De Efe y salir a las calles hoy, junto con esas lenguas de gente que cada semana, desde hace 55 días, lamen las heridas de quienes a pesar de tanto sangrar, parecen cada vez más fuertes. Pero algo la movió para conservar la fecha de su viaje, un mensaje:

Jueves 20 de noviembre
Acción global por Ayotzinapa
Los Ángeles

Ágata supone lo que pasará hoy. Las mismas cien, ciento cincuenta personas de otras ocasiones, llegarán frente al Consulado de México llevando pancartas con el número 43. Carteles hechos a mano —algunos con la cita de a algún prócer-líder-pensador; algunas con la letra de quienes no escriben mucho— parodiando a un presidente torpe y corrupto, denunciando la impunidad, caricaturizando a políticos con dientes afilados y cola de rata; gritándole a un cónsul que, estoico, resiste la paliza gráfica y verbal de quienes no entienden que todos los consulados de México en el mundo son sólo oficialías de partes, extensiones de un sistema en el que nada pasa si no pasa por la aduana de los que usufructúan del poder.

Eso será en la tarde. Por la mañana tiene una cita que la emociona tal vez más: un grupo de universitarios de distintas nacionalidades ha convocado a una vigilia-jornada informativa-lectura de poesía en la explanada frente a la biblioteca Charles E.

Young de la UCLA. Jóvenes que forman parte del departamento de Español de la universidad estadounidense con el mayor número de solicitudes de ingreso; jóvenes cuyo idioma materno es lo mismo portugués, que inglés, que coreano, buscan alertar a otros estudiantes del campus y a sus maestros: en México se secuestra, se tortura, se desaparece, se miente, se puede ser cínico, se puede matar dos veces: a un hijo arrancándole la vida; a su padre arrancándole el derecho a enterrarlo.

Aún sosteniendo la taza de café en la mano izquierda, toma con la derecha el celular y pulsa el loguito con el auricular blanco sobre fondo verde de WhatsApp que le lanza al rostro las conversaciones recientes. “Mateo”. “Natalia”. “Nat y Mat”. Hace click sobre la foto de Natalia. Natalia: sórdida, cálida y gélida, impúdica y cándida, natálica. Con otro click, el loguito verdiblanco vuelve a ocupar la pantalla y le ordena a su cerebro dejar de pensar.

(Cosas que Ágata se pregunta: ¿cuánto faltará para que la imagen de un auricular representando un teléfono se vuelva obsoleta porque la mayor parte de una generación jamás habrá visto un teléfono alámbrico?)

Este noviembre no es particularmente frío, pero Ágata igual se pone las botas color camello (cosas que Ágata se pregunta: ¿a cuál camello en particular hará alusión el color camello? ¿O acaso todos los camellos son del mismo color?), un suéter gris, y al cuello una bufanda que le compró Aaron en su primer invierno juntos. Agarra las llaves, el teléfono, su morralito de piel, y sale a tomar el ascensor. Mientras lo espera, saca de la bolsita lateral del morral su pedacito de metal con el número 43. Con el alfiler de la parte posterior lo fija a su suéter, exactamente donde acaba el seno izquierdo y empieza el corazón.

Recorriendo a paso acelerado los jardines de UCLA, Ágata se acerca a la explanada frente a la biblioteca cuando una imagen la detiene en seco:

What will you do if one of your classmates went missing?

Bajo la frase, la fotografía en blanco y negro de Luis Ángel Francisco Arzola. Y más abajo:

What about 43?

Se le hace un nudo en la garganta. Con la mano derecha toca la hoja de papel pegada en un poste; voltea alrededor y sobre una pared más adelante encuentra otra, ésta con la foto de Leonel Castro Abarca. Ágata sigue caminando; cada quince, veinte pasos, encuentra una nueva fotografía, como migajas de pan que indican el camino de regreso a la congruencia. Cuando llega a la escalinata frente a la biblioteca, decenas de estudiantes y sus profesores, algunos vestidos de negro, forman un círculo. Jóvenes que empiezan a aprender español y que ya integran a su vocabulario las

palabras “fosa”, “levantado”, “desaparecido”, “cuarenta y tres”. En silencio respetuoso, algunos con los ojos cerrados, escuchan a Phoebe, una alta y guapa chica rubia, leer un poema de David Huerta.

Ayotzinapa

Mordemos la sombra

Y en la sombra

Aparecen los muertos

Como luces y frutos

Como vasos de sangre

Como piedras de abismo

Como ramas y frondas

De dulces vísceras

Los muertos tienen manos

Empapadas de angustia

Y gestos inclinados

En el sudario del viento

Los muertos llevan consigo

Un dolor insaciable

Ágata recorre con la mirada a quienes están ahí, en silencio, algunos entre la incredulidad y la sorpresa. Lo que está pasando no ocurre en Siria, ni en Irak, ni en esos países del otro lado del mundo que ocupan el debate de los políticos y los programas de TV. Lo que ocurre, ocurre aquí al lado, a 220 kilómetros de tu casa. Están matando a tus vecinos. Somos el silencio cómplice del vecindario.

Esto es el país de las fosas

Señoras y señores

Este es el país de los aullidos

Este es el país de los niños en llamas

Este es el país de las mujeres martirizadas

Este es el país que ayer apenas existía

Y ahora no se sabe dónde quedó

Ágata hace lo posible por no llorar al final de la vigilia, cuando empieza el conteo de los 43. Resiste hasta el 32. Once números más tarde, solloza sin pudor.

Pasan las horas, cae la tarde —esta tarde gris-lechosa del 20 de noviembre de 2014 que da al centro de Los Ángeles el aire nostálgico y un poco fantasmal que anuncia la pronta llegada del Thanksgiving—, y Ágata no puede sacudirse la

melancolía. Las hojas de los árboles de MacArthur Park parecen menos doradas y más plomizas cuando esa capa de niebla no muy densa, venida de no sé dónde, se ciñe sobre la ciudad y la vuelve toda bruma (*MacArthur Park is melting in the dark / All the sweet, green icing flowing down*).

Saca su cámara y toma fotos frente al consulado, donde las ciento y pico personas que calculó gritan consignas mientras empieza a asomarse la noche. Junto a ella Martha, también oaxaqueña y también *PR* (“piar”, se burla Mateo de su trabajo; como tus canarios, Alpístaga), le cuenta las novedades que circulan en la radio bamba de los activistas angelinos: sumado a la acción por Ayotzi se está organizando el movimiento de apoyo a los activistas en Ferguson, Missouri: hace unas horas la policía de esa ciudad arrestó a cinco personas que bloqueaban una calle exigiendo castigo para el agente Darren Wilson, quien mató a un muchacho de nombre Michael Brown, de 18 años, mientras éste se encontraba desarmado y con las manos en el aire. (Cosas que Ágata se preguntará después, cuando las protestas por Ferguson se extiendan a todo el país: ¿el hecho de que se haya dado esta protesta antes de que el juez emitiera el veredicto habrá influido para que el policía Wilson fuera absuelto?)

“La brutalidad policiaca no tiene patria ni pasaporte”, le suelta Martha de golpe. “¿Cuál es la diferencia entre el policía rubio que mata a un chico negro de barrio y el policía municipal de Iguala que levanta al normalista de Ayotzi? Estamos repitiendo ciclos; la resistencia, como la historia, es circular”.

Antes de que Ágata pueda cuestionar la circularidad del argumento martesco, un murmullo que se acerca las interrumpe. Caminando sobre la calle Sexta, provenientes de la Placita Olvera, en el corazón de Los Ángeles, cientos y cientos de personas que multiplicarán por veinte los cálculos iniciales de Ágata, llegan a la cita en el consulado lanzando frases iracundas contra el gobierno mexicano, solidarizándose con los padres de los 43 chavos desaparecidos, reprochando la falta de atención y la responsabilidad del gobierno estadounidense en lo que ocurre en México, en América Latina, en el mundo. Esta marcha no es la marcha de los estudiantes de teatro del INBA, o de los del Conservatorio de Natalia, que por Paseo de la Reforma marchan cantando y bailando, que hacen de su talento su arma y su medio. Estos son migrantes mexicanos que como única arma tienen el exilio y sus razones. Hombres y mujeres venidos hace uno o dos años, una o dos décadas, una o dos generaciones, y que con el puño alzado recuerdan las afrentas. El que fue integrante del Programa Bracero y fue estafado por los dos gobiernos. El que fue activista en el 68 y tuvo que salir por piernas tras el “halconazo” del 71. El que perdió la milpa, y luego el jacal, y luego la tierra, tras la entrada en vigor del TLC. Las hijas de quien perdió su pequeña empresa tras la crisis del 94, y que de un año escolar para otro se vieron en un salón de primaria de California sin entender lo que decía una maestra en un idioma que no era el suyo. El que escribe en los carteles “Aguas Blancas”, y “Acteal”, y “Atenco”. Sus hijos, que nacieron aquí, que se saben habitantes del vecindario universal y que lo plasman en un estandarte:

*Ayotzinapa.
Ferguson.
Palestina.
Mi barrio.
Tu barrio.*

Ágata le marca a Mateo al celular. La marcha debe haber terminado ya en el DF. ¿Por qué no contesta? El maldito buzón lleno como siempre, Malditeo. Ni un mensaje. Nada.

Una manta blanca de cinco metros de ancho, cargada por varias manos, se le mete por los ojos; la frase de letras negras le parte el corazón:

Eran casi niños

Ágata, que hoy se ha permitido volver a llorar también como niña, vibra entre su México del norte, se sabe en casa. Porque no es la patria, ni la historia, ni la nostalgia lo que une a quienes desbordan las aceras y obligan a la policía angelina a cerrar las calles y a desviar el tráfico, *we apologize for the inconvenience*. En estos tiempos, está convencida, la patria que nos une es el dolor.

*Ahora mejor callarse
Hermanos
Y abrir las manos y la mente
Para poder recoger del suelo maldito
Los corazones despedazados
De todos los que son
Y de todos
Los que han sido*

Ayotzinapa. Ferguson. Palestina. Mi barrio. Tu barrio.

Jueves

Natalia no soporta quedarse dormida. Por eso programa el despertador de su celular para que timbre a todo volumen y varias veces. Hoy amanece antes de que suene, y lo hace con una frase entre labios, dientes y lengua: “Antes de dejarte ir, necesito despedirme de tu cuerpo”. “Antes de dejarte ir, necesito...” No entiende por qué la repite como si fuera un mantra. Se quita las sábanas y trata de recordar si tiene algo que hacer ese día. ¿Martes? ¿Miércoles? ¡Miércoles! Clase de 9 de la mañana en el Conservatorio. Se levanta casi de un salto; no quiere que se le haga tarde. ¿Por qué me desperté susurrando esa frase? Cuando se mete debajo del chorro tibio de la regadera, que sale —para su poca fortuna— con una presión ridícula, recuerda que soñó con Jérôme toda la noche. No logra deshacerse de su imagen, ni siquiera porque Mateo ya se le está metiendo hasta los huesos, casi adentro de la médula. ¿Cerca de sus órganos vitales? Ahora lo recuerda: se soñó junto a él, junto al director de orquesta, en la cama que compartieron en Honfleur, pero no fue una escena erótica: se abrazaban de cucharita, los senos de ella sobre la espalda de él, cómodamente recargados. Dormitando. Así de simple. Así de poderoso.

Sale de la ducha y se envuelve en su bata de baño, la azul que le regaló su padre la navidad pasada. Repite ahora en voz alta, mientras se observa en el espejo, con la toalla enredada en su cabello: “Antes de dejarte ir, necesito despedirme de tu cuerpo”... y de la nada, de pronto, sólo porque sí, siente vacío el estómago, el esófago, la tráquea y hasta el páncreas. Recuerda a los desaparecidos. A los 43 normalistas, sí, pero también a los tantos cuerpos encontrados en las fosas clandestinas que no han sido identificados (alguien los está buscando: una esposa, unos hijos, unos padres), a las mujeres muertas en varios estados del país, a los periodistas asesinados, a todos los que se han ido y quién sabe en dónde andan, mientras sus familias siguen esperándolos. No pueden despedirse, dejarlos descansar en paz, si no logran enterrar o incinerar algo, aunque sea una pierna, un par de dientes, el fémur. Le dan náuseas las imágenes que le llegan, a las que la mayoría de la población se ha acostumbrado. Se ven al menos una vez a la semana en los medios: videos, fotografías. En las redes sociales. ¿Será cierto que el hombre termina acostumbrándose a todo? ¿También al horror, a la barbarie? Entonces Natalia piensa en sus alumnos, en sus miradas cargadas de furia y, al mismo tiempo, de esperanzas. No se resignan; no deben hacerlo.

Se maquilla. Son las 8:15 am. Tiene tiempo de sobra; las ventajas de vivir a ocho cuadras de su lugar de trabajo. Le gusta ser puntual. Desde pequeña la acostumbraron a respetar el tiempo de los demás, le demostraron lo que vale un minuto, lo que pesa desperdiciarlo. Vuelve a pensar en Jérôme, en su aliento, en el calor que despedía durante las noches, en su mirada de deseo. Piensa en los desaparecidos, en su aliento frío... Eros y Tánatos; esa pareja ¿indisoluble? Y, entonces, recuerda a Mateo; su delicioso sentido del humor, su inteligencia lúdica y esa manera tierna y protectora de

abrazarla cuando se encuentran. Adora esos abrazos que saben tardarse y detener el tiempo... y de pronto se acuerda. ¡Dios!, grita a solas. Hoy no es miércoles: es jueves, día de la marcha. ¿En dónde habré dejado mi cerebro?, se recrimina. Cada día le falla más la memoria. ¿Será la edad?

Natalia quita cuidadosamente su broche del número 43 de la ropa que usó ayer y la coloca en su chamarra negro-duelo. Saca la bandera de México, también de luto: el negro sustituye al verde y al rojo. El águila luce triste, casi desamparada. Decide vestirse con jeans y tenis cómodos. Una pequeña bolsa para llevar identificación, algo de dinero, nueces y almendras. ¿Una botellita de agua? Mejor no. Su teléfono móvil. Piensa en sus estudiantes del Conservatorio y en el país que, aunque suene a lugar común, les estamos heredando. ¡Imposible componerlo! No hay ni por dónde comenzar. A veces le da por creer lo que algún día le dijo su amigo Ulises (sí, el que odia a los Beatles): que México sigue vivo pero ya no es viable.

Qué bueno que Natalia no tiene hijos. En realidad es un alivio no haber traído uno o dos niños (¿se habrían parecido a ella?) a este caos de impunidad e indiferencia. Lo sabe bien: Ayotzinapa es la gota que derramó la jarra, el tambo, la alberca, el océano de corrupción, ingobernabilidad, narcotráfico. Que la desaparición de estos 43 jóvenes al menos sirva para que al fin los ciudadanos, los que han estado tanto tiempo dormidos, abran los ojos y decidan hacer algo. Levantar la voz, exigir el fin de la impunidad. México ya no puede dejar que pase lo que está pasando, lo que lleva años pasando. Cero tolerancia a la intolerancia.

Son las 9, tiene tiempo de sobra para desayunar con calma y hojear el periódico. Sí, sigue prefiriendo las noticias en papel. Tocaré el violín el resto de la mañana; no logra dominar el primer movimiento de Laberinto (*facilis aditus, difficilis exitus*: fácil de entrar, difícil de salir) de Locatelli. Después de comer algo ligero, se irá caminando hasta el Ángel, gozando las calles, el paseo de la Reforma. Ahí quedó de verse con Adriana, su amiga poeta. Ahí quedó de verse con Mateo y su familia. ¡Ay, qué ocurrencias! Siente frío en el estómago. Se le espanta el hambre y deja el jugo de toronja y papaya a medias. ¿Cómo se le ocurrió aceptar la invitación del tal Pateo? ¿En qué estaba pensando? Tiene mucha curiosidad por conocer a Andrea. Mateo ni siquiera ha querido enseñarle una fotografía; de sus hijos sí, muchas. Pero es pésima idea verla. Medirla. Escanearla. Compararse. Tratar de adivinarla. ¿Para qué? ¿Cuál es la necesidad de torturarse? ¿Acaso si es menos guapa que ella, se sentirá satisfecha, triunfadora completa? ¡Absurdo! ¿Y si Andrea nota algo?

Cuatro y media de la tarde. El Ángel (ese centro neurálgico-emocional de la Ciudad de México) ya está lleno. Abarrotado, dirían los noticieros si fueran objetivos. Gente de todos los niveles socioeconómicos y todas las edades. Reporteros. Cámaras de televisión. Niños que aprietan con fuerza la mano de sus padres. Hombres a caballo. Un grupo con vestimenta blanca, llevando a cabo una suerte de ceremonia azteca. Contingentes que se mantienen unidos, protegiéndose simbólicamente con una cuerda. Muchos letreros furiosos. “43 son sólo los que no pudieron esconder”.

Pasos todavía detenidos, preparándose para arrancar hacia el Zócalo. Gritos contenidos de indignación, queriendo salir de las gargantas, manifestándose.

La señal de los celulares es muy débil y se corta con frecuencia, aun así, Natalia logra encontrar a Adriana. Faltan diez minutos para su cita con Mateo y familia.

—¡Vámonos!

—¿A dónde? —pregunta su amiga.

—¿A dónde va a ser? Al Zócalo.

—Pero la manifestación todavía no comienza. Los padres están allá, ¿alcanzas a verlos? Al lado de esa camioneta roja. Ellos serán los primeros. Deben ser los primeros en llegar.

—No me importa. Tanta gente me da claustrofobia. No sé, me siento muy encerrada. Vamos adelantándonos. Anda, ¿qué te cuesta? —casi ruega Natalia en plena huida amorosa. Acaba de decidir que no quiere ver a Mateo tomando la mano de su esposa, cargando a alguno de sus hijos, demostrándole que su vida, la de verdad, es ésa y no otra.

Una hora y media después, con una breve pausa para comprar un café y usar los sanitarios, llegan al centro histórico de la ciudad. La Plaza de la Constitución todavía no está llena. Se respira un extraño ambiente: entre celebración y pesadumbre. Frente a Catedral, Adriana le recita su más reciente poema. Es su primer intento de poesía política; de protesta. La tercera estrofa no la convence; pide la opinión de Natalia. Pero la violinista está pensando en quién sabe qué cosa. O más bien, sí sabe en qué cosa. Sigue ignorando los mensajes de Mateo y propone —de verdad no quiere encontrárselo— subir al hotel de aquella esquina a tomar una copa y a ver la marcha desde las alturas. A Natalia siempre le han gustado las posiciones privilegiadas, se excusa.

Adriana Caballero, además de adorar la poesía, tiene una sed interminable que sólo puede ser saciada con ron oscuro, así que accede sin hacer más preguntas. La Catedral sigue erguida, majestuosa. El Palacio Nacional está resguardado por vallas metálicas y elementos de seguridad. Los manifestantes, desde arriba, lucen como pequeñas cabezas fomando ríos que van a parar, desde dos o tres calles, a la enorme plancha de concreto (ya muy maltratada). La bandera de México ondea, tímida, como si quisiera disculparse por algo. Gritos que no se entienden. Muchos periodistas en el balcón, tomando fotografías o reportando en vivo. Algunos extranjeros que no comprenden qué sucede allá abajo. Preguntan. Los meseros tratan de explicárselos en su inglés champurrado. Adriana y Natalia bebiendo sin entender, tampoco, qué pasa en ningún lado. Ron, vino, cacahuates. Humo de cigarro.

Desde arriba se ven mejor las mantas desplegadas que cargan entre muchos, entre tantos: cada una con el rostro, gigante, de uno de los desaparecidos. Casi eran niños, comenta la poeta. Cada rostro con un nombre. Cada nombre con un espacio que se quedará para siempre vacío. Natalia quisiera llorar. Por ellos, por nosotros, por este país que se va de nuestras manos. Por la insensibilidad y la tibieza.

Cuando el Zócalo está casi lleno, Adriana propone bajar. A eso vinimos, ¿no?, pregunta, apagando su undécimo cigarro. Pero Natalia se niega. Inventa un dolor de cabeza que no la deja —creo que el vino que me dieron es pura química. Mira, me duele aquí durísimo— dice, tocándose las sienes. Deciden regresar a casa. Si no encuentran un taxi pronto, lo harán en metro. Es que de verdad ya no aguanto la cabeza. Las dos mujeres salen del hotel y doblan a la izquierda, sobre Madero. Y entonces lo ve. Caminando hacia 5 de febrero, con su hijo sobre los hombros. Y entonces la ve, dos pasos atrás, un poco agachada mientras le acomoda el suéter a su hija. Es casi como la imaginé, tal vez más delgada, menos alta. Y un entonces después, Mateo encuentra la mirada sorprendida de Natalia, paralizada sobre la banqueta, observando a Andrea desde sus ojos rojos por el esfuerzo de no dejar escapar ninguna lágrima. Y dos entonces después, Andrea distingue el pequeño pin plateado, con un número 43 muy claro, sobre la chamarra negro-duelo de Natalia.

En ese momento, un instante preciso y fatal, Natalia sabe que tiene que dejarlo ir... aunque no se despida de su cuerpo. Y Mateo se da cuenta de que quisiera pasar el resto de su vida con ella. Y Andrea los ve mirarse y escucha cada palabra que no pronuncian.

La violinista da un paso, otro más. Quisiera correr hacia la Alameda. De hecho, va caminando tan rápido que Adriana, sorprendida, apenas la alcanza.

—¿Cuál es la prisa? —le pregunta casi sin aliento cuando Natalia se detiene (se sabe a salvo) frente a la Casa de los Azulejos.

—Ninguna —le responde—. De hecho, ya se me quitó el dolor de cabeza. Anda, te invito unas enchiladas suizas. Y un whisky. O dos... Me urge algo fuerte.

Mientras esperan su cena, Natalia piensa en la ironía de las pequeñas historias personales. En la enorme importancia de la vida cotidiana frente a la construcción de una nación. Ante un desamor que sabe inevitable, la historia del país palidece. Frente a Mateo, ahí, en plena calle, rodeada de ciudadanos enojados, tristes, indignados, Natalia olvidó la manifestación, los desaparecidos, la irresponsabilidad de los políticos, la apatía de todos. Lo único que le importó, lo único que le importa ya, es la forma en la que Andrea la vio y el extraño gesto que hizo al, enseguida, mirar a su marido.

La violinista no se enterará, hasta el día siguiente, de que mientras ellas cenan, comienzan las agresiones. Que los agentes de seguridad golpean a hombres y mujeres. Que propinan macanazos a quien pase por enfrente, con una violencia injustificada. Que, incluso, entran al bar Marrakech, en la calle de Filomeno Mata, para detener a un grupo de estudiantes. Entre ellos José Luis, su alumno casi favorito del Conservatorio: violinista mediocre, pero simpático a morir; siempre echado para adelante.

Al día siguiente, cuando Natalia se despierte un tanto cruda por la malta que todavía acariciará sus arterias, sabrá que uno de los golpeados es Mateo. Ese físico tierno y loco que unas horas antes le aseguró, sin decírselo, un espacio en el futuro.

Jueves

Mateo no soporta el peso desarticulado de su cuerpo. Se desvanece. Hay furia, frustración y miedo, mucho miedo; sí, pero el dolor es una ausencia que lo tiene perplejo apenas una fracción de segundo antes de desmayarse. O, ¿acaso es dolor este zumbido de olla exprés a punto de estallar, este chirrido que cancela el griterío desesperado? «¡Déjenlo, déjenlo!» «¡Hijos de puta!» «¡No corran, manténganse unidos!» «¡Hijos de puta, hijos de puta!» Pero, si no hay percepción alguna de esa alarma sensorial que nos advierte que algo anda mal con nosotros, que un hueso se nos resquebraja en un ¡crack! repugnante, que la piel se nos ha reventado en un manantial bermellón, ¿por qué grita «¡Ay!»?

Mateo sabe que lo han golpeado en la cabeza con una macana oscura, salada. La vio trazar un arco bajo el cielo negrísimo, deshabitado del Zócalo de la Ciudad de México. Se dice que cuando te golpean en la cabeza ves estrellitas, ¿enanas amarillas? Pero Mateo tan sólo se va a negros, ¿materia oscura?, con una lentitud que ofende, que lo hace rabiar y empaparse de un pánico que le estalla desde las vísceras como una supernova. Tal vez por eso grita «¡Ay!» y se desmadeja. No puede controlar su caída por más que lo intenta. Qué absurdo. Le ordena a su espalda que gire para hacer consigo mismo un colchón de carne y huesos y evitar que Imanol se estrelle contra el suelo. Le exige a sus brazos que no suelten a su hijo. Pero Mateo no es más dueño de sus decisiones. Sí, lo sabe: nadie controla del todo su cuerpo, su destino, sus ideas, sus sueños lúcidos: las decisiones más importantes de nuestra vida las toma siempre un ajeno, el enemigo, alguien a quien no conocemos, que no nos conoce, que difícilmente recordará nuestro nombre: un político profesional, un asesino a sueldo, un economista graduado en Harvard, un hijo de puta como éste que golpea a Mateo. Pero no, no debe ser así, se repite Mateo, e intenta proteger a Imanol, enconchando su cuerpo como el caparazón de una tortuga, como esas cientos de criaturas que andan libres y respetadas por las tierras cálidas en las que se levanta la escuela normal de Iguala. Ayotzinapa quiere decir “Lugar de Tortugas”. Ellas que, cuando se sienten amenazadas o son atacadas, se retraen sobre sí mismas. Pero Mateo no es una tortuga y se llena de zozobra cuando cae en cuenta de que su hijo se licua de entre sus manos, quizá por eso grita «¡Ay!» y, con un apremio asfixiante, se vuelve a mirar el rostro aterrado de Luisiana. Ella lleva pintado en su mejilla un número 43. Se ve tan linda. ¿Qué pasará con su hija cuando sea una mujer?, ¿cómo recordará este momento de horror supremo tatuado a golpes en su alma?, ¿repudiará la política, a los reyes, a los presidentes, sus lacayos, sus soldados y putas?, ¿decidirá jamás implicarse en una manifestación, en protestas civiles?, ¿tendrá miedo de hacer públicas sus opiniones? O, ¿se hará más fuerte, más sabia, rebelde y justa que este Mateo que la mira directo a los ojos? Él intenta decirle, con todas sus fuerzas que ya se extinguen, «Te amo, hija», pero su boca está trabada y olvida en un flashazo cómo es que se habla, cómo es que se sobrevive. Mateo concluye: fue un error traer a sus

pequeños a esta gigantesca movilización. En las marchas anteriores por los 43 muchachos de Ayotzinapa, se habían infiltrado grupos de provocadores profesionales para desatar la violencia en contra de los hombres y las mujeres que, hartos, indignados, furiosos, no tenían otra voz que la de las multitudes, la propia voz fundida en cientos, miles, cien miles. Habían circulado por internet fotografías en las que se veía a muchachos platicando, bromeando con policías a los que más tarde harían mierda con bombas molotov y petardos. Con tan sólo cubrirse el rostro tras un pasamontañas, estos chicos —que eran transportados a los mítines en camiones del ejército y de la policía federal— se volvían unas furias monstruosas capaces de incendiar la puerta de Palacio Nacional, agarrar a tubazos a granaderos, hacer arder una estación del Metrobús en Ciudad Universitaria y montar frente a las cámaras de televisión acciones programadas con las cuales desacreditar, denostar a los manifestantes; pero sobre todo, el trabajo de estos falsos anarquistas era justificar el aullido sangriento de las macanas, los toletes, las patadas en el estómago y el rostro aterrorizado de la gente de paz. El tema era asustar a la población. ¡No protesten, no alcen la voz! Terror. Terror como el que consume a Mateo, quizás por eso es que grita «¡Ay!». Pero él no podía evitar que sus hijos fueran testigos de este milagro que fluía por las calles. No, Luisiana e Imanol debían sumarse a la protesta, hacer que sus emociones pequeñas, frágiles, se sumaran a la de miles y miles y más miles, hacerles saber a sus crías que las cosas no están bien en nuestro país, que debemos evitar que nos lastimen, que tenemos el derecho de exigir que no nos mientan más, de tomar las decisiones más importantes de nuestra vida, como esta de llevar a los hijos a las calles y gritar uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, doce, trece, catorce, quince, dieciséis, diecisiete, dieciocho, diecinueve, veinte, veintiuno, veintidós, veintitrés, veinticuatro, veinticinco, veintiséis, veintisiete, veintiocho, veintinueve, treinta, treinta y uno, treinta y dos, treinta y tres, treinta y cuatro, treinta y cinco, treinta y seis, treinta y siete, treinta y ocho, treinta y nueve, cuarenta, cuarenta y uno, cuarenta y dos, cuarenta y tres, ¡justicia!, y tomar helado, galletas de almendra y agua, correr de pronto, tomados de las manos, entre risas y azoro, decir consignas ingeniosas, groseras o abstractas de tanto repetirlas, y cantar junto con el Chipote, Andrea... y Natasha. Pero no, ella no estaba ahí, junto a él, tras esos ojos de miedo y deseo con los que lo miró en la calle de Madero entre los tambores y trompetas de los chicos de Ciencias, que hacían de este acto masivo una fiesta a pesar del dolor y la rabia, porque este era un acto de amor. Amor. ¿Amaba a Natalia? Sí. ¿Un poco más que a Andrea?, ¡qué pena!, ¿qué estupidez? Quizás es por esto que Mateo grita «¡Ay!», porque supo que ella, su entrañable amiga, la madre de sus hijos, en una improbable fracción de segundo, había reconocido en Nat una fuerza superior a la propia, porque sabía que lo que seguía era dejar disolverse entre ruinas a la familia más hermosa del mundo: una vida irrepetible, un sueño con fecha de caducidad. Sí, Mateo ama a Natalia. ¿Más que a Ágata? No lo sabe aún, y una vez más la convocó al instante mismo de compartir aliento y espacio con Natasha en la

calle de Madero, disuelta en un río de vida colectiva, multitudinaria.

«¡Ay!», grita Mateo porque sabe que lo está perdiendo todo, el control de su cuerpo y de su vida, porque está perdiendo a su hija, a su hijo, a su esposa, a su hermosa violinista, a su mejor amiga, porque el golpe que ha sacudido en un caos incalculable sus pensamientos le revela que hay algo dentro de su cabeza que no está bien, una materia oscura que no habla a través del dolor, algo más allá del golpe salvaje que le hace perder el conocimiento.

Mateo

Tash, ¡tranquila! No te preocupes por mí..., bueno, sí, pero no tanto. Digo, estuvo machín el macanazo que me acomodaron en la chirimoya, ¡tómala, barbón! Pero veme, léeme, estoy bien, escribiéndote desde la chamba, justo orita que terminé de radiar a una viejita de ésas que no las ves por más que las veas si se te cruzan en el camino rumbo al City Market a comprar esos quesos manchegos con Denominación de Origen que te encantan (y no digo esto para chingarte, sino con admiración y hartito antojo, más una pizca de ironía para chingarte). Ver sin ver. Y es que igual no percibirías a la anciana porque es de esas personitas invisibles que andan por la vida sin andar, espectros concretos que los rayos del sol, digamos radiaciones gamma, atraviesan sin dejar sombra en el piso que las siente levitar: nula atracción gravitacional. Pero si te concentraras más que bien en su rostro de ciruela pasita, si lo exploraras como yo, ahora que acomodé mi Robotina Linac para cuadrarla a las coordenadas de mi plan de achicharramiento de sesos empaquetados (la pobre tiene Parkinson y, con una buena lluvia de mis electrones locos, va a mejorar, que no curarse del todo, pero, lo que son las cosas, ese poquito le va a hacer la vida más fácil)... ¿En qué me quedé? Ah, sí, que si te clavaras en la textura de su rostro, le verías unos ojos de chamana antiquísima que, más allá del fondo de sus retinas, lejos, muy lejos, en lo más profundo de sus años irrecobrables (¡qué tal la metáfora!, si no creas, uno también tiene su cultura), podría ella, doña Conchita, ser un faro hartito eficiente en Islandia durante una borrasca tirabuques.

Islandia.

¿Te he dicho cuántas ganas tengo de ira allá y pasearme por las tierras de Sigur Rós? Sigur es la banda que más más más me gusta en la vida, aunque Ágata me chingue por eso. Cuando tengo ganas de llorar, pero se me atora en la garganta esa efervescencia que te calienta la cabeza y brota por los ojos, pongo en mi iPod una rola que se llama *Svefn-g-Englar* (ah pa nombrecito) y las lágrimas me ruedan sabroso por las mejillas y me siento feliz, feliz de asumir mi tristeza como algo bien mío, tan sabroso a pesar de tumbarme en cama como el macanazo del poli que me dejó sembrado en la plancha del Zócalo. *Saudade* dirían Pessoa y uno de sus heterónimos.

¿Sabes?, cuando me muera, quiero que pongan esa rola en un momento clave de mi velorio, uno en que a la concurrencia se le atore el llanto y tengan que explotar para aliviarse. Igual tú la tendrás que poner. Tú, la chamana de la música a quien no traspasan los rayos del sol. Tonatiuh (con acento en la a y no en la u). Siempre quise que me velaran en casa de mi mamá, sin curas de mierda ni cruces ni rosarios, pero se me adelantó; un chingo de flores, sí, y una marimba que toque y toque canciones tristes pero bailadoras, como ese vals de *Dios nunca muere: Muere el sol en los montes con la luz que agoniza, pues la vida en su prisa nos conduce a morir*. ¡Tan tan! ¿Habría una versión en zapoteco para que Ágata la cante? ¡Sí, eso-eso-eso!, hacer

de mi velorio una fiesta de despedida. La marimba tocando *Las golondrinas*. Una fiesta para llorar, reír, contar chistes, cantar, tomar mezcal de ése que trae nuestra princesa oaxaqueña de la sierra —pero que ya no puedo tomar porque la puta gastritis regresó con enjundia agujeratripas—, y saludar a los amigos que hace años no ves. También se me antojaba que estuvieran conectados unos amplis con guitarras y un bajo, bien puesta una batería, micros para que la banda rapeara y me dijera adiós, que la verdad, no es que yo me despida de mi gente, sino que mi gente tiene que despedirse de mí. Se lo merecen, nos lo merecemos. Si no cierras esos ciclos, te llevas por la vida hilachos que luego no encuentran hilo para remendarse. Así que uno debe buscar su momento de despedida radical, totalizadora, si tienes el extraño privilegio de adivinar que la muerte te anda rondando. Esto apenas lo entiendo: los ritos de despedida y los de bienvenida, los de iniciación y cierre. Mi papá decía que, cuando se muriera, tirara sus cenizas por el escusado, y yo: «¡Ya, papá, no digas payasadas!», y entonces él rectificaba, con su cara mega seria de Tezcatlipoca furioso tallado en obsidiana: «Bueno, entonces, echa mis cenizas en la coladera de allá enfrente». Era como si me dijera: Ya para ésas voy a estar muerto bien muerto y me dará igual lo que hagas conmigo. Yo me enojaba, porque quería hacer un acto fúnebre mega cabrón para él, con plañideras aullantes a mi ritmo, juegos pirotécnicos de Tultepec para enceguecer al personal y una pira monumental para asar sus restos en el Ganges, agarrando yo a palazos a los ojetes de la casta come-muertos para que no se echaran ni un bistecito de mi jefe, término medio. Pero luego caí en cuenta de que, en verdad, ése era mi problema, no el de mi apá. Los velorios no son para el muerto, sino para el que muere de dolor. En mi casa todavía tengo una ollita con cenizas de Chon. Una amiga que le mete, con copal y péndulos energéticos, a un ocultismo bastante visible y que me sigue tirando choros mesiánicos a pesar de que me la vacilo cada que me sale con sus espiritualencias, me dijo que ya tengo que deshacerme de ellas: *ashes to ashes*. ¡Achis, achis! Yo tenía pensado llevarlas a la cumbre del Iztaccíhuatl y dejarlas en la panza de la mujer dormida, a 5,200 metros sobre el nivel del mar. Pero desde que nacieron doña Luisiana y don Imanol, dejé de treparme a las montañas: ya no tengo tiempo de entrenar, que los entrenamientos son unas megachingas que te dejan las patas llenas de ampollas y los labios de cartón roto y las rodillas hechas pomada de La Campana. Se me acabó el tiempo de hacer salidas al Pico de Orizaba y a La Malinche en las que, si te apendejas, te lleva la chingada, y luego, ¿qué cuentas le rindes a tus hijitos? Ahora quiero tirar las cenizas de mi jefe en el mar, en alguna salida a un congreso o, mejor, de vacaciones: echarlas al agua acompañado por mis hijos que ya no conocieron a su abuelo y que cada que les cuento de él hacen cara de «¿De qué estás hablando?, ¿por qué lloras por ese señor que no conocimos?». Tirarlas junto a ellos y con Andry y Ágata.

¿Sabes? Una aproximación a ese deseo de dejar al jefe en el Izta la hicimos al año de que peló gallo don Encarnación. Arrojamamos parte de sus cenizas al viento, en el campo, luego de una caminata leve desde Paso de Cortés, con la Mujer Blanca de

fondo y una música de viento desolado. «Aquí te dejamos, Chon, junto a estas montañas que tanto amabas», dije en el rico flujo de mis lágrimas, mientras yo oía, obvio, a Sigur Rós. Mi hermano Héctor, que me cae tan gordo, me dijo «Ya cumplimos con el viejo», y yo casi me vuelvo a decirle que no, ¡ni madres, padre!, que todavía yo tenía un pendiente personal sin resolver, sólo entre Chon y yo, pero no quería hacer bronca en un momento tan frágil, tan terrible y hermoso. El día estaba lindo, azul pupila de Quetzalcóatl, y aprovechando que yo era quien esparcía el polvo-eres-y-en-polvo-te-converterás, que me chingo un cachito de esa ceniza pedregosa y dispareja, un puñito que está allí, frente a mi escritorio en la casa, junto a la foto de mi apá, ondeando él su banderín en el labio superior del Popocatépetl, ese Don Goyo al que ya no se puede ascender porque en una de éstas truena, en la pendiente de Tres Cruces, una nervadura de lava, y ¡mocos!, sales volando, hecho jirones de pellejo con pelos chamuscados, como le pasó a unos bomberos que se creyeron muy chingones y, ¡vérgatelas!, que pisan una mina personal afgana, y, *ciao, amici*.

Espero que me dé tiempo de tirar las cenizas de Chon al mar y cerrar ese círculo que mi amiga Sindhu dice que me está drenando la energía (¡vaya, yo pensé que este cansancio perpetuo era por las chairas que me hago a escondidas en el baño de Neurorockología!). Si no me da tiempo, ¿ahí te encargo que hagan una mezcla chingona de las cenizas mías con las de mi papá y que nos tiren al escusado, como él quería? No, ¡cómo crees que te iba a dejar esta tarea! ¿O sí? Esa chamba espantosa les va a tocar al Imanol y a Luisiana. Me caga tener que dejar encargos de este tipo, pero créeme, les va a hacer a todos más fácil el luto, el desprendimiento. Sí. Lo que te voy a pedir es que les digas a los de la marimba que dejen de tocar un minuto para que pongan (pongas) a Sigur Rós a cien de volumen. En Xochimilco. En una cohorte de trajineras, de cara a las chinampas y sus ahuejotes, esos sauces tristes que aprietan la tierra en islas de flores y muñecas desmembradas. Sé que sus aguas están marranas, que el pendejo de Porfirio Díaz decidió que allí en Xochi se botaran las aguas negras de la Ciudad de México, con lo que le dio en la madre a lo que sería una hermosísima arteria acuática en esta ciudad triste que en verano está más seca que una taza de machaca pulverizada (mashaca, como le dicen allá) sonoreense. Y luego Río Churubusco, entubado. O el Río Magdalena que, antes de que yo naciera, bajaba de Los Dinamos, cantarino y salpicoso. Unos morros de la UNAM, militantes de la ecología sustentable, quieren abrirlo de nuevo a cielo abierto, limpiarlo e integrarlo al paisaje urbano, ¿te imaginas ríos por la ciudad, como si fuéramos una de esas ciudades europeas que tanto te gustan? (¡ots!, me acaba de dar un acceso de celitos, chiquitos, del Jérôme, caca-popó-pipí, con el que segurito te paseabas en el Sena, ¡chales!) Qué lindo que me pudieran arrojar al Río Magdalena en un día de campo, con manteles de cuadrillos y pollo rostizado Río con papas estilo casero y chiles jalapeños. Pero, en lo que se da el rescate del Río Magdalena, y mira que pienso y pienso en los posibles escenarios de mi funeral a cada rato, la mejor opción

es que me arrojen —diría Heidegger, yo suspendido entre dos nada— en Xochimilco, con lirios, lentejilla de agua (esa hierbita verde que es una alfombra acuática en las acequias de Cuemanco) y aguas que ya no están tan negras, para que me coman los ajolotes, y luego a esos *axolotl* se los coma un paisano en tamal verde muy picoso para camuflar el sabor mío de muerto. Y conste que la despedida es para ustedes, no para mí, que al fin y al cabo no me voy a dar cuenta de nada (¿o sí? Para cualquier duda, consulte a mi amiga médium). Claro, ¡ese sería el momento Carta Blanca! Mientras Lui y el Imanol me esparcen en el río xochimilca, echas a andar *Svefn* en las bocinotas de iPod, a todo mecate, y haces mugir tu violín sobre esa cama tristísima de música islandesa, porque, y esto te va a encantar, el cantante de Sigur Rós toca su guitarra con un arco, como si fuera un violinsote, con una distorsión que tú podrías exponenciar en tu Yamaha negro, con un par de pedales, reventando el amplicito Pig Nose.

Pero sabes, ese funeral es un sueño guijarro (¿o se dice guajiro?), una lata para los que tengan que cargar con la monserga del acta de defunción, los pagos correspondientes, recibir a los invitados y darles su abrazo de condolencias, servir el café y los mezcales, resolver el millón de problemitas que brincan como liebres escopeteadas. No. Va a ser más sencillo que me pongan en Gayosso Félix Cuevas, menos glamuroso, menos novelesco, pero real. Aunque esto no es garantía de nada: cuando Chon murió, yo quería que el velorio fuera un momento muy íntimo, casi que yo solito junto al féretro, agarrándole la manita al envoltorio sin alma; pero llegó un chingo de gente y todos sentían la pinche necesidad de decirme que fuera fuerte, que Chon ya descansaba, que la chingada. Yo quería estar solo y terminé engentado, encabronado cuando, en una de esas que me fui a hacer chis por el efecto diurético del café del velatorio del ISSSTE, vi a una tía organizando un rosario de siete misterios para Encarnación. Yo quería agarrarla a patadas (mi jefe, podríamos decir, fue un quemacuras radical); pero, por prudente, me aguanté. Al final tengo las cenizas de mi apá para mí solito, y mira que ya terminé de despedirme de él muchas veces. Siempre deseé que se apareciera en sueños y me revelara la fórmula de los campos unificados, que me diera un último abrazo y me dijera adiós. Pero nunca apareció. Él está muerto bien muerto... y bien despedido: tuvo todo el tiempo del mundo, allí tirado en su cama del hospital, para reclamarme y para que yo le reclamara, para recapitular, descapitular y ponerle fin a nuestro manuscrito de vida compartida.

También se me ha antojado un chingo morir en mi casa, en mi camita, como el Quijote, rodeado de la gente que lo amó y a quien él quiso con su alma entera. Pero también es una pinche lata: cambiar el pañal cagado, poner el incómodo cómodo para hacer chis, limpiar las sangres y los fluidos tornasolados, soportar el olor monstruoso de quien ya se está muriendo, un aroma seco, acre, que se te queda pegado en el paladar como aquellos chicles Canguro de nuestra infancia. Ni modo, lo mejor es pelar en un hospital pinche y frío, en el que las enfermeras y los doctores se hacen

cargo de la desquiciante despedida final.

Dirás: «Este güey, ¿por qué está tan clavado en el tema de lo mortuorio, qué me quiere decir?». No sé, nada, sólo estoy escribiendo a lo loco, como un autocadáver exquisito, y ahora que lo releo me cae el veinte. La verdad es que, cuando me reventaron la choya, sentí un miedo cabrón de irme para ya no volver, con Imanol en mis brazos, con Luisiana viendo cómo un cerdo me daba en la cabeza. Creo que todo esto lo pensé en una fracción de segundo, nanosegundo; ya sabes: la película de tu vida, aunque esto más bien era el tráiler de una peli por venir. Pero no, ¡Tash, tranquila! Estoy bien. No es tiempo de despedidas, al contrario. Es tiempo de rituales propiciatorios, ritos de vida. ¡Claro, qué pendejada que te diga que no te preocupes y yo hablando de mis funerales! Pero neta: concéntrate en poner a salvo a tu alumno, seguro que le pegaron más feo que a mí; y luego estos hijos de la mierda deben estarlo torturándolo, si no a chingazos, diciéndole que lo van a matar, que van a matar a sus papás y a sus hermanos, que lo van a tirar al mar desde un helicóptero del ejército. Son unos culeros. La policía, que debería darnos unas putas migajas de seguridad, nos da un pastel de miedo con betún de impunidad.

Necesito verte a la de ya; pero supongo que vas a andar metida en eso de sacar a tu pupilo de la cárcel. Mis chicos radiactivos de la maestría ya se están organizando para hacer plantones frente al penal, haciendo un pedote en redes. Va a haber una marcha exigiendo que los liberen, ¿verdad? Son once, incluido un güey chileno que andaba paseando por allí en bicicleta. No, si agarraron parejo, son unos pendejos, nos ponen en la madre a los pacíficos y protegen a esos «anarquistas» que tienen su nómina en la Secretaría de Gobernación y llegan a las manifestaciones en camiones del ejército, como cuando Peña Nieto tomó la presidencia.

Pero, bueno, a todo esto sí tengo que confesarte algo bien gachísimo: en la refriega, perdí mi pin de plata con el 43. ¡Ots!, no sabes, siento que me arrancaron un brazo, que me hicieron un hoyo en el pecho. Vacío. Nada. Miedo. Zozobra. Fafalta.

Sí, ponte las pilas con lo de tu alumno; pero, porfa, hay que encontrarnos, necesito que me des un abrazo fuerte fuerte y, conste que te lo advierto, voy llorar en tu regazo: voy a llevar mi iPad con *Svefn-g-Englar* para desatorarme este paquete de lágrimas que tengo atoradas en el pecho.

Muchos besitos.

Natalia

Allo, querido Mateo. ¿Sabes? Después de leer tu mail me cayó muy bien tu papá: lástima que no lo conocimos ni tus hijos ni yo. Encarnación: tenía nombre de personaje de novela de Rulfo. Creo que es muy importante conocer a los padres de tus padres, sentir que eres nieta de alguien, reconocerte, por ejemplo, en el color de sus ojos, en alguno de sus gestos o hasta de sus manías. Que te consientan y te cuenten cómo eran tus papás de niños, de adolescentes. Burlarse juntos. Yo tuve dos abuelas con eme: Malena y Marta. Y a ambas las extraño. Pero de ellas te contaré con calma algún día que nos veamos para comer o cenar (me urge verte; me haces falta). Su historia amerita tiempo y una copa de vino. Mejor responderé tu correo, que tiene muchas vertientes. Por ejemplo: ¡no chingues con tus encargos *post-mortem*! ¿Qué culpa tenemos de que te mueras los que aquí nos quedamos? Además, si tus hijos avientan las cenizas al excusado excusado, seguro se va a tapar y necesitarán litros de Drano para salvar el asunto. ¡Ni que estuvieras tan delgadito! De tu cuerpo y tu genialidad verborrérica van a salir kilos y kilos de cenizas tibias, juguetonas, amables, chingonas. Cenizas que mejor podría aspirar para que te me quedes bien adentro... Como lo hizo Keith Richards. Creo que mezcló cocaína con las cenizas de su padre y las esnifó. ¡A lo que se puede llegar!

Mi padre (te lo he de presentar muy pronto) ha pedido dos cosas para el día de su funeral: que pongamos a todo volumen la sexta de Beethoven y que lo metamos en el ataúd al revés, es decir, con los pies sobre la almohadita (esa almohadita ridícula de los féretros, como si el muerto fuera a estar más cómodo). Así, cuando alguien se asome con una extrañísima curiosidad morbosa a darle un último vistazo, en lugar de ver su rostro rígido y pálido, observará sus patas. Antes quería que lo taxidermizara (¿es verbo?) y le pusiéramos ojos azules de canica. Y ya bien peinadito y vestido con elegancia, que lo colocara en la entrada de mi casa a manera de perchero y paragüero... pero no me late. Como soy hija única, tengo la última palabra.

¡Ay, qué funeraria (fúnebre, pues) me has puesto! Tú empezaste. Y no te pregunto cómo estás ya que me tranquilizaste. Ágata me preocupó cuando me contó de tus golpes, pero qué bueno que no pasaron de eso: golpes a tu genial cabeza, un pómulo morado, el susto para tus hijos (...y Andrea. Me duele decir su nombre, carajo) y un guamazo para el país. En fin, mejor te cuento que José Luis sigue detenido. Por fortuna sus papás ya lo localizaron y los compañeros están organizando quién sabe qué tanta cosa para protestar y, lo más importante, para sacarlo del encierro. Me dicen que está lastimado y asustadísimo, pero bien. Lo malo es que yo no podré unirme ya que mi jefe, un músico frustrado, alto altísimo y flaco flaquísimo, parecido al señor Jirafales pero en súper mala onda, me sentenció: si sigo faltando a mis clases del Conservatorio va a llamar a un reemplazo y me quitará la plaza. No más marchas, señorita, me dijo con tono sacerdotal (¡Señorita!). Y como vivo bien pero no soy rica, y siempre ando buscando dinero de donde salga, más me vale obedecer. ¿Qué me

queda? Por eso admiro a quienes sacrifican su chamba y sus quincenas seguras en aras de perseguir metas más grandes que sólo vivir cómodamente. Metas como, digamos, cambiar al país. Cuántos periodistas se quedan calladitos, tragándose su indignación o, peor aún, recibiendo dinero, con tal de no perder su trabajo. Odio decirlo, no quisiera reconocerlo (y menos ante ti) pero creo que yo haría lo mismo: formarme del lado de los conformistas; de los cobardes y amilanados. No arriesgarme. ¡Uta! Que no me oiga Ágata. Por eso tenemos el país que tenemos, porque me late que todos son como yo.

Oye, Mateo querido, no sabes cómo me dolió tu número 43 perdido. Si yo perdiera el mío, lloraría. Desde que nos lo regaló nuestra querida amiga, en cierto sentido me cambió la vida. Como si un hilo muy fino aunque irrompible nos uniera a los tres. Un hilo callado pero tenaz y amoroso. ¿Ya le pediste otro broche a Ágata? Hay que reemplazarlo ya.

Ayer, mientras esperaba que me recibiera el dermatólogo (ya sabes, la edad comienza a verse en las manchas de mi rostro y el cáncer siempre es una amenaza), me puse a hojear una revista que se llama *El mundo de los libros*. ¿La conoces? Yo jamás la había visto. Y casualmente me hizo pensar en ti (desde hace tres meses todo me hace “casualmente” pensar en ti). ¿Por qué? ¡Porque conocí al Heisenberg del que tanto hablas! Werner Heisenberg en 1936, foto en blanco y negro, frente a un pizarrón lleno de fórmulas matemáticas. Al parecer está dando clases; no mira a la cámara. Le dedican un artículo, pues acaba de salir un nuevo libro sobre él, titulado *El principio*. ¿Sabes cómo se llama el autor? Jérôme Ferrari (otra casualidad: Jérôme. ¡Carajo!). Me gustó lo que cita de tu físico favorito que, apenas me entero, es el padre de la mecánica cuántica: “A nivel atómico hay una realidad que no puede ser captada por los conceptos del lenguaje corriente, como las palabras posición o velocidad...”. “Tenemos una herramienta, el lenguaje, que no puede describir el nivel de realidad en el que se sitúa. Por lo tanto hay que utilizar ese lenguaje de manera metafórica. Heisenberg lo explica: de aquello que no podemos hablar, de cualquier manera hay que intentar decirlo”.

Eso me llevó a acordarme de Wittgenstein. Como sabes, más que novelas me gusta leer filosofía, aunque no le entienda del todo. En su *Tractatus* escribió: “No decir nada, sino aquello que se puede decir”. “De lo que no se puede hablar, mejor es callarse”.

Me puse a pensar en que pasa lo mismo con las emociones (qué terrenal soy, ni modo): no existen palabras que las expliquen, letras que, juntas, hagan un dibujo preciso. ¿Se pueden decir las emociones? No creo. Hay, por lo tanto, que utilizar metáforas, intentar una aproximación que jamás trazará lo que en realidad sentimos: el miedo, la alegría, el amor como tal.

Y así llego al tema que no me atrevía a tocar: el amor. ¡No sabes qué estúpida me sentí cuando te vi con tu familia! La mirada de Andrea me paralizó y no me dejó, siquiera, actuar con naturalidad: debería haberme acercado a saludarla. Darle la

mano, decirle mucho gusto. Besar a tus hijos en las mejillas. Comentar dos o tres cosas ligeras sobre la protesta para, finalmente, avisarles que ya debía irme, que Adriana tenía prisa. Pero el amor que respiré y la fragilidad de tu esposa me sacaron de la jugada. Me descuadraron el horizonte. Lo peor: me asumí culpable. Muy culpable. Nunca me había pasado, y no eres el primer hombre casado con quien he compartido cama y romance. Lo sabes. Pero sí es la primera vez que me da un miedo terrible romper algo, entrometerme en una vida cotidiana tranquila, establecida, que imagino poderosa y en la que te sabes protegido. Debería retirarme. Es lo más inteligente. Lo único que nos puede salvar, Mateo adorado. Ambos estamos caminando hacia un precipicio. ¡Y nos vamos a dar un trancazo peor, mucho peor que cualquiera de los que la policía propinó el día de la marcha! Me quedó clarísimo el jueves pasado. Pero no quiero y no puedo. O sí quiero, pero no puedo. O, más bien, no quiero y no sé si debo intentar para ver si puedo. ¡Uta, estoy hecha bolas! Más confundida que de costumbre. Mi historia personal (con minúscula) comienza a contagiarse del desmadre de la Historia del país (con mayúscula). Aguas peligrosas y profundas en ambos lados. Inestabilidad, dudas, temor, angustia. Todo se está moviendo, todo está cambiando. Ágata es lo único que se mantiene firme. Necesito abrazarme a ella como un sobreviviente de un tsunami se aferra a una palmera.

Mateo: Quiero abrazarte, besarte, dejar que llores en mi regazo mientras escuchas a Sigur Rós. Tengo ganas de que lloremos juntos. Necesito sentir tus manos. Tu aliento. Pasar mis dedos sobre tus moretones, aliviar los golpes que de seguro todavía te punzan. Pero no sé si debemos. Esta pulsión que me lleva hacia ti, me está dando un miedo ortográfico, geográfico, geológico, filosófico, astronómico. Cuántico. Fatal.

Necesito escucharte y no me atrevo a marcar tu celular. No me animo a oír tu voz. Tu risa. ¿Cuánto tiempo nos queda? ¿Ya se acerca la fecha de caducidad de un “nosotros”? Ay, Mateo queridísimo, la mirada de Andrea me sentenció. Me dijo con claridad, como tantas veces lo cantó Jim Morrison: *This is the end*.

¿Me ayudas a entender lo que está pasando? ¿A entenderte, a entenderme, a entendernos?

Tuya,

Natasha (más confundida que nunca).

PD.- Última confesión del día: me dolió enterarme de tu guamazo por Ágata. ¿Por qué no me llamaste a mí primero?

Mateo

No te enojas conmigo, Gargolágata. Bueno, sí; pero no tan de a fuegos pirotécnicos en el Zócalo un 16 de septiembre, ¿o un 20 de noviembre...? ¡Fots, perdón!, qué imagen más piche patética te endilgué: el fasto de mierda, estallidos luminosos y chorreantes de pólvora, allá arriba; con «nuestro» presidente nefasto de cagada, acá abajo, hasta los güevos, tocando la campana, agitando la pobre bandera y recitando con un chingo de esfuerzo el nombre de los héroes de la patria... Y es que tú, aunque ya seas *american citizen*, también «tienes» de mandatario este muestrario de fijapelos y perversiones. Sí, pero, ¡espérame un segundo!, pensándolo bien, manque compartas hartas, tu verdadera nacionalidad es la zapoteca, no la mexicana, ni siquiera la oaxaqueña o la gabacha: tú, Sandungágata, eres la ciudadana de una nación dentro de otra nación dentro de otra en una cadena de apachurramiento y engullición sin madre ni padre. ¡Ay, Sandunga, Sandunga, mamá por Dios, Sandunga no seas ingrata, la la la mi corazón! Perdón por el lalaléo, pero últimamente ando que olvido todo, tocho y todorcio.

Mmmmm, ¿dónde me quedé?

Ah, sí: el Imperio, la patria colonizada, Oaxaca, San Agustín Etna, el barrio, nuestra casa, ¿nuestra casa es también una nación?

Pienso en tu hogar-dulce-hogar, manita, y me lo imagino como un país, igual que el mío, sin mandatarios ojetes ni siervos atolondrados, sin patrones billetudos ni esclavos sin calzones; igual tu casita que la mía, con poquitos ciudadanos: tú y don bolillo, ¡ah!, y tus conciudadanos canarios, allá. Y yo y mis chamac@s y Andry, aquí. O, ¿me estoy volviendo un patrón de mierda en sentido contrario a tu novio? La verdad, y tengo que confesártelo al chile pelón, Aarón (ya sé que no lleva acento en la o, pero lo quiero atraer a «nuestra» ortografía, pa que veas que lo *quero*, sin i) es para mí (y, claro, un chingo más para ti) un punto de anclaje: me da paz, ¡zuaaaahhhh!, una sensación de fresca seguridad. Sí, me cayó en la punta del violín que decidieras cohabitar con él (¿te acuerdas que usábamos como eufemismo el «cohabitar» para referirnos al bonito acto de coger?), porque era la confirmación de que te ibas a quedar en California por tiempo indefinido; ya sabes, este Heisenberg de nuevo (ah, cómo lo cito y lo sito) y su incertidumbre: sé que estás allá, pero no sé por cuánto tiempo. Ah, porque la incertidumbre mata, y Aarón es certidumbre, claro, y no es por echarle la sal, será certidumbre hasta que el cántaro no se rompa de tanto ir al pozo. A pesar de mis reservas, tu bolillo comenzó a latirme cuando me recomendó el libro este de Naomi Klein, *La teoría del shock*. ¡Ah, cabrón!, me dije, a este güero le gira la ardilla, le patina el hámster, le chilla la rata. Me cae de pelos que siempre que viene a México me traiga el último de Chomsky. Aarón antiimperialista, Aarón promigrantes, Aarón anti *minutemen*. Aarón enamorado de ti. ¡Claro, cómo lo ibas a querer si no fuera así! Con él siento que por fin tu corazón pone sus piecitos en la tierra, aunque no sea la de la sierra zapoteca. Qué, por cierto, LA es cada vez más una

ciudad oaxaqueña, que ni qué.

Aaróngata.

Pero oye, a ver, mmmm, ¡chales!, cómo decirte esto sin que suene a aclaración-justificación-darle-la-vuelta-al-balonazo-en-plena-jeta...

Ok, no sientas que te estoy mandando a la banca, que Natacha (con che) te está relevando del primer bat. No no no, ¿cómo crees? Contigo tengo una historia de conciencia, de cuerpo presente, de mareos y retornos que no comparto con nadie. La neta, que entraras al parto de Andrea en la alberca del Santa Teresita para ayudarnos al aterrizaje de Ima y Lui fue un punto clave en la definición de lo que es mi vida. ¡No mames!, que te pusieras a cantar con Andry, pelando chicos ojotes a la tercera contracción, fue el momento más hermoso de nuestra existencia. La cabellera de un cometa. Las lágrimas de la Vía Láctea. *Ay, de mí, llorona, llorona de azul celeste*. Y, ¡pluc!, que nace Luisiana, berreando para saludar al mundo y limpiar sus pulmones del mar profundo de su madre. *Yo soy como el chile verde, llorona, picante, pero sabroso*. Y, ¡pluc!, que nace Imanol. Y Andry fuerte, sin lágrimas, ¡qué chingona vieja, carajo! ¿Y yo?: chille y chille. *Todos me dicen el negro, llorona*, pero el negro no era yo, sino el pálido, el transparente, la llorona. Y tú allí, Maga Mágata, y eso no existe con nadie. Cuando me sonreíste y soltaste mi mano para que cargara, a dos brazos, a los chamacos, me dijiste, con ese silencio que te hace tan sonora: «Ya estás en la ruta, MaTeo, anda y ve»; y me dejaste ir. ¡No mames, cómo te amé! Todavía tengo esa foto en mi escritorio: yo con mis hijos y mi bata azul ISSSTE de Ya Soy Papá, y tú, detrás de la cámara. Allí estás tú. Siempre que veo la pica sé que estás detrás. Y te veo ayudando a Andrea a salir de la piscina junto con la enfermera, secándola con una toalla blanca, y mira que nos funcionó decir que eras la entrenadora de sicoprofiláctico. ¡Claro que nadie nos creyó!, pero si no hubieras estado allí, me habría desmayado a la primera de cambio.

Bueno, pues esa certidumbre antiheisenbergiana es la que me da tu bolillo. A ver, ¿a qué te sonó esa sonrisa que te hice cuándo te metiste a la sala de espera en el aeropuerto, atrasito de Aarón rumbo a Los Ángeles, y te volviste a mirarme por última vez? Igual soy un güey y no fui lo suficientemente claro, pero intenté decirte: «Ya estás en la ruta, ÁGata, anda y ve, que está esperando, anda y ve. No lo hagas por mí, que al fin y al cabo sólo somos amigos»; y te fuiste a volar el mundo en caballo blanco... con él. Igual que tú me dejaste ir con Andry y mis hijitos. ¡Ay, Sandunga!, nos vamos pero en realidad nunca nos vamos, ahí seguimos, uno junto a la otra a pesar de la distancia y las fronteras. Digamos que hemos abierto universos paralelos como los del gato de Schrödinger, como el jardín de los senderos que se bifurcan.

Y no, no sé hasta qué lugar ignoto voy a llegar con Nata: con ella estoy en una nebulosa galáctica, lleno de luz y colisiones hermosas y aterradoras, a sabiendas de que, atrasito de la frontera de su atracción subatómica, hay una larga y oscura noche. Y mira, me llenaría de terror saber que, de perderme en la oscuridad interestelar,

cuántica, tu faro no estuviera allí para decirme por qué ruta debo zarpar para bien llegar a la Tierra firme. No, no te agüites, perdón por preguntarte qué hacer con los polos opuestos de Nat/Andry. En realidad, lo que te pido es que no dejes de lanzarme ese haz de fotones que siempre me guían como el can-can al ciego-ciego. Eres *mi faro*, manita. Nomamesnomamesnomamesnomames, ¡no me dejes de aluzar porque si no me voy a dar en la madre como la golondrina en la ventana! ¡Tuck! Como mi calabaza contra la macana del granadero de mierda.

¡Tuck!

Por eso, ¡no te enojas conmigo, Gargolágata! Bueno, sí pero no tan de a tiro gacho (ya no voy a usar la metáfora del pendejo de Palacio Nacional, ¡perdón, mana!).

Ta bien, ta güeno, ¡sí, pues!, voy a seguir la luz tomográfica de tu Faro de Alejandría. Ya quedé con Olga que mañana me escanee la calabaza. ¿Ya te platicué de ella? Somos tres los que le metemos pata al Linac para acribillar los pensamientos de nuestros pacientes. Ella es la más chingona, a ella encomiendo mi espíritu. Y Olga está de acuerdo contigo: por protocolo, hay que ver qué se desacomoda en los sesos ésos cuando te das (te dan) un putazo (perdón por la incorrección política, pero eso fue lo que me aplicaron, un putazo) en la *cabeça do Brasil*, y te vas a negros, encima si te dan cuatro putadas... digo, puntadas. ¡Chales!, parezco Frankenstein con mi sutura, el derrame del ojo, el moretón cachetero, el collarín con esas mariposas metálicas que parecen los clavos de la criatura de Mary Shelley. ¿Sigues leyendo esos libros de espantos que tanto nos gustaban? Tú con tus góticos y Arthur Machen; yo con el exagerado de Lovecraft, bien *demodé*, mientras los grillos del CEU leían *Das Kapital*, a Gramsci, Lenin y el Capulinita.

Ya no te enojas, Gigirigiris. Te juro que mañana paso al tomógrafo y luego al resonador magnético, si es que nos quedan dudas. Pero, bueno, qué te voy a andar choreando: yo tengo mis dudas, y miedo, pánico de que algo se me haya echado a perder.

¿Sabes? Más bien tengo susto de que algo se les haya echado a perder en los adentros a doña Luisiana y don Imanol en la noche del 20. La sangre, los gritos, los polecías vomitando por sus hocicos: «¡Ya se los llevó la verga, hijos de la chingada!». ¡Qué pinches modales! Y el miedo. El reojete miedo. ¿Ya te conté del experimento que estamos haciendo con ratas para manipular sus células del miedo? Luego te platico, es como de *Matrix Reloaded*. Ahora yo voy a ser mi propia rata.

Sí, Ágata, tengo terror, un chingo. Por eso, no te enojas, no dejes de ser mi faro.

Mañana. Mañana.

PD. Oye, Guagüis. Este... No sé cómo... pero... Necesito que tu joyero haga otro pin, bueno, no uno, un chingo; pero sí, al menos, uno idéntico al de la fiesta en lo de Luigi. ¿Ya te había contado? Acá, media humanidad, cuando me lo vio, me lo chuleó. Se les ilumina la cara de ver algo tan bello y, ¡pun!, en un segundo, la luz de sus

rostros tiende una sombra larga. El pin es un recordatorio. Y ahora es más importante no echar la memoria al cajón del olvido. México tiene Alzheimer, y me da miedo que la vida cotidiana nos devore y erosione nuestra indignación. El pin es una pastillita de Ginkgo Biloba, al menos para mí. Aunque la pinche sutura de mi tatema no me va a dejar que olvide que en estas tierras las cosas se están pudriendo de más.

Ágata y Mateo

Quihubas

¿Garúfula? Ónde andas, a
qué horas son allá?

Las horas del milagro,
ausenteo.

De puro churro te
encuentro on line.

Bendita palomita azul que
impide que te hagas güey
y huyas.

Ando otra vez insomne.
Hace rato intenté
acurrucarme con Andry,
para arrullarme en su
calorcito y me quedé
helado. Ah, sí, esa doble
Paloma. Que no es la de La
Paz por dos

Paz-paz te dieron a ti,
mano. ¿Cómo sigues?

Morado y arrugado.

Por qué lo de que te
quedaste helado, que traes?

Uta!!! Pues la olla exprés ya
va a tronar. Andry y Tash
se conocieron sin conocerse
Andry tiene un receptor de
ondas sub atómicas y supo
quién era ella

No ma-mes, Matonteo.

¿Cómo pudiste?

¿Cómo estuvo?

Madrazo para ti y madrazo
para ella. El mismo día.

Te ha dicho algo Andrea?

Es que la neta no podía más

cargar con el muerto de las mentiras: las llegadas tarde, los ensayos inventados. Necesitaba que se abriera una puerta de salvación y todo se fue a la mierda Andrea no ha tocado el punto, está preocupada por mi madrina, pero la conozco mosca y está lista para hablar. Yo no. Has hablado con ella?

Con Andrea? Pues solo el día que me avisó del catorrazo. Fue muy rápido y haz de cuenta que andaba pacheca (yo), lo recuerdo todo como en una nube. Primero me empezó a decir que en la marcha no sé qué, y yo pensando que me iba a interrogar por lo de Nataliasha, y en eso: Mateo fue uno de los madreos por los granaderos, le metieron nose cuántas puntadas y grapas y no sé qué más. Güey, a mí como dicen las señoras, me dio el azúcar.

Y sabes que pal susto no hay nada como comer bolillo y tú tienes uno en tu casa

Andrea no me va a hablar. Mateo. No se permitirá ponerse en una situación

tan vulnerable si sabe que
Nat es mi Tasha
Mi bolillo está aquí al
ladito y está bien
sabrosito, todo
migajonado



Pues claro que no le he
hablado de ella, no mames
Mateo.
Cómo estuvo?

Gulp
Chales
Oye, pero dices que la olla
express va a tronar. Tronar
porque le vas a decir algo
o qué?

Chopeado con su lechita.
Pero oye, le has hablado de
Nat a ella? No mames, supo
de inmediato todo.
Al final sí logré que se
conocieran

Bien gacho. Natatas no
hizo ni el intento de
acercarse, salió por patas, y
Andry se quedó muy triste
un ratote; yo le daba la
mano y ella me la negaba
Así que los dos cargamos a
los niños para no tocarnos

Pues es que de plano me voy
a salir de la casa. Nomás me
quiten el collarín. A Nata no
le he dicho nada
De hecho no le voy a decir
No la quiero embarrar,
aunque embarrada ya está.

Chales, estoy todo
descontrolado



Mateo!

Y Andry nomás está
esperando a que me ponga
mejor para hacer preguntas

Espérame tantito. ¿“Me
voy a salir”? ¿Eso dijiste?
Vas a separarte de Andrea?

Sí, por lo pronto
No puedo, no debo seguir
en cada
*casa

Qué pedo? Cómo llegaste
a esto?

Andrea está súper triste, y
yo necesito ponerme frente
a Tash y es una mamada
que Andry y los niños me
sirvan de escudo. No
puedo, no debo

A ver, nomás responde
esto:

Dime
Me

¿Te separas porque las
cosas están mal con
Andrea o porque quieres
estar con Natalia?
Te lo pregunto porque
para tu mujer, una cosa es
“nos separamos porque ya
no funcionábamos juntos”
y otra es “me dejó por
otra”. Andrea no se merece
la segunda
Si las cosas iban mal, no

tenías que esperar a que
llegara el pretexto. Son
chingaderas, chingateo

Ya sé, es más la segunda.
Con Andry todo bien, sano,
hermoso. El podrido soy
yo. Ya sé que suena a no
eres tú soy yo; pero me voy
por Nata, aunque no es del
todo por ella, aunque sí es la
razón de mi desvarío. Ya no
puedo seguir en casa. Andrea
es un hielo, está sacadísima
de onda. Debo mantener
este malestar ad aeternum y
mala vibra a Ima y a Lui?
No, no puedo, no debo
Más vale un final terrible
que un terror sin final

Ay madre
Y los chavos, Mateo?

Ots!, el gran tema ya no so-
mos Nata,
Andry o yo, sino los niños

‘Xacto

No mames, estoy que me
muero por eso

Carajo. Casi me arrepiento
de habértela presentado.
Aunque como iba la cosa,
igual era alguien más.
Necesitabas “tu golpe de
adrenalina” que tanto
buscanas
*buscabas

Me gusta más buscaras que
buscabas

Ahora el reguero le va a

tocar a los chamacos?

Mateo, qué onda?

Chale

bus-canas, eso eres

Busca-cananas

Están raros, claro, por el tema de la madriza que me dieron. Pobres, no dormían, tenían pesadillas bien culeras. Pero ahora que pasó el susto están esperando a que pase algo: Andry es muy transparente y los chamacos súper receptores de ondas mal avenidas

Chale, se me está acabando la batería

Hablemos, oye

Eu

No, digo que hablemos por tel pronto, oyeS

Eu

Mira, Mafeo: yo con usted hasta la ignominia, señor presidente, pero nomás piénsale bien

Vete al espejo: ¿ves la cicatriz de Frankenstein que traes en la choya? Ni cómo quitarla, no?

Lo mismo con lo que vas a hacer

Aunque después regreses a ponerle puntos y grapas, no va a ser igual

Sí, pero Andry también tiene una cortada en

el corazón

Si estás consciente de eso y
le das pa'lante, yo contigo
Y tus hijos para siempre

Chin

Sí, pero

Sí, perro

Se va a desmoronar su
mundo

Además de mi cabeza

Pues sí, pues
¿Cuándo hablamos?

Péate, las premoniciones se
pusieron más cabronas
después del macanazo.

La cabeza me revienta cada
media hora

Sí, hay que hablar manque
sea por skype

Cómo lo de las
premoniciones?
Qué traes ahora?
Wey, noe espantes
*no me

Lo de que sé quien se va a
morir. Lo del tío de Tash
fue un aviso, ahora ya sé
otra vez ya sé quien va a
salir caminando y quién
con las patas delante
Fue el macanazo

¿Quiero saber quién es el
próximo?

Todo está revuelto
Cómo?

Ajá. Te quiero preguntar
quien es el próximo, pero
no estoy segura de querer

saber.

¿Quiero saber?

No, ni sabrías de quién te
estoy hablando.

A los que me laten para el
panteón no los nombro, no
les pregunto dónde viven.

Se vuelven fantasmas

Ah, ya... Crees que yo...

Cómo crees

¿Vas a estar bien, Mateo?

Me dan ganas de salir

disparada a abrazarte

No quiero creer. No me

hagas pensar cosas

Los fantasmas compartidos

no se dividen, se

multiplican

Ots, no sé si vaya a estar
bien, pero no por el
granaderazo (ay, me caga el
autocorrector), sino porque
ya le pedí asilo al Chipote
Ahí sí que corro riesgos

Madres

Je je

Ahora está experimentando
una mezcla de peyote con
ayahuasca, eso sí, todo
vegano

No me hace gracia. Ya me
voy. Hablemos en la
semana.

No te vayas

Bueno, te doy chance

Nomás que le das la

espalda al bolillo que ya me

los imagino cogiendo y me

muero de celos

Mañana a las 2 por skype
Mira, yo te buscaba para
decirte que tu último imeil
estuvo bien chido y que te
sentí muy cerca y que era
lo que me hacía falta y que
gracias, pero ahora me voy
sintiéndome no sé cómo
Bueno, te busco después
del mañanero con el
bolillo (ande, güey)

Lo siento, mana, eso de
descolocarte, pero como te
dije: eres mi faro
Te amo, mana
Duerme rico y no cojas hoy
Cochina
Ji ji
Ciao

Yo no te amo, sólo te
utilizo

:s

Te mando besos, feo

:^*

Que te sirvan de escudo

Sí que sí, son mi yelmo de
azúcar
Ora sí Chao
Andry está parada frente a
mí. Dice que hay que
hablar.
Ciao

Pos órale. Gud lock



Viernes

Mateo sabe que, apenas transponga el umbral de esta vieja, nueva puerta, el mundo, *su mundo*, se rasgará en la violencia de dos realidades ajenas, estúpida, innecesariamente ajenas, dos universos que chocarán una y otra vez hasta anularse en polvo, cenizas. O no, quizá tan sólo se rechacen, se abominen esos universos cerrados en sí mismos, sin posibilidad alguna de tocarse en punto alguno, como dos campos de la misma absurda polaridad, separándose hasta diluir el recuerdo de sus imágenes, su tiempo, en el cero absoluto. Sin rastros de radiaciones de fondo. Nada.

Andrea está en el centro de una galaxia que permanece trunca, ardiente. Mateo, en cambio, es una tormenta de asteroides proscritos, expulsados por la fuerza de una voluntad suicida y la renuncia.

Renunciar al propio mundo. El extravío como la única posibilidad de reencontrarse.

Él sabe que, cuando la cruce, dejándola atrás en una aterradora indefinición temporal, esa puerta que durante nueve años fue un puente seguro, amado, de recibimiento y revelación, una entrada, se volverá de piedra herida, una salida, una única salida inamovible, una sola dirección: la de la despedida y la pérdida. ¿El alma desolada de Mateo, un ente con voluntad propia, quedará atrapada, prisionera, en ese hogar que ha construido junto con la de esta mujer valiente, lúcida, amorosa que, sorprendida, en el centro de las náuseas, mira la espalda de su marido, sin derramar una sola lágrima, aunque su mar interno se esté revolcando en un acantilado, ella, una yegua con los ojos calcinados en sal? No, ni una sola lágrima porque éste es también un parto. Partir. Con dolor. Mateo se irá con el cuerpo vacío, deshabitado de sí, una cáscara rota que tal vez —sólo tal vez— lo represente en la nueva realidad a la que nace. Y se detiene. Duda. Él, él que nunca acepta para la vida cotidiana los caminos de la lógica difusa: el *tal vez*, la grisura de la voluntad, la duda. Viaja ligero, como de costumbre, pero ahora más porque está hueco. Lleva una mochila en la espalda y dos maletas pequeñas: un poco de ropa, su computadora, un par de manuales, la fotografía de sus mellizos abrazados a Andrea, el pequeño incensario en el que viajan las cenizas de su padre.

Mateo, entonces, desea caer desmayado, desplomarse sin voluntad, fulminado, como cuando lo golpeó el policía de la rabia hace apenas un par de semanas, y ganar así la compasión de esta mujer que le ha dado dos hijos, dos razones vueltas caminos, luna y sol que ahora desaparecen en un eclipse total. ¡No!, corrige Mateo, no desea caer desmayado, decide deshilacharse con un golpe de muerte del que no regrese jamás, desintegrarse, eludir cualquier responsabilidad, cualquier decisión. Pero Mateo sigue erguido, a un paso de transponer esa puerta de salida, ya jamás de entrada.

Andrea quiere, necesita, hacerle la última pregunta, reconfirmar lo que en un par de horas de palabras duras y crueles concentraran meses de agobio, de naufragio y putas mentiras. No, el hogar de Mateo y Andrea está construido sobre los cimientos

de la verdad, una pequeña verdad, sencilla, sin duda, pero cuya solidez lo mantuvo como explicación de la vida compartida: la decisión de proteger el futuro hasta donde las fuerzas pueden dar, quizás un poco más. ¿Ya no somos amigos, Mateo? Pero de su boca no sale esta pregunta, sino una sentencia más diáfana y definitoria que una bofetada: Ya no somos amigos, Mateo.

Y él, entonces, respondiendo a esa lápida de palabras no dichas, lanza un pie hacia adelante, luego el otro. Sale. Sí —lo confirma—, su alma ha quedado rezagada, ¿algún día me dará alcance?, más aún, ¿algún día el aliento vital de su existencia abandonará esta casa, su hogar?

El frío de la noche lo envuelve con cilios húmedos que lastiman su rostro, el pecho, las manos. Un taxi lo espera con la puerta abierta. ¡Sí!, quizás, apenas unos metros más adelante, Mateo le pida al chofer que se detenga, como aquella noche del pin de plata y la fiesta en el Vecchio Forno, y regrese corriendo a abrazar a su familia sobre las ruinas de su error. Pero ahora el pin está perdido y ese auto no es un taxi sino el viejo y sucio Jeep color fango del Chipote, quien es incapaz de alzar la vista del piso por no encontrarse con los ojos de Andrea. ¿Por qué creyó Mateo que ese carro era el taxi de aquella otra noche? ¿Cuál es el tiempo por el que transita, cuál la ecuación que lo lanza a un sistema de once dimensiones para regresarlo a la tierra con más respuestas que preguntas?

Mateo quiere gritar que está vacío, que ahora lo habita una ausencia de mierda. ¿Podrá Natalia llenar este abismo de estrellas muertas? Más aún, ¿debe ella llenarlo? No, claro que no. Mateo tiene esta certeza, pero tampoco puede mantener su hogar unido con los hilos de la mentira y la simulación. Andrea y él son amigos, y la lealtad es el único alimento que conocen, y dejarla es un acto de lealtad brutal. Mateo quiere, necesita volver su rostro hacia una visión final, pero sabe que ya no encontrará la mirada de su vieja amiga, sino la de una desconocida, porque él es quien se desconoce a sí mismo.

Mateo da un tercer paso, el definitivo, el último, pero se detiene: tras él, una vocecita le pide que lo espere. Es Imanol, que carga en la espalda su pequeña mochila amarilla, él también quiere viajar ligero: un paquete de galletas, su playera favorita, la que tiene una zanahoria estampada al frente, y un par de cuadernos con las tareas que debe llevar a la escuela el lunes. Imanol va confiado, con paso firme, tras su papá. No llora: está seguro de que no extrañará a Lui ni a su mamá, porque cuando papá lo lleva a la cama y se acurruca con él, todo esta resuelto y no hay sufrimiento ni dudas. Además, alguien tiene que limpiarle esa herida tan fea que lleva en la cabeza. No tengas miedo, papi, yo voy contigo. Y Mateo por fin se vuelve y ve a Imanol por debajo de sí, y el pequeño contesta a una pregunta que aún no ha hecho su padre, y lo hace con una sonrisa de diente chimuelo y le toma la mano. No tengas miedo, papi, yo voy contigo. Y al fondo, Mateo ve a Luisiana abrazada a las piernas tensas de su madre. Lui solloza, y el cruce de miradas del padre con la hija hace que ella estalle en un llanto de ácidos y angustia. Papá se va de casa, mami, papá se va. Y los ojos de

Andrea son de piedra, son de agua y hielo, brasas. Ya no somos amigos, Mateo.

Y Mateo se arrodilla y le dice a su hijo que no, que no puede ir con él, que tiene que quedarse en casa a cuidar a su mamá y su hermana, que ahora él será el hombre de la casa, y, al decirlo, se da cuenta de la estupidez que acaba de cometer, ¿cómo depositar esta maldita responsabilidad en los hombros de un pequeño que lo necesita en las veladas del insomnio, que lo espera por las tardes para ayudarle a acomodar su bicicleta en la cochera? No, él es un pequeño, y Mateo es el hombre de la casa y está abandonándola. Por eso Imanol dice que no, que no quiere ser el hombre de la casa, que él irá con papá para limpiarle la herida de su cabeza tal y como lo hace mamá. Y el pequeño patalea, se aferra a la cintura de su padre y lanza gritos de agonía cuando Andrea lo jala para que regrese al hogar que Mateo abandona. ¡No!, ¡él tiene que ir con su padre! Él también viaja ligero, con una mochila pequeña en los hombros, con un paquete de galletas para alimentar a su padre cuando el hambre los alcance en ese mundo alterno que se ha abierto como una cortada en la carne de la noche, en las arterias de la nada que precede a la noche, la nada que antecede a la noche en el nacimiento del tiempo. Imanol estira la mano para tomar la de su padre, como aquella mañana que lo dejó en la guardería, cuando creyó que lo abandonaba; pero no, no fue así porque a los cinco minutos Mateo regresó por él pues a ambos se les rompían los huesos del pecho de tanta tristeza, de tantas lágrimas como las que ahora mismo arroja Luisiana al mundo.

Mateo, entonces, decide morir, sí, allí mismo; pero sigue de pie, erguido como un árbol deshojado, como un cuchillo encajado a sangre en la Madre Tierra.

Mateo quiere gritar, revolcarse en sus acantilados personales, en sus propias heces hasta reducirse a cenizas, a nada. Pero Andrea le dice con una sola mirada contundente que no, que no lo haga, que la cobardía no es moneda de cambio, que salga de allí con dignidad, siendo un héroe para Imanol, un padre amoroso para Luisiana.

Mateo se da la vuelta y los gritos de sus hijos le taladran la cabeza y se alojan en un paréntesis, en un destello, en un punto oscuro. Quiere, debe correr para escapar, para desaparecer de una vez por todas; pero él odia los caminos de la lógica difusa: se es o no se es. ¿Vale la pena este sacrificio monstruoso como lo son todos los sacrificios? No, no vale la pena, pero no tiene otro camino, otra salida. Su ser es su propia conciencia. Sube al auto del Chipote y está a punto de estrellar sus puños contra los cristales para hacer de piel abierta su destino, y Andrea le vuelve a decir — con un último cruce de miradas apenas perceptibles, pero imbatibles, vencedoras— que no lo haga, que salga de ahí con dignidad, que siga siendo un héroe para Imanol, un padre amoroso para Luisiana.

Entonces, Andrea cambia de idea ante una revelación absoluta, de frente a una certeza a prueba de cualquier mentira, de cualquier delirio. Su existencia es la criatura de su conciencia. Sí, ahora lo sabe: ella y Mateo siguen siendo amigos, y se lo dice con la misma mirada de piedras y brasas. Y Mateo lo entiende y ama ahora, más que

nunca, a esta mujer valiente, a esta madre lúcida y amorosa.

El automóvil arranca. Mateo no regresará a casa esta noche.

Viernes

Natalia sabe que, apenas transponga el umbral de la puerta de su casa, podrá llorar sin contenerse, sin los lentes oscuros que usa de máscara para las emociones que le dan miedo. Llorar sin la frase hipócrita de “todo está bien, no pasa nada”.

Que no sea por mí, que no sea por mí, piensa mientras recorre la distancia que separa el Conservatorio de su porción del paraíso; ese pequeño departamento en el que lleva viviendo ocho años. Enseguida, ruega: que sí sea por mí que sí sea por mí. ¡Cuánto lo desea! Con cada cuadra caminada, en cada cruce de calles, repite, sin saber en qué momento está diciendo la verdad: Que no sea por mí / Que sí sea por mí / Que no sea / Que sí sea.

Sube los tres pisos de siempre, pero las escaleras son más largas que de costumbre. Los escalones, más altos. Pierde el aliento en el entrepiso. La fuerza de sus rodillas disminuye. Se detiene un rato. Con un pañuelo ya muy usado se limpia la nariz, las mejillas. Al entrar a su departamento, avienta la bolsa sobre el primer mueble, deja el violín en la alfombra y corre a su recámara: cierra la puerta y se avienta sobre su cama, abrazando las dos almohadas... y llora. Igual a cuando, de adolescente, regresaba al hogar familiar después de una ruptura amorosa y, azotando la puerta de su refugio, se dejaba morir en sollozos. Pero ahora no va a escuchar el leve toquido en la madera y la voz tranquilizante de su madre, preguntando: Natalita, ¿estás bien, mi amor? Anda, ábreme. Ya no llores. O la voz de su padre, cuestionando: ¿Qué te hizo ahora el cabrón ése?

¡Cómo le gustaría, a veces, regresar el tiempo! Sentirse protegida. Apapachada. En familia. En la casa del norte de la ciudad donde vivió hasta los 26 años. Esa casa de un piso, reja verde oscuro, amplios ventanales que daban al parque. Esa casa que siempre fue un firme y cálido refugio. Un lugar de encuentro y reunión de sus amigos de infancia y adolescencia. ¡Cuántos recuerdos! Ahí, frente a la jacaranda de la entrada, su primer novio “de verdad” estacionaba, cada tarde, su vocho verde con la calcomanía de la lengua de los Rolling Stones. Ahí, en el cuarto de la tele, decorado con carteles de Farrah Fawcett y Lee Majors, le dieron su primer beso. Ahí, en la sala formal, siempre limpia, sus padres la regañaban porque se tomaba más libertades de las permitidas. Ahí, en el pequeño jardín, se tiraba sobre el pasto, junto con sus compañeros de la prepa, a estudiar filosofía o geometría analítica. Ahí, en el closet de su recámara, durmió muchos meses su primer violín antes de que Natalia lograra sacarle un sonido armonioso. Ahí, detrás de la puerta de su baño, estaban (hasta que sus padres se mudaron) unas rayas en lápiz atestiguando su altura: 1.24 / 1.45 / 1.60.

Marca el teléfono de sus papás, los extraña, pero cuelga antes de que contesten. ¿Qué les va a decir? ¿Que está angustiada porque ese mismo día, tal vez en ese preciso instante, Mateo (a quien, por cierto, todavía no conocen) está abandonando a su esposa y a sus hijos? Y, lo peor: ni siquiera sabe si es por ella, por la utópica idea de hacer una vida juntos, por la quimera de que no pueden estar el uno sin el otro.

¿Acaso la vida no le ha enseñado nada? ¿Es práctico seguir siendo idealista a los cuarenta años? Que no sea por mí / Que sí sea por mí, repite en voz alta.

Odia a Ágata. Por primera vez desde que la conoció, odia a su amiga. ¿Por qué razón, a qué deshoras se le ocurrió presentarle a Mateo?

Natalia deja de llorar. Está cansada. Prepara un té de menta y se recuesta en el sillón de la sala. Se enoja. Mucho. ¿Por qué siente esa culpabilidad que la atenaza y paraliza? ¿Por qué ese miedo de que las cosas se decompongan todavía más? Y ¿por qué ese sentimiento contradictorio? No desea cargar con la responsabilidad de una familia rota, pero también, en el fondo, le alegra pensar que Mateo (tal vez y sólo tal vez) dejó su seguridad hogareña, sus fines de semana de películas y palomitas en el cuarto de la tele, el abrazo a sus hijos cada noche, por la promesa tácita de una vida a su lado.

El té se enfrió sin que Natalia le diera un solo trago. Son las diez de la noche y sigue recostada, pensando. El ruido de los coches y los peatones ha cesado. El pedazo de cielo que puede observar entre los edificios cercanos es negro. De una negrura que la obliga a levantarse a buscar el violín que dejó en la entrada. Lo saca de su estuche con mucho cuidado. Con una lentitud que parece fatiga. Lo acaricia casi al punto de erotizarlo. Lo afina. Se para derecha, firme pero relajada (siempre cuida su postura). A pesar de la angustia, trata de que su cuerpo encuentre el equilibrio. Piensa en la pieza más triste que conoce. No duda: toma el arco, lo tensa, le pone brea de la nuez a la punta y comienza a tocar el Adagietto de Mahler. La madera chilla. Las cuerdas crujen, estremecidas. Natalia siente un dolor en el bajo vientre (¡Ay, el vacío!) que la lleva a interpretar, sin hacer una pausa, la Sonata VIII en sol menor de Tartini. La mano derecha, antes desmayada, raspa las notas. Las frota. Las rasga. Su violín, entonces, llora. Lloro con ella, junto a ella. Gime entre sus brazos. Cuando suenan los últimos acordes de Chopin (su Nocturno favorito), los dos se han tranquilizado. El instrumento y su intérprete ya respiran juntos. Ya se consuelan. Ya la calma los entibia. Ya reencuentran el equilibrio. Ya se reconcilian y ambos, al mismo tiempo, se dan cuenta que lo que Mateo decida sólo a él concierne y, en todo caso, a Andrea.

A esa mujer magnífica que hoy se ha quedado sola. Que esta noche duerme en la cama matrimonial abrazada por sus dos hijos.

Viernes

Ágata sabe que, apenas transponga el umbral de la recámara, Aaron lo va a notar. Va a ver sus párpados ligeramente hinchados, va a escuchar la voz apagada, va a adivinar el nudo en la garganta. Ágata evitará verlo a los ojos pero, cuando finalmente lo haga, no podrá evitar llorar de nuevo. Aaron, acostado sobre el edredón —nunca se mete en la cama completamente si ella no ha llegado para acostarse a su lado—, la acogerá entre sus brazos enormes y la envolverá en ese capullo que la aísla del dolor; que la convierte, frágil oruga, en imponente mariposa.

Esa es la cualidad de Aaron, su talento, su superpoder: lograr que todo se componga, que el mundo de Ágata deje de girar en desorden, que las cosas se acomoden para que ella llegue a su centro. Las palabras de Aaron, su voz profunda —no demasiado grave ni demasiado solemne; la voz de un sabio, pensó al oírlo hablar durante una de sus primeras noches compartidas bajo la luna y el arrullo del mar de Zipolite— son la rienda que da rumbo al corazón desbocado de Ágata.

Algo los conectó desde el primer día. Ágata hablaba, y hablaba, y hablaba contándole detalles sobre la artesanía de barro negro; la comparaba con la talavera poblana, con la alfarería de Tlaquepaque, con la plata de Taxco, y Aaron la oía, la veía gesticular y manotear desde sus veinte centímetros de altura por encima de ella; hasta que en un instante, con un rápido movimiento de rodillas y brazos, la apresó entre su pecho, sus bíceps y sus antebrazos, la elevó unos centímetros del suelo, y la sostuvo firmemente. Ágata quedó muda, inmóvil; con el rostro recargado sobre el cuello de este hombre que la paraba en seco en su carrera frenética por las palabras, las historias, la vida, y la mecía imperceptiblemente mientras el bies de su falda blanca de algodón rozaba la mezclilla a la altura de las rodillas de Aaron.

—¿Escuchas? Es mi corazón —le dijo Aaron en español preciso, sabiendo cuán cursi sonaba, mientras respiraba sobre su pelo azabache.

Ágata escuchó. Un rítmico, ecuánime, inmutable latido, marcaba un tempo tranquilizador que la hizo cerrar los ojos y bajar la velocidad de la respiración hasta emparejarla con el corazón de este hombre, el primero que lograba contenerla. Durante esos segundos suspendidos en el aire oaxaqueño, Ágata sintió un latigazo de embriagante lucidez: estos brazos serían su remanso, su nivel por el resto de su vida. Cuando Aaron la depositó suavemente sobre el piso, Ágata ya era suya.

Parada junto a la puerta de la recámara lo observó unos momentos atravesada por la emoción. Nadie la conocía tan bien como este gringo que la había arrancado de su tierra, de su vida —de Mateo—, para que ella finalmente pudiera encontrar su raíz. Con sólo verla, Aaron sabía lo que sentía. Nunca lo que pensaba: la mente, la intrincada lógica de Ágata, su absurda concatenación de pensamientos sería un misterio para él hasta el final de su vida; pero su alma, diría Paquita, era un puro libro abierto.

—Ven —le dijo Aaron levantando la vista del libro, mirándola por encima de los

anteojos: trémula, frágil, la sudadera demasiado grande cubriéndole el torso de piel zapote(ca) y dejando la mitad de sus muslos al aire. Aaron le ofreció los brazos abiertos: el remanso. Ágata dio seis pasos, subió al colchón y recargó el rostro en ese hueco perfecto entre el hombro y el mentón de su marido. En cuanto el capullo se cerró, Ágata soltó el llanto.

Por primera vez en varias semanas, Aaron volvió a oír sobre Mateo. Mateo está raro. Mateo está en crisis. Mateo está enamorado. Mateo comete un error. Mateo está lastimando lo que más ama. Mateo parece otro. Mateo me preocupa, ¿sabes? Recibió un golpe en la cabeza, un golpe fuerte —llora, solloza; no puede ser que tanto llanto se deba a un golpe—. Mateo, dice Ágata, a veces me hace mucha falta. ¿Te acuerdas de Natalia? Aaron, las cosas que han pasado, las líneas que se han cruzado. Y al país se lo lleva la chingada; todo, es como si de pronto se moviera todo.

Aaron escucha, sonrío, seca sus lágrimas, asiente. La ayuda a desenrollar sus alas. Sabe que, apenas transponga el umbral del dolor, Ágata volará hacia Mateo.

Mateo

Bon jour, mademoiselle Tasha.

¡Chale! Tengo como penita, pero, ¿me la aguanto? También tengo un gusanito de gratitud que ya le anda por salir al mundo desde mi garganta: Gargantúa y Pantacrúel.

En fin. En principio.

Qué pena que el domingo hayas tenido que cargar con un bulto silencioso, yo; qué chingona que no me hayas hecho esa pregunta que de pronto es cagante, y que yo, de papá chismoso metiche, la aplico siempre con mis hijos cuando veo que tienen la mirada perdida y la lengua en pausa: «¿En qué piensas?».

A mí, que no me para el blablablismo cuando estoy contigo.

A mí, que me fascina discutir con mi violinista favorita del mundo entero, ¡tú!, de pelear de a mentiritas, pero muy en serio, hasta que uno de los dos cae rendido; a mí, que siento rico cuando quien levanta la bandera blanca soy yo.

Me encantó que me agarraras de la mano entre la multitud de pinches vendedores de chips, programas pirateados y microcircuitos impresos chinos para llevarme —sin que me extraviara, precisamente, allí en la calle de Niño Perdido y Uruguay— al Danubio a comer mariscos, *frutti di mare* para reponerme: camarón fresco del malecón de Zacatecas, tiburón chico del Ajusco. La firmeza de ese agarre de manita sudada me dio un buen de ternura, tu decisión para esquivar piratas cibernéticos, tu paso contundente sobre la Madre Tierra. Ya sé que la idea de tener hijos te parece una mega tontería, pero, ¿sabes, Natación de mi Albercas?, de pronto me sentí como un morrito al que su mamá lleva por la vida, protegiéndolo del señor del costal (qué poca abuela de las abuelas que espantan a los nietos con eso de que, si se portan mal, los van a regalar al teporocho para que se los lleve al basurero en su pinche costal de yute, ¡viejas ojetas!). Y rico que me sentaras en la mesa que tú escogiste y, frente a mi duda de qué comer por andar de pila baja —no había vivido hasta que me llevaste al Danubio—, pidieras tú esa sopa verde de mariscos y los langostinos al ajillo. ¡Ots! Y ese pinche vino blanco Diamante riojano mega dulce que me apaciguó la lengua escaldada por las patas de los crustáceos.

Tomar decisiones. ¡Uf!

Sin duda estoy pendejo, soy un machista de cajeta, pero tengo la impresión de que a la mayoría de las mexicanas les preguntas: «¿Qué se te antoja para ir a cenar?», y te contestan: «No sé..., lo que tú quieras». ¡Grrrr! ¿Mariscos o carne? No sé. ¿En qué mesa te quieres sentar? Me da igual, decide tú. ¡Grrrr! ¡Fots!

Como yo ayer, sin poder decidir dónde poner la mano, dónde el tenedor; pero aun así, tú, toda respetuosa, seguías sin preguntarme: «¿En qué piensas?».

Lo sé: estabas que estallabas en pirotecnias rojas y azules por saber en qué demonios cavilaba mi choya en ese momento de vacío encabronado abierto entre mi nuca y el paladar; contigo, frente a mí, repartida en un archipiélago de asideros para salvarme la vida. Y me agarraste, me así de tu mano, para arrastrarme (exagero, claro) a La Casa del Cine

a ver qué pescábamos de la Muestra Internacional. Neta, ¡qué suerte tuvimos! Yo ya había oído hablar de *Güeros*, que se había ganado un chingo de premios en festivales del mundo; pero no sé por qué me imaginaba que era de narcos, al estilo de *Heli*, esa de Amat Escalante que saca muchísimo de onda, sobre todo cuando los narcos le quieren dar un escarmiento al soldado que se metió con ellos y le quemaron su pipí con alcohol de tapa azul. ¿La viste? ¡Chale, qué escena más grotesca! Pero no, ¡qué belleza esta de *Güeros*! Cuando entramos con nuestras palomitas a la sala, pensaba que eso de *güeros*, *güera* («¿Qué va a llevar, *güerita*?») es una onda muy extraña, más bien típica, de nosotros los mexicas del Valle: queremos halagar al ajeno, al otro, al que necesitamos que nos haga un favor o nos compre algo, diciéndole *güero*, aunque el susodicho esté más prieto que la noche cósmica de Tezcatlipoca, el cuchillo humeante. Como cuando Moctezuma agachaba la cabeza ante Hernán Cortés y Pedrito de Alvarado (que nombraban Tonatiuh —no Tonatiúh—, señor Sol, por su cabellera rubia Miss Clairol), diciéndole: «Sí, señor. Sí, patroncito». Te iba a platicar de esto, pero las palabras se me hicieron charamusca en la boca y... silencio, y tú aguantando, con ganas de gritar, ya encabronada: «¿En qué chingados estás pensando?», no por lo obvio de la respuesta, sino porque tanto silencio amarga al más dulce, a la más dulce: tú. Pero las palomitas vinieron a salvarnos a los dos, y las palabras fueron sustituidas por los felices *croak croaks* de los maicitos reventados. Y, de pronto, a media historia, la respuesta de mi reflexión *güereja* la dio la peli, cuando todos se meten a la alberca en la fiesta de la premier de aquel filme mamón —que nunca sabemos cuál es— hecha por gente mamona para gente mamona (¿se burla *Güeros* de sí misma?), y llegan los de seguridad y le dicen al más morenazo y *nahoa* del grupo, Tenoch Huerta: «Ándele, *güero*, ya sálgase de la piscina».

El otro. El ajeno. El extraño. El invasor.

Y me dio oso que me cacharas que lloraba en la escena final, cuando el hermano grande se mete a la manifestación, como la del 20, y se le queda viendo a su carnalito con una sonrisota hermosa: una carita feliz de hombre aliviado, superviviente de sí. No me dijiste nada para no avergonzarme más, gracias. Pero sí sentí que el rubor se me subía a la cara para hacer hervir mis lagrimitas de *hace-ring* cuando me limpiaste con un *clínets* el reguero de llanto. Y, ¡bueno!, sentir tu manita disfrazada tras el pañuelillo desechable me conectó con una fibra muy poderosa dentro de ti, ¿sería un rebote de la tacha del otro día, *NaTacha*? No, ¡ni padres, madre!, aquella descarga fue de un cable que tienes ahí roto, dando de chicotazos como manguera a alta presión, y que se conectó conmigo a través de las lágrimas:

It is the evening of the day
I sit and watch the children play (¿Lui, Imanol?).
Smiling faces I can see
but not for me.
I sit and watch as tears go by.

Y clarito, en la pantalla de mi cabeza, en la película de mi vida (que pasa tan rápido que no la percibo (más veloz que un haz de luz (aunque Einstein diga que nada puede ser más rápido))), vi a tu alumno del Conser, ese chico que vivió la experiencia exprés de ser un preso político, con la manita engarrada, incapaz de darle a su violín, con las lágrimas corriendo por sus mejillas. Y me dieron ganas de ir a abrazarlo, consolarlo, para que sus neuronas asustadas fueran desechadas a un lado por nuevas neuronas felices, buena onda.

¿Por qué no te conté todo esto al salir del cine a echarnos unos tacos de tripa dorada, yo, de maciza, tú, a Los Cocuyos (¿más puerco o así está bien)? Creo que tú y yo tenemos la respuesta de mi larga pausa, ¿verdad, Natividadsha?

Pues aprovecho el ruiderón silencioso de un mail y te cuento eso que necesitas saber: en NeuroRockología estamos haciendo unos experimentos con ratas, no Peña Nieto y Videgaray, «¿Me están oyendo, ¡inútiles!?!», sino roedores de cuatro patas. Sé que es políticamente incorrecto y cruel, y que lo que te voy a decir es un lugar común, pero, la neta, jugando a la crueldad con las ratas, estamos llegando a unas conclusiones que pueden aterrizar el sueño guajiro de aliviar, aunque sea tantito, el miedo en el mundo.

Pues así, casual, agarramos a Ratatouille y compañía y los metemos en una caja controlada donde les aplicamos estrés y miedo. «¡Órale, cabronas! ¡Órale, hijas de su pinche madre!» Luego nos apañamos media población espantada y la radiamos directo en el hipocampo con el Linac, ñññññññi, inhibiendo la generación de nuevas neuronas donde suponemos que Mickey Mouse y Mimí podrían almacenar nuevas experiencias. Esa es nuestra aportación a la hipótesis de que en el *hipocampo* se imprimen los recuerdos en aquel bonito y afamado proceso de neurogénesis. A las otras ratas las ponemos en un lugar neutral, tranquilis. Luego volvemos a juntar a las dos poblaciones y las metemos en la misma caja controlada, pero ahora como si estuvieran en el Hilton de la Alameda Central, tomando el sol y bañándose en jacuzzi con una copa *old fashion* con un etiqueta negra en mucho hielo. Las ratas no radiadas comienzan a crear recuerdos gratos (darma instantáneo) de la caja china y los guardan en las células nuevas, chingonas, que genera el hipocampo y que inhiben a las neuronas de los malos recuerdos. Es automático, la memoria del pasado inmediato o lejano se vuelve presente, y las ratas viven esos recuerdos en el ahora, adaptándose al lugar en el que hace unas horas se la pasaron mal. ¡Qué chido, ¿no?! Y, adiós miedo. Lo que aprendemos, lo que vivimos en el preciso instante en que se nos revela, el presente... ya es pasado. Herodoto y Kierkegaard hechos bola en una linda neurona. Pero las ratas radiadas, con el proceso de neurogénesis apendejado, siguen sumidas en el miedo. Karma instantáneo. Y es que las pobres no tienen dónde archivar el recuerdo de las nuevas experiencias.

¿Te das cuenta, Tash Cuash? Generar memoria, recuerdos buenos a través del apapacho, la protección, el placer y la paz, vaya, del amor. No lo crearás, pero hoy me siento mejor, haber estado contigo ayer y que me hayas hecho piojito, que

decidieras por mí, me alivió en un proceso profundo en el envoltorio de mi lóbulo temporal, que es donde se resguarda el hipocampo. Híper campo.

Por eso quise salir corriendo por tu chico, José Luis se llama, ¿verdad?, apapacharlo, dejar que se durmiera en mis brazos como Imanol cuando tiene pesadillas, y decirle una mentira piadosa: «Todo va a estar bien, todo va a estar bien», aunque él y yo sepamos que no sea cierto.

Natasha, haz que el violín vuelva a tu alumno con todo ese cabrón amor que sabes dar. Hazle piojito como a mí, rescátalo. A ver, ¿cuántas veces no haz salido a flote agarrando por los pelos a tu arco, por las cuerdas a tu violín? Yo, en casa del Chipote, me pongo a palomear con él y, en acabando, estoy listo para irme a dormir, temporalmente tranquilo.

Nuevas experiencias, nuevos recuerdos. Pero los viejos recuerdos parecen no querer largarse del país. No hay memoria fresca, Nash. Somos un país de amnesia a corto plazo, de zombis de Sahuayo. ¿O será que los nuevos recuerdos aniquilan el recuerdo de la historia? ¿Cuándo llegará el puto momento en el que todos nos olvidemos de nuestros 43 muchachos de Ayotzinapa? ¿Llegará después de Navidad, detrás del tiempo, en Año Nuevo? ¡Ots! Y yo que perdí mi pin, ¿me traerá Ágata el nuevo que le pedí? Sí, seguro que sí, ella siempre ha sido de mejor memoria que yo. Yo, con estos dolores de cabeza que no se me quitan, que me desconcentran tanto, con el mundo que de pronto, cuando me encabrono, se vuelve gris. Con las premoniciones de vuelta.

¡Qué loco que vimos esa película!, justo esa y no otra, con la huelga de la UNAM de fondo, con esa marcha gigante como la del 20, con ese río de estudiantes tomando por asalto las calles de la Ciudad de México, con el campus de CU vuelto un cuartel de jóvenes que creyeron que esta pinche realidad podía cambiar. Nuestros jóvenes, Nata. En blanco y negro. Poesía pura. Qué gran peli. Con ese personaje en la tormenta de sus ataques de pánico. ¿Cómo quitarnos el miedo...? La memoria. Y, ¡fots!, el lema de la peli: Ser joven y no ser revolucionario es una contradicción. ¿Te acuerdas quién dijo eso, Natasha de mi vida? Allende, Salvador Allende en una charla gigantesca que dio en la U de G, en Guanatos, a los estudiantes que lo vitoreaban y amaban.

Los buenos recuerdos, los malos recuerdos.

Tash, necesito nuevos recuerdos, pero no quiero dejar los viejos malos momentos de mi vida en el olvido, ¿sabes?, tú y mi historia. El presente que se vuelve al instante en pasado, mi vida. Y tú: el futuro.

Natalia

¡Ay, Ágata! A mí, que no me gusta que dependan de mí... y ahora siento la fragilidad de Mateo en mis manos. Su sensibilidad tan sensible. Su llanto tan disponible. Y de pronto, me creo la responsable única de apapacharlo, consolarlo. Salvarlo. ¿De qué? De sí mismo y de su melancolía.

Tengo la necesidad de hacer que se la pase bien, de inventar cualquier cosa para que olvide, aunque sea de manera momentánea, que dejó su casa, su cama, su jardín con todo y hamaca; que dejó a su esposa y a sus hijos. Bueno, a Luisiana e Imanol los dejó a medias. ¿Sabes? Diario les prepara el lunch en casa del Chipote (quien, gracias a Mateo, por primera vez en la vida tiene el refrigerador lleno), sándwiches bien gordos, pepinos, jícamas, fruta. Pasa por ellos, los deja en la escuela. Si puede, los recoge a mediodía y los lleva a comer un menú casero a su fonda favorita. Les marca en la tarde. Entre paciente y paciente, les envía videos chistosos que graba a escondidas. Les canta canciones de pingüinos y demás fauna silvestre por el teléfono. Les pregunta si ya hicieron la tarea. Los anima pero, sobre todo, los extraña. ¡No sabes cuánto los extraña!

Se saca *selfies* a cada rato (yo, que odio esa moda) para mandárselas. Tiene un miedo ridículo a que se olviden de él. ¿Cómo se van a olvidar de ti, le digo, si no llevas ni quince días afuera y, además, les marcas a cada rato y los ves a diario? ¿Te lo imaginas? Mateo en la ducha, Mateo en la bici, Mateo entrando a Neurología, Mateo dentro de Neurología, Mateo saliendo de Neurología, Mateo dando clases, Mateo regresando a su casa adoptiva, bajándose del Metrobús, Mateo con la cabeza sobre la almohada. Fin de la sesión fotográfica del día. Hasta mañana.

Pero no me estoy quejando ni lo estoy acusando de nada, no me malinterpretes. Cuando nos vemos, estamos contentos. Como novios de adolescencia. Mano contra mano. Sonriendo. Libres. Haciendo planes. Conversando. Burlándonos de cualquier tontería. Hasta diciéndonos cosas que, de tan cursis, nos tronchamos de la risa. Su nostalgia viene de adentro, está como escondida.

¿Y sabes lo peor de todo, querida Ágata? Que a pesar de que imagino el intenso dolor de Andrea, su sorpresa, su indignación tal vez, sigo queriendo ser ella. Es la madre de sus hijos, su esposa, su mejor amiga. Y ha sabido dejarlo ir, comprenderlo, darle su espacio, tenderle una mano. Lo mira todavía, no me preguntes cómo lo sé, con una ternura infinita. Con amor del mero mero mero bueno.

¡Ay, querida Ágata! ¿En dónde meto tanto desconcierto?

¿Sabes? Me haces falta.

PD.- ¿Te acuerdas de José Luis, mi alumno, al que detuvieron en la marcha? Insiste en darse de baja. Estoy triste y frustrada.

Mateo

Mágata Real de las Siete Nubes Oaxaqueñas que le Dan Vuelta al Piloro de América, Anexos y Conexos de la República Mexicana. ¡México, ah!, este territorio patrio nuestro tan con forma de cuerno de la abundancia, de embudo, de tarro de cerveza (medio chueco en la base, pero con la península de Baja California como la agarraderita), tan con forma de estómago. En la primaria, cuando me ponían a pintar de colores el mapa de México, para diferenciar Durango de Campeche (¿Tepic, Colima? ¿Dallas por Detroit?), Yucatán de Chihuahua, me gustaba usar colores tumefactos. Rosa oscuro de tripa, rojo moronga de coágulo, verde de bilis, café de popó, amarillo de pipí. La maestra siempre me felicitaba por mi inventiva technicolor, pero en realidad la cosa tenía que ver con un gustito por lo gachote.

De adolescente, yo pensaba que iba a terminar de médico, partero o ginecólogo (es obvio el porqué), pero vinieron las guitarras por vía de los vaguitos de la esquina, en Palenque con Morena (je, je), caguama en mano y churro en el calcetín, y decidí ser roquero. Pero luego vino el profe Wenceslao Zuckermann que nos llevaba al Planetario del Poli —en el campus de Zacatenco— a ver el efecto de la gravedad en el cosmos y a tocar la masa oscura interestelar, ¡no hay masa ya!, o nos ponía a arrojar objetos de estudio desde el techo del edificio de la escuela para medir la aceleración de una plasta de plastilina contra la fricción del aire. ¡Cómo disfruté haciendo electroimanes, péndulos, fotos chafitas de partículas en Laguna Verde y close ups, todos estudiantiles, de las franjas de gas (no de Gaza) en el observatorio de Tonanzintla, a pesar de estarme helando de los güerafintos! ¡Ots! Ahí torcí el rabo por el gusto a la Física y Lovecraft, quien, con sus bestias cósmicas que travesaban pasadizos interdimensionales me guió por la noche de los tiempos, ¡háganse a un lado, hijos de la chingada, que ya llegaron los perros de Tíndalos y el cabrón de Cthulhu! Pero, ya en la facultad, me empecé a agorzomar: esas pinches ecuaciones y su aridez de tiradero de Iztapalapa, apretadas en una hoja de papel, iban en contra del hermoso cochinerero de estrellas muertas en el cielito lindo. ¡Tan bonito que sonaba en boca de Zuckermann el deseo imposible de llegar a una teoría de campos unificados y tan pinche aburrido que era eso en Ciencias! Cuando nos conocimos, justo me iba a dar de baja de fisi para pasarme con el Chipote a Biológicas. Igual nunca te lo dije porque me ardía la cara de vergüenza abortar la misión a medio camino. Estaba yo re bien podrido. Por suerte, con la huelga de la UNAM mi clavadez se pulverizó y me regresó el ánimo al alma, pero no a la física. Y te conocí, Gagálaga, toda tan luminosa salvo por esa nube zapoteca con la forma de la próstata de tu abue. ¡Lo que son las cosas! Y es que a uno le da por no creer en Dios, pero la conjunción de pinches vectores azarosos sólo la pudo haber planeado un ser barbón con túnica blanca sentado en un trono en el supra espacio: tú, el cáncer de tu abuelo, mis ganas de cambiar de canal, y ese simpósium, al que me llevaste de los pelos, en el Centro Médico, de física aplicada a la cura y diagnóstico de cáncer de próstata. Tú ibas más

prendida que yo, con la esperancita de encontrar una puerta abierta para tu abue. Y, entonces, ¡tómala, barbón! ¡Pepitas radiactivas de paladio implantadas en la próstata para alivianar chistorras malignas! ¡Semillas de oro en tu paquete para hacer radioterapias guiadas! ¡No mames, qué belleza! Mis pulsiones de médico tripero frustrado se encontraban de pronto con la física de partículas. Claro, yo quería atender (fisgonear) colitas femeninas y, como ejemplar castigo, reorienté mi vocación científica pasando por pitos y güevos. El salto de la cabeza baja a la cabeza alta fue lo de menos. ¡Me sorprendió cómo te metiste a los codazos en esa bola de médicos y físicos para llegar al mero chingón!, le salvaste la vida a tu abuelo... Y de paso me salvaste el pellejo a mí.

Y pues sí, ya no tengo cómo mirar al cielo más que en los paseos por La Marquesa con los chamacos (¿qué estarán haciendo mis chiquitos? ¡Chale!), pero entrar al cosmos de una cabeza enferma es un viaje por las ondas gravitacionales de los pensamientos, hoyos de gusano soñados, puentes Einstein-Rossen donde el tiempo y el espacio se aprietan en un disparo de electrones de alta energía. ¡Fuazzzz! Y por ahí también me estoy reconciliando con mis ganas infantiles de ser un combatiente espacial, dándole en la madre a un mostro del espacio sideral Mundet con un rifle de rayos láser.

Y, bueno, no lo creerás, pero mi pasión por la guitarra también se encontró aquí, con las tripas y las partículas subatómicas, en las salas de NeuroRockología, y no sólo por el episodio con Alejandro Marcovich. Déjame tranquilizarte un segundo: ayer entré al cilindro de resonancia magnética. ¡Fots!, me encantó. Ya había oído un rumor acústico del magneto, pero desde dentro la cosa cambia. Pensé que me iba a dar un ataque de claustrofobia, como luego le pasa a algunos pacientes impacientes, pero ya adentro del tubo, en mi camita personal como de hotel para obreros chinos, cuando comenzó el show, los ruidos del equipo sonaban chingón, durísimo, distorsionados, ¡ñaaaaa!, como los guitarrazos más ácidos de una banda sicodélica de los sesenta, haz de cuenta la Hendrix Experience en LSD (tengo que traer aquí al Chipote), Peter Townshend en Woodstock, Botellita de Jerez en Rockotitlán. Bien chido. Y bien triste. Cuando cambiaban los parámetros para seguir entrometiéndose en mis sesos, el silencio era absoluto. Hermoso, tanto así que lo único que llegaba a mi cabeza eran las imágenes claritas de las sonrisas de doña Luisiana y don Imanol. La sonrisa de Andry. La de Natalia. La tuya, manita. Entonces, cuando me iba a poner a llorar, comenzaban otra vez los guitarrazos de Muse y Saint Vincent. Y lo más chido es que no sentía miedo. Cero temor, harta seguridad. Ganas sin control de ponerme a bailar eslám.

Y pues ahí está, Regañágata, ya están los resultados de hasta dónde llegaron los efectos desnucadores del macanazo granadero.

Te tengo una buena y una mala y una buena y una mala y una buena y una mala.

La buena: el catorrazo no me daño ningún fusible, no se me inflamó la meninge ni se me semblanteó aneurisma alguno o chipote con sangre interno. Por ese lado

estoy bien.

La mala: apareció, sin que nadie lo esperáramos, un volován. Un tumor en mis sesos. ¡Chales! ¡Quién sabe desde cuándo está ahí el cabrón! Me dijo el neurólogo que chance y tenga que ver con mis ataques perros de insomnio, mis jaquecas de perro bailarín; pero, ¡vaya síntomas más pinches mediocres!: noches en vela, dolorcitos de calabaza, pudiendo haber un trastorno obsesivo compulsivo o una neuralgia mataborregos.

La buena: el doc le vio cara de ser un glioma, y por su forma como de mapa de la república (como el lunar de la chica de la peli *Hotel Budapest*, de Wes Anderson, ¿ya la viste?, me encantó), tamaño y sabor (estoy bromeando, obvio no te dio risa, ¿verdad?), está seguro de que está en nivel I, o séase que... no hay que radiar, nomás una cirugiititita, leve, y como nuevo, a seguir con malos pensamientos. En palabras judeocristianas: no es una metástasis ni paquete de triquinas (de esas que vienen en las fresas con crema mal lavadas) ni un daño irreversible, ni nada gacho.

La mala: el huitlacoche está juntitito al bulbo, codo con codo, *chic to chic*. En otras palabras, ¡está cabrón! Un errorcito, un aigre colado y...

La buena: el mapeo de ataque lo va a trazar mi colega Olga, la más chingona de Neuro (después de mí, ji ji), y me va a operar el doc Vázquez y ese güey hace bordados, crochet y cadeneta microscópicos a ojos cerrados al tiempo que juega ping pong y se da unos tragos de mezcal del que tú traes.

La mala: Aga, no te lo puedo ocultar, sería una chingadera. Eres mi carnalita y te lo tengo que decir sin mamadas, sin metáforas: sé que de esta no salgo, manita, sé que de esta no salgo vivo.

Ágata

Mateo: no.

No te permito que me digas lo que estás diciendo.

No me hagas historia, no me hables del cosmos, no me hables del pasado, no me hables del rock. No me digas pedazos de tu vida mientras sabes que sé que la estás viendo frente a tus ojos porque algo viene y no quieres que yo lo vea.

No juegues conmigo a la ceguera, cabrón.

Dime, Mateo, qué ves venir. No me hables del pasado. Dime qué viene en el futuro.

Dime qué te dice tu radar que nunca se detiene, tu intuición de nómada, tu ojo de Horus, tu tripa mayor. Dime no lo que te dicen los resultados análisis informes reportes estudios gráficas porcentajes indicadores parámetros pronósticos probabilidades; dime qué te dice Mateo, el que vive adentro del armatoste ese que tienes por cuerpo.

Mateo, dime qué te dice tu vibra. Envuélveme en tus brazos y así, callado y con arrullitos, dime qué debo esperar.

¿Qué fue del tiempo en el que nada nos daba miedo? ¿Qué fue de lo que nos hizo invencibles, imparables?

Te voy a contar algo. El sábado en la tarde, mientras caminaba por Venice Beach, me crucé con un tipo *homeless*. Blanco, rubio, con rastas mugrosas y una barba de siglos; la piel pegada al rostro, a las manos. Dos témpanos en los ojos. No tendría más de treinta años, pero hablaba como si tuviera 104. Es veterano de Irak, me dijo, y ni está loco ni es pobre: eligió ser *homeless*. No cree en la Administración de Veteranos, donde fornidos *marines* con sonrisa Colgate y actitud de vendedor de bienes raíces le ofrecen consejería psicológica una vez a la semana. No cree tampoco en los compromisos económicos; dice que podría trabajar para pagar una renta, pero no entiende para qué, si puede vivir en la playa. Y no entiende para qué trabajar, si, bueno, *puede* vivir de la playa —no sé, no me preguntes—. El tipo, que pidió que me refiriera a él como *colonel Jewel*, me habló del valor. Los hombres piensan que se arman de valor porque van a una guerra a enfrentar a un enemigo que les dijeron que es el enemigo, me dijo. Se sienten fuertes, invencibles y creen que enfrentan al otro por convicción. No es cierto, me dijo. El verdadero valor llega cuando estás solo, en la noche, en tu cama, de regreso al mundo lejos del frente; cuando lidias una batalla sin guerra. Entonces se mide el verdadero valor; entonces hay que ponerse a prueba. Porque es fácil ser rudo, fuerte, morir o matar, en medio del caos, del dolor. Pero morir o matar cuando todo está en paz, requiere de agallas, me dijo. Y él aún las estaba buscando.

Qué fácil es ser valiente en tiempos de guerra, Mateo. Qué bravucones, qué insolentes, qué altaneros llegamos a ser. Con nuestra juventud a cuestas y nuestros puños en alto, y nuestros anhelos y nuestro tiempo comprado: cuánto arriesgas,

cuánto vales. Qué arrogancia creer que un día podíamos morir a voluntad. Qué valentía la de quienes, en el momento de mayor sosiego deben enfrentar la decisión de morir. O de matar.

La vida, Mateo, nos está quitando la trinchera. La vida, culera, nos está sacando del frente, a ver si tan giritos. Dime, Mateo, que estás viendo con claridad; que tal vez tenemos miedo, pero que la vida —culera— no nos tiene una mala jugada. Dime que deje de pensar, que tenemos guerra para una y para dos vidas más.

(Cabrón, no me chingues con una respuesta mamona; sólo dime que sabes de qué hablo, que sientes la carga sobre ti; dime que sabes que no te puedes mover porque me tiras.)

Estoy comprando un vuelo ahoritita —en Volaris y en el *tecolote*, Mateo; me cae que chale—. Me cae que de ese tamaño está el pánico, que yo sí no tengo un carajo de valor. Que no sé pelear, que no sé vivir en tiempos de paz.

Dime, carajo, que esta batalla nuestra no caduca.

Mateo

—¡Tash!

—...

—Pérate, corazón de melocotón. Antes de las coordenadas y los reportes de salubridad y meteorología, a ver, dime, ¿qué estoy oyendo?

—...

—¡No! Eso está fácil, ¡claro que es el concherto de tu Paganini en Fab Limón!

—...

—¡Noooo! Dime quién está tocando.

—...

—Bueno, no la orquesta, eso ya es una mamada, ni el director; pero, a ver, ¿a quién te suena que le esté pegando al violín?

—...

—Sí, pues, por teléfono está cañón, se oye como chirrido en barril; pero, ¿ni una vagabunda idea?

—...

—O-okey, oye con calma, yo te espero de aquí a la eternidad, al infinito y más allá.

—...

—Frío.

—...

—Frío.

—...

—¡Oh, no te enojés!

—...

—Tibio.

—...

—Caliente. Sí, ese es el método, ir eliminando posibilidades. De entrada, okei, no es esa alemana que tanto admiras. Pero, a ver, ¿cómo sabes que no es jer das mutter?

—...

—¡Órales! Pero, entonces: ¿pones por encima de su pasión su técnica? ¿Tú prefieres una técnica impecable aunque sea fría como un iglú de helados Holanda?

—...

—¿Y no pueden la pasión y la técnica crecer agarraditas de la mano?

—...

—Yo creo que es al revés, Tash, que la pasión debe arrastrar a la técnica. Que/

—...

—Me estás dando la razón. Digo, tú eres pura pasión pura y, de pronto, ¿abandonaste tu carrera de solista porque te dejas llevar por el extravío? No, no me convences.

—...

—¡Espérate! Tocas chingón, no mames, tienes una intuición y un gusto geniales, has formado a un montón de chavos y morritas muy/

—...

—¡Tacha! No, no. A ver. Yo creo que todavía puedes llegar a ser una solista fuera de serie. Igual no para tocar en orquestas como la de tu pinche Jerónimo o, ¿qué sé sho? Igual y sí, si te lo propones con esa pasión encabronada que te hace perder el piso. O formar una banda, entrarle a la gurold music, vanguardia experimental. Te diría que te lanzaras con Pesadilla de Metal, pero con eso de que tronamos como ejotes después de lo del Vicio.

—...

—¡No, no te estoy cuestionando! ¡No te saques de onda!

—...

—Perdón, sé que las reglas de la música académica son muy jijas; pero nunca se es demasiado viejo para empezar, nunca es tarde.

—...

—Sí, ya sé que es un lugar común y que mal de viejos consuelo de tontos pero/

—...

—Es que me encantaría verte brillando. *¡Natasja y su combo irreversible!*

—...

—No me estoy burlando. Escúchame/

—...

—No es nomás porque te quiera, y mira que te quiero *un chingo*, ¡es una premonición! Ya ves que se me dan. Sobre todo orita. Güey, créeme: si te decides, las vas a armar superchido.

—...

—Pues créetela.

(Silencio con Paganini como música de fondo.)

—...

—Pues sí, ¡Hilary Hahn! Soy demasiado obvio, ¿no?

—...

—Esa morra es pura emoción y no le pide nada a tu jer múter en el cómo, y está más guapa.

—...

—No, ¡tú estás más guapa que esas dos violinistas en el tejado ardiente!

—¡Cjjjjjj!

—¡Espérate! No te oigo.

—¡Juuuuuuuuuu!

—¿Nat? ¿Bueno? ¡Pérate! Deja me orillo a la orilla.

—¡Prprprprpr!

—Te voy a colgar.

...

—¡Matacha!

—...

—Sí, vengo en la bici, pero ya me voy a quedar quieto.

—...

—No, no es peligroso. Ya sabes: audífonos con tecnología de punta y micrófono de chicharito a la altura del gaznate. Bocinas blu tud para musiquita.

—...

—No, ya no me voy a mover de aquí.

—...

—Sabes que entre esos ruidos de interferencia se pueden colar unas chicas guapas que se llaman radiaciones de fondo de microondas.

—...

—Pues sí, esos chirridos pueden ser del horno de microondas de tu casa y del refri del vecino, o interferencia de un programa de tele, pon tú Chabelo y sus catafixias. Pero si tienes suerte, esos cjjj cjjj pueden ser rastros del ruideón que hizo el Big Bang hace miles de millones de años en el mismito momento de la pinche creación. Esos soniditos son trozos intactos del pasado. Son un momento vivo del pasado que nos alcanza como un viajero del tiempo. ¿Ves? Sí existe la máquina del tiempo y es cuando nuestros teléfonos comienzan a chafear. Nomás hay un tema: podemos atisbar el pasado, pero no anticiparnos al futuro, aunque ese tema estoy a punto de solucionarlo para ganarme el Nobel de física y, con la lana que me den, invitarte un café.

—...

—Sí, un cafecito, pero en París, en un restaurantito a la orilla del Sena.

—...

—Sí, y agarrarte a los besos.

—...

—¿En serio? Sí que eres arrebatada. Habrá que comprobarlo.

—...

—Yo también.

—...

—¡Qué rico!

—...

—Pues, bien. Bueno, más o menos.

—...

—Exacto, ellos son el tema. Con el nuevo trato con la mamá y el cambio de turno en Neuro, ahora los llevo a la escuela temprano y Andri los recoge en la tarde. Y, ¿sabes? Ellos. Eeee. Yo. ¡Ffff!, no sé, no ha pasado nada de tiempo, y ya son otros. De pronto siento que no los conozco. Son idénticos a Imanol y Luisiana, pero con otras personitas habitándolos. Me cuesta trabajo conectar con ellos.

—...

—Y no sólo por eso. El dicho de «Disfruta a tus hijos, porque luego crecen...» está muy choteado, pero es neto. De madrazo, de un día para otro, se comportan distinto, son más altos y más flacos, cambian su tema de conversación de siempre por otro que quién sabe de dónde vino, y las zanahorias, que ayer les encantaban ahora les dan asco. Y ¡chin!, extrañas muchísimo a los que eran antes, a los que comenzabas a entender; y ese enanito, al que antes tenías que bajarle los chones y levantar para que se apoyara en la taza del baño para hacer chis, ahora lo hace solito, y te das cuenta de que ya no te necesita para esto y para aquello. A los hijos los pierdes día tras día. El chiste es recuperarlos a la misma velocidad con la que se te van. Y ahora me estoy quedando atrás de ellos: mi alma se mueve más lento que mi cuerpo.

—...

—Tasha, de veras, ¿eh? Ni por asomo se te ocurra cargar con una culpa que, en todo caso, sería/

—...

—La culpa es una mamada judeocristiana, católica y romana, y engorda a los obispos de mierda.

—...

—Sí, exacto, por partida doble: son de mierda y engordan de más mierda.

—...

—En serio. No te estoy choreando. La libertad es un acto riesgoso, es una responsabilidad encabronada y ejercerla tiene sus consecuencias. No hay culpas ni culpables. La libertad abre agujeros en tu corazón y hay que asumirlos o te quedas como un cobarde parado en ninguna parte, preso, como en la rola de José José: estoy preso entre las redes de un morfema...

—...

—quién me puede ayudar o me condena.

—...

—Eres tú y sólo tú.

—...

—Nietzsche decía esta neta del planeta teta: En el mundo no hay más que un camino que sólo tú puedes recorrer, ¿a dónde conduce? No preguntes, tú síguelo.

—...

—Yo también.

—...

—Necesito un abrazo tuyo.

—...

—No, no quiero invadir tu galaxia. No debo ser más que un cometa de cola expandida. Polvo de estrellas, como en la canción de Moby.

—...

—Pues, ¡claro! Para eso te hablo. Y para otra cosa.

—...

—Sí, ¡voy, voy, dame chance!

—...

—Ágata llega a México. Hay que encontrarnos los tres.

—...

—¿No te dijo?

—...

—Pues sí. Tiene que ver con la otra cosa que te voy a contar.

—...

—Pues no, así que digas un plan, no tenemos plan.

—...

—¡Ots! Estaría de pelos.

—...

—Y ¿cocinarías y toda la cosa?

—...

—¡Va! Botanas caseras me laten. Yo llevo un tinto, ese franchute mamón que te gusta. ¿Cómo se llama?

—...

—¿Neto que era el favorito de Napoleón?

—...

—Y se acabó Paganini. Ahí va de nuevo vía blu tud. Están chidas estas bocinitas bicicleteras, ¿no? Suenan/

—...

—No, no le estoy dando vueltas. Bueno, sí. Pero ya sabes, la distancia más corta entre dos puntos no siempre es una recta.

—...

—Sí, ya me la hice. Tiene que ver con el tema.

—...

—Okey. Ahí te va. Mmmmm. Bueno, pues resulta que en/

—¡Cjjjjjj!

—¿Bueno, bueno? Tash, no te oigo. ¿Natasha?

—¡Juuuuuuuuuu!

—¡Tash! ¿Bueno?

—¡Prprprprpr!

—...

(Silencio, silencio estruendoso de un solitario rastro de radiación de fondo de microondas sobre el *Concierto número 1 para violín y orquesta* de Niccòlo Paganini, primer movimiento, *allegro maestoso*.)

Sábado

Siento tu mano en la mejilla, amor. Las líneas del destino acariciándome.

¿De verdad existe eso que llamamos destino?

También siento la tuya, sobre mi hombro, deslizándose.

Y yo percibo las tuyas, una al lado de la otra, recorriéndome de común acuerdo.

No nos pusimos de acuerdo...

Parecería.

Estamos improvisando. Siempre es mejor.

¿Será que en el amor todo se improvisa?

En la vida todo se improvisa.

¿Acaso tenemos alguna opción?

¿Y será que ante la amenaza de la muerte que acecha nada puede dejarse a la suerte?

Ni siquiera el último respiro.

¡Ay, la suerte! A la mierda con la suerte, con el karma y esas cosas.

Dame un beso.

Mejor: denme un beso. Se los suplico.

Todo va a salir bien, dice una de ellas, limpiando dos lágrimas ajenas.

Sí, todo.

Un espacio con velas; dos docenas de luces pequeñas, parpadeando al mismo tiempo. Casi bailando. El aroma del incienso casero, hecho por su vecina, que Natalia encendió antes de que llegaran y que todavía entibia el ambiente: lavanda, romero, un toque de cardamomo. Varios platos pequeños de barro negro de Oaxaca con nueces frescas (recién “desencascaradas”), almendras, frutos secos, queso feta con aceite de oliva, dip estilo marroquí de berenjenas y aceitunas negras rellenas de roquefort, las favoritas de Mateo.

Polifonía de voces y pieles. Los tres, desnudos. En una suerte de ritual de despedida. Abrazándose porque se necesitan. Porque si no estuvieran ahí, en este momento, sentirían hundirse. Porque eso los mantiene con vida. Juntos. Muy juntos. Sin el deseo erótico que acaba transformándose, casi siempre, en un acto egoísta.

Natalia, Ágata, Mateo se entregan en serio, sin disfraces. Han dejado las máscaras en la entrada del departamento. Han dejado afuera a Andrea, a Aaron, a Jérôme y a todo aquello que los separa. Que los hace ser distintos. Tres cuerpos que, en la vida cotidiana, poco tienen que ver el uno con el otro. Lamentablemente...

Media botella de vino se ha vaciado en tres copas y ahora ha quedado lánguida y sola sobre la mesa de la sala. Apenas han dado algunos tragos. Vino tinto, vino sangre, vino caliz.

El sillón los acoge con suavidad y fortaleza a la vez. Recibe el peso de tres cuerpos que, en este momento, no pueden estar separados. No quieren estar separados... ni distantes. Están aprendiendo a darse calor, a acompañarse. A romper

la soledad del presentimiento. Se consuelan. Se desean. Se desean mucho, de hecho, pero hoy no es momento de demostrarlo. No caben los impulsos. Hay cosas más importantes, mucho más importantes que el sexo. Que las humedades compartidas. Hoy es día de complicidad, de amarse en silencio. De saberse perdidos y reencontrados. De sostenerse. De recuperar la esperanza.

Dicen quienes leen las manos que el destino no existe. Las líneas de la izquierda se modifican en la derecha, que nos otorga esa libertad. Pero ni Ágata ni Natalia se atreven a ver las palmas de Mateo: su línea del amor, su línea de la vida. ¿Cuánta vida le queda? En cambio, se dejan acariciar. Se dejan tocar. Se dejan explorar. Se dejan llevar. Alguna de ellas toma otro sorbo de vino. Un sorbo largo que guarda entre labios y lengua. Después, suavemente lo vacía en la boca de él. La otra ella hace lo mismo. Lilith y Eva le dan de beber. Un trago, uno más. El siguiente. Mateo continúa acariciándolas: los muslos, las nalgas, la curva de sus cinturas. Los senos, más grandes los de Ágata. Más suaves los de Natalia. Cómo quisiera alimentarse de ellos. Perderse en ellos.

¡Qué ganas de detener el tiempo!, murmura una de las voces, rompiendo el sortilegio del silencio.

Sí, y quedarnos así para siempre.

¿Tan juntos?

Más juntos todavía.

Se acabó el vino. ¿Abrimos otra botella?

No quiero que te vayas.

Nada más a la cocina. Regreso en un segundo.

No, no te vayas.

No te vayas. Mejor dame un beso.

Danos un beso.

Y abrázanos.

Tengo frío. ¿Hace frío o soy yo?

Así, más fuerte. Más juntos todavía.

Más ya no se puede.

Deberemos morir en el intento.

De ese tema no hablemos.

Tengo frío.

La muerte no existe. Sólo la ausencia.

El vacío.

¡Uta, y cómo duele!

Sigo con frío.

Cambiamos de tema. Se los suplico.

*Es lo único que las mantendrá unidas, pero todavía no pueden saberlo.
Todavía no deben saberlo.*

¿Qué, la muerte?

Mi muerte. Mi ausencia.

Te equivocas.

Cambiamos de tema, se los suplico.

Está bien, cambiamos de tema, pero que quede claro: te equivocas.

Qué frío hace, carajo.

Han perdido las fuerzas. Las caricias, ahora, apenas se sienten. Comienza a amanecer. Un sol tímido, miedoso, que no se atreve a iluminarlos del todo entra en la sala, filtrado por las delgadas cortinas. Unos tenues rayos que ni siquiera entibian estos cuerpos desnudos. Tres cuerpos sin simulaciones se acurrucan, se dan fuerza. Se desean. Juegan con sus geografías: pecas, manchas, hondonadas, vellos, precipicios. Las sinuosidades del camino... La suavidad de un amor compartido con la fiel creencia de que todo lo puede.

En algún momento, en algún minuto, en algún segundo deberán levantarse. Tal vez alguno de los tres se duche. Un rápido y frío regaderazo. Se vestirán con la misma ropa que traían puesta anoche. Natalia sólo se pondrá una bata, la que le regaló su padre la navidad pasada. Llevarán las copas a la cocina y las dejarán sobre el fregadero. La dueña del departamento dirá: No se preocupen, yo las lavo después. Dos de ellos recogerán sus pertenencias: una bolsa, una cartera, las llaves. ¿Acaso podrán despedirse? ¿Se atreverán a hacerlo?

Ninguno de los tres sabrá lo que hará ese día. Ni mañana. No quieren saberlo.

Pero en cuanto Mateo cruce el umbral de la puerta, en el instante en que Ágata se distraiga buscando algo en su bolso, mirará ambas palmas de sus manos. Primero la izquierda. Después, la derecha. Podrá, rápidamente, descifrar las líneas. Sus líneas.

¿Sabrá guardar el secreto?

Natalia

Ágata. ¡Ágata! ¿Por qué no contestas el teléfono? ¿Dónde andas? Nada más llegas a México y desapareces. ¿No venías dizque a estar con nosotros, con Mateo, conmigo? Él te necesita un chingo, pero ahora yo también. ¿Adivina qué? Jérôme viene a México. Sí. Llega pasado mañana. Así de súbito. Y no me lo anunció por mail o chat: me llamó por teléfono hace un rato. Directo, sin escalas. Escuchar su voz hizo que el pasar del tiempo desapareciera. De verdad: como si no hubiera transcurrido ni una semana desde su partida. Como si apenas antier hubiera regresado de visitarlo en Honfleur. ¡Ay, su voz! Y su acento francés. Su *ma petite* tantas veces repetido. ¿Realmente le hago falta? ¿Y si en serio en serio está enamorado de mí?

Me dijo algo parecido a: la última vez no quisimos enfrentar lo que sentimos, pero la próxima seguro que sí... y podremos continuar lo que allí empezó, en un vino de bienvenida, yo brindando y tú allí, de pie, mirando... con nuestros ojos fijos en nuestras pupilas y la sangre marcando el ritmo de la danza primitiva de todos los hombres cuando sienten derramar en forma de latidos sus fantasías e instintos más íntimos. Honfleur fue nuestro prólogo... y el DF lo que nos plazca. (Ya sé lo que estás pensando; es cierto, es bastante cursi.) Su frase de despedida: Un beso más para la colección de los miles que llevamos, *ma chère biche*.

¡Uta! Mi corazón sigue latiendo desaforadamente. Me puse muy nerviosa. Muy. Olvidé el poco francés que me enseñó en seis meses. Sólo atinaba a decirle, con voz queda: *Oui, oui, oui*.

Oui? Merde! ¿Y ahora qué chingados hago? Ágata, por favor contéstame. Márcame. Aparécete. De verdad me urge platicar contigo. Necesito saber qué demonios debo/puedo/quiero hacer. Ni siquiera sé lo que siento. Mi estómago está hecho nudos, protesta con unos retortijones que no me han permitido salir del baño. No podía con una confusión y ahora se viene a sumar otra. La vida tiene un pinche humor negro... y me está dejando peor que si hubiera sido atropellada.

Mateo... ay, lo de Mateo no tiene palabras. No encuentro dónde acomodar lo que siento. Estoy que me lleva la chinganda.

¡Por fa por fa por fa ya contéstame el estúpido teléfono!

Natalia

Polanco, Ciudad de México, hoy

Jérôme, *mon très cher Jérôme*:

No sé cómo comenzar esta carta que dejaré personalmente en tu hotel. Es lamentable que hayamos perdido la correspondencia de puño y letra. Los textos manuscritos. Creo que, además de tu firma, nunca he visto tu letra. No la recuerdo, al menos. ¿Cómo escribes, igual que los demás franceses? Sé que no debería generalizar, pero juro que todos los franceses tienen la misma letra, la que los turistas vemos en los pizarrones de las *brasseries*, con el menú del día.

Te decía que salí a caminar al parque que está aquí a la vuelta para pensar qué te iba a escribir. Adoro caminar en mi barrio. Me relaja. El caso es que en la librería que está a dos cuadras compré este papel. Hecho a mano, artesanal, tal vez por eso la tinta se corre ligeramente. Me gusta su textura. ¿Lo estás sintiendo? ¿Acaso te dio curiosidad e, incluso, lo acercaste a tu nariz (narizota) para ver si lograbas percibir mi aroma? En fin, en este instante estoy en un cafecito, el de la esquina de mi casa que tanto te gustaba por su café exprés “de verdad”.

¿Lo recuerdas?

Sí, pensarás que me estoy evadiendo. Tienes razón; un poco. No sé cómo decirte lo que quiero decirte. En estos momentos seguramente sigues volando sobre el Océano Atlántico, hacia México, tomando una copa de champagne en tu asiento de *business class* de Air France. ¿Hay de otros?, preguntas cuando quieres burlarte de la clase turista. Yo nunca he viajado en primera. Creo que es un desperdicio de dinero. ¿De verdad vale la pena? Ay, me sigo evadiendo. Y no es porque tema a lo que tengo que decirte, sino porque ni siquiera sé qué decirte. Tu visita me toma por sorpresa y en un momento de mi vida de definiciones y crisis. Ni siquiera sé si debo explicártelo. Además, ¿lo entenderías? En tu país todo funciona tan bien; al menos, así parece. Pero en México estamos pasando, al mismo tiempo, por uno de los más graves momentos y por una enorme oportunidad. Me refiero a los 43 estudiantes normalistas desaparecidos. Seguramente te enteraste. Sé que te enteraste, pues hasta me enviaste un mail sobre el tema porque te impresionó no sólo lo que sucedió sino el eco internacional. Pero no lo viviste como yo. Y aquí llegan las confesiones, mis confesiones: hasta antes de Ayotzinapa, lo que pasaba en mi país me tenía, en cierto modo, sin cuidado. Vaya, la política me era indiferente. No sentía esa necesidad, que siento ahora, de comprometerme. Hasta hace seis meses apenas veía las noticias, leía los diarios, escuchaba la radio. Ahora no puedo vivir sin los medios, sin las redes sociales. Tengo una sed de enterarme de lo que pasa como nunca antes. Y de actuar. Sobre todo sed de actuar.

Yo sé que no son las únicas desapariciones, ni las primeras (lamentablemente ha

habido muchísimas durante demasiado tiempo), pero han sido las que más han impactado a los ciudadanos, a la opinión pública y, de pronto, no me preguntes por qué, se me cayó un velo, dejé las simulaciones y me di cuenta que no puedo seguir callada, pensando que nada pasa, que nada cambia o que, en todo caso, nada me incumbe. El número 43 se ha convertido en un llamado, en un símbolo, en una manera de decirnos a nosotros mismos: no podemos dejar que sigan pasando las cosas que pasan. Los muertos, la violencia, el dolor del vacío, los ritos del duelo. No podemos dejar que los poderosos (ya sean políticos, empresarios o narcotraficantes) sigan viendo a México como su botín personal, sigan viendo a los mexicanos como una excusa para hacer negocios. ¿Sabes cuántos años hemos estado callados, agachándonos, solapándonos? La corrupción anida en todos lados. La impunidad permea en cada municipio, en cada estado. En cada escalón, en cuanta escalera exista. ¿Cómplices? Todos.

De verdad, querido Jérôme, el dolor finalmente me obligó a conmoverme y a darme cuenta que estoy harta. Un alumno mío, José Luis, fue detenido con violencia, de manera injusta, en una de las protestas en el Zócalo. Verlo hizo que “me cayera el veinte” (¿cómo se dirá en francés?). Su frustración, su furia. Salió de la cárcel unos días después, pero ya era otro. Ya es otro. Como si hubiera envejecido de pronto. Perdió esperanzas, metas, sueños. Sólo le queda un dolor inmenso que se refleja en la manera en la que toma el arco, casi sin fuerzas, en la que toca el violín cuando todavía se atreve a tocarlo. Estoy segura de que pronto se dará de baja del Conservatorio. Sólo lo habita una enorme tristeza que no lo deja concentrarse en nada más. Reencontró la libertad, pero perdió la esperanza. Cree que nuestro país no tiene remedio y no deja de repetirlo. ¡Me da tanta tristeza verlo y me siento tan inútil a su lado!

No acabo de entender qué me pasó exactamente, en qué minuto me transformé; el caso es que no puedo seguir siendo indiferente. No quiero ni debo. No me da la gana. Soy otra, somos distintos. Y en medio de estas circunstancias, y de otras de las que prefiero no hablar ahorita, *mon cher*, me llamas, hablando de mis virtudes como violinista y ofreciéndome la oportunidad de concursar por una plaza en la orquesta que pronto vas a dirigir. Me marcas y me dices, mientras yo estoy en un país adolorido, convulsionado, huérfano, que acabas de ser nombrado director titular de la Orquesta Nacional de Francia y que quieres que me vaya a París. ¿A tu lado? Eso no lo dejaste claro.

Me da mucho gusto tu nombramiento: te lo mereces. Antes de enamorarme del hombre, me enamoré del director de orquesta. Antes de conocerte, te admiraba. De verdad. Y te sigo queriendo. Demasiado, tal vez. Sueño contigo, pienso en ti. No logro sacarte de mi mente y juro que lo he intentado. Pero no es momento de irme de México. No quiero huir, mirar para otro lado, vivir tratando de ignorar lo que aquí sucede. Además, estoy segura de que no vienes a decirme que has dejado a Dominique, que deseas comenzar una vida con esta loca violinista *mexicaine*. ¡No!

Pero no me quejo. En realidad, es lo de menos. Sé bien que es una gran oportunidad. Es la oportunidad que, como violinista, he estado esperando desde hace años. ¡Ay, Jérôme! Si me hubieras hecho esta propuesta hace unos meses, habría preparado las maletas en dos minutos. Me hubieras hecho la mujer más feliz del planeta. Pero la vida, con su pinche humor negro, hizo otros planes. Y si quieres saber la verdad, tu visita y el momento de tu oferta han sido realmente inoportunos. Tal vez debería habértelo dicho antes de que tomaras el vuelo. Tal vez cuando leas esta carta ya no quieras verme. Lo entenderé. Y lo siento mucho. Pero he cambiado tanto en este tiempo.

Ver la muerte de cerca también me ha transformado. Primero, mi tío Carlos. Ahora es un amigo, un muy querido amigo mío. No lo conoces. Le acaban de detectar un tumor en el cerebro, no recuerdo en cuál zona. Operable. No hay mayor peligro, aunque uno nunca sabe. La muerte siempre está aquí, con nosotros. Acostada en la almohada de al lado, sentada, viendo la tele, tomándose una copa, acompañándonos al cine, como copiloto en el coche.

Cuando mi amiga Dulce se murió de un aneurisma, apenas tenía 32 años. Algún día te lo conté, lo recuerdo bien, una noche de tacos al pastor bien doraditos, a las tres de la mañana, pero nunca te dije que uno de los días en los que fui a verla al hospital, cuando ya le habían diagnosticado muerte cerebral, me dejaron sola con ella. Era un vegetal. Un vegetal que todavía respiraba. Estaba en terapia intensiva, en una cama de sábanas blancas. No recuerdo el color de las paredes. Aparatos haciendo tic y tac y biiiiip por todos lados. Horrible. La vi, me acerqué a su lado. Sentía raro estar ahí sin que ella se diera cuenta. Como si estuviera invadiendo su privacidad. La observé un rato; tenía movimientos involuntarios que podrían haberse interpretado como si estuviera recobrando la conciencia; pero la enfermera ya me había avisado que eso podría pasar y que no significaba nada, ni bueno ni malo. Comencé a acariciarle el brazo; lo único que realmente tenía a mi alcance. La acaricié mucho tiempo. Tomé su mano. Vi sus uñas, siempre pintadas de rojo profundo, ahora sin color. Quise ver su palma: necesitaba saber si la línea de la vida estaba truncada o era muy corta, pero no me atreví. Tuve su mano izquierda en mis manos un buen rato y no conseguí el valor para ver las líneas. El destino. No pude.

Mi amigo, el del tumor (ay, hasta me dolió escribirlo), igual que tú, me ha insistido en que me tome en serio el violín. No he dejado de practicar. Bien sabes que es mi consuelo, mi alivio, mi placer. Puedo tocar durante horas. Ya logré dominar los primeros cuatro movimientos de la Partita número 2 de Bach. Sólo me falta el último. Estarías orgulloso, lo prometo. Bueno, te decía que Mateo (se llama Mateo) también cree que debo tocar en serio, dejar las bodas y bautizos. París me abre esa puerta, pero no sé qué hacer. Por eso te escribo. No me atrevería a decirte todo esto a los ojos. No quiero, no debo irme de aquí. De verdad no puedo. No es el momento. Mateo me necesita y yo necesito estar a su lado. Es la verdad completa. Sin matices ni mentiras.

Te sigo queriendo, Jérôme. Ojalá cuando termines de leer esta carta no me maldigas antes de salir corriendo nuevamente hacia París. Espero que me llames. Tengo ganas de verte. Caminar contigo de la mano por estos rumbos que tantas veces recorrimos. Ir por comida mexicana al Bajío. Entrar a la tienda donde venden viejos elepés para tu tocadiscos. Observar cómo disfrutas un buen trago de cerveza y cómo se queda la espuma en tus labios. Te extraño. Repito: te quiero, pero no sé si lo que siento sea suficiente para abandonarlo todo y hacer mis maletas. Me encantaría irme contigo, pero no puedo. No en esta etapa de mi vida. Estoy muy confundida y triste y nostálgica y desesperada y frustrada y no sé qué demonios hacer y no quiero cometer un error. Otro más... Prometo pensarlo, prometo explicarte lo que me trae de cabeza. Hoy no lo he logrado.

Espero tu llamada. No en cuanto aterrices, mejor mañana. Pero si mi teléfono no suena, sabré entenderte. La decisión, *mon cher*, está de tu lado.

Te besa,

Natalia

Ágata

Martireo. Marideo. Maniateo.

Mateo que me llenas de angústida, que me tienes metida en una euforia bipolar. Mateo que me traes la tatema descosida pensando-imaginando-debrayando-alucinando que pasan cosas que no pasan pero que podrían pasar; que me matas me matracas me maltratas me maniatas; Mateo que me matas.

¿A dónde vas, Mateo, que más valgas? ¿A dónde, carnalito, pensabas que podías irte a vivir la vida que no es vida si te deja con deudas, con dudas, con pendientes? ¿A dónde creías que estaba la libertad? ¿Creías que estaba en otro lado, como si no la traieras puesta todo el tiempo, como si no la transpiraras, respiraras, habitaras desde siempre? Mateo, Malviajeo: la respuesta siempre ha estado frente a ti.

Hay una imagen que tengo guardada en el disco duro. Después de que nacieron Luisiana e Imanol, fui a visitarlos un día que ya que estaban en la casa, ¿recuerdas? Le pedí a Andrea que me dejara bañar al niño y entre tú y yo nos pusimos a remojarlo, a tratar de que no se nos resbalara aunque se estuviera moviendo como chinicuil, atacados de la risa. Yo me puse a cantarle “Ojalá que llueva café” pero con la versión de Café Tacuba, y entonces nos pusimos a hacer los “ailaralaaaá” y el sonido de las jaranas, y resultó que eso fue lo que puso al Imanol quietecito... ¡el desmadre fue lo que lo alivianó! Lo que se hereda no se hurta, pues. El caso es que lo sacamos, lo envolvimos en la toalla, lo secamos, le pusimos la ropita, y se empezó a quedar dormido. Yo bajé a avisarle a Andrea, que tenía a Luisiana en el otro baño, que ya habíamos terminado; me quedé a ayudarla, la vestimos, nos quedamos echando chisme un rato, y cuando subimos ahí estaban: tú acostado en tu cama y el bebé sobre tu pecho, hecho bolita; los dos bieeen dormidos. Tú respirabas tan tranquilo, tan pausado, una respiración rítmica, de sube y baja, y el Imanol boca abajo, escuchando tus latidos, confiado. No lo estabas sosteniendo; tus brazos estaban uno a cada lado de tu cuerpo, relajados; pero era obvio que por muy dormido que estuvieras, no harías un movimiento brusco que lo pusiera en riesgo, y él lo sabía. Es, Mateo, una de las imágenes más hermosas que he visto; bajé el ritmo de mi propia respiración hasta acompañarla con la tuya y, con Luisiana en mis brazos, me puse a cantar bajitito “Golden Slumbers” a ese tempo. Supe en ese momento que tus hijos eran lo mejor que ibas a hacer en tu vida. Supe que serían lo primero en lo que pensarías al abrir los ojos por la mañana, lo último en lo que pensarías al cerrarlos por la noche, y también al cerrarlos para siempre. Pero esa imagen con Imanol me dijo también algo más: que tú estabas ahí para darle seguridad a él, pero él lo estaba para darte serenidad, para sacar lo mejor de ti. Lo mejor que has sido durante estos años, Mateo, lo has sido por Luisiana e Imanol.

Por eso, porque sé que tu estabilidad depende de ellos, es lógico que vuelvas a casa. Esto no se trata de Andrea, no se trata del matrimonio, no se trata de “en la salud y en la enfermedad” ni de “hasta que la muerte nos separe”; ni siquiera se trata

de darle lo mejor a tus hijos, de enmendar o compensar. Esto se trata de ti, Mateo; es una decisión que tomas de manera egoísta y es la decisión correcta. Todos nos hemos hecho la pregunta: si me dijeran que hoy va a ser el último día de mi vida, ¿seguiría haciendo lo que estoy haciendo ahora? ¿Lo pasaría con la gente a la que voy a ver hoy? ¿Cuál sería la última actividad, la última compañía de mi vida? Veo clarito, como que te conozco, que pasaste días pensándolo. Te veo dándole vueltas, buscando una justificación, contradiciéndote, odiándote. Odiándote por parecer pusilánime al echar marcha atrás. Por sentirte como el típico baboso sufriendo crisis de edad; por verte a ti mismo en el cliché del que se va porque no se halla y que regresa para ver si se encuentra. Pero Mateo, la respuesta es simple: si hoy fuera el último día de tu vida, lo vivirías con tus hijos.

Les contarías, estoy segura, de aquella vez que de niño te quedaste ciego como por cinco minutos después de caerte de espaldas en los patines; no les contaste nunca a tus papás porque te tenían prohibido irte a meter a Fuentes Brotantes, pero ahí andabas con los chavos más grandes que tú, y ¡madres! que te caes de pura nuca. En un ratito volviste a ver bien y nunca pediste que te llevaran al doctor. Creo que les contarías también de la vez que con tus cuates de la secundaria decidieron fingir que uno de ustedes estaba perdido para salir en “Canal Cinco al servicio de la comunidad”; sí salieron, pero al final ya no les dejaban sacar al chavo “extraviado” si no venían por él sus papás. Y les contarías, estoy segura, de las manías que tal vez ya te conocen, pero de las que nunca les has hablado: no soportas los calcetines, te los quitas a la menor provocación; no te gustan las cosas pares, todo tiene que ser non, irregular, para que no te ponga nervioso; cuando vas a restaurantes no te gusta sentarte en sillas que queden de espaldas a la puerta —esa era una costumbre de los mafiosos de Chicago, ¿sabías?—; no puedes andar en bici y chiflar al mismo tiempo porque pierdes la coordinación —pero sí puedes cantar sin problema; pinche loco—. Tal vez también les dirías que el amor entre los papás y las mamás a veces se acaba, pero que hay otras cosas, muchas, como las historias de infancia, que no tienen fecha de caducidad.

Mateo, tienes la vida en las manos y tienes en las manos lo que le da sentido a la vida. Vete a vivir los días que nos toque vivir, diez, doscientos, diez mil, como si fueran el último, con esa presencia que te tranquiliza y te sana.

*Y cuando tenga la suerte
de encontrarme a la muerte, yo le voy a ofrecer
todo el tiempo vivido
en este vaso henchido por un distante instante
un instante de olvido.*

Mateo

Mana, manita, manopla. Algorágata Algorítmica Telúrica. Numérica infinita. Alegoriágata. Cuento de nunca acabar. Cuento contigo. Cuenta conmigo. ¿Llegó la hora de pagar la cuenta? ¿Tienes cambio o traes billete grande?

Cuenta de nunca empezar:

Había una vez, en un reino lejano (Tlalpan esquina con LA), un edicto que prohibía empezar los cuentos con un «Había una vez» y acabarlos en «Colorín colorado». Y es que, ¿cómo me voy a andar contigo con cuentos chinos, koanes instagram veloces como un haiku?

Por lo tanto:

El presente y veloz comunicado, querida princesa oaxaqueña, *ba'dudxapa huiini sicarú*, muchachita hermosa, te lo diré tal cual debo decírtelo, sin payasadas atenuantes (que son mi especialidad), para que en el teorema mismo vaya incluida la declaración de agradecimiento sin fin: ¡qué chido, de verdad, contar contigo por los siglos de los siglos, amén! Aunque los siglos de los siglos sean breves como el pestañeo de tu ojo izquierdo y decir *amén* no valga para ti-mí, para tú/yo.

En nuestra última platicada, cara a cara, nariz a nariz, lágrima a ojo, labio a lengua, *tête a tête* (ella y sus franchuterías), Natasha me dijo que «Amén» quiere decir «Así sea». Chale, yo no tenía idea de eso. Y, Algarabiágata, en nuestra cuenta no hay que esperar un *que así sea*, porque el objeto/sujeto/nuestro *ya es*. Lo nuestro existe endenantes y hacia adelante, se abraza y besa, lava y pega, incluso se puede pintar de color azul casi morado, poner debajo de la almohada o llevar en tu cartera junto a la foto de mis hijos.

Por cierto, ya es hora de actualizar ésa que tienes desde hace dos años impresa en papel aperlado, necesitas una de hoy para suspender el ahora en su devenir y volverlo historia: un ayer siempre presente.

Una fotografía real, tangible, jamás será lo mismo que los tres terabytes de pics de Imanol y Lui que te he mandado desde que el Whats es App, porque esas imágenes virtuales las vas (vamos) mirando día tras día en un avance implacable, acumulándolas en archivos que raramente checas (cheamos), porque la *picture* nueva sustituye a la «vieja» en una velocidad exponencial, una aceleración continua de deshecho, un *upgrade* de la vida que confirma su esencia efímera. Y la memoria deja de serlo para pasar a ser un *software*. Uf. En cambio, una foto impresa, colocada en un lugar estratégico del campo de visión de tu corazón de melón (los ojos son la extensión del alma grande), es una compañía que te ancla en una memoria que, según tu estado de ánimo, te hará siempre nuevas revelaciones. Si estás triste, tus recuerdos serán de melancolía, snif; si estás feliz, tus rememoraciones serán luminosas, risueñas, ji ji. Y si vuelves a estar triste, los detalles de lo suspendido en la fotografía te hablarán de otros detalles que habías olvidado o que ahora, improbables, inventarás. Es más, hablando (escribiendo) del tema, aguántame tantito.

¡Ya!

Acabo de imprimir esta pic que me encanta. Te la adjunto en docsx para que tengamos el mismo trozo de historia los dos. Tú y yo, mana, unidos por un recuerdo. La tomé ayer. Mira qué chulada de maíz prieto:



No seas gacha, nomás es cosa de que imprimas esta cuartilla en un papel fotográfico chingón, recortes la fotito y la pongas en tu cartera junto a la de tu Aarón Jamón.

¿Todavía tienes ésa que se tomó en el Estudio Matías, sonriendo muy relajadito a la cámara, con sus cachetes retocados para verse rozagante, de ojo azul chíngame su retina y cabello rubio canario? No mames, ¡qué risa! Un fotógrafo de retoque a pincel y aerógrafo, y no de photoshop, en el mero Down Town de tu rancho, oaxaqueño por obligación. Y conste que hoy el recurso de la nostalgia es una acción *cool* hípster, fotos analógicas de cajita y de «¡Míreme el pajarito!»; pero cuando tu bolillo se la tomó, todos asegurábamos que don Matías se iba a quedar sin chamba, que el retrato estaba en extinción y, ¡cámara!, ahora es una institución del *vintage*.

Sartre decía: «Los hombres dicen estar hechos de barro. Yo sólo estoy hecho de viento», pero *the answer is blowing in the wind*, y la nube, la iCloud, se la lleva el viento, ¡fuuuuu!, y al barro lo endurece. Lo virtual jamás será como el objeto concreto en sí, es como hacerse chaquetas viendo porno: nomás te quedas vacío de la próstata y del alma. Triste. Y ni modo de subir a YouTube un video de ti, masturbándote, para que la banda entera le ponga *like* y se te estimule un chicotazo de dopamina en la choya. Y aunque así fuera, nada como hacer el amor con el bulto completo, con la cobija de tripas para pasar la noche, con el Bolillo para hacer torta de *ham*, con el cuerpo que se toca y se estruja, no el que se echa de menos, el que se invoca. Sentir. Abrazar la carne-corteza, los pies-raíz.

¡Eso!

Sí, volver a las raíces, a lo que te hace brotar desde lo algorítmico telúrico, retachar a lo que te sostiene, te alimenta y te da un lugar, una coordenada del *continnum* espacio tiempo emocional. Gaudí explicaba que lo original tenía que ver, no con la diferenciación genial o radical de tu obra contra la que los demás hacen, de

la ruptura con las modas y las vanguardias que desdeñan a sus maestros, sino con el regreso al origen, lo original, a lo más antiguo, a lo que no tiene memoria evidente, a lo que brota de la tierra, lo que nació junto con nosotros en el principio, el alfa Fa y el omega Seis; por esos sus excentricidades arquitectónicas no es que volaran hacia la fantasía de lo inexistente, que fueran pesadillas calenturientas, sino que volvían la atención a la concha del mar, a la valva, a las espigas prehistóricas y los huesos de anfibios y marsupiales, a las semillas y los guijarros guajiros del río. En Quesadilla de Metal, cuando nos daba por dizque componer, Quique insistía en que debíamos hacer la canción que no existe, la que nadie ha imaginado, y yo le contestaba que eso era una mamada, que lo que había que encontrar era la primera canción de la humanidad, el primer acorde, la primera palabra lanzada al mundo con una melodía. Chipote, por supuesto, estaba de acuerdo conmigo.

Por eso, fíjate bien, Magágata MatAga, Maga, en esta fotito que te mando, más allá de lo evidente, podrás comprobar que las sonrisas de Luisiana y don Imanol son exactamente iguales, son el origen de la vida: el arco de las comisuras de los labios que luchan contra una tristeza que insiste en quedarse, pero que da sentido al esfuerzo de la dicha y, al final, la vencen. ¡Wacha bien, esa!: los ojos de mis chaparritos tienen la misma Luz y Fuerza del Centro tanto en el uno y como en la otra, y esa energía fotoeléctrica me dice que la alegría no es un asunto fácil, que hay que pelear para llegar a la sonrisa. La tristeza es un río y, derrotado, puedes dejarte arrastrar por su corriente, sin luchar contra su pinche curso de mierda. Mas sin en cambio, para salir de esa riada indolente (en general, la gente infeliz, no la deprimida, la infeliz, es güevona, dejada), hay que chingarle a brazadas y patadas de *crawl* o mariposa.

Ahora, ve: si recortas las cabelleras de los dos y las intercambias, te darás cuenta de que son idénticos mis dos chamacos, incluso por esas cicatrices pequeñas que se hicieron al mismo tiempo en lugares distintos: ella en el súper, en una gaveta de legumbres, con Andry; y él conmigo, en el parque, contra un pasamanos tubular: las cicatrices están en el mismo lugar de sus frentes. Yo siempre les digo que son obra de un caballito de mar, uno que ha viajado de la frente de Luisiana a la de Imanol y de regreso, dejando su huella en la playa que es el rostro de los dos, comprobando que ya nada va a borrar su firma en esas cicatrices, y que, ya satisfecho, el señor Hipocampo se regresó al océano a cuidar a sus hijos, una familia de caballitos de mar en la que todos protegen a todos, porque al volver don Hipocampo al mar, sus hijos ya eran un alazán y una alazana hechos y derechos, caballos de fuerza. Y ahí me tienes, explicándoles qué es un alazán y un caballo de fuerza.

Chécate bien la fotografía.

Okey.

¿Te acuerdas de *Blow Up*, esa peli sabrosa sesentera de Antonioni que vimos en el cineclub de Ciencias el día que nos tuvimos que refugiar en la facultad? ¿No? *Remember, my dear*, cuando cayó una tromba que inundó el periférico. ¡Ah!, ya ves. En la peli salen Jimmy Page y hasta Julio Cortázar. ¡Qué loco!, y es que Antonioni le

da crédito a Cortázar de haber arrancado el guión de *Blow* por su cuento *Las babas del diablo*, aunque en realidad es sólo una frasecita la que hace que a Antonioni le caiga el veinte. Un detallito perdido. Un signo al fondo que, sólo clavándose en la textura, escudriñando con lupa, lo cachas y te revela el secreto ánimo de Michelangelo.

Va la sinopsis de *Blow Up*, por si ya la olvidaste: un fotógrafo de modas súper *fancy* sale a las calles de Londres a hacer unas picas y, de pronto, se encuentra a una parejita en un parque y los retrata. La chica se saca de onda y le pide, con una insistencia sospechosa y encabronada, que le dé los rollos de esa sesión, al grado que se lo tira (ese día, estimulado por la peli, te iba a decir que nuestros zapatos mojados ameritaban que nos fuéramos de tarde hotelera, pero a la mera hora no te dije nada, je je). Pero bueno, el fotógrafo se queda con un último rollo y, cuando lo revela en su laboratorio de mago alquimista (cuarto oscuro, ¡ah, qué tiempos aquellos, don Simón Simonazo!), descubre algo raro, imperceptible, en una impresión: una manita recostada en el pasto, atrás de unos setos. Un asesinato tras una ampliación *ad infinitum*.

Ver con lupa. Chismosear. *Zoom in. Blow up.*

¿Lista? Mira a la derecha de la foto. Apenas se ven unos deditos. Es Andry. Ella está fuera, pero bien dentro del cuadro. Cuando levanté los ojos después del clic de mi cámara cel, la miré sin pudor ni pena. Me observaba igualito que mis pequeños. Tales hijos de tal madre. Los tres como una unidad que no disuelve el ácido de la tragedia, los tres como partes distintas indistintas; juntos, pero sí revueltos... y no. 2 + 1. Nada de pares. Triada, triángulo equilátero y la mirada dulce de Andry, derrotando a la puta no-felicidad. Orgullosa de sus hijos, de sí... de mí. ¡No mames! Qué pendejada siempre haber dicho que no la amo, que lo que nos une es nomás una amistad clara y contundente. No, Guiguíguiritágata. Esto es amor.

Amor cósmico.

El amor romántico estorba al Amor. Los celos, el conceder, la dependencia, la negociación, la negación, el chantaje, la pasión desenfrenada, las mariposas en la panza, el insomnio, la pérdida de apetito, el llorar a cada rato, el enclumamiento. Todo eso te estorba para ver de frente al Amor con A. Esa fuerza que para Dante movía el sol y las estrellas, ¡qué atracción gravitacional ni qué positrones, qué cuerdas súper simétricas ni qué fusión nuclear! *All you need is love*. Pero, ¿sabes qué es *l'Amour*? La mirada de Andry vuelta una con la de mis hijos, eso es el Amor.

Pero me estoy pasando de lanza con mi fundamentalismo radical, el amor romántico puede (debe) abrir las puertas al Amor Absoluto... o cerrarlas. Después de la tormenta viene la menta.

¿Sabes, carnalita?, amé a Tash con ese vuelo de mariposas amarillas en la panza, Macondo y anexas. Amorrromántico. Pero la antimateria que generamos esa noche en casa de ella, los tres juntos, tan juntitos, hizo que las mariposas se me salieran por los omóplatos... y volé.

Tú te habías quedado jetona, cuchareándome; y yo, a Tash. Mi pizarrín, como es su costumbre, no había dado muestras de vida hasta ese momento. De pronto, con su voluntad independiente siempre a mis decisiones, me invitó a penetrar a Nat, así, en buena onda; pero Tash se movió de una forma inesperada. No de rechazo ni de aguafiestismo, sino de amor con A. Algo similar nos ocurrió en el viejo viaje de tachas; pero, ahora, la gran diferencia era que, si aquella vez Nat me estaba dando la bienvenida, ahora se despedía. Se volvió y me tomó por el Julián con ternura hasta que se volvió a dormir el señor. No sé si Tash estaba a cien en la conciencia de su *au revoir*. De pronto observaba (y no) mi mano, como si quisiera leer (y no) mi palma, y eso la desviaba de su largo adiós. Un río de lágrimas. Y de esto no me río. No, porque me dio a probar su lengua sabor lácteo cuando le decía: «Creo que me voy de regreso con...». Acto (de magia) seguido, después del beso postrero (arroz con leche), me peinó con ternura, como cuando le das la última alisada a los pelos de tus hijos para que entren guapos a la escuela, para que tu checada final sea de belleza promovida, comprobada, de ternura pura. Y entonces Nat me dijo: «Amén». Yo me quedé de a cuatro, sabe de mi asco a la iglesia, y, antes de que yo abriera el pico, me explicó: «Amén quiere decir *así sea*», y todo quedó claro.

Con Natasha, miramos la fecha de caducidad en la base de nuestro empaque emocional y esquivamos el proceso de toxicidad. Yo estaba (¿lo estaba?) dispuesto a seguir hasta el envenenamiento; pero Nat es mucho más inteligente que yo, y dejó que mi Julián se durmiera en su mano, y me dio a probar por última vez su lengua y compartió sus lágrimas con mis ojos. Yo extendí entonces las alas de mariposa monarca y decidí echarme a volar. ¿Fue así o estaba soñando?

Le iba a preguntar, pendejamente, «¿Qué pasa?», cuando te despertaste y nos dijiste ese «Los amo a los dos» que nos dejó en suspenso.

Y yo asentí porque te amo con la certeza de que nuestra fecha de caducidad la marcará sólo la muerte inescrutable, irreversible; pero no la muerte de uno de los dos (impares (no hasta que la puta huesuda nos separe)), sino la suma de la muerte tuya y mía, no en una metáfora, sino en una mesa de quirófano, en un choque de carros, ¡mocos!, en la hipotermia del explorador perdido en una montaña de Nepal, en un fusilamiento en masa en el Zócalo.

Si te sobrevivo, Ágata, te llevaré en mi corazón hasta el último suspiro; si me sobrevives, caducará nuestro amor cuando que te lleve patas de cabra.

¡Abracadabra!

Magia.

Por eso, con la varita de Harry Potter, examina bien la foto que te mando. Seguro ya estás harta de que no vaya a lo mero principal, como es mi estilo; pero, bueno, ¿te imaginas de qué sabor es el pastel? Okey, okey, eso no importa, aunque es obvio.

¡Va, pues!

En la cara A del panquezote que llevan Imanol y Luisiana en las manos, apenas se alcanza a leer un «ido». ¿Sabes qué decía? Sí, exacto, decía: «Bienvenido». A Imanol

se le ocurrió hacer una fiesta de mi regreso a casa, por eso traen gorritos y sus trajes elegantes. El pastel lo hornearon Andry y Luisiana. Hasta rompimos piñata y le soplamos un ratote a las serpentinas. ¡No mames! Mi casa, mis hijos, mi esposa.

Lo que no puedes ver, detrás de la cámara cel, es mi jeta llena de merengue, por eso está incompleto el «Bienvenido».

¡Mordida, mordida!

Anoche nos dormimos los cuatro hechos bolas en la cama de Andry y mía, muertos de risa de tantas cosquillitas, recenándonos el pastel chocolatoso con leche fría.

Hoy los niños no fueron a la escuela, ni Andry a la UNAM, ni yo a acelerar electrones (ya estoy de descanso preoperatorio). Nos despertamos tarde, despatarrados. De pronto, entre las carcajadas matutinas, Luisiana se puso a llorar, como Pepe el Toro, reír y llorar a grito pelón, y ya nadie pudo aguantar más y, apretados en un abrazo de oso, el llanto nos alivió el alma a los cuatro. Tres más uno. Almohadas empapadas... Y miedo, carnalita.

Miedo.

Mañana, me internan. Me toca biopsia. No sé si por eso es que lloramos o porque llorar a un solo ritmo, en comunidad, es lo más rico de la vida, más que reír o bailar.

Y, bueno, todo esto para preguntarte, ¿puedes cuidar a los niños mañana?

Te llamo orita mismo para quedar, no vaya a ser que leas esto a horas incómodas y te agarre en curva.

Postdata, te amo, Agorágata Insólita del Plexo Solar Zapotéquico. Te amo con la A de tu nombre y la de tu hombre.

Hasta mañana.

Natalia

¡Ay, Mateo! Nunca antes me había costado tanto tantísimo trabajo decir: Amén. Un amén claro, transparente. Sincero. Inevitable. Un amén que se merecían tú, Andrea, Imanol, Luisiana. Un amén de una mujer de raras creencias. ¿Religiosa? Sí, soy religiosa, pero mi religión es una que no está atrapada en instituciones ni rezos.

Pasé toda la noche pensando, pensándonos. Tratando de acallar el vacío que se me ha instalado, con desasosiego y certeza, en las vísceras. ¿Acaso el desamor es un asunto gástrico?, me pregunté varias veces durante mi insomnio, cuando las náuseas me obligaban a levantarme de la cama con prisa.

¿Qué habría sido de mí, anoche, sin mis dos almohadas? Las de pluma, hiper suavécitas. ¿Hay algo mejor, para el consuelo, que el abrazo de mis dos viejas y queridas almohadas que tanto saben de mis temores, de mis temblores, de mi búsqueda que, por lo visto, no cesa? Creo que he estado buscando en el lugar (los lugares) equivocados.

“La alegría no es asunto fácil” leí o escuché en algún lado. ¿Sabes lo que me alivia? Qué tú andas tras la tuya con tantas ganas, con una tenacidad tan firme y gozosa, que hacerme a un lado fue el paso natural. Vaya, digamos que no había de otra y acojo mi decisión, aunque no lo creas (después de una noche de la chingada, para qué te miento), con satisfacción vital. Ese “amén”, querido Mateo, nos lo debía la vida. A los dos (nosotros). A los dos (ustedes). A los cuatro (ustedes). A los cinco (ustedes + yo). A los seis (ustedes + yo + Ágata).

Hacerme a un lado ha sido un acto de amor. De amor de verdad verdadera. Y conste que no me estoy candidateando para santa ni para heroína. Tal vez me da miedo que no te haya quedado claro que no fue un momento de cobardía, que no estoy huyendo, dándome por vencida. Que hice, simplemente, lo que me pidió tu mirada. Tu cuerpo entero.

En fin, mi correo no pretende ser el portador de este rollo sin sentido. Sólo quiero desearte suerte en la cirugía (¿es hoy o mañana?). Le he pedido a Ágata que me mantenga al tanto. Estaré, pues, en la distancia, con los dedos cruzados y la mente bien abierta para mandarte vibras supersónicas y catódicas (tu especialidad), de esas que cruzan la ciudad de un lado al otro, aprovechando las corrientes del viento capitalino (denso y contaminado) para llegar al destinatario (en este caso: tú) que andarás con tu bata azul de paciente, nalgas al aire, ojos asustadizos, mientras Andrea toma tu mano y te llena de ternura protectora.

¡Amén!

(¡Ay, Mateo! Nunca me había costado tanto trabajo pensar, decir y escribir esta palabra.)

Que así sea. Por siempre y para siempre,
Natalia.

Sinfonía en tres movimientos

Primero: *kyrie eleyson, andante con brío*

*When the moon peek over the mountain
Little girl, I'll be on my way
I'm gonna roam this old highway
Until the break of day
Give me one more kiss darling
Little girl, just before I go
Because when I leave this time
I won't be back no more.*

BB King

Ágata cae en un sueño abismal que le afloja los brazos, las piernas, el cuello. Sentada en la última fila de sillas azules de la sala de espera de este hospital tan azul, recarga la cabeza en el muro, suspira y se pierde. Como suele ocurrirle cuando está tan agotada que intenta desconectarse, dejar de pensar, empieza a tararear en la mente una melodía. Escucha el punteo del bajo, la escobilla en la batería; los acordes de *Lucille*, la guitarra de BB King. Era una noche de no recuerda bien qué año ¿2008? y el Hollywood Bowl, lleno a reventar, con ese aire tibio de Los Ángeles envolviéndolo y un cielo estrelladísimo por techo, se estremecía con las primeras líneas.

*I got the key to the highway,
Billed out and bound to go.
I'm gonna leave here running;
Walking is most too slow.*

El maestro King, voz profunda, cantaba *Key to the highway*, esa canción de despedida solitaria, sin prisas, mientras Ágata, la cabeza recargada en el hombro de Aaron, se daba cuenta de que ese era uno de los momentos más felices de su vida. Solemos creer que la felicidad son latigazos de euforia, pero no; la felicidad es toda paz, son instantes en los que el alma encuentra sosiego. Esa noche Ágata pensó que si muriera ahí mismo, moriría tranquila. Pensó que sería lindo irse así, con la voz de *The King* arrullándola, con la vista clavada en las estrellas, sintiendo el ritmo de la respiración de Aaron, feliz. Esta mañana, con la cabeza recargada sobre el muro como si fuera Aaron, las notas repitiéndose en su mente como mantra terminan por llevarla de la vigilia al sueño.

Han sido horas complicadas. Como era de esperarse, Ágata no durmió, como no durmió un día antes, ni el anterior. Una maldita migraña se le clavó, como siempre, del lado izquierdo de la cabeza; el café de este hospital de mierda es una ídem. Llegó

a las cinco de la mañana porque Mateo estaba citado a las seis. Poquito después llegaron, él sonriendo, Andrea haciendo una mueca que trataba de hacer pasar por sonrisa; los niños se quedaron con la abuela Evelia. Mateo, los ojos metidos en los de Ágata, parecía decirle algo con ellos.

Andrea se fue a entregar los documentos del seguro que hacían falta para registrar el ingreso, mientras Ágata acompañaba a Mateo a la sala de preparación. Los pasaron a uno de los consultorios y les dijeron que esperaran unos minutos; Mateo entonces volteó, tomó a Ágata por los hombros y volvió a hablarle de la premonición. Ágata no escuchó; su mente empezó a girar en espiral, a no querer escucharlo. Cerró los ojos: la voz de Mateo, esa marea que la arrastraba, la deslizaba, la revolcaba, la había acompañado la mitad de su vida. Mateo, su amigo. Mateo, su hermano. Mateo, su superhéroe. Mateo en la bici, Mateo en un toquín, Mateo comiendo, Mateo y su mirada por el rabillo del ojo, sonriendo. Mateo y las primeras canas que le salieron, Mateo y los tacos dorados de pollo de La Ópera. Mateo y su canto todo el tiempo, su hablar y hablar y hablar, Mateo y ese día en que les llovió saliendo del cine Villa Olímpica.

—Gárgara. Te estoy hablando.

—Sí, Mambeo, te estoy oyendo. Ya sé que le has atinado, pero también te ha fallado. Te falló con Marcovich. Y si te falló con alguien tan chingón, que no te falle contigo, que eres más hierba mala que aquel.

Intercambiaron una mirada larga, eterna. Mateo cediéndole un asiento, Ágata cargándole los libros. Mateo cantando en un concierto de La Maldita en Rockotitlán, sin darse cuenta de que a Ágata la jalaba el slam y la azotaba contra la reja de atrás; Mateo pescándola de un brazo y atrayéndola a los suyos. Mateo anunciándole que sería papá. Mateo abrazando a sus hijos. Mateo abrazando a Natalia. Mateo, su Mateo.

Andrea regresó cargando un fólter amarillo; se lo puso bajo el brazo y tomó la mano derecha de Mateo. Ágata tomó su mano izquierda, tan familiar. La apretó, la sintió más ligera que de costumbre. Abrió la palma y colocó sobre ella el encargo que le hizo Mateo: le volvía a dar un pin de plata con el número 43. Le cerró los dedos sobre la palma, se inclinó a darle un beso, y deslizó su mejilla sobre la de él como solía hacerlo cada vez que ella le preguntaba “¿te cuento un secreto?” y él, por toda respuesta, colocaba un dedo junto su oído derecho —el de él— indicándole a Ágata en dónde debía depositarlo. Los labios de Ágata llegaron al lóbulo izquierdo de Mateo, y conteniendo el volcán en su pecho, susurró temblando:

—*Nabee zanaxhiie' lii.*

Ágata y Andrea, la mano de una en la de la otra, tal vez buscando llenar el vacío que dejaron las de Mateo, salieron del cuarto y caminaron por el pasillo helado, los pasos resonando en un eco interminable, un vértigo de pasos. Andrea necesitaba fumar. Ágata la acompañó a la calle, no por la puerta del frente, esa curva imposible sobre avenida Insurgentes que siempre provoca accidentes; por la puerta lateral, que

es la entrada de emergencias y la salida al mundo real: una de esas calles angostas y retorcidas del centro de Tlalpan con el pavimento roto, vencido, tras la lucha con las raíces de los árboles ancestrales de Fuentes Brotantes. El mundo que afuera sigue como si no pasara nada mientras adentro el universo pende de un hilo. El brillo del sol matinal de diciembre las cegó por un momento.

—Ni te apures; no saldrá hasta el mediodía —le dijo Ágata.

Andrea se dejó caer en los brazos de Ágata y permanecieron abrazadas unos minutos. Ágata regresó al interior con el pretexto de ir por otro café. Se sentó en la silla azul incómoda, impersonal como todo aquí a pesar de los desabridos adornos de Navidad —aunque tal vez no todo es impersonal, se dijo en un atisbo de nostalgia, en un intento desesperado por asirse de algo: ¿cuántas veces habrá pasado Mateo caminando por aquí? Era fácil imaginarlo en este pasillo largo, marmóreo, patinándose un poco de manera intencional mientras corría de un extremo a otro. ¿Cuántas veces la voz de Mateo, sus canturreos quesadillametaleros, habrán rebotado en estos muros? ¿Cuánto de Mateo hay donde ha vivido Mateo, soñado Mateo, tal vez hablado con ella por teléfono Mateo?

Abrió el What'sApp y envió un mensaje.

Nat, ya se quedó adentro. Lo están preparando. Se supone que a las ocho de la mañana empieza, así que yo creo que para el mediodía. Vamos a estar bien, Natálica. Vamos a cagarnos de la risa dentro de unos días. Vamos a empezar el año con un amigo con cabeza de Frankenstein, pero en una de esas nos lo dejan mejor.

...

Andrea se acaba de ir. Antes de entrar a ver a Mateo, platicamos con Olga y ella nos va a ir dando avances porque va a entrar al quirófano, ¿ves ese como miradorcito arriba de la sala, aislado por vidrio, donde los practicantes ven las cirugías? Ahí va a estar, así que tenemos informante.

Te quiero, violínica. Te busco al rato.

Ágata siempre ha sido friolenta, pero esta vez el frío le viene desde adentro. Le sale desde el esternón y se le riega por el cuerpo, se le clava en los fémures, en un pulmón. Le duele el estómago, siente una plancha sobre los hombros. Voltea a ver el reloj en la pared: 7:13. Cruza los brazos sobre el pecho, se acurruca y recarga la cabeza sobre el muro.

*Oh give me one, one more kiss, mama
Just before I go,
'Cause when I leave this time you know
I won't be back no more.*

Segundo: scherzo, *allegro ma non troppo*

Antes de que nos olviden
haremos historia.
No andaremos de rodillas,
el alma no tiene la culpa.

CAIFANES

Mateo cae en un sueño abismal del que no tendrá memoria alguna al despertar.
Y ya despierta.

Tal vez el paisaje del que regresa, una noche absoluta, imposible por lo silenciosa y quieta, es la materia oscura por la que viajaba con suavidad intensa. Vértigo. Soy, era ese haz de luz que se desplaza a una velocidad asombrosa. ¡Fuuaaaah! Sonríe, sonríe igual que su hijo Imanol al darse cuenta de que ha despertado junto a su padre Mateo. Mateo, sí, ese soy yo: su padre amoroso. Tu papá. Aquí estoy, hijo, maestro. Imanol es un maestro. Antes de que el pequeño llegara de mano de Luisiana, su hermanita mayor apenas por una decena de minutos, Mateo solía despertar de mal humor, echando chispas. Algunas de sus primeras novias habían decidido no dormir con él porque el paraíso nocturno en el que yacían después de hacer el amor amanecía vuelto un infierno de sábanas sudorosas y cobijas revueltas. Mateo tardaba hasta una hora para retornar a su ligero sentido del humor, para que el doctor Jekyll viniera a ocupar el lugar de míster Hyde. Un café muy cargado, un duchazo de agua helada, abrir las ventanas de su habitación para respirar el aire envenenado pero fresco de su ambigua ciudad. Mateo no tenía idea de que hacía esto para regresar a quien era, darle alcance a su alma que siempre viajaba más lento que su cuerpo, pues su alma se quedaba atrapada en los sueños con todo y sus recuerdos, sino que pensaba que todo era un acto reflejo, un ritual fatuo. Él rara vez se acordaba de las aventuras extraordinarias por las que deambulaba su conciencia soñadora. Tal vez por esto amanecía con un humor de perros en azotea. Andrea, su mujer, jamás se sintió ofendida por esos amaneceres rotos, desmemoriados. No tenía porque, no tenía que sentirse ofendida al no recibir de mañana el cariño con el que noche a noche se iban a la cama él: su marido, su amigo más entrañable. Una mujer enamorada, pensaba ella, tiende a sentirse herida por no cumplir los sueños-ladrillo con los que imagina, planea, en conteo obsesivo, construir un futuro compartido con el amante. Y este hombre, con el cual se iba a la cama noche a noche después de haber acordado engendrar un futuro poderoso a través de la concepción, no era su amante, sino su amor. Tal vez por esto es que Andry se deslizaba en silencio de la cama, haciendo oídos sordos al refunfuñar de su compañero de alcoba, y se iba a hacer un café expreso denso como un chorrete de lava, caliente como tal, pero de aroma terrestre, mágico: una mezcla extraordinaria, oaxaqueña por definición, de Punta del Cielo.

Oaxaca. Ágata mujer, ágata mineral. Y Andrea sonreía en el recuerdo de la amiga intensa de Mat sin pesar ni rencor. Sí, este, este hombre de lógica difusa a quien se le abrieron los ojos del subconsciente una mañana en que Imanol apareció dormido junto a él, la justa mañana en la que el pequeño y su hermana melliza, Luisiana cumplieran, la inmensa cantidad de tres años. Mateo lo vio extrañado, a punto de gruñir, cuando el chiquito comenzó a aterrizar. Imanol, al ir percibiendo su propio regreso al mundo, lo primero que hizo fue sonreír. Su rostro ya se iluminaba de felicidad, ¡vaya!, a través de una conciencia en la que se mezclaba la claridad de haber hecho una travesura al acurrucarse con su padre sin permiso, con toda la intención de levantarse a jugar y tomarse, en un vaso entrenador, una lechita de chocolate, feliz por sentir la tibieza del hombresote genial que lo cuidaba o lo regañaba con tantísimo cariño y lo llevaba a la escuela tomado de la mano, y en la otra (¡la mano, la mano!) Luisiana. Luisiana, ¡qué nombre tan hermoso! La hija de Mateo, y Mateo hubo de quedar pasmado en ese despertar de tercer aniversario: su hijo le estaba dando una lección de vida que ni las mil discusiones que hubiera tenido antes con sus amantes le habían revelado: despertar era una bendición pagana, el inicio de la vida, e Imanol la recibía con una sonrisa linda, picarona. Por eso es que Mateo había decidido caminar, noche tras noche, como un extraviado, rumbo a la cama de su pequeño para amanecer sonriendo. Aunque claro, Imanol tenía temporadas en que despertaba con un gesto de angustia o dolor causado por la fiebre o la tos inclementes. Entonces él tenía que sonreírles a él y a Lui, enfermos de lo mismo siempre al unísono, darles la bienvenida con un acto genuino de felicidad, la felicidad que convive con la preocupación y el miedo. El miedo. El miedo que se escurría a las sábanas de Mateo desde hacía tiempo hacia las tres de la mañana. Tres. ¿Serían ahora mismo las tres de la madrugada? ¿Dónde estoy? ¿Dónde están Imanol, dónde Andrea y Luisiana? Una llanura azul se abre en su horizonte y aspira el olor a tela recién planchada y recuerda cuando su madre lo vestía por las mañanas con su uniforme recién planchado, un aroma caliente, seco, entrañable. «¿Mamá?», quiere llamar a mamá para reconocer este paraje que no conoce, que no reconoce; pero su mandíbula está sujeta por el propio peso de su cabeza, «¿Por qué pesa tanto mi cabeza, mami?». Mateo sabe que este acomodo desarticulado de la realidad debería aterrorizarlo, pero no es así, y sonríe como su hijo Imanol. Como Luisiana. Como Andrea y Luisiana. Un bienestar genial lo abraza con tersura. Sí, ahora lo recuerda, está de bruces en la cama del quirófano y el olor de la tela recién planchada abre su camino a los tejidos que trazan en el aire el formol, el Benzal, el hueso aserrado, el perfume Perry Ellis 360 grados que reconoce de aquella enfermera que vestía de blanco cuando lo preparaban para la operación. Cirugía de cráneo *a cielo abierto*. Era extraño que un concepto tan bucólico, nostálgico, *a cielo abierto*, pudiera concentrar una acción que, vista de sorpresa, nos podría horrorizar. Pero Mateo se sorprende de su quietud, de la calma que se vuelve una voluta de alegría en su pecho. Y sonríe, sonríe igual que Ágata junto a Andrea, que Andrea junto a Ágata: las dos estaban

tomadas de la mano, ¿así había sido? ¿O era que ambas lo tomaron de la mano antes de despedirse? La mano, la mano izquierda, la derecha.

—Buenos días, Mateo —escucha la voz del doctor Vázquez—, ¿qué tal dormiste? ¡La mano! ¡La mano derecha!

Mateo quiere contestarle de viva voz, pero su cabeza tan pesada no le permite mover la mandíbula.

—Bien —le contesta en silencio, levantando el pulgar sobre el puño cerrado, el brazo extendido, libre, gozoso.

—¿Qué tal te está cayendo el Fentanil? —le pregunta Jorge con tono ladino, pues sabe que Mateo flota en un mar placentero inducido por ese poderoso, genial sedante narcótico hijo del opio. ¡Mmmm!, el Chipote debería conocer esta sustancia maravillosa y repartirla en toda Quesadilla de Metal para volver a tocar juntos, como antes, como ahora mismo—. ¿Recuerdas dónde estás? —continúa interrogando el médico a su amigo, y éste le contesta, irguiendo con destreza el dedo medio y contrayendo los demás dedos.

Los presentes (y un par de ausentes) sueltan una carcajada que alivia la tensión. Los monitores están en orden: la presión arterial, la oxigenación de la sangre, el ritmo cardiaco. El bip bip de los sensores. No hay campanas de emergencia que pongan los pelos de punta a nadie. Olga, asomada por la gayola que abre su garganta desde el techo del quirófano a través de un domo translúcido, sale corriendo con la buena nueva para Andrea y Ágata, que esperan con los pechos y estómagos abiertos por un abismo más grande que el del que ha despertado Mat; pero esto él no lo sabe pues con la mano libre pide que le pongan a tiro de piedra el teclado de juguete con el que Marcovich habría puesto en aviso a Vázquez si es que su cuchilla hería alguna brecha peligrosa. Mateo palpa sus teclas duras, resbaladizas. El paciente, con paciencia de *non sancto*, pide con la mano (¡la mano, la derecha!) que lo esperen un instante, juguetea con los dedos como si fueran las alas de una libélula (transparentes, ¿invisibles por el incesante aleteo?) para hacerlos entrar en calor. Hace una señal de alto para que todos estén atentos, marca, tronando los dedos, un compás de tres cuartos (ojalá que estuviera aquí Natasha para acompañarlo al violín, o Luigi con su acordeón bucanero y Ágata bailando como tromba una tarantela napolitana con alma de sandunga): un, dos, tres, y comienza a tocar el minueto de Ana Magdalena Bach. Después de la biopsia, Mateo lo estudió y estudió imitando la incomodísima postura con la cual ataca el tecladito de dientes blancos y negros. Finalmente habían valido la pena esas clases de piano que Mateo terminó odiando de adolescente. El piano, está sonriendo el piano. Cuando salga de aquí les voy a comprar uno idéntico a Luisiana y don Imanol para que hagamos música juntos. No, mejor para Imanol el piano toy y para Luisiana un ukulele soprano, ¡qué linda se va a ver con su ukulele y un collar de flores!, y, ¡claro!, Andry cantando con esa voz terca, directa. ¿Querrá venir Natasha a tocarnos una marcha del ejército rojo para desdecir el espíritu fundamentalista del 24 de diciembre por un himno de lucha proletaria? ¡Levántate pueblo ruso, hacia la

gloriosa y mortal batalla! Alexander Nievsky. Prokófiev. Sergei Eisenstein. ¿Dónde leyó Mateo que un abuelo magonista alzaba la voz y el puño al colocar su energía completa en la Cantata Alexander Nievski? Mateo intuye que esa idea de tener a Tash en su cena de navidad es un disparate, mejor aún, en otro momento sería una locura irresponsable pensar en esa posibilidad; pero ahora está seguro de que Nat y Andry podrían resarcir el arduo intercambio de miradas de aquella tarde de marcha por las calles de Reforma y Juárez, intercambiando el platón de romeritos y el de relleno de pavo que tan bien le quedan a la abuela Evelia. ¡Ah, claro, aquella tarde de marcha por las calles de Reforma y Juárez! Hace un mes que fue la manifestación por los chicos de Ayotzinapa, hace un mes que le desajustaron a Mateo las ideas a fuerza de mazazos. Pero valió la pena. ¡Sí! Ya vienen de regreso los #43. ¡Sí! Van a estar en la mesa junto a sus madres, con sus padres, hermanos, tíos y sobrinos en la cena del #24, ¿me dará tiempo de salir de Neuro para compartir con Imanol, Luisiana, Andrea, la abuela Evelia, Natasha, Ágata y Aarón el pan y la sal?

¿Dónde está mi pin, mi pin de plata? Cómo quisiera manipularlo. ¿Ágata, dónde está mi dije de plata?

¡Tlanck!

Una nota del pianito suena fuera de lugar: ha roto la armadura precisa de Ana Magdalena.

Se hace un silencio pesado. ¿Ha cortado Vázquez una terminal nerviosa que pudiera herir *de profundis* a Mateo?

No. Él levanta la mano para pedir calma, ha divagado tanto que su atención al teclado se había extraviado. Los monitores siguen en señal de buena salud.

—¿Cómo te sientes, Mateo? —pregunta el neurocirujano a su paciente y compañero de trabajo.

Mat hace una señal con la mano (¿la derecha?) de OK. Sonríe, sonríe hasta donde le deja su cabeza que ahora pesa el doble que hace un momento, y este nuevo volumen físico táctil se le antoja un mar de olas ligeras, espuma que opina acerca de la luz hermosa del sol del Caribe. Piratas del Caribe. Imanol tiene unos calzones de piratas que le dan mucha risa a la abuela Evelia. En cambio, Luisiana tiene unos con Kitty, de algodón. Algodón, mi hija es de eso, de nube de verano en el cenit de Aguascalientes. La enfermera de azul (¿o es de blanco?) limpia con algodón un hilillo de sangre que camina como gasterópodo desde la ventana por la que el cirujano amigo observa los pensamientos de Mateo. Olga vuelve a salir de prisa para mantener al tanto a Andry y Ágata. ¿En qué momento volvió a entrar Olga al palco del quirófano? Mateo no lo sabe; pero no es importante eso ahora, porque Ana Magdalena se vuelve de leche, de miel. Es un campo de sorgo que se mece con un viento fresco. ¡Zuaaaaah! Y Mat trata de seguir el ritmo que le marca ese metrónomo que lo ha acompañado desde que comenzó la intervención quirúrgica. Pero el bip bip bip está desmadejado: corre, hace largas pausas, brincotea, y Ana Magdalena Bach transita por los callejones melancólicos de *Svefn-g-Englar*. Qué

hermoso ese violín, del tamaño de una montaña, de la canción islandesa, un violín-guitarra de la estatura de la catedral de Nuestra Señora en Barcelona. Gaudí, sí, volver a las raíces, a la canción primigenia. Pero, ¿quién toca, quién canta ese lamento? ¿Natalia? ¿Estás aquí adentro? Y su mano (¿la derecha, la izquierda?) palpa con cuidado las teclas del piano que tocara Alejandro Marcovich aquel día en que todos cantábamos *Antes de que nos olviden*.

—Es el bulbo, ¡el bulbo se está inflamando! —le explica una voz a Vázquez.

Descarga de antiinflamatorios. Mangueras, fluidos frescos. Vocerío. Los monitores caen en un desorden que dispara una alarma.

El bulbo, el bulbo expuesto a cielo abierto, de cara a las estrellas que estallan en una supernova repetida al infinito, se expande y gira sobre sí mismo. El doc Jorge, Mateo, Olga sabían que el glioma estaba cerca de esta flor neuronal, en el lóbulo temporal, y que al abrirse al mundo corría el riesgo de inflamarse; por eso debía operarse cuanto antes, para salvar ese bulbo que ahora te mata, Mat, que nos mata. ¡Cuanto antes!, ¡operar cuanto antes! Mateo sonríe. Las premoniciones. Las premoniciones. Mateo sabe que se va a morir, pero cabe la posibilidad de que esta vez se equivoque, como con Alejandro, el guitarrista de Caifanes. Cantar. Quiere, necesita cantar *Antes de que nos olvide*, antes de que... ¿De qué? Debo, necesito cantar esta despedida, pero he olvidado la letra por completo. ¿Haremos historia?

Descarga de antiinflamatorios. Mangueras, fluidos frescos. Catéter. Vocerío estridente. Los monitores caen en un desorden que disparan dos, tres alarmas.

El bulbo ahora tiene voluntad propia, ignora los esfuerzos del cirujano Vázquez. Olga, desde lo alto del palco del quirófano (¿en qué momento regresó?) está llorando; pero Mateo no lo sabe, ¿o sí? ¿Qué les dirá a Andry y Ágata cuando todo haya terminado? El pianito está en reposo, en silencio, y la mano de Mateo se agita en un baile de quetzales heridos.

Un nuevo disparo de Fentanil lanza instantáneamente a Mateo en un haz de luz rumbo a la materia oscura del cosmos. Soy de luz. ¡Qué hermoso resplandor! ¡Qué enorme lucidez! Sí, aquí está la ecuación definitiva, la teoría del todo, el principio que rige el mundo de lo cuántico con las infinitas magnitudes gravitacionales. La explicación de los campos unificados. Se lo tengo que contar a mis alumnos, esos chavos que estallan como gigantes blancas, que observan tan atentos las cuerdas súper simétricas y marchan por las calles de Reforma y Juárez. 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19 20 21 22 23 24 25 26 27 28 29 30 31 32 33 34 35 36 37 38 39 40 41 42 43. ¡Justicia! Natasha y Andry, sus ojos encontrándose, sus labios, sus cabelleras agitadas por esta noche que se extiende entre mis manos, la derecha y la izquierda.

La mano, ¡la mano!

—Voy a morir, estoy muriendo —dice Mateo y sonríe hasta donde lo permite su cabeza que ahora es un planeta enorme: Saturno. Júpiter. El aroma de este horizonte de tela azul recién planchada. Mateo despierta y ve a su hijo trazar con los labios el

arco de la alegría, de la verdad. Imanol. Mi hijo, mi maestro, ¿dónde dejaste tu mochila para acompañarme al viaje, dónde tu paquete de galletas para calmar el hambre a medio camino? Imanol, el hijo de Andrea, el hermano de Luisiana, el sobrino de Ágata, el nieto de Evelia. El nieto de Encarnación. Papá, ¿dónde dejé tus cenizas? ¿las van a arrojar junto con las mías a las acequias de Xochimilco escuchando la música de las esferas, la proporción perfecta, la zona áurea?

Voy a morir, estoy muriendo. ¡Qué inmensa dicha! ¡Qué felicidad insoportable!

Pero ya, ya recuerdo: Antes de que nos olviden haremos historia. No andaremos de rodillas, el alma no tiene la culpa.

—Imanol. Imanol.

—Dime, papi.

—Imanol.

—Dime, papi, ¿estás bien? ¿Vas a venir a cenar con nosotros mañana?

—Imanol, antes de que nos olviden haremos historia. Cuida a tu mami, a tu hermana, a tu abuela, a tu tía.

—Sí, papi, ¿vas a venir con nosotros a cenar mañana?

—Imanol. Imanol. Te amo, hijito.

—Yo también, papi. Nunca te voy a olvidar, eres mi papi. Nunca lo olvides.

Nunca olvides. Jamás.

antes de que nos olviden

antes de que nos

antes de que

antes de

Antes

Svefn-g-Englar. ¿Eres tú, Natasha quien toca a mi puerta?

—Luisiana.

—Sí, papi.

—Cuida a tu hermano, que se lave los dientes antes de acostarse.

—Sí, papi.

—Cuida a tu mamá.

—Sí, papi. Papi. Papi. Papi.

—¡Imanol! Adiós, hijo.

—Adiós.

La luz se extingue en el mar inagotable del universo. El mar. La noche profunda. El abismo.

Silencio interestelar.

Tercero: *lacrimosa, adagietto*

*I'll remember you,
when I've forgotten all the rest.
When there is no more...
At the end, my friend,
I'll remember you.*

BOB DYLAN

Natalia cae en un sueño abismal después de haber llorado quedamente durante un largo rato.

Adriana pone una frazada sobre el cuerpo quieto de su amiga; lo hace con ternura y precaución, para no despertarla. A pesar del frío de las calles, el departamento de la violinista conserva una suave tibieza que hace un esfuerzo por confortarla. La canción de Bob Dylan que escucharon una y otra vez sigue sonando, discreta, como si quisiera no estorbar.

A la poeta le gustaría quedarse con Natalia, seguirla consolando. Hacerle compañía, pero no puede. En una hora más debe llegar a su casa: la esperan con pavo, romeritos, bacalao. El mismo menú de cada Navidad. El mismo rito que ha dejado de ser religioso para convertirse en una excusa, tal vez innecesaria, para estar juntas al menos una vez al año. Un padre reventado y divertido, aunque ausente, que sólo aparece cada vez que hay un temblor en alguna zona de la República, con un mensaje: “Cómo les fue de terremoto? Están bien?”. Cuatro hijas aguerridas. Una madre que afirma haber disfrutado sacarlas adelante sola. Dos gatos. Todos son convocados cada 24 de diciembre a las 8:30 de la noche en punto, junto con sus novios, esposos o amantes en turno. Hijos propios o adoptados. Árbol de Navidad con esferas en el color que no está de moda, es decir, en descuento (este año tocó el azul), intercambio de regalos, luces de bengala, villancicos en inglés y español. Costumbres que le dan sentido a un festejo de cariño, de compartir mesa, de recordar anécdotas añejas. Brindar por lo que se ha ido y por lo que, de forma inevitable, llegará en cualquier momento.

Natalia se queda sola, recostada en el sillón de la sala. Un basurero lleno de pañuelos desechables, hechos bolitas de diversos tamaños, la observa en la penumbra: su silueta en posición fetal, rodeada por dos almohadas. Los ojos enrojecidos, ahora cerrados, abrazan todavía una lágrima que no se aventuró a irse lejos.

Un grupo de amigos (¿borrachos tan temprano?) pasa debajo de su ventana, gritando, cantando, riendo, y despiertan a Natalia. No, no despierta pidiendo (rogando) que todo haya sido una pesadilla. Sabe muy bien lo que pasó: no volverá a ver a Mateo. Nunca jamás. Así de contundente. Así de simple. Con una certeza que no admite rezos ni peticiones.

“Dime que no es cierto. Por favor dime que no es cierto”, le dijo apenas ayer a Ágata. Y se lo repitió tantas tantas veces que su voz se hizo ajena y el dolor llegó hasta después de un buen rato. Un dolor asesino. Enorme. Hueco.

Afuera, sí, ahí mismo, en su barrio, la gente se encamina, vestida de fiesta, botellas en mano, a celebrar. Cenas familiares o entre amigos. Casas decoradas. Sonrisas. Platillos preparados a fuego lento, con cuidado. Un escape de la vida cotidiana. Fotografías para el recuerdo. No, en el 2008 todavía estaba viva la abuelita. Claro, esa fue la Navidad en la que mamá nos mandó a hacer pijamas rojas, de Santaclós y renos, para todos. ¿Se acuerdan cómo nos veíamos? ¿Alguien tiene las fotos?

Natalia no puede, no, no puede poner en pausa su desconsuelo. Sabe que ese vacío no lo llenará nunca. Se incorpora. Le duele el cuerpo, sobre todo el vientre y la espalda. Los músculos tardan en responder; siguen adormilados por el impacto.

Está agotada. Ya lo hizo todo: negar, huir, blasfemar, gritar, llorar en silencio, recordar, berrear, arrepentirse, abrazarse las piernas y mecerse un rato. Perder los sentidos. *El sentido.*

El tiempo no puede echarse hacia atrás. Ni siquiera detenerse un breve instante. Y no, no fue al velorio. No debía y no lo hizo. Tenía (y quería) que respetar el dolor de Andrea, la orfandad de Imanol y Luisiana. Ahora debe vivir *su* duelo sin pésames ni abrazos. Sin poder tomar la mano de Mateo, ya lacia, ya fría, y besarla. Sin poner sus labios, por última vez, sobre la frente de ese físico amoroso y loco. ¿Incinerarán su cuerpo? ¿Tirarán sus cenizas en Xochimilco mientras alguien pone la música que deseaba? ¿Asistirán sus alumnos, todavía impresionados por la noticia? ¿Sus compañeros del hospital, cuchicheando datos precisos y científicos sobre la cirugía que, aun exactos, aun racionales, no justifican la ausencia?

Entonces, no sabe por qué razón, Natalia piensa en los padres. En los hijos. En los familiares de todos los desaparecidos. En los huérfanos de un gobierno (tras otro) que se regodea en su irresponsabilidad y salvajismo. Piensa en la estúpida ironía de la vida: mientras unos festejan, otros siguen buscando. Mientras unos ponen la mesa — el arreglo de nochebuenas en el centro y las copas elegantes recién desempolvadas—, otros observan el lugar que se quedará vacío. Mientras unos desenvuelven obsequios, a otros los invade la congoja.

Natalia se levanta. Con pasos lentos, arrastrados, va hacia la cocina por la botella de champán que le dio uno de sus alumnos el último día de clases. Olvidó guardarla en el refrigerador, pero no importa, quita el moño verde y rojo, la abre, se sirve una copa, le pone dos cubos de hielo. Deja al líquido resbalar por la garganta. Siente las burbujas mínimas llegar al estómago. Cada trago.

Se sirve otra copa y quién sabe por qué razón se acuerda de Heidegger, de ese filósofo que fue maestro y amante de Hannah Arendt, una de las mujeres favoritas de la violinista. Algún día escribió que la experiencia privilegiada era la angustia frente a la muerte... o algo así. En este momento, Natalia no lo recuerda con exactitud y, sin

embargo, vuelve a llorar. ¿Mateo, su Mateo, sintió angustia, se dio cuenta de que la vida se le iba? ¿De que nos dejaría huérfanos a tantos? También escucha con claridad la voz de Hannah: “No sabemos lo que una persona es... hasta después de su muerte”. Niega con la cabeza. Niega con coraje. Natalia lo supo desde un principio, aunque le llevó algunos días admitirlo. Supo lo que era Mateo, lo que sería, desde la primera mirada. Desde que, al verlo entrar, caminar, moverse de ese modo desenfadado, sentarse frente a ella y sonreírle, comenzó con su estúpido monólogo de defensa. De supervivencia. Sí, Natalia sí supo (sabe) quién había sido Mateo. Quién era. Quién fue para ella. Quién seguirá siendo. Sabe, por lo tanto, que no podrá volver a ver a Ágata. Que Ágata no seguirá formando parte de su historia. Y sucederá sin planearlo. Sin despedidas ni explicaciones. No harán falta.

Vuelve a levantarse, melancólica, dejando abandonadas a sus almohadas. Le da el último trago al champán tibio. De un cajón de su recámara, rescata el pin con el número 43. Lo observa un rato. Se lo coloca amorosamente, en el suéter negro viejo que usa. Descuelga el estuche de su violín imposible, su violín eléctrico, negro y resplandeciente. Su queridísima espiga aerodinámica. Lo saca. Lo acaricia. Lo abraza. Lo conecta. Lo afina. Le habla: le pide un milagro. Y lo toca. Primero con una inseguridad desconocida. Se equivoca. Vuelve a intentarlo. No tiene tan buena memoria. Nuevamente. Otra vez. Sigue intentándolo. No cesa. Continúa. No descansa. No se sienta ni se fatiga. No deja de mover los dedos, las manos.

Vuelve a tratar, no cesa, hasta que, casi en la madrugada, por fin lo logra. *Svefn-g-Eglar*, de Sigur Rós, suena. Suena bien. Suena preciso. Suena tristísimo. Dolido. Y Natalia, que ya jamás será Natasha para nadie, llora. Toca y llora y toca y llora y sigue tocando y sigue llorando y se siente feliz, feliz de asumir su tristeza como algo muy suyo. Feliz de abrazar su vacío.

Feliz porque el dolor la está obligando a volver la vista. A mirarse de otra manera. Como la veía Mateo. Sí, ahora Natalia se ve a través de la mirada de un muerto.

Epílogo

Jérôme

Très chère Natalia, ma petite:

Nathalie, ma biche:

En el instante mismo en que cerrabas mi puerta, antes de volver la vista para regresar hacia el lugar de donde habías venido, otra puerta se te cerró. La única que, en ese momento, permanecía abierta. Y te quedaste en medio, petrificada, sin saber a dónde debías dirigir tus pasos. No me alegro. Créemelo. No soy hombre de rencores. Te escribo porque me preocupas y quiero saber si estás bien. Tuve que contactar a Adriana, pues no has contestado mis llamadas ni mis correos; me tienes preocupado. Así que te envió esta carta, manuscrita, para que finalmente veas mi letra. Estoy seguro que la leerás, aunque sea por pura curiosidad. ¿Sí tengo la misma letra que la del resto de mis compatriotas? Bah! ¿Qué importa?

Seré breve. Te quise mucho y profundamente. Te quise como mujer y te adoré como violinista. Continúo queriéndote, aunque de otra manera. Vi un talento que te has encargado de esconder debajo de mil inseguridades y excusas. Mi oferta era sincera, muy sincera, musicalmente hablando. Merecías una oportunidad como esa. Quitarte costras y ataduras para encontrar un lugar en una orquesta de verdad. Sé que hubieras sido aceptada; al menos, tenías muchas posibilidades. Eres —¿podrías haber sido?— una gran violinista. Mi objetivo no era tenerte a mi lado para seguimos amando. Tal vez el deseo hubiera regresado, solo y sin pedir permiso, y claro que no lo hubiera negado ni rechazado. Pero si creíste que fue sólo el amor quien me impulsó a invitarte, te has equivocado.

Viajé a tu país no únicamente para verte. En realidad —y te habrás enterado—, lo que me llevó a cruzar el Atlántico fue un pequeño —pero emotivo— homenaje en la sala Manuel M. Ponce de Bellas Artes. ¿Merecido?, no lo sé, pero sí cariñoso. Entrañable. No sabía si debía buscarte; llevaba dos meses sintiéndote lejana, casi extraña. Por eso me decidí tan tarde y te avisé con tanta premura. Me hubiera gustado ir contigo a la ceremonia. Verte entre el público, al menos. Aprendí a querer a México gracias a tu mirada. Pero la carta que encontré en el hotel me cortó las alas. Y las ganas. Tu confusión me hizo ver de manera muy clara que... ¡pues eso!, que sigues confundida. Que has vivido confundida. Que has vivido a través y a partir de los otros. Espero que este repentino dolor por México te haga, por fin, encontrar tu lugar, tu espacio.

Hace rato te soñé. Caminando lentamente por un pasillo apenas iluminado. Un pasillo pequeño y estrecho. Ibas y venías de un extremo al otro. Varias veces. Cansada. Con la mirada hacia abajo y el violín en tu mano derecha, casi tocando el piso. Casi arrastrándose. Todas las puertas, de madera oscura, estaban cerradas. No dejaste de caminar, no cambiaste la expresión de la cara, no trataste de salir ni de entrar a ningún lado. Creo que me despertó la claustrofobia y aquí me tienes,

escribiéndote esta carta a las cuatro de la madrugada. Desde mi ventana —instalé mi estudio en el ático— veo la cúpula de Saint Sulpice mojada por una ligera llovizna. París me ha recibido bien. Tal vez con un poco de frialdad, pero supongo que debo darme tiempo. El mismo tiempo que debes darte tú antes de volver a enamorarte.

Espero que te recuperes pronto de un duelo que —imagino— deberá ser silencioso, lejano y, por eso mismo, doblemente triste. Todo en la vida caduca, ¿sabías? También los vacíos. Sé que pronto sabrás, ahora sí de manera sabia, llenarlos.

Siempre tendrás un lugar en mi memoria y, si te animas, también en mi departamento de París para que vengas a alejarte, olvidarte, reencontrarte o reinventarte. Está la habitación de mis hijos, casi siempre vacía, que puedes ocupar por unos días. Prometo guardar esa sana distancia que ambos necesitamos. Además, aquí abajo, sí, en este mismo edificio, hay un restaurante de frutos del mar —¡no sabes qué ostras!— que te va a fascinar. Es mejor que el de Honfleur al que te llevé. ¿Te acuerdas, el del mantel de rayas azules y blancas que te querías robar?

No me hagas caso. Sigue buscando.

Adiós, Natalia.

Un gros bissou, ma petite biche,

Jérôme

Aaron

Mi Ágata,

Sé que hoy es un día importante para ti. Desde que estamos juntos, siempre he sabido que el 9 de abril es un día de tu vida en el que yo no tengo cabida. Sé también que a pesar de que Mateo ya no está, siempre seguirá siendo su fecha, una en la que no te tengo. No te lo digo como un reproche, mi hermosa. Te lo digo como un *acknowledgment*: reconozco quién eres, lo que traes, cómo nos hemos construido en esta vida nuestra que es el mayor orgullo de la mía.

Cuando llamaste y me pediste que fuera por ti a México, sabías que no tenías que decirme nada más. Yo sabía que no esperabas que entendiera, que sólo necesitabas que te sujetara y te colocara en mi pecho, en ese espacio que es tu hogar. Siempre he sabido que te vas y regresas, que siempre regresarás. Lo que no sabía es que esta vez no vendrías, que me pedirías que fuera por ti. Y que este hecho, ir por ti para continuar nuestra vida en casa, marcaría nuestros años por venir.

Ágata, yo siempre supe que te compartía con Mateo, que una parte de tus tripas, que tus *guts* estaban con él *although your heart I've always known is mine. I've been always fine with that*. No me ha importado porque así te conocí y así te quise, porque tu complicidad con Mateo es lo que te hizo ser Ágata, la bella Ágata que un día ya no quise dejar ir. Pero me doy cuenta, hermosa, de que hoy que no está Mateo, no debo sujetarte más.

Tras tu despedida —tú cantando bajito esa canción del Distante Instante, dejando en ese funeral un poco de ti—, llegamos a casa cargando el enorme peso de tu dolor y desamparo, pero fue como si de pronto entraras por primera vez a tu hogar. ¿Te diste cuenta, Ágata, de que iniciaste el año tirando el lastre? Limpiaste los armarios y sacaste ropa que no usabas; depuraste revistas y periódicos viejos; revisaste la alacena y el botiquín, verificaste las fechas de caducidad de medicinas y comida, y tiraste lo que ya no servía. Hiciste espacio e iniciaste el año melancólica y pensativa. Febrero, mi hermosa, te encontró sin alegría, pero ligera. Y marzo, por fin, te ha devuelto la sonrisa; una que no se nos borrará nunca.

Hoy sé, mi Ágata, que ya puedo soltarte y no te irás; tal vez tenía que irse Mateo para que así fuera, y sé que no te ofenderá lo que he dicho, que entiendes a qué me refiero: la partida de Mateo ha sido la llegada de nuestra vida común. Este breve viaje de tres días me ha servido para imaginarte en nuestra casa mientras no estoy, y para saber que aún así te sientes segura y acompañada. Te imagino preparando el café en la mañana, abriendo las persianas, cambiando el agua de las aves, sentándote a leer con los pies extendidos hacia el sol, tu mano derecha sosteniendo el periódico, tu mano izquierda posada sobre tu vientre que palpita.

Hermosa: anoche soñé con ella. Será pequeñita y morena como tú, y le irá bien el nombre que has elegido. *Our little Maga will be a very lucky, happy girl.*

Andrea

Mateo, amaneció nublado, frío.

Anoche llovió con una furia de bestias de agua que, se supone, deberían estar dormidas, esperando por un futuro de verano y otoño. Ágata me habló temprano, con las dos horas que sigue arrastrando desde su horario de Los Ángeles y los desvelos. Estaba preocupada. ¿Y si nos llueve en Xochimilco? Quise tranquilizarla, pero salió mal mi buena intención. Le conté de nuestra chamana de Huautla, doña Julia, que se ponía tan feliz de que lloviera en nuestros rituales porque era la señal de que los Señores del Mundo estaban felices. Como cuando nos anunció que íbamos a tener gemelos. Esa noche cayó una llovizna hermosa. Así que le dije a Ágata: pues que llueva. Total, nos quedamos en el embarcadero, comiendo quesadillas, y volvemos mañana. Quizá Mateo sigue recogiendo el reguero que dejó y va a andar por aquí unos días extra. Ágata se echó a llorar pues tenía que estar en Downtown el martes a medio día para cerrar un tema que sólo se podía hacer en persona. No puedo no estar allí, me explicó, y yo, por supuesto la consolé. Todo va a estar bien. Todo va a estar bien.

Mat, qué cansada estoy después de tanto consolar a Imanol y Lui, a Ágata, al Chipote y la Quesadilla de Metal entera, tan arrepentidos, pobres; a tus alumnos de la maestría, al doctor Vázquez y a Olga, tan arrepentidos, tan tristes. A mi mamá. Está devastada. Me costó tanto dejarla sola en su casa, sin sus nietos, sin sus hijos, sin mí. Sin ti, Mateo. Mateo mi hermano, Mateo mi esposo. ¿Sabes?, hasta ahora nadie me había consolado. No por desconsiderados, sino porque yo era el puerto al que llegaban a atracar sus naves extraviadas, a dejarse arropar por mis brazos abiertos. Hacerlos descansar en mis huesos, en esta mi piel que los cubre. Yo creía que ese era mi consuelo: aliviar a tus amigos, a tus amores. Y así era, sus lágrimas y sollozos me fortalecían los brazos, las manos, el corazón. Pero no. El cansancio me cayó encima como una lluvia de invierno. La que aísla el calor de nuestro cuarto. Relámpagos a lo lejos. Voces profundas que no alcanzan a articular palabras, sólo gemidos viajeros.

Los truenos trajeron a los niños a dormir conmigo. Era un pretexto que los tres buscábamos: sin saberlo bien, queríamos esa explicación para hacernos bolita, sentir nuestros alientos, el latido de los corazones. Y si no estuviera lloviendo, algo habríamos inventado. El chipi chipi nos acompaña. Los Señores del Mundo deben estar contentos: Imanol y Luisiana son los Señores del Mundo. Reímos mucho antes de que cayeran dormidos. Pensé que jamás iba a volver a reír, sabía que eso era imposible: jamás volver a reír; pero aún así tenía un hueco en mi centro que me auguraba un futuro sin sonrisas. Pero Lui e Imanol vinieron a hacerme reír. Duermen. Son tan hermosos. Así, abandonados a sus sueños, despatarrados, juntos desde siempre por un cordón umbilical abierto en dos caminos. ¿Adónde los llevarán esos caminos inseparables pero diversos?

Dudo que pueda dormir de una sola tirada. Se mueven, se mueven mucho. Más de

lo que lo hacías tú, que eras un hornito de pan suave, inquieto, denso. Se buscan, mis hijos se buscan, me buscan. Te buscan. Mateo, mi esposo, mi hijo.

Imanol trajo las varillas de su tipi y tendió sobre ellas sábanas y cobijas, en plena cama. Nuestro colchón vuelto una llanura. Y trajo su cubeta de juguetes, provisiones, lámparas de pilas y el radio de transistores de tu papá. Pusimos Radio Universidad. Es tan extraño que le tengan tanto cariño a ese hermoso objeto venido del pasado. Es el abuelo, la música aburrida que oía el abuelo, pero que suena tan lindo, tan opaco, tan pequeño. Se nos hacía tarde. No importa, les dije, mañana no hay clases. Y habló Lui con una voz que ya no era la de una niña pequeña, sino de una niña grande: No, mami, Imanol se tiene que dormir, si no, va a estar de mal humor todo el día. Y lo arropó. Ya duérmete. Y lo cubrió con su cobija de Piratas del Caribe. No, Lui no jugaba. Iluminó con su lámpara el librito de *La peor señora del mundo* y comenzó a leerlo como lo leías tú, haciendo las voces de los personajes, de La Peor, del viejito inteligente, de los vecinos del pueblo. Imanol quería prender la tele; pero Luisiana le dijo que estábamos en el campo y que aquí no había televisiones ni electricidad. Que afuera llovía. Ima no quedó muy contento, pero tanta fue la risa con la interpretación de La Peor que terminó agotado, de pronto con un semblante triste, desolado. ¿Por qué todo debe terminar? Espera, le dijo su hermana, no tardo. Se puso una chamarra y salió de nuestra fortaleza. Y no, Luisiana no estaba jugando. Regresó con tu foto, Mateo, tu foto bajo el brazo. Y le dijo a su hermano, contándole una nueva historia: afuera la lluvia no me dejaba ver por dónde andaba y crucé un río enorme, y subí dos montañas para llegar a casa; pero mira lo que te traje. Imanol sonrió sin dejar sus ojos tristes. Mami, me dijo, papi va a estar bien, ¿verdad? Sí, hijo, él está bien. Abrazó la foto contra su pecho, con una mano, y se me acurrucó sin soltar con la otra su cobija. Lui le acarició el cabello hasta que se durmió, se lo acarició exactamente como tú. Cuando Ima se durmió, suspiró agotada y me miró directo a los ojos, con una ternura enorme, desconocida. Mateo, mi refugio, Mateo, mi punto de partida, mi llegada. Nuestra hija, tan pequeña, ha dejado de ser una niña grande y ahora es una mujer, una mujer pequeña, frágil. Acomodó las almohadas contra la cabecera, se echó allí y se palpó el pecho para que recargara allí mi cabeza. Y lo hice, y sentí el consuelo más grande de mi vida, de la existencia: mi hija cuidando de mí, dándome misericordia. Mateo, mi esposo, Mateo, mi ausente.

Afuera la lluvia ha escampado ya. Como hoy en la mañana. Estábamos en un restaurantito de quesadillas, viendo caer la lluvia con impotencia. Olga nos había dicho que el meteorológico auguraba un mediodía luminoso; pero ya estaba a punto de hacérsenos tarde, cuando el cielo se abrió en un giro de nubes oscuras y otras blancas, blancas de asombro, enormes. El mundo de arriba azul, azul invierno, azul cobalto. Y salimos corriendo a la trajinera de pasajeros que ya había echado a andar el reloj hacía una hora para garantizar que iba a estar allí, “llueva o truene”. Y la otra, con la marimba, también con el reloj en carrera contra el tiempo. El tiempo, Mateo mío, ese ente que tanto te fascinaba.

Y apenas trepamos a la trajinera (¿sabes cómo se llamaba nuestra embarcación, Mateo?, Esperanza), apenas trepamos, la marimba comenzó a tocar *Dios nunca muere*. ¿Quién les dijo que lo hicieran? ¿Aarón? No, él ayudaba a embarcarse a nuestros marineros de agua dulce. Tomó a Ágata de la cintura como si pesara lo que un aleteo de colibrí. Y luego subió a Imanol y a Lui. Aleteo de mariposas. Y a mí. Qué grande es Aarón. A él no lo abracé. Él me abrazó a mí, a mí con esos brazos enormes. Vaya, qué razón tiene Ágata en amarlo, en dejarse ir en su enorme templanza, en su sonrisa.

Tú, Mateo, mi fortaleza, tú, Mateo, mi mayor debilidad.

Ágata sacó dos botellas de mezcal. Madre Cuiche. Sí, por eso te gustaba tanto: caliente el esófago como una lengua de lumbre, ahonda el aliento hacia el alma. Una sola copita para mí. Y Quesadilla de Metal volvió a ser una unidad, contigo en la urna al centro de los cantos y las risas. Mateo, mi vida, Mateo, mi muerte. El Chipote sacó tu guitarra de viaje de la funda y comenzó a tocar como nunca lo había visto, no sabía siquiera que tocara la guitarra, siempre él tras los tambores, con su cabello enloquecido y sus gestos extravagantes. ¿Sabes, Mateo? ¿Mateo mi guía, Mateo mi oscuridad? Te aman tanto. ¿Hasta dónde alcanza el amor de un amigo, de un colega, de una esposa de una amiga de una amante de un hijo de una hija? ¿Tanto como la música de una marimba a sotavento? ¿Como la comida de una trajinera restaurante a barlovento?

Había llegado la hora. El navegante nos llevó a una acequia lejana, sin turistas. Los sauces, los ahuejotes erizados en los labios y piernas de las chinampas. Flores. Muchísimas flores venciendo las heladas de enero. La marimba quedó un poco atrás, en silencio. La música del silencio. Chipote echó a andar la grabadora: Sigur Rós, esa canción que tanto te gustaba, que te hacía llorar a fondo cada que velabas las cenizas de tu papá. Me acordé cómo discutías con Ágata sobre esa banda. Ella te hacía renegar con eso de que Sigur Rós era una moda, una pose. Y tú le contestabas que te gustaba desde antes de que fuera famosa, cuando a nadie le interesaba. Eres un hípster, te decía, y tú: ofendido, de verdad ofendido. Me encantaba verlos discutir como dos hermanos que jamás podrían vivir el uno sin el otro. ¿Cómo hará Ágata para seguir sin ti? ¿Cómo lo voy a hacer yo, Mateo de mis amores, Mateo, padre de mis hijos, Mateo, vacío en tu lado de la cama? Y ahí estaban, discutiendo Ágata y tú que si Muddy Waters o BB King, que si Caifanes o Café Tacuba, que si Bob Dylan o Jaime López. Quise sonreír. Estaba a punto de hacerlo, pero alcé la vista y Ágata, tu hermana, mi hermana, me dijo con el lenguaje de las pupilas y las lágrimas que sí, que no había mejor música que esa para decirte adiós. Y lloramos, ¡qué profundo alivio llorar así! Con fuerza, con debilidad, con esperanza, con desolación.

Yo abrí la urna y comencé a vaciar tus cenizas, despacio tus extrañas cenizas en el agua de Xochimilco. Luisiana abrió la del abuelo y vació el polvo misterioso mezclándolo en el aire y en el agua con el tuyo. Imanol abrió su paquete de galletas, las molía y juntaba en un archipiélago que devoró la corriente imperceptible, las

molía con las manos para que el abuelo y tú pudieran comer algo si les daba hambre en el camino, en el viaje de agua y cielo azulísimo. Todo lo que restaba del abuelo se hundió contigo. Y, antes de dejarte ir del todo, detuve la cascada de arena y grava que es ahora tu cuerpo, y guardé un poco, un poco para que, cuando mis hijos me dejen en este mar angosto y verde y azul, me mezclen con lo que queda de ti; para que guarden dos porciones mías y las mezclen nuestros nietos cuando muera y así, por los siglos de los siglos hasta que nuestro sol estalle en una blanca enana y un agujero negro nos convierta en nada. Te quise abrazar, pero, ¿cómo, Mateo de mis ausencias, Mateo de mis alientos? Abrí los brazos y dos pequeños se me hicieron uno con la piel, con mis pechos y mi vientre. Y vino Ágata y logré abrazar a los tres, a mi familia. Sí, Mateo, a los cuatro, a mis cuatro hijos, a mis cuatro hermanos, a mis cuatro padres, a mis cuatro madres.

Y la marimba volvió a tocar *Dios nunca muere*, y Ágata la cantó en zapoteco, con esa voz de miel alba, de nube de lluvia. Al terminar, me puso su puño en la palma de la mano, la abrió y dejó caer tu pin de plata.

43.

Me lo puse encima del corazón y me pasó el brazo por el cuello.

Nuestro piloto vio el cielo y nos dijo: es hora de regresar, la lluvia viene de regreso y sus relámpagos nos pueden alcanzar.

En el viaje inverso, Ima y Lui llevaron las manos rozando el agua, trazando una línea que los trajera de regreso una y otra vez al lecho en el que yaces, Mateo de mis aguas, Mateo de mis sequedades, de mis sueños, de mi interminable despertar. Olga y el Chipote se recostaron con ellos en la proa de la trajinera y hablaron de estrellas, átomos y ajolotes: las bestias del agua y del cielo.

Ahora Imanol y Luisiana duermen, moviéndose incesantes, buscándose, buscándome, buscándote, ¿podrán encontrarte en sueños, podrán hablar de las cosas tontas de la vida, de las decisiones que hacen que los padres se vayan o regresen al hogar?

Sí, lo harán, estoy segura de eso. Porque aquí sigues, y seguirás sin que lo notemos después de los años y los más años. Llegará el día que miremos la urna del abuelo que es ahora tu urna y no nos acordemos de quién habita allí, sino hasta la hora en que nuestras cenizas tengan que mezclarse.

Este es tu hogar, Mateo. Mateo, mi hermano, Mateo, mi esposo. Mateo mi amor.
Mateo.



RIVAS / TRUAX / VEGA-GIL. Intercambiando voces y letras a través de la red social, entre sus residencias regadas por Los Ángeles y el centro y norponiente del Distrito Federal, cierta tarde del otoño de 2014 Beatriz Rivas (novelista experimentada), Eileen Truax (periodista entrona) y Armando Vega-Gil (músico dado al extravío) se dieron de frente con una preocupación común: la fecha de caducidad, ese dato frío, esa advertencia que anuncia el término de un proceso que, de ser feliz, útil y beneficioso, se vuelve un desecho tóxico por vía de la extinción progresiva o de la muerte súbita. El amor, la vida, la amistad tienen fecha de caducidad; los tiranos, la estupidez, la injusticia también deben tenerla. Así que, tomando al toro por los tres cuernos, Beatriz, Eileen y Armando decidieron despeñarse en un insólito juego que pondría a prueba sus ideas del mundo y de la vida: hacer una novela a seis manos centrada en su preocupación colectiva. Al final, los tres han descubierto que hay fuerzas poderosas, pasiones e ideas que jamás caducan. Esta novela es prueba de ello.